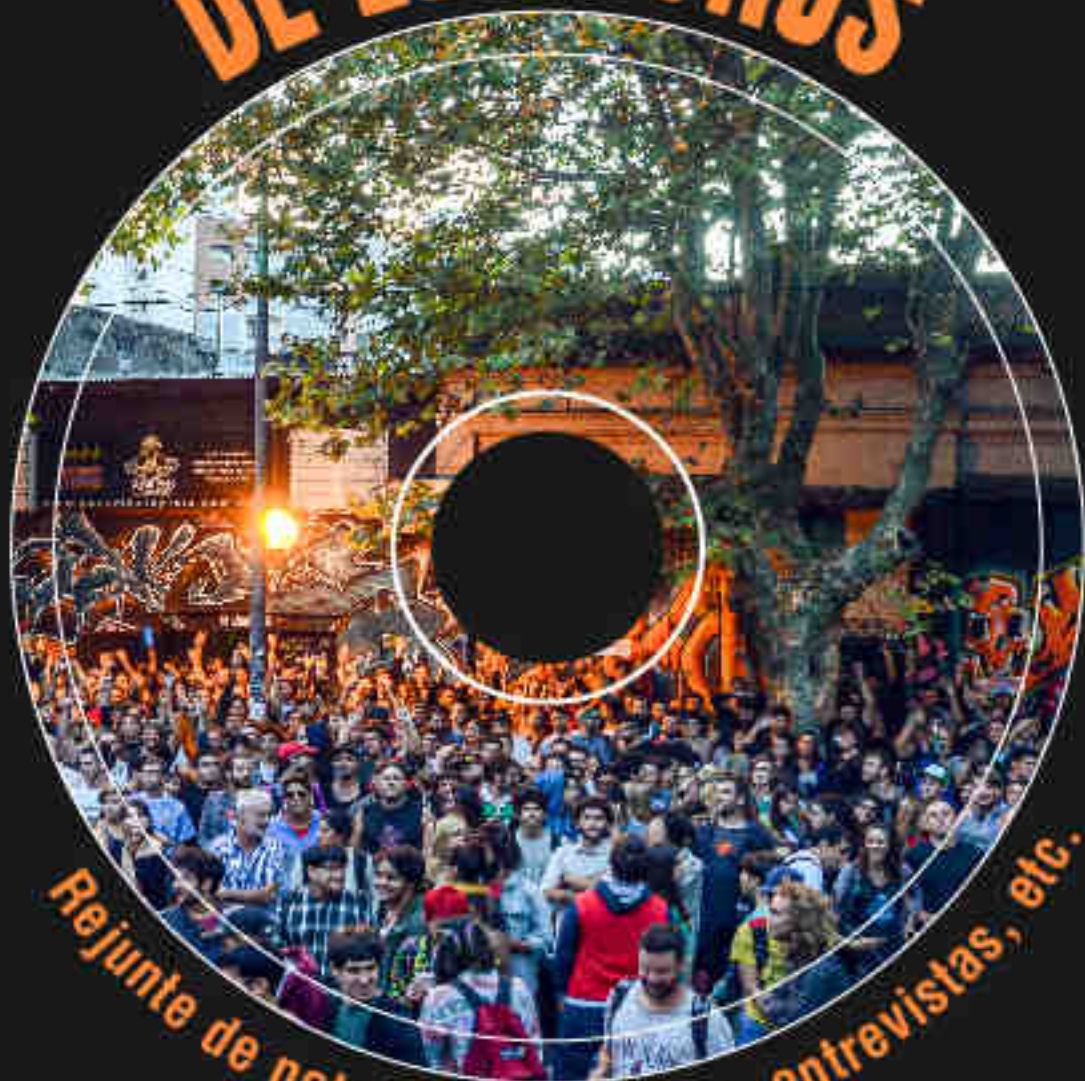


LAS CANCIONES DE LOS OTROS



Rejunte de notas, comentarios, entrevistas, etc.

Ramiro Garcia Morete

Azarosa selección de un ejercicio cotidiano: escribir sobre la música de otras personas. Un recorrido por diversas crónicas o comentarios realizados para el Diario Contexto, usualmente confeccionadas en un día y publicadas sin mayor edición. Tal como compila este caprichoso archivo, que oficia más de bitácora laboral que de lectura recomendable.

García Morete, Ramiro
Las canciones de los otros : rejunte de notas, comentarios, entrevistas, etc / Ramiro García Morete. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-34-2579-4

1. Crónicas. I. Título.
CDD A860

Editorial de Periodismo y Comunicación
Diag. 113 N° 291 | La Plata 1900 | Buenos Aires | Argentina
+54 221 422 3770 Interno 159
editorial@perio.unlp.edu.ar | www.perio.unlp.edu.ar
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata

Diseño y maquetación
Franco Dall'Oste

Foto de tapa: Kaloian Santos



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

ACLARACIONES

- 1) Esto no es un libro. O lo que supone que debería ser. Desechemos mayores ambiciones.
- 2) Originalmente iba a llamarse “Con La Plata de Otros”. La mayor parte de la gente entrevistada o reseñada vive o tiene relación con la ciudad de La Plata. Por “otros” nos referimos a seres humanos en general.
- 3) Este contenido es solo recopilatorio. No pretende retratar ninguna escena ni sugiere que exista o niegue algo así. Tampoco busca suscribir o contradecir el relato histórico sobre la música local y under.
- 4) A lo largo de varios años, el autor realizó entrevistas diarias con publicación inmediata. La mayoría carecen de corrección o edición final. Sabrán disculpar las fallas gramaticales, de tipeo o puntuación que puedan hallar.
- 5) El criterio de selección fue aleatorio, respetando apenas que sean notas sobre artistas o productores musicales (no de eventos, que han sido entrevistados también). No hay ninguna pretensión de representación ni equilibrio de géneros, estilos, posición social, política, religiosa o sexual. Al igual que el modo en el que se produjeron estas notas -a veces por accidente, otras por curiosidad del autor y la mayoría, por solicitud de los propios artistas o representantes- pueden convivir un músico consagrado o un principiante. ¿Hay artistas repetidos? Sí. ¿Hay gente que fue entrevistada y no aparece aquí? La mayoría. ¿Hay títulos repetidos? Sí. ¿Tatuaje en el cuello?
- 6) Estas notas fueron hechas por un músico que trabaja de periodista. Quizá tengan como objeto la divulgación y no tanto el ejercicio periodístico.
- 7) Cuando alguien te presenta su novio o novia, no importa si te gusta a vos o si preferirías otro color de pelo o tono de voz: le tiene que gustar a él o a ella. Estas notas no se tratan de la música que el autor haría sino de la que otros trataron de hacer. Y como cuando alguien te presenta a su novio o novia, transmitir ese orgullo y amor.
- 8) Perdón a los fotógrafos ante la falta de créditos. Solo sobrevivieron algunos. La mayoría de las fotos fueron provistas de modo informal por los músicos, como material de prensa y en algún caso “robada” de Google.
- 9) No hay un orden concreto. Pueden utilizar el índice con sus hipervínculos y puntear donde gusten. Si es rápido y es gratis, entonces... why not?
- 10) Lo mejor de la música es la música. La música es sagrada. La guitarra no se mancha.

ÍNDICE

SÂR RULES La voz del tiempo	6
NUNCA FUI A UN PARQUE DE DIVERSIONES No hay nada mejor que casa	10
RECREO URUGUAYO Perdedores hermosos	13
LA SECTA Bailo el cuerpo ecléctico	16
JAVIER MALDONADO Todo lo que diga está de más	19
TÍO VALEN Un viaje interestelar con la tarjeta SUBE...	22
FUS DELEI Presente y futuro	25
MATÍAS ANGELINI Hablando de mi generación	28
MIGUEL WARD El aire de algo sin cuerpo	31
LUCÍA KLEIN Vuelta al mundo (propio)	34
LUCHAS FINOCCHI La pregunta es...	37
JUAN IRIO Mutaciones	40
FRANQUI QUIROGA Delivery de barras	43
PABLO MATÍAS VIDAL Al final, la vida sigue igual	46
LAS TRAMPAS Nada puede salir mal	49
MANUEL RODRÍGUEZ Corazón y pura esencia	52
THES SINIESTROS Tiempo al tiempo	56
ANTONIA NAVARRO La paz reflejada en su andar	60
VITA SET Pop, pop, pop, es mi forma de ser	63
OLGUITA ELGUERA Y EDU MOROTE Desde el alma	66
MALAYUNTA Así es como entra la luz...	69
WERNER SCHNEIDER Dale luz al instante	72
PANTRÖ PUTO Y LOS SUEÑOS RAROS Muchas cosas para dar	75
NOELIA SINKUNAS El mundo entre las manos	78
LA PIPA DE BILBO Sonido periférico	81
Enlace Música	83
PARA ESTABLECER UN RÍO El que tenga oídos para oír, que oiga	84
ABOYD Las luces primeras	87
PUEBLA La canción al desnudo	90
NORMA La vida contemporánea, la vida moderna	93
ENLACE MÚSICA	95
TEODORO CAMINOS LAGORIO Desarma y canta	96
ENLACE MÚSICA	98
CABEZA DE CABRA Siempre se vuelve al primer amor	99
SANTIAGO MORAES & TRANSEÚNTES Todo esto es mío para regalar	102
SOL BASSA En el camino	105
ENLACE MÚSICA	107
ADRIÁN JUÁREZ En mi frágil planeador	108
PECHITO GAMBETA Una jugada distinta	111
Enlace Música	113
LAS DIFERENCIAS No termina más	114

LOS BICIVOLADORES Defender la alegría	117
HANKEL Como Ringo, de barrio, loco lindo	120
Enlace Música	121
RUDAS PRODUCCIONES Hermana a la que nunca jamás has de abandonar	122
MIGUEL WARD El centro de los pequeños universos	125
Enlace Música	127
JUAN IRIO Busca las fallas divinas, la melodía fatal	128
EL MATÓ A UN POLICÍA MOTORIZADO Alguien que lo merece	131
SUEÑO DE PESCADO A veces me parece que mi pecho va a explotar	135
Enlace Música	137
POTRA Al galope del corazón	138
FM UNIVERSIDAD 107.5 Quien quiera oír, que oiga	141
“CANA” SAN MARTÍN Llevo en mis oídos el más maravilloso sonido	144
LAS BERMUDAS Siguiendo la luna	147
LETICIA CARELLI Somos lo que queremos	150
Enlace Música	152
SUPERPIBA La unión hace la fuerza	153
Enlace Música	155
ETÉ & LOS PROBLEMS El fuego que hemos construido	156
SHAMAN HERRERA Luz, cámara y canción	159
LOS VIUDOS El corazón sobre todo	162
NUNCA FUI A UN PARQUE DE DIVERSIONES Creer es crear	165
JULIÁN ROSSINI Cuando la música habla	168
FORMICA Quizá no estén listos, pero a sus hijos les encantará	171
JULIÁN OROZ Canción, llévame lejos	176
LAIKA PERRA RUSA No pare, sigue sigue	178
MUY CEBADOS CREW Sobrados de actitud	181
PELS Volver al futuro	184
LOS VALSES Canción, llévame lejos	187
VEDMA TRIPULACIÓN Todo por este mambo	189
Enlace Música	191
CREMA DEL CIELO La buena educación	192
EL MILANO Nuevos planes, idénticas estrategias	195
107 FAUNOS Fruta extraña	198
Enlace Música	200
LOS ESPÍRITUS Hay tanto juego por aquí	201
Enlace Música	203
FERNANDO RICKARD El Pájaro canta hasta morir	204
Enlace Música	206
VALENTÍN Y LOS VOLCANES En el futuro te volveré a ver...	207
EL BONDI El viaje recién empieza...	210
CARMEN SÁNCHEZ VIAMONTE Todo esto está adentro	213
PICAPORTERS Las puertas de la percepción	216
ISLA MUJERES La tierra de la libertad	219

LIMBO JUNIOR Un club secreto a voces	221
NAVE El viaje del sonido	224
THELEFON El punk nuestro de cada día	226
PRIETTO VIAJA AL BOLERO CON POLI Es la historia de un amor	229
BESTIA BEBÉ El equipo de primera	233
JUANI SAULLO El blues del caminante	235
MALAJUNTA MALANDRO Soy un muchacho de barrio	238
PECES RAROS Clics modernos	240
POLIAMOR	242
EL ESTRELLERO Ya suena la música de oriente, mágica, luciferal	245
NACHO GIUSTI Ritmo de vida	248
LES MODERNES CLUB La sociedad perfecta	251
BISES	254
Javi Punga	255
Mileth Iman	259
Los Reyes del Falsete	261
Recreo Uruguayo	263
Enlace Música	264
Catalina Dowbley	265
El Yar	267
Julieta Jazmin	269
Llagas	271
Un Desastre	273
Sofía Uzal	276
Amara	278
Krupoviesa	280
Sesiones Robot	282
Pipo Mengochea	283
Lucas Gregorini	285
MC. UCHI	286
Enlace Música	287
Limbo Junior	288
Se va el Camello	289
Sol Bassa	292
Enlace Música	293
LMDG	294
El Estrellero	296
Rock Nacional	298

SÂR RULES | La voz del tiempo



Enero 31, 2019

No hay un tiempo preciso. Era niño, sí. Y estaba en un cumpleaños. No sabemos de quién ni quién fue la mujer que lo vio. A un costado, se abrazaba a sí mismo y entonaba una canción. Tampoco está claro cuál. Alguna de Paul Anka o cualquier cosa que sonara en la radio. La mujer le dijo que era lindo lo que cantaba. “Me sacó ese miedo a estar haciendo algo malo. Uno se oculta para mostrarse sensible”, dirá al relatar algo que se antoja más como un fragmento de sueño que un recuerdo concreto.

A veces no recordamos lo que pasó, pero sí cómo se sintió. Sin haber estado allí, podríamos asegurar que los ojos conservan el mismo candor, como si el hombre capaz de entonar arias operísticas o aprender en dos días un himno en otro idioma para cantarle a una exmandataria siguiera en ese lugar. Justamente él, que como su voz –tan diáfana como consistente, decididamente reparadora– no deja de moverse y explorar lugares. “No existe”, ha dicho alguien de él. “Lo inventamos”. Por el ángel que no sólo lleva en su nombre completo y ese brillo de diamante loco, un aura entre etérea y mercurial, se ha generado una sensación a su alrededor.

Quizá porque a pesar de discos como *Saturno* o grabaciones filtradas y más experimentales como *El Museo*, su obra no se ha focalizado en los carriles frecuentes de difusión y expansión. Su obra –si se permite a quien escribe estas líneas tamaña afirmación– parece consistir en sí mismo. Y su experiencia.

Sebastián Rulli o Sâr Rules (ya que así se llamará desde esta nota) no es un invento de la imaginación. Desde aquellos casetes que grababa de la radio para aprender casi desde la mimesis hasta los textos académicos que de grande hoy le permiten comprender la esencia de su instrumento, está ahí. Está y pueden localizarlo quienes quieran tomar clases de canto o ser producidos. Desde la canción más simple y bella a las improvisaciones trasnochadas o ensayos de narrativa sonora como “Piloto 16”, está ahí mismo, en la experiencia. Lo saben quienes lo vieron en el reconocido teatro Margarita Xirgu el año pasado o quienes asistieron a esa preciosa y secreta terraza hace unos años. Lo saben quienes lo han visto entonar con igual jerarquía y compromiso una canción propia, un hit de los Backstreet Boys o los residentes del Hogar Cantilo cuando los conecta con música que alguien llamaría de otro tiempo. Como si el tiempo fuera una cosa precisa. Como si trabajar de vidriero, en una calesita, de albañil o en un comercio no fuera parte del tiempo que permite sustentar el otro tiempo.

Y para Sâr Rules, el tiempo no parece ser una carrera sino más bien un camino. “Me parece importante cuidar lo que se comunica o estar atento a la evolución personal –expresará–. Si no también en qué momento te encontrás para dar una mejor interpretación de lo que querés relatar.” Y aunque esta semana el tesoro mejor guardado se presente en un bar secreto de su barrio, Tolosa, y quien escribe también haya suscrito a la mitificación del niño diablo caracol, sí existe. O mejor dicho, y en términos de Oscar Wilde: “Lo menos frecuente en este mundo es vivir. La mayoría de la gente existe”. Sâr Rules vive, a su tiempo, cada momento, todo el tiempo.

“Entiendo el mercado de la música, la producción y la forma de dar valor. Y de la profesión que implica no sólo ser intérprete y compositor, sino producir un disco con todo lo que implica y hacer valer las obras. Ese trabajo y ese valor agregado, todos los colaboradores, los músicos... no tengo esa estructura hoy. Lo respeto y lo valoro mucho. Pero he tenido que hacer otro tipo de trabajos para conseguir dinero y financiar el tiempo que me permita hacer ejercicios interpretativos, abordar estilos, tener tiempo para tocar o experiencias diversas que me parece que complementan la experiencia de una carrera musical. No veo que haya un camino correcto o incorrecto. Ni siquiera es un modo de ver las cosas. Simplemente es como suceden las cosas”. Y continúa: “Estaría bueno hacer y enfocarnos del todo en eso. Pero también

es lo que me ha permitido indagar más en el modo performático. Y ver la actuación en vivo o el evento. Salir un poco de la idea del circuito o la escena musical, sin desconocer su valor”.

Sâr Rules cuenta con mucho material que no ha subido. “Pero es registro, carpetas de trabajo. Son como si fueran discos pero no en el concepto a nivel producción.”

Si bien tiene el reconocimiento y admiración de pares y desconocidos, actualmente su “audiencia” más estable se encuentra en Residencia Hogar Cantilo de la Tercera Edad. “Es un buen trabajo, se valora que vaya alguien a cantar determinado tipo de repertorio que en otros sitios no tendrían casi sentido. Además de un desafío técnico es un desafío emocional llegar a la entrega. Y eso me hace crecer a nivel interpretativo. Siempre es igual a la hora de cantar: hay que darlo todo. Salvo que ahí es como que alguien te está esperando para que le cantes otra vez las mismas canciones. Es algo extraño. Es como le debe pasar a una estrella pop con sus fans.”

Aunque su padre lo conmovía las pocas veces que cantaba de modo doméstico y siempre hubo música, su formación podría denominarse autodidacta: “El tema con lo autodidacta es que hoy en día podés leer un montón de trabajos que son académicos. Si bien no he ido a una institución a aprender fonética. Me intereso mucho sobre el estudio de la voz. A través de la imitación uno empieza y después querés ir intelectualizando qué sucede para poder desarrollarlo como una técnica, y lo vas internalizando”. Y prosigue: “Empezás a analizar el instrumento voz que también sirve para hablar, para manifestar, que tiene distintas colocaciones y resonancias. Que está en el diálogo, que es una función dialéctica y que comunica un montón”. Y señala “el rol del artista que compone un conjuro, como es una canción, que viene más que nada de eso. De la oratoria, del discurso. Un aedo, un rapsoda, un himno, un canto. Eso hay que ver cómo está entrelazado. Somos mineros y buscamos el oro”.

En relación con lo que genera, dice con sinceridad: “Me sorprende y me agrada el respeto mutuo por personas afines. Va más allá de mí. Por ahí, como se basa en la experiencia, sí recae en la imagen o acercarse a la persona física. Y no poner un *like* en una página donde hay un material. Pero no me hago mucho cargo de eso. No me siento especial. Soy un poco tímido en verdad. Trato de no dejar que me afecten ni los elogios ni las críticas. Sé que las personas se relacionan de manera sensible con lo que hago, pero eso lo valoro como una cosa que no genero desde mí. Es el trabajo y cómo enfoco. Lo que quiero mostrar es para que lo veamos, no para que me vean”.

NUNCA FUI A UN PARQUE DE DIVERSIONES|No hay nada mejor que casa



Febrero 16, 2022

Cuando Antuantu volvió de Berlín -dice- fue hermoso pero un poco «shockeante». Después de un año y medio «quieras o no, te acostumbras a otros modos de vida». La histórica e intensa ciudad alemana le había cruzado con un estudio en las afueras, «muy preparado para la experimentación y una suerte de ‘internación’ que se dio gracias a la primer etapa de la cuarentena». Allí mismo surgirían muchas canciones junto a Manque, en un 2020 y una «internación» donde no parecía haber mejores planes que hacer música. Aunque a decir verdad, nunca fue muy distinto para lxs hermanxs. Desde la adolescencia en Bariloche y junto a Joshua en el bajo, ya sea con formato trío o desafiando siempre los límites y las formas, la música fue el norte. En este caso habría que vencer las distancias no solo impuestas por la pandemia sino por

el regreso del bajista al sur. Pero con Ariel Schlichter intercediendo eventualmente como músico y productor, todas las partes lograrían ensamblar un nuevo material.

Por eso a los tres o cuatro días, cuenta, Antuantu se volvería a sentir «en casa». Como en ese cuarto de la planta alta, poblado por teclas, controladores y cables. Allí, frente a frente con su hermano registrarían una sesión en vivo con algunos temas nuevos. Una fusión de electrónica, pop, punk y experimentación propia de una banda o proyecto que siempre ha eludido las clasificaciones. El mismo formato, más digital pero no menos vivo, que precisamente llevarán este jueves a medianoche a Pura Vida. Otro espacio familiar para estxs artistas que saben que en Bariloche, La Plata o Berlín, en un formato u otro, con un estilo u otro y como en una vieja canción, «mi casa es donde canto».

«El tema de la sesión surgió de parte de mi hermano Manque y Teo Palvi (Tropa) que andaban con ganas de filmar algo juntos y se nos ocurrió una buena oportunidad para ir adelantando temas nuevos -introduce Antuantu-. Y también mostrar el formato con el que venimos tocando últimamente, un poco alejado de lo que supo ser el power trío con Joshua Zenz (bajista) que -como ahora vive en Bariloche- se nos complica un poco hacer fechas con la banda completa. Igualmente el trío sigue funcionando en lo que son las grabaciones y el laburo del próximo disco que se está por venir. Además se agrega eventualmente Ariel Schlichter (maqueta) como productor y músico en algunos temas del nuevo disco. La pieza que se ve en la sesión es la misma pieza donde veníamos ensayando. Entonces nos pareció bien dejar el espacio lo más natural posible y mostrar un poco la intimidad de la banda».

Antuantu está feliz de volver a la ciudad y tras algunas restricciones que impidieron algunos conciertos, ahora se está dando «el gusto de tocar un montón y por suerte salen muy bien las fechas. Las fechas acá a nivel social no tienen comparación, se vive de otra manera. Si bien allá me encontré en un circuito donde a la gente le interesa mucho lo que hago y hay una comunidad hispanohablante muy grande, el calor que se siente cuando vuelvo a tocar en La Plata o en el sur rara vez sucede. Volver a tocar con Nunca fui en el Pura es por demás revitalizante, y de alguna forma siento que me vuelve a conectar con mis comienzos que siempre es lindo tenerlo presente. Está bueno siempre ser consciente de donde se partió como para tener un poco más claro hacia dónde se quiere ir. Valoro un montón los espacios que se abren para nosotrxs acá porque sé lo que ha costado y cuesta mantenerlos vivos».

En el último sencillo («Miles de metales», que cuenta con un video realizado por Pilar Falco y Parquee, la productora audiovisual de la banda) presenta un juego muy significativo, casi como un contrapunto de punk y pop, exponiendo el amplio registro de NFPD. «El single se dio justamente en la misma época que comencé a grabar 'Fracaso' - cuenta la artista y remite a su último disco solista-. Tiene que ver con toda la búsqueda que comencé a experimentar en lo que es grabación de bateras, guitarras eléctricas, bajos. Tiene que ver con el espacio en el que estaba trabajando que contaba con muchas herramientas que generalmente solo las encontrás en estudios profesionales. Como siempre trabajamos con la modalidad home studio, la dinámica de trabajo no cambió, pero sí cambió mucho la calidad de audio y en consecuencia el resultado estético está más pulido. Sigue siendo Nunca fui, pero tiene un cuotita más de calidad de sonido.

Además cuenta con la participación de Joshua en el bajo que creo que es muy importante para la estética final de la banda».

«A no tan largo plazo -anuncia- el plan es terminar el disco y sacarlo en lo posible este año. Estamos planeando algunas cosas bastante ambiciosas pero es muy pronto como para dar detalles». Y sobre el cierre invita «enfáticamente» al concierto en Pura Vida: «Que aprovechen a venir porque no sabemos bien cuándo tocaremos de nuevo y el show está bien potente e interesante. Tocamos cinco temas nuevos, y varios temas viejos. Casi una hora y media de show».

[ENLACE MÚSICA](#)

RECREO URUGUAYO | Perdedores hermosos



Noviembre 30, 2021

«Estoy paralizado y no puedo pensar/ a veces ya no puedo con la inseguridad/traté de pilotearla con este disfraz...». De pronto, la pluma se detuvo. A decir verdad, no parecían muy paralizados. Al menos Emiliano Pasquier, que «venía con unas secuencias medio complicadas y lo único que lo venía salvando era la música. Habrá hecho cincuenta canciones en un año». Emir Karim Nazar se refiere a su amigo, cantante de Las Flores del Bien.

Pero sobre todo, su compañero de vida desde el jardín Santa María... de Berisso, por supuesto. Esa histórica patria chica que nada tiene que ver con un masivo grupo de covers de autoayuda. Yendo desde El Progreso a Villa Nueva, Emiliano había tomado en aquel inicio del 2018 la costumbre de pedirle ideas para arrancar canciones: «Tírame una frase o lo que sea». Emir, que por entonces integraba Hagamos Mierda China, solía tener siempre algún verso. Como aquella noche: «¿Y qué más puedo hacer llenando el vacío, besándome en la boca».

Ya de madrugada aparecería el verso fundamental. Emir citará a Hanna Gatsby y su explicación sobre la comedia. Algo así como generar una tensión tan grande alrededor de una situación no muy feliz que requiera insoslayablemente un remate. «Parezco diseñado por ante Gormaz y adentro ya no hay nada». De eso se trataba. Conscientes y cuidadosos con las líricas de sus propias bandas, comprenderían que la clave sería —en parte— abstraerse de ciertas

solemnidades. Con progresiones armónicas simples y textos ingeniosos y reconocibles, conformarían de pronto un repertorio que –en principio– haría las delicias de sus amigos.

Como en aquel cumple del Faure, otro amigo desde los años del jardín. «Yo quiero grabar esos temas». Napo (Nicolás Zein) había llegado bastante animado de una cata de vinos. Algo inusual en el baterista de los Patasú, asegurará Emir. Lo cierto es que al escucharlos guitarrear esas canciones no solo se plegaría automáticamente sino que –tras algunos intentos con otrxs integrantes– sumaría una pieza clave: Karen Slipak en guitarra. Una compañera de la Facultad, oriunda de Villa Gesell. «Todos de una villa distinta», acotará Emir. «La chabona vino a tocar en lo menos atractivo del mundo (risas). Ella, de 23 años, junto a chabones de 30 años a tocar punk rock. Cayó como anillo al dedo y nos dio la vitalidad que le faltaba a la banda. Es la más punk de los cuatro».

Pero más allá de la broma, claramente se trata de una propuesta atractiva y –sobre todo– genuina. Canciones urgentes y expresivas con una energía contagiosa que combinan punk crudo con melodías amables. Líricas que oscilan entre el oscuro existencialismo y la narrativa, con más humor que humorismo y una filosofía que bien podría resumirse como *el mundo es una mierda pero vamos a pasarla lo mejor posible*. Relatos llenos de referencias a la cultura pop de una generación que miró Alf, escuchó música en casete pero que también aprendió a colgarse del Wi-Fi. O como ellos dicen, «recuerdos de una infancia millennial alimentada con animé, películas de Cine Shampoo y publicidades de Sprayette». Todo un universo estético atravesado subliminalmente por una geografía reconocible sin pancarta pero con sentido de pertenencia: Berisso. *Porro Guitarra y Mate* es el primer álbum de estos perdedores hermosos llamado Recreo Uruguayo.

«Más allá de ser un disco de trece canciones, que para la época es medio atípico, principalmente es una celebración del encuentro. Con Emi somos amigos desde el jardín de infantes. La amistad se transformó en la música». Y extiende: «La banda es bastante genuina. Las canciones las hicimos sin pensar en presentarlas. Y este es un disco de canciones donde el motor es el punk, pero no es la típica banda de punk. Presenta cierta sensibilidad sobre la canción en sí. Es muy importante lo que decimos desde las letras y es lo que más me representa». De allí «ese sonido amistoso o no tan crudo. Si bien algunas letras pueden hablar en contra de la policía o cosas más cercanas al típico personaje roto, desde el sonido son muy amigables. Pensando en un video de Gualicho Turbio, creo que es una banda para poder tocar en un jardín. Son canciones divertidas, hay muchos acordes mayores...».

Desde el nombre, la banda infiere un espíritu de libertad que también se sostiene con la fluidez. «Con Emi tenemos un millón de referencias. Escucho algo y sé que me va a decir tal cosa. Cuando nos dimos cuenta fue muy simple hacer canciones. Uno dice: tengo un tópico, tiene que hablar de tal tema. Ahí surge alguna frase que no podemos, arrancamos, viene el estribillo. Tratamos de no repetir letras, por eso son canciones cortas. Una historia que arranca y termina. Para eso hagamos una canción nueva».

En cuanto al sonido, la banda respetó la búsqueda orgánica y espontánea pero «se fueron sumando cosas. Mi color es muy recto. Yo no soy cantante... lo hago por puro placer y porque puedo. Y los teclados nos ayudaron un montón».

A lo largo de los trece temas se desentraña un narrador tan errático como querible. «Hay un personaje de Recreo, con el que nos identificamos los cuatro pero en muchas ocasiones no es ninguno. El universo funciona a través de un personaje que es un perdedor, un lumpen... Pero que está ahí pululando entre el bien y el mal, la melancolía, la debacle del mundo. Pero no tiene que ser algo negativo. La utilización del punk para decir esas cosas también es una parte de la personalidad de uno. A nosotros nos gusta la banda española llamada Axolotes Mexicanos, que podés ir escuchando feliz en la bici. Pero si te detenés a escucharlas te parten al medio. Y las nuestras van por ahí, en ese límite de lo lindo y lo doloroso de la vida».

«La Beriso no es de Berisso», cantan y Emir reflexiona sobre el lugar que su ciudad tienen en la propuesta. «No sé si está tanto en las canciones, como sí en Las Flores del Bien. Creo que tiene que ver con que es una banda que pasa muy desapercibida por lo que es la crema de la ciudad platense. Nos cuesta, pero ni siquiera estamos en esa búsqueda. Más allá de las letras y canciones, tiene que ver con una forma de accionar que es distinta. Nosotros vimos explotar Berisso en el momento de auge que podías ver a la Nueva Luna en Asia, ver a 2 minutos en Nicola o el Club Social para salir de joda. Y también vimos esa debacle, cómo se cayó, cómo se nos fue de las manos. Esa cuestión de haber vivido lo piola, seguir viviendo acá y reivindicar el espacio... No buscamos que se vea en las canciones pero es imposible que no se refleje». Y remata: «Yo quiero diferenciarme de La Beriso, no de La Plata».

El punk también habita en la autogestión y en cómo a través de remeras y «cafecitos» lograron sustentar el disco: «No podemos dejar de pensar que es una banda súper colectiva. Si las canciones no gustan a los amigos no es una canción de Recreo. Lo hacemos más que nada por el divertimento».

[ENLACE MÚSICA](#)

LA SECTA| Bailo el cuerpo ecléctico



Septiembre 6, 2021

La carpeta indicaba «Disco 2016». Tenía sentido: ese era el año. Recientemente habían publicado *Somos normales* y esta banda muy poco sujeta a la norma iniciaba un nuevo proceso. En rigor, ya había surgido algo en el material anterior, pero sobre todo en los vivos. O shows... o performances... bueno, sí: vivos. Muy vivos. Y es que las actuaciones de la banda siempre han trascendido el formato convencional, tanto por conceptualización como esencialmente por desborde de energía. En ellos, esta combinación de distorsión y electrónica —a veces moviéndose en lo industrial, otras en el progresivo— sabía capturar el movimiento del público, pero luego lo sobrepasaba con su intensidad. Quizá los años o sencillamente esa constante que es el cambio les requeriría, en cierto modo, volver.

Y volver –por supuesto– no sería retroceso. Pero sí quizá pulir o reconfigurar el modo compositivo. Tras años de ensayar en esa base de operaciones que es Ciudad Vieja con P.A. y escenario, pasarían a la casa de Marcos en el mismo Meridiano, con auriculares y batería electrónica. Pero el cambio básico se centraría en el método de composición, simétricamente opuesto. Ya sea con el Cubase o inclusive con aquella experiencia DJ Set en Pura Vida, la canción se montaría sobre la base. También se servirían de viejos ensayos con el mic de la notebook para retomar riffs o ideas sueltas y construir con otra lógica, donde las melodías vocales y las letras se acaban sumando al final. Un ejemplo sería una experimentación como «Verofa», que originalmente estaba pensada para una muestra de arte. De su esencia surgiría «Baila», y en parte esa transición podría explicar bastante. Es decir: el complejo andamiaje estético, sonoro y discursivo de la banda se depuraría en pos de un pulso másailable o quizá más cancionero. Sin perder impronta, pero bajando algunos decibeles o sencillamente despejando para que se vieran algunos elementos que ya estaban latentes.

Y justo cuando el 2016 se volvió 2020 y –desde el auge de la electrónica a la imprescindible búsqueda– el campo musical se acercaba más al universo estético de este proyecto tantas veces disruptivo, el mundo también lo hizo acentuando su distopía. Pero como señalará un texto de difusión, «no conviene especular con el tiempo: la memoria termina haciendo una digestión de nuestros estados». Sin especular y por el ineludible hecho de ser lo que se es, una de las bandas más vinculadas al escenario debería sortear la ausencia física. «Y justo cuando el cuerpo desaparece, cuando no queda nada de cuerpo, justo ahí hay Arte». Así es que finalmente editarían este álbum que parece condensar con sutileza y a la vez potencia un rico y extraño recorrido. Electrónica, rock y canción, pero al margen de las tendencias. Arte... o sencillamente lo que les sale en ese y este momento a Alejandro Arecha y Mojame Dali (voces), Hugo Fernández (guitarras), Marcos Scarafoni (bajo y programaciones) y Emilio Pascolini (batería y programaciones). Hasta que La Secta (de ellos se trata) dé una nueva vuelta y –como hemos dicho– seguramente no sea hacia atrás ni con la frente marchita. Posiblemente traten, una vez más, de volver al futuro.

«Un poco está en el concepto del nombre, y es que lo que hacemos es arte no en el sentido superador, sino que en el rock se olvida mucho de que es una expresión artística», introduce Scarafoni. «Y no olvidar que el baile es arte. Desacralizar pero a la vez darle el valor. Arte es una manera de expresarse metafóricamente en un momento determinado. No es algo que uno puede dejar de hacer. Sino que a esta altura de nuestra vida es lo que hacemos, es lo que somos. La parte creativa es la que nos junta, mil cosas diferentes».

«Queríamos laburar loailable y lo electrónico medio desde una melancolía que tenemos –comenta Scarafoni–. Siempre nos pasa que La Secta tiene un montón de canción. Pero el vivo es más potente por la enunciación y a veces se aprecia desde la energía, de la distorsión. Por ejemplo, sacamos mucha distorsión. Las guitarras tienen un laburo que no te das cuenta y creés que son sintetizadores. Hubo que limpiar mucho y laburar mucho la melodía. Primero tarareando, afinando, tomando decisiones y después incorporar las letras». Y agrega: «Es una manera nueva. Y ahí está la cabeza de los cantantes. Pero también estamos en una apertura. Por ahí Gastón tira una melodía, viene y se graba. Hugo y Emilio la corrigen... Está la libertad de cambiar una palabra, una guitarra o una melodía».

El músico también se refiere a la necesidad de evolución o cambio de la banda. «Si bien tenemos un lenguaje que es muy propio, está siempre el concepto de tratar de no repetirnos y de tirar siempre una cosita diferente que ya es un desafío para nosotros. Hemos pasado por muchas máscaras. Vos decías algo progresivo y no queríamos ser progresivo. En una época aparecieron los emo y los góticos... o gente vestida de zombie. Siempre jugamos con eso y no somos nada. Se trata de acción y reacción, para no quedar en el lugar. Cuando tuvimos un nichito, siempre nos corrimos. Porque somos muy hijos de puta –risas– y somos muy críticos».

Scafaroni retoma el valor de seguir adelante con la banda y las verdaderas prioridades. «El arte es una manera de expresarse metafóricamente en un momento determinado. No es algo que uno puede dejar de hacer. Sino que a esta altura de nuestra vida es lo que hacemos, es lo que somos. La parte creativa es la que nos junta, mil cosas diferentes... Si no, ¿qué vas a hacer? ¿mirar Netflix? –risas–. A la larga lo que nos interesa es juntarnos acá, grabar, ver qué mierda. Y se ve en la obra. Si vos después lo escuchás y te sentís orgulloso de lo que hiciste. Obvio que quiero que nos vaya bárbaro. Pero pegarla es hacer lo que estás haciendo. Disfrutá».

[ENLACE MÚSICA](#)

JAVIER MALDONADO | Todo lo que diga está de más



Julio 20, 2021

«La música de piano es una de las formas de la soledad –dirá con su elegante oratoria-. El piano en la casa se luce cuando llueve, se luce con el frío, se luce con la noche». Y teorizará con iguales dosis de certeza y fantasía: «Todo lo que tiene que ver con el encierro. Así como los rusos saben jugar al ajedrez por el encierro del frío, creo que si lloviese todo el tiempo acá habría más pianistas».

En abril del 2020 no llovía, pero en cierto modo una especie de noche había caído casi como un helado estruendo sobre el mundo. A decir verdad, nadie tenía muy claro de qué se trataba. «Todos sentíamos una gran confusión –evocaré-. La OMS no sabía qué decir. Nadie sabía qué estaba sucediendo. De forma que para poder olvidar o poder vivir, era mejor no opinar». No se trataba sobre esa plaga para la cual –a partir de un proyecto proveniente de Francia- había compuesto en febrero una pieza oscura que sonaría a premonición. Y mientras el exterior del planeta sucumbía, su mundo privado seguía proveyéndole cierta calma. «Algo que los músicos hemos aprendido- considera- es a generar nuestro propio entretenimiento, aislamiento». Y en el centro del departamento de Arenales –y de su vida quizá- estaría su piano.

O el de la abuela Totona. Ese cuarta cola inglés, en el que la escucharía tocar ragtime o cosas así en la casa de 9 de Julio de niño, habitaría el lugar que alguna vez ocupó el Carl Schultz vertical. Sin una referencia concreta de cuándo comenzó a tocarlo, en su vida siempre hubo uno.

Mucho antes de los celulares, la forma de registrar una idea era escribirla en una hoja pentagramada y tocarla apenas regresado de la calle. Ahora, en la calle, no había música. Ni la de Scarlatti que él ama ni la del rap o reggaetón que gobiernan el presente.

Con mucho tiempo en su haber, profundizaría en esa «maquinaria» de teclas mucho más allá de ejecutarlo y «pasarle Blem». Con el aislamiento y la imposibilidad de llamar al afinador, él mismo aprendería a dejarlo a punto. Porque, sí, los pianos -asegura- tienen alma.

Y es que a veces es fundamental indagar en la mecánica de las cosas y llegar a su alma. Como cuando se escribe y no es necesario adornar o sobrecargar cada verso. Bien lo sabe este notable hacedor de canciones -con varios discos que transitan el folk, el pop y el rock con un dejo siempre tanguero-. Y tras improvisar la melodía de “El sueño que era una noche”, notaría que eso era lo que tenía para decir. No solo porque no precisara palabras, sino también porque desde allí se había vinculado siempre con la música: sentarse al piano y dejar que surjan melodías. Ya fuera para ser cantadas, olvidadas o sencillamente descartadas. Con una Tascam, una mandolina, alguna percusión y no mucho más al alcance, lo que quería decir estaba en las teclas. Pero él -contará- no veía doce por octava sino seis. El mundo ya cargaba con demasiado peso y el cromatismo se le antoja algo solemne.

Más allá de algunos pasajes, emergerían melodías llenas de luz, como el brillo natural de las notas más agudas que resalta la modalidad casera de grabación. Conciliando aires ibéricos con latinoamericanos, cruzando Buenos Aires con Hawái, eximiría su repertorio de cualquier virtuosismo en pos de la expresión y una aparente sencillez. Algunos coros -pensándose como sustitutos de potenciales cuerdas o vientos- otorgarían ciertos pasajes casi cinematográficos a lo que finalmente sería un hermoso y personal disco, que sin ser alegre no está exento de cierta brisa redentora. El disco instrumental de alguien que llaman -no sin razones- cantautor. «Melodías favoritas» es el nuevo de Javier Maldonado, quien entiende que una palabra atinada puede significar algo... pero una buena melodía puede decirlo todo. O no decir nada, ¿y qué más da?

«Es lo que siempre hice -introduce Maldonado-. Las canciones siempre las compuse del mismo modo. Mi forma de acercarme a la música fue a través de improvisar en el piano. Sentarme un rato y tocar». Y explicita: «Solo que para hacer otros álbumes les ponía letra. *Melodías favoritas* me descubrió en la pandemia confinado en mis cuatro paredes. Y al no tener muchas palabras que decir, que opinar, no tener alguna razón para cantar, brotó la música y básicamente las melodías. Por soledad, aburrimiento y por amor».

«Creo que me debía hacer un disco de piano -reflexiona Maldonado-. Y lo hice en mi casa. Mi casa es mi melodía favorita. Lo grabé acá el álbum. Me junté con vecinos, como Manuel Caizza. Uno no se podía juntar con nadie. Le mostré y decidimos grabarlo. Fue grabado sin cables, con una Tascam». Eso genera una sonoridad que no pierde en calidad sino que gana en calidez. «Se escucha el pianista. El piano es posiblemente uno de los mejores inventos del hombre. Toda esa maquinaria, todo ese engranaje, esa máquina de madera produce ruidos.

También tiene alma. Los pianos expresan, los pianos cantan, brillan y se ponen opacos. Y también mueren. Tienen una vida útil donde algunos la pasan bien y otros mal».

Al concentrarse en la fluidez y la emoción más que en la complejidad, en cierto modo podría tratarse de canciones. «Desde ya. Son piezas melódicas. Tienen la duración de las canciones. Es cierto que cuando haces música instrumental quizá los juegos que lleva la melodía líder está sometida al instrumento por el cual está interpretado. Haber estudiado bastante solo y no tanto con maestros o estudiar bajo preceptos como la improvisación hizo que configurara un estilo que lleno de deficiencias y lleno de limitaciones. Pero al fin al cabo es el estilo y eso quería mostrar. No tocar a la manera de tal pianista o tal otro porque no lo sé hacer. La música es la que podemos hacer, la que nos sale. No tiene engaño». Y extiende trazando analogías entre la escritura y el instrumento: «El estilo es así. El piano te ofrece todo en la primera cita. Diez dedos por cada vez que bajás. El asunto es bajar de dos en dos. Antes quitaba palabras para generar silencios y espacios. Acá saco acordes para poner bicordios».

Yendo a lo estilístico, «me gustaban la bases de Hawái sobre el piano. Fue concebido a ver si podía mezclar esas bases con mi forma de tocar el piano. Esa fue una premisa estética. Por mi gusto musical, por elegirla y porque tenía la curiosidad. Más allá de los temas más oscuros. En 'La inmortal' se puede escuchar una música medieval, con una base que tiene su hip hop. La música melódica está limitada por notas. Decidí no utilizar todo el piano. Pienso que cuando miro el piano no tiene doce por octava. Tiene seis o quizá menos».

Según expresa, el disco tuvo que ver «con el mundo exterior y el mundo interior. Yo soy una persona hogareña. Estoy acostumbrado a estar en mi casa. Y a estar sereno. A pasar horas haciendo algo concreto y sin mucha ansiedad. Algo que los músicos hemos aprendido, creo, es a generarnos nuestro propio entretenimiento y aislamiento. De alguna manera estamos preparados. Porque podemos inventarnos el tiempo. Podemos sentarnos y pasarnos un rato trabajando en algo que no es necesariamente útil. O quizá lo pueda ser para uno y para los demás».

[ENLACE MÚSICA](#)

TÍO VALEN | Un viaje interestelar con la tarjeta SUBE...



junio 29, 2021

“Esta es la canción que las estrellas han cantado/ las estrellas vieron todo”. No era una estrella, pero casi. Aquella noche en el Centro Cultural Winer, de Rafael Calzada, todos cantaban sus canciones. No las de El Bondi, la banda que había liderado hasta hacía poco. Coreaban aquellas que había estado tocando en un cuarto de Villa Elisa, en lo de Seba.

Y es que –a decir verdad– se la pasa tocando y cantando. Ya sea aquel Camping de Ingenieros de Mar Azul hace unos años o en cualquier cosa que se parezca a un fogón, ha adquirido el rito. Y el oficio. Como en esta pandemia cuyo tramo más aislado lo pasaría en lo de su padre y –estima– compondría “una canción todos los días”.

Y todo el día. Porque cuando toma el 273 letra G, la mitad de su mente suele estar pensando una melodía nueva que posiblemente grabe en su celular. Más precisamente en

“Horarios”, el grupo de WhatsApp que creó para enviar recordatorios pero que –como todo en su vida– sería copado por melodías. Y es que el joven –que además toca la batería– no cuenta con estudio casero ni esas tecnologías. Lo suyo, contará, es tomar la guitarra y estar cinco, diez o los minutos necesarios sobre dos acordes hasta que llega la canción. Dos o muchos más. Quizá sea Mateo o El Príncipe o las cantidades diversas de músicas que escucha, pero últimamente su Lyon negra se llena de acordes, aunque sin pretensión, solo con fluidez. Del mismo modo que las imágenes más cotidianas se conectan con el cosmos.

La otra mitad de su mente, por cierto, suele estar en las estrellas. No porque desvaría, sino por una suerte de recurrencia existencialista que recorre su cabeza y su joven obra. No es una estrella, pero pareciera estar viéndolo todo con jovial fascinación y capacidad de absorber. Así es que en este fan de Charly y los Stones se pueden cruzar coordenadas con el lado más candoroso de Almendra y los primeros discos de Los Piojos, con una voz expresiva que a veces suena rasgada y otras dulce. Como una artesanía rara –algo sofisticada para un puesto de feria pero muy callejera para la alta orfebrería– sus canciones cruzan universos sin prejuicio, porque el universo en sí es la canción.

Así es que entre decenas y decenas, escogería a fines del 2019 esas que cantaban en Calzada porque Ramiro las había grabado en un celular. Y de golpe habían circulado por WhatsApp. En ellas parecía haber un relato más allá del género. Inclusive más allá del sonido orgánico y electroacústico que generarían con la producción de Juan Pedro Dolce. Una especie de conexión entre lo íntimo y lo inmenso. Algo que podría denominarse “Clapipuscuo”, aunque digan que la palabra no exista. “La RAE me quemaría en la hoguera”, contará riéndose sobre ese vocablo que inventó jugando con *Arial 11* en el *Paint* pensando la portada. Y así llamaría a su cálido y bello disco. Porque a Valentín Macchi o Tío Valen le gusta mirar el mundo. Pero lo que no encuentra en este, lo inventa o busca en otro.

“Es la relación entre lo más íntimo y lo más inmenso. El alma y el más allá –introduce Macchi–. Y en el disco se mantiene bastante eso. Lo mantuve en todos los temas. ‘Galletitas de almidón y una luna de Plutón’, por ejemplo. Medio visual. Y hay como un romance con la luna”. Pero aclara: “En verdad no lo pensé al principio. Los temas me salieron así. Lo elegí porque tenían en común esa onda íntima”.

Por eso junto a Juan Pedro Dolce eligieron una estética adecuada, con un tratamiento orgánico y despojado de grandes efectos. “Buscamos que suene medio fogonero, que se escuche el toque. Entonces encaramos un tema y por ahí le sumábamos un bongó o unos detalles y después construyendo. Es un disco muy enfocado en la voz. Es como el eje central y los instrumentos son pinceladas alrededor”.

Por eso repite: “Fogonero sería la palabra. Yo tampoco curtí mucho la onda electrónica, así que lo que lo que hice fue mantenerme fiel a lo que sé: tocar instrumentos. La viola, percusión, que suene así tocado. Me gustaría en proyectos futuros meter otras cosas. Pero para estos temas los veía así fresquitos y orgánicos”. Y ejemplifica con “Los programadores”, esa canción donde deja más en claro una visión sobre un mundo que pierde la sensibilidad. “Cuando

lo hicimos pensé: vamos a meterle un sonido de computadora. Y después, acorde a la letra, entendimos que era todo lo contrario. Entonces agarré una flauta e improvisé unos sonidos raros. Luego metimos unas trompetas locas. Pensamos en sonidos de naves espaciales de películas viejas y al final hicimos todo artesanal”.

Según cuenta, el disco cuenta con “mucho arreglo improvisado”. Esas canciones que imaginaba a voz y viola acabarían acompañadas por el mismo Dolce (guitarra, percusión, bajo y charango), José Simone (pianos y sintetizadores), Rodrigo Bernier (batería) y las participaciones de Caro Conzonno, Fabian Passaro y Facundo Codino. Esperando el regreso a los escenarios, Tío Valen ya tiene formada su banda (junto Alejo Passaro, Natalio Stente, Felipe Acuña, José Simone y Justo Lynch) para seguir adelante con su viaje.

[ENLACE MÚSICA](#)



Abril 27, 2021

“No quiero ser parte de lo que ya fue otro/ No quiero ser parte de lo que no llama/ No quiero ser parte de lo que ya fue otro/ A mí de lo que sobra no me da” (“Atlántida hundida”). Dicen que Aristóteles dijo sobre la mítica isla: “El que la soñó la hizo desaparecer”. Sabrá mejor si así fue Desaria, quien desde hace un tiempo dedica tiempo no solo a escuchar música rusa, pop español o hiper pop sino a leer sobre civilizaciones antiguas. Casi con el mismo empeño que se sirve cada noche de su cuaderno Gloria de 80 páginas para anotar los sueños, apenas despierta.

Del mismo modo que en su cuarto de Ensenada conviven la strato blanca y el equipo “de Van Halen” con los proyectos de Ableton, hay una idea no lineal en la concepción del tiempo. Una idea donde el pasado no desaparece, sino que está ahí para servirse de él. Como cuando los sintetizadores y la concepción electrónica no descartan la irreproducible vibración de las seis cuerdas o el pulso vivo de la batería a cargo de Gregorio Jáuregui. El pasado está ahí para decirle las cosas en la cara. Porque en gran parte de las canciones de este ahora trío, pareciera haber un interlocutor tácito que bien puede representar a un otrx o las propias partes no deseadas del narrador. “Salgan de acá/ No vuelvan más/ Hasta que esto no termine en otra cosa” entona la voz histriónica de Desaria, y al igual que muchos de sus versos parecen tanto confesiones personales como consignas colectivas.

Con marcado espíritu de época pero enfocándose en su propia búsqueda, Agustín Buaon –a cargo de gran parte de los sintetizadores– incitaría a sus compañerxs a adentrarse en la composición digital, también forzadx por el aislamiento. Pero esencialmente por una búsqueda que llevó a lo que originalmente era una banda marcada por el rock guitarrero y casi *setentoso* a la artillería de pop bailable y catárquico que resuena en el flamante “Dímelo”. Todo bajo una estética cyborg que dialoga con el presente y que proyecta el futuro –para Fus Delei y para todes– como el mejor lugar del cual formar parte.

“Es nuestro álbum cyborg –define Desaria–. Es un álbum de diez canciones donde predomina el pop. Algunos temas van para el lado del rock, pero todo bajo el lenguaje y el sonido de la música electrónica”. Además de sonoridades, la electrónica impone lógicas de producción distintas a las de la sala: “La idea fue desde un principio que –en vez de grabarlas en un celular e intentar sacarlas luego– plasmar las ideas desde cero en un programa. Así que aprendí a usar sintetizadores, lo básico y necesario. Hubo mucho juego de efectos y filtros, lo que abrió más el panorama sonoro de lo que hubiera sido el disco”. Desaria cuenta que “los temas que armé yo de cero los pensaba en formato canción, pero con la estructura está de que, por ejemplo, se puede loopear tres veces para que te meta en el mood del tema. En ‘Hilo de plata’ lo había armado de una manera y Agustín me dijo: si se repite más veces el riff y las vueltas va a hacer que una vez que entre la voz ya esté en sintonía. Son recursos de la electrónica, desde ese lado de ir llevándote en un viaje”.

De todas maneras, las letras se impusieron más allá de los recursos: “Yo no quería que la estructura me haga escribir más o menos. Lo que importa en este caso es el mensaje o la letra en sí y que a partir de eso se acomode”. En esas líricas, la artista tiene presente el vaivén entre lo personal y lo universal. “Me gusta que una letra esté de alguna forma camuflada en cuanto a lo personal y que cualquiera pueda sentirse identificada o representarse en la letra. En el momento si alguna es algo que demasiado y yo sola voy a entender, lo descarto, si no me lo guardo para mí”. Y le gusta la idea de que muchas canciones poseen una suerte de adversario ideológico: “Puede ser. Una lucha contra las partes propias”.

Respecto a una mirada integral de “Dímelo”, “me parece que hay como un relato. Quizá no muy claro, pero que sí se terminó generando en el orden de los temas. ‘Joda de techno’ es como un prólogo. Después viene una parte súper efervescente y de pop luminoso. A la mitad se empieza a poner más oscura. Y con los temas del final se disipa y viene la luz. Quizá no tan directamente, pero me gusta ver los últimos temas como una luz al final del túnel”.

En un claro ascenso, la banda se despegas de algunas etiquetas. “Me parece que no estamos forzando esto ni acomodando las cosas para ser parte de la movida. Me parece que esas etiquetas son cosas del que escucha o no esta en la banda. Creo que fuimos yendo para donde queríamos sin importar qué esté pasando en La Plata, Capital o en Argentina. Durante todo el proceso del álbum estuvimos mirando para acá y distintos países. Escuchando música rusa, alemana, pop español, hiper pop de Los Ángeles. Me parece que es lo que más alimenta, en vez de mirar qué pasa en la escena actual argentina”.

Para el cierre, Desaria analiza la idea general de “Dímelo”: “Lo que predomina es querer remarcar que lo que fue antes ya no existe y que lo que está ahora es lo que va. Hay mucho futuro, mucho futurismo. Pero estuve muy interesada leyendo sobre civilizaciones antiguas o sobre los mensajes del pasado para reutilizarlos con las herramientas del presente. Por más que hable tanto del futuro, no significa que haya que olvidar el pasado”.

[ENLACE MÚSICA](#)

MATÍAS ANGELINI | Hablando de mi generación



Enero 12, 2021

“Nada está dicho/todo es rumor”. Sus ojos fascinados recorrían las páginas de la Rolling Stone y aquellas fotos de Bruce Davidson sobre una novela de la generación beat. “Gente joven en blanco y negro, en la parte de atrás de un auto, besándose en la ruta”, evocará. “¡No puede ser cierto!”. Tras indagar un poco, compraría en la librería Henry “En el Camino” sin saber mucho más. Pero aquella revista decía que “Kerouac tenía ritmo”. Y para un melómano eso era–según graficará– “como pan caliente”.

Cursando el último año en el Claret de Bahía (colegio religioso donde su único aliado en asuntos musicales y amigo la actualidad sería Pedro Subieles) posiblemente su sed de caminos y agitación aún no estaría saciada. Aunque jamás olvidaría aquel viaje en el asiento acompañante de su padre, yendo a Pehuencó, sin la VTV y eludiendo velozmente a la policía caminera mientras sonaba “Nos siguen pegando abajo”. Charly siempre había estado, junto a Fito o Serú, en el walkman negro que sus progenitores le habían dado al pequeño que gustaba de llamar a las radios a pedir temas. De hecho, el empleo de su tío como operador de la LU2 AM 840 habilitaría numerosos y variados cd’s o compilados que irían de Norah Jones a Madonna pasando por Talk Talk o Pet Shop Boys. No extrañaría que a eso de los 12 ya tomara clases de guitarra con una señora que lo dejaba en un cuartito sacando aburridas escalas, con la misma criolla que resistiría muchos años después los primeros y difíciles años en el Mondongo.

Su encantamiento asumido por la figura de “estrella de rock” lo acercaría más bien a ser autodidacta y juntarse poco después con otros amigos a tocar covers y comenzar a llenar un bloc con los primeros bocetos de canciones. Y es que el joven afecto a las libretas –capaz de

recorrer la ciudad buscando específicamente las Ledesma de portada con lunares, anilladas y sin renglones- cultivaría desde siempre un vínculo tan o más intenso que con la música. Otra colección-la de libros, de su tía periodista- resultaría reveladora al punto de comenzar a leer con apenas cuatro años. Mitología, El Señor de los Anillos o una biografía de The Beatles. Posiblemente toda esa información lo condujera a estudiar y dedicarse al periodismo en La Plata.

A mediados de la década pasada no solo quedarían en su ciudad aquellos discos y libros sino también su novia, su primera banda y un puñado de canciones. La telecaster roja tampoco lo acompañaría a aquel departamento por cierto temor que le impartía el nuevo barrio. De pronto, parte de aquella intensidad anhelada se materializaría: desde la incertidumbre de soledad hasta el oficio temprano en un reconocido diario y todos esos recitales siguiendo a Pérez o los Volcanes casi con el mismo amor que de adolescente sentía por The Kooks. “Creo que esos dos años viví en Pura Vida”, bromeará sobre esos tiempos que irían colmando sus libretas al igual que el celular y una carpeta de maquetas en la compu llamada “Propios”.

Pero el desarrollo de su oficio y esa moneda que es la duda postergarían un tiempo lo inevitable: grabar un disco. Y por un disco entenderá un universo. Con Germán Vázquez (Erich Larsson) como aliado en la producción, transferiría la conciencia beat a su tiempo, generación y sonido. Entre el pop y la poesía, el rock y la balada, guitarras delicadas y teclados omnipresentes construyen una atmósfera que concilia oscuridad con cierto brío jovial, tal como la noche envuelve los cuerpos palpitantes. “Bailame, que todo es porvenir” declama en uno de los siete tracks de “Beatnik”, primer disco en largo camino por delante para Matías Angelini.

“Yo creo que fue una necesidad- introduce Angelini al disco-. Porque tenía la pulsión. Me daba más tristeza no hacer un disco que el miedo a concretarlo. Todo ese temor torpe de no estar a la altura y todas esas cosas que durante un tiempo combatí hasta que dije: no da para más”. Y agrega: “También es un gesto hacia toda la música que escuché en mi adolescencia, que creía necesario, que estaba cruzado por eso. Mi adolescencia, mis primeros años en la ciudad... viene por ese lado”.

Pero el gran disparador fue “encuentro con la literatura de la generación beat que -en algún punto- me hizo entender mi juventud, este deseo de hacer cosas y que no queden entre las paredes de mi casa”. Según cuenta, “las canciones ya las tenía escritas. Y los discos que más me gustan son los que abrazan un concepto. Andar explicando las canciones me parece innecesario. Pero en un momento me armé una playlist cuyo título era ‘Beatnik’. Lo miré y pensé: tiene todo el sentido del mundo. En cierto modo estaba narrando lo que me pasó con el libro. La literatura beat plagada de duda, pero una duda activa. Reflexionando sobre no entender bien pero a la vez estar en movimiento. Eso me parecía fascinante: el amor, la amistad, encontrar otros lugares, otra gente. Esa transferencia: yo llegando a una ciudad nueva completamente solo y de golpe con gente fascinante, habitar un espacio que era todo novedad. Esa conexión yo la sentía desde ese lugar”.

Respecto al proceso y la búsqueda musical, Angelini cuenta que primero escribe el texto y luego musicaliza: “Estoy educado a partir de eso. Será culpa de la gráfica”. Y agrega: “Después trato de buscar una musicalidad. En mis canciones el relato es tan importante o más que la melodía”. Al advertir que no podía o quería hacerlo solo, el resultado provendría de la fusión de algunas referencias (Phoenix, Metronomy, Pet Shop Boys, Kooks), las herramientas a mano (Ableton e instrumentos prestados) y el productor. Lo que siento es que la producción está muy a la par de cómo escucho música. El concepto es lo une pero no tanto del audio. Yo puedo escuchar new wave o después Arctic Monkeys y paso a Bob Dylan o Alan Parsons. Parte de la forma en la que consumí música, que no fue tan atada a un género”.

De cara a un futuro incierto para todes, no descarta la posibilidad de tocar. “Si se presenta la posibilidad voy a estar. Tengo que ver cómo hago. Son temas muy densos. Debería armar una banda o tirar una pista, algo que no sé si me conmueve”. Y confiesa: “Igual ya no lo habito. Estaba más deseoso de sacármelo de encima. Tengo treinta temas nuevos y la idea de un disco que se llamará como el personaje de Olivia Newton en “Grease”: Sandy Olsson”.

[ENLACE MÚSICA](#)

MIGUEL WARD| El aire de algo sin cuerpo



Enero 5, 2021

“Saltar un paredón y meterte en una casa abandonada”, evocará. Un plan de aventura con los amigos de la primaria, cerca de Parque San Martín, entre paredes descascaradas y restos de alguna revista indecente. Con la misma fascinación intacta- que inclusive llegaría a ser motivo de terapia- cruzan su mente infinidad de lugares “profundamente deshabitados, en ruinas o en construcción”. Como aquellos galpones de Tolosa que alguna vez acabarían siendo locación de algún registro de los 107 Faunos. “En esa soledad o silencio había para mí un tiempo que no transcurría. No era temor, no era una cosa ominosa. Sino todo lo contrario... me servía ese silencio”, reflexionará. Quizá, en cierto modo, una canción no sea más que eso: una mezcla de refugio y soledad donde la luz se filtra entre las grietas.

También recordará los Frigoríficos Swift Armour que deslumbrarían sus ojos de ocho años en alguna visita a Berisso, cerca de la costa. Y es que tanto el río, las ciudades y el tránsito conforman parte esencial de su imaginario. Pero nada más alejado a lo costumbrista, figurativo o sentimentalista. Por lo contrario, sus canciones expiran cierta ligereza que no tiene que ver con la liviandad sino precisamente con el aire. Ese que respira entre palabra y palabra, versos y verso y que quizá represente la esencia poética: lo no dicho. Algo así como los pliegues de una imagen proyectada en el agua que convierten esa supuesta verdad reflejada en algo inasible, dinámico e indefinido.

“Ya no corro más, no persigo ni me divido por hacer cumbre cada viejo clan” entona este compositor de melodías adorables y voz clara. Tras “Rayo Lento” (2019), repetiría la dinámica del EP donde hay tanto una continuidad como una profundización. Con la coproducción de Edu

Morote y las guitarras de Juan Artero, las canciones de apariencia pop se nutren de sutiles capas y texturas para acompañar una guitarra siempre presente y una voz que, entre ligeros delays y efectos, flota entre versos signados directa o indirectamente por este extraño 2020. “La ciudad es un gran lago congelado que se está resquebrajando y ves desprenderse un témpano a la deriva”, corean junto a María Zamtlefjer en “Ola Polar”, uno de los temas que conforman lo nuevo de Miguel Ward: “Sombra en el agua”.

“El trabajo o la visión respecto a esto es la inminencia- refiere Ward al título y al concepto-. Un estado en el cual algo indefinido se acerca, emergiendo, viendo si es amenazante. Tiene que ver con el estado de incertidumbre o repliegue que tuvimos todo este año. La mayoría de los que pudimos zafar nos replegamos y quedamos esperando noticias de un mundo lejano. Como una cosa aldeana y de núcleo duro , en el cual los días iban pasando, pero la carga de querer saber sobre el afuera era muy fuerte. Esa noticia puede traer algo revelador, algo malo, algo intrascendente. Toda una situación con esa expectativa, como una cuestión de una inminencia pero algo indefinido”.

Como hemos señalado todo se abreva de manera perfecta en el título. “Primero quería que fuera en singular, para hablar de un objeto definido, y único. A la vez pueda ser algo que venga desde el cielo o emerja del fondo”. Y respecto a la intención poética expresa: “El trabajo con las palabras es un gusto y una decisión estética. Un poco es pulir, tallar, siempre desde el lado de la poesía. No buscando figuras reconocidas o métricas, sino que sea verso libre y que tenga una poética que lo cruce. Pero pararse del lugar del poeta me parece pretencioso. Sí la idea de la poesía tan sustancial a la música, cruzadas en el lapso de tiempo de una canción pop”.

Respecto a lo estrictamente musical, Ward analiza: “Me parece que la búsqueda en gran medida fue sustraer elementos. Trabajamos bastante con los silencios, lo *desabarrotamos* de arreglos y sonido. Aprovechar esos espacios que se fueron abriendo para que los timbres y los sonidos acompañarán y acrecentarán los climas. Son tres canciones juntas tienen una cuestión de pequeño arco. Me gusta esto del EP. Es una pequeña narrativa que vas pasando por estadios no ordenados o secuenciales, pero tienen una idea de mini viaje. Y también está acotado a los tiempos de escucha actuales”.

Para ello Eduardo Morote (Sr. Tomate, Sara Hebe, entre otros) tuvo “mucho protagonismo en la producción. Es una relación buenísima. Un jugador destacadísimo, que sabe trabajar en equipo y tiene sugerencias muy certeras. Fue trabajo de limpiar audios, de lo que no servía, de montar piecitas muy concretas. Edu sumó teclados, bajos, baterías, percusión”. Parte de la coloratura especial del EP reside en las guitarras, que remiten tanto a War on Drugs como a Limbo Junio, banda que supo liderar el mismo Juan Artero: “Son como un regalo. Una especie de enjambre, un nido de águilas, una cosa hermosa que te va llevando medio cabalgata. En esos momentos Juan estaba muy copado con el chorus y hay mucho detalle si escuchás con auriculares”.

Si bien apunta a “la canción”, Ward se desprende de etiquetas: “La matriz siguen siendo canciones hechas con guitarra y con el patrón definido de armonía y melodía de voz. Eso

después va dando un marco y vamos sumando elementos. Ese esquema de tiempo, esa unidad de medida que es la canción, me sigue pareciendo una síntesis genial a rellenar. Pero sacarle el andamiaje estilístico. Que pueda funcionar más allá de eso, que es medio coyuntural las modas o las tendencias. Pensarla más como una artesanía. Una canción pop que no sea una lavandina pero tampoco un manifiesto de estilo. Que el foco esté ligeramente corrido”.

[ENLACE MÚSICA](#)

LUCÍA KLEIN | Vuelta al mundo (propio)



Diciembre 11, 2020

“Quiero irme en un avión/y siempre vivir de día”. Se definirá más de una vez: “Siempre fui de ir y volver”. La niña que a los doce años aprendió a manejar en el Dacia de su padre o que a la misma edad tomó sola un primer vuelo a Venezuela, siempre sintió la necesidad de moverse. Inclusive para salir a los 15 del show de “Chiquititas” en el Gran Rex y terminar la noche sujetando la tabla de Nekro en Unione e Benevolenza. A Fun People -su puerta de ingreso a The Smiths- los había descubierto en una quinta gracias al discman de Santi, su amigo o novio o algo así. Desde entonces un mundo de festivales hardcores poblarían de stickers la criolla comprada en Ensamble Musical que le habían regalado para su cumpleaños de 14.

Y es que desde chica lloraba y rechazaba las muñecas que le obsequiaban. Se fascinaba más bien con esas cartucheras con teclados o la flauta dulce con la que enloquecía a su familia en la casa de Barrio Cementerio. Antes y después de aquel primer cd de “Imagine”, estaría la música omnipresente. Aunque las canciones propias llegarían con la Martin acústica y serían más propias aún tras aquel gran dolor de corazón roto en 2012. Títulos como “Hoy me dediqué a extrañarte” y otros versos sobre tomar whisky y amargarle al balcón delinearían un repertorio signado por los vínculos y gradualmente depurado por la madurez, la estética y la poética. Y es que generalmente las canciones -comentará- surgen de textos en cuadernos o, actualmente, en notas de voz. Muchas veces casi como un rapto, al punto de no recordar exactamente cómo surgieron.

Antes y después de estudiar turismo, la idea de ir y volver también estaría tan presente como el mapa que tiene en su departamento céntrico y en el que va tachando los países por los

que anduvo. Barcelona sería un destino recurrente desde aquella primera vez tras ser despedida de Nerdkids alrededor del 2006. Y es que viajar, reconocerá con el tiempo, siempre fue una forma de escapar. “De relaciones turbulentas”, acentuará con detalle. Desde entonces se alejaría de la escena más no del arte, rodeada siempre de libros y con trabajos como el del primer hostel de la ciudad: Frankville.

Precisamente recibiendo equipajes, pero en una tienda de lockers del centro de la capital catalana, se encontraría en 2019. Hasta que aquello de “ir” le recordó violentamente que la otra parte es “volver”. Una fractura en el peroné la subiría a un avión de regreso y la bajaría a un pozo sin trabajo, sin poder jugar al fútbol y sin hogar. Literalmente detenida y sin rutas abiertas recordaría que hay algo quieto que sin embargo nos hace florecer: las raíces.

“Supuse que era un buen momento/para navegar por el reino del mal/no buscaba nada y te encontré/te tenía sin saber”. De a poco se reencontraría con la ciudad y también con las canciones. Como esa tarde en el comedor cuando al ver a su gato Haruki se preguntó: “¿Cómo no le hice nunca una canción?” Y el tema saldría igual que los venideros: “Como vómitos, como cartas”. Tras la experiencia de “Amb el cor” (2018) recurriría a Pedro Lacunza, con quien había forjado una amistad desde que colaboraba “medio manager” con Las Trampas. Lo que suponía un single en septiembre se convertiría en un EP con cuatro canciones delicadas y emocionales entre melodías y arreglos sutiles, atravesadas por la compañía y la ausencia como tópicos. Y donde su voz afable y sincera se enlaza con colaboraciones de Paula Maffía, Gato Sisti Ripol, Pitucardi y el mismo Lacunza. “Mapa” sería el nombre de este precioso y breve disco donde Lucía Klein traza las coordenadas de su propia sensibilidad. Y donde -como toda viajera sabe- vuelve solo para poder seguir yendo a otro lugar.

“Esta cuestión de estar tan parada físicamente -cuenta Klein- hizo que pudiera concentrarme en la creatividad. En el encierro, viviendo con mi vieja la mitad de la cuarentena en su departamento, sin laburo... creo que todo ese quilombo y lo que venía cargando influyó. Y la adopción de Haruki, que fue lo que terminó de salvar este año, posta”. Como ocurre con su obra, sus procesos personales se traducen en lo artístico: “También fue un poco reconectar con amigos, con Paula, Gato, gente que conozco de toda la vida. Y ni hablar Pedro, a quien recurro cada vez que tengo una idea”. La sociedad con Lacunza no solo fue fructífera sino veloz: “Salió muy rápido todo, en tres meses”.

“Estoy absolutamente atravesada por los vínculos de todo tipo -reconoce sobre sus tópicos principales-. Sobre todo amorosos y desamorosos, que me han marcado a fuego. Mis canciones siempre fueron muy catárticas”. Igualmente, hay cierta sutileza en sus líricas que la salvan del *sincericidio*: “En mi caso fue un proceso recontra natural. Este crecimiento no solo de edad, sino que hay toda una maduración desde el amor y el lugar que pongo instintivamente a los vínculos. O yo no permito que me lleven al *sincericidio* y le doy una vuelta de rosca. El *sincericidio* queda en terapia y vienen a colaborar artísticamente esas cuestiones, para producir cosas más copadas. Y más quizá genéricas y generacionales, que puedan ser interpretadas no tan personales”.

“Un mapa –según expresa el comunicado y reafirma ella– es una representación gráfica que nos facilita la ubicación de los lugares que buscamos. Es también un conjunto de partes que forman un todo. Las canciones que integran este EP son las provincias de mi país. Hace tiempo me buscaba y creo que me encontré”.

De cara a una posible presentación, expresa: “No me entusiasma mucho la idea de hacer un streaming en vivo. Muy probablemente grabe la presentación del disco en alguna terraza con poquita gente invitada, lo filmemos y quede ese registro. Aunque claro, me encantaría tocarlo en vivo en algún centro cultural, o incluso en alguna terraza con más amigos”. Y cierra: “No me gusta mucho estar sola en general, y amo tocar en formato banda. Así que en mis planes cercanos está la idea de armar una especie de convocatoria, e invitar a quienes hayan gustado de Mapa, vivan en LP o alrededores, toquen guitarra, bata y/o teclados y tengan ganas de empezar a ensayar para acompañarme en las canciones que ya existen y en las que vendrán”.

[ENLACE MÚSICA](#)

LUCHAS FINOCCHI | La pregunta es...



Noviembre 26, 2020

“No creo en esa suerte de revelación que viene ya sin hambre ni rencor/Me hice profeta en barrio que no es mío/Me puse la llanura como escudo/tiene que haber un fuego que se precie/quisiera ver cómo desaparece/ que solo quede el viento erosionando el tiempo” (“Revelación”).

No sé cuándo vamos a poder tocar, pensó. Capaz que hasta dentro de dos años, se respondió. “Se me va quemando el día mientras sigo sin hacer lo que tengo que hacer para dejar de pensar”, cantaría luego. Corría agosto, había atravesado la pandemia-igual que muchos-en estado de espera y pensó que era hora de accionar.

Quizá por geminiano o sencillamente porque sí, es de pensar bastante. De preguntarse y responderse, dentro de su cabeza o de un transporte. “Ese cruce de lógicas diferentes-dirá el

también conductor y productor radial-. Es uno yendo como en el western de la pregunta, que se va moviendo en un subte de mil personas para llegar a una radio cheta con olor a Poett y después vuelve a Tolosa profunda , con los pibes explotando los escapes de las motos. Y siempre sos vos con la pregunta”.

Si bien esos interrogantes afloran en sus temas, es verdad que no piensa demasiado mientras las escribe. Más bien, asegura, termina de comprender tiempo después lo que quieren decir esas canciones. Porque eso son: canciones. Más allá de los arreglos, del estilo o el pedal del solo, canción es lo que nace de la Blueridge. Y de mil guitarras más que la precedieron en su metódica afición por ellas. Desconocemos con cuál habrá escrito hace quince años “Infinito de amor” u otras más recientes que -por una razón u otra- quedarían guardadas. “Cada tanto digo: está buena-se reirá-. Son viejas...pero solo para mí”.

Y ante la sensación de soledad que atestó al mundo entero, el pensamiento cedería a la acción. Y es que el también poeta , actor y asador piensa pero hace. Ya fuera en algunos proyectos solitarios o reducidos como en Mostruo! ha hecho un camino y una marca en base a canciones...y discos. “Grabar es lo que más me gusta hacer. Si pudiera viviría de eso...”. Bendito mundo en el que un artista así no puede vivir de ello.

Pero tampoco sin ello. Con la banda detenida por aislamiento y su ensamble personal en incógnita por razones similares, uniría fuerzas con Gabo Ricci como coproductor para encomendarse a una tarea concreta y “abarcable”. Con la guitarra como base, abordaría un repertorio conciso y cohesionado. Melodías familiares pero no obvias-oscilando entre McCartney y Spinetta o Jeff Tweddy y Lebón- serían sostenidas por paredes de acústica y sutiles arreglos de eléctricas, contruidos como capas y proyectados desde el sustain de un teclado o las cuerdas. Un aire existencialista y espiritual lejos de la asepsia posmoderna fluiría sin el peso de la solemnidad. Pero sí sostenido por el valor agregado e inusual que tiene como cantante: profundidad. Con esa voz y esos arreglos, las viejas preguntas y las mismas cosas que siempre duelen se verían más expuestas.

“Revelación” sería el resultado en su búsqueda de hacer algo con este parate: nada menos un álbum breve, bello y sincero. “Es tan simple la acción que no alcanza”, reza “Amor infinito”. Y es que la acción, como el amor y las preguntas, nunca alcanzan. Y de eso se trata: de seguir en la incertidumbre. La vida consiste en arder en preguntas, decía un poeta. O como canta el mismo Lucas Finocchi: “Si tuviera una pregunta/tan certera que trajese una respuesta/no la haría yo jamás”.

“Es el disco que pude hacer en el contexto de pandemia-introduce Finocchi. Fue mi forma de salir del estado de estar esperando que pase esto. Para volver a la música y encontrar una forma de producir algo que quede y que tenga que ver con la época. Por eso la decisión de grabarlo solo. El 99% lo toqué yo, a excepción de un teclado de Tito Amoresan. Y tiene que ver- algo que me di cuenta después- con que estuvimos solos en este tiempo”. El músico reconoce que el sonido despojado acentúa el clima reflexivo: “Queda un poco más desnudo. Pero bueno: eso de que no quiero que sea solemne depende de quien lo escucha. Uno no puede controlar el

sentido de ironía o solemnidad del resto. Son canciones que tiene esas epifanías y revelaciones que en el momento parecen súper profundas pero que después son básicamente formas de encontrarse con uno mismo. Y ahí hay un existencialismo. Yo todo el tiempo me estoy preguntando cómo hacer para vivir”. Y añade. “Uno tiene que tener ganas y al final es lo más difícil de conseguir: la motivación. Las ganas de hacer algo. Si no los haces porque se supone que lo tenés que hacer. O porque sos empleado y vas de 8 a 16 y no te preguntas porqué lo haces”.

“Con el arte termina pasando eso-agrega-. Voy a hacer un tema solo porque hago temas. Y ya ahí no me convence... cuando vienen de la burocracia de uno mismo, no me copa”. Y extiende: “También está eso de quedarse comiéndose el coco. Uno sabe siempre qué hacer. Y no lo hacés o porque estás más cómodo en la neurosis, gozando del síntoma. Los últimos años venía en una situación medio cómoda y decidí volver a un lugar de principiante. Y me hizo bien. Estaba medio soberbio. Y la soberbia es una forma del cagazo”.

Este puñado de temas expiden desde lo melódico algo familiar pero a la vez fresco: “Tengo una regla: si se parece mucho a algo y no sabes a qué, vale”. Y agrega: “Creo que uno aparece en los detalles. No hay que preocuparse por la estructura sino en las singularidades: la forma de cantar, en lo que pongas y en lo que no le pongas”.

Respecto a la instrumentación, asume que “hubiese sido más simple grabarlo con la banda, ya que los habíamos tocado. Y acá tuve que empezar de cero. Pensar cómo lo toco, si poner o no un bajo o pedir alguna batería. Y al final fui para el lado de las guitarras. Armar capas con guitarras. Jugar a ver qué podía hacer con esos recursos. En eso de limitarse puedes encontrar un relato. Termina siendo más singular que otras cosas”.

A contracorriente del estruendo sonoro que son las redes y plataformas actualmente, el disco tuvo en pocos días una muy buena recibida: “Me dio la sensación de que le prestaron atención a la canción y la letra. Me pareció que el formato permitió más fácil conectar con eso. Yo hago canciones, pero a veces en la banda o los arreglos aparece más adelante el estilo que la canción. Para mí son siempre canciones, no divido por géneros. Y ahora tuve esa sensación de que había oreja. La gente estuvo escuchando más música, más tranquila en algún aspecto”.

Mientras evalúa con gusto si es posible una presentación en vivo, ya planea “grabar otro EP. Me gustó lo de grabar de a cuatro temas. Quiero hacer dos más. Me parece abarcable y el formato acústico es algo que tengo ganas de explorar”.

[ENLACE MÚSICA](#)

JUAN IRIO | Mutaciones



Noviembre 17, 2020

“Y el mundo en rebelión /sangre sobre el cemento gris/cambiaré de piel y seré también polvo fino en el aire”. Algo estaba cambiando y –entre globos y ceos –no de la mejor manera. No solo aquí, sino en toda la región. Esa sensación recorría su cuerpo y mente aquel 2017 en el que las canciones irrumpieron como una necesidad de hacer frente. Como la triste tarde noche en que el cuerpo de Santiago Maldonado fue hallado en el río. “Ah, el que te cuida te desaparece/ o al menos eso es lo que nos parece” escribiría y añadiría otras líneas igualmente potentes: “La luz en la caja, el opio de los pueblos/shhh, cuando es de noche somos todos negros”.

Posiblemente la haya escrito como el resto de las canciones que vendrían: con el ukelele. Caminando por una casa donde ya reinaba el pequeño Antonio y luego llegaría Paco, moviéndose y marcando el ritmo con los pies. ¿La música calma las fieras? “No, las vuelve locas...pero el ukelele no llegan a agarrarlo”, bromeará.

Y es que su mundo privado también estaba cambiando. ¿Por qué no lo haría su música? “Es parte de mi identidad musical la mutación”, dirá el hombre que con Thes Siniestros pasó de una ópera western bonaerense a discos de exquisito pop y rock. Con El Estrellero también había deslizado entre melodías adhesivas y metáforas parte de su posición ideológica. Pero ahora profundizaría ese recurso, motivado por movilizaciones como las ocurridas en Chile pero eludiendo versos literales y con fecha de expiración.

Inspirado en parte por “What’s going on?” de Marvin Gaye y la constatación de que el pop puede tener peso político, tomaría también el concepto del tropicalismo-movimiento cultural anti represivo que en Brasil concilió tradición y sonoridades de vanguardia- para adecuarlo a este tiempo y lugar. Con otros proyectos en el medio y una banda que armada para esas canciones que debió pausarse, serían recién en el 2020 que concretaría su misión.

Sin perder su propia tradición de pop barroco y canción de rock, añadiría no solo sonidos digitales sino también aires más latinoamericanos en sintonía con el universo planteado. Entre beats y psicodelia, ritmo y sustancia, imágenes tan cinematográficas como políticas y melodías tan clásicas como vigentes, ecos de dólar y vestimentas “blanco porcelana, víbora y jaguar”, lograría un notable relato... tan colorido como el rojo fuego de patrullero en llamas o un sueño donde los beach boys surfean las olas del trópico sobre un horizonte rosado. “Fábula” es el nombre del flamante disco de quien cambia la piel, pero mantiene una línea. Porque bien sabe Juan Irio que “cambio” es una palabra demasiado hermosa para que nos la arrebatase el enemigo.

“Es un disco que tenía ganas de hacer hace mucho tiempo-introduce Irio-. Desde 2017, cuando hice casi todas canciones hasta que pude grabarlo a comienzos de este año después de haber puesto pausa a todos los proyectos que tenía. Es un disco que necesitaba hacer porque me surgió producto de la coyuntura política nacional y Latinoamérica...que se vio reflejado en la lírica como nunca antes en mis otras canciones. Al mismo tiempo es un disco que cambia el sonido tradicional de lo que hago y lo lleva a lugares más actuales, más modernos... sin perder mi habitual gusto hacia sonidos más tradicionales como el pop barroco y la psicodelia».

“Como casi todas las canciones las compuse caminando tienen el propio ritmo de caminar-explica el artista-. Ese ritmo me fue llevando a sonidos un poco más percusivos y las coyunturas que me inspiraban las letras: Argentina, Chile, Brasil, Colombia, incluso EE.UU, repercutió en la lírica. Al momento de pensar que me estaba pasando como artista y compositor Y porqué estaba yendo a ese lugar que no era tan propio, se me ocurrió pensarlo desde el concepto fundacional del tropicalismo”. Y agrega: “Me di cuenta que podía usar ese concepto de cruce entre dos formas muy diferentes y utilizarlo para mi propio beneficio logrando una mezcla entre el pop barroco en desuso y un sonido más fresco en boga. Cuando tenía los temas compuestos armé una banda en la que había cuatro integrantes y que buscaba ese sonido. En ella estaba Baro en la parte de sintetizadores. Y ahí surgió la idea de que fuera el productor al momento de grabarlos”.

Con un pulsoailable por momentos, el disco suelta consignas poco ligeras como “Mierda inglesa”. “Eso es algo que siempre me gustó en la música pop-cuenta Irio. Cuando es capaz de desprenderse del prejuicio de música más pasatista, simple y *chiclosa* para agarrar un poco de contenido”.

Lejos de una poética panfletaria, la clave está en distinguir un mensaje claro de uno obvio: «Me parece que tiene que ver por lo general trato tópicos que son del ser humano, no de un caso particular. En estas canciones y otras hablo del opresor y oprimido, de las injusticias, de

lo que deseamos, del odio. Cuestiones que puedes aplicar a casi todo en la vida. Y eso hace que se pueda sentir interpelado alguien hoy... o en veinte años, cuando uno que tiene poder le pise la cabeza a otro que no tiene.

Otro recurso fue adaptar una narrativa en clave cinematográfica: “Pensé las canciones como escenas de película escenas de la Nouvelle Vague, que son simples pero al mismo tiempo de mucha carga emotiva y política. Me gustaba pensar las canciones no como grandes historias sino como pequeñas escenas de color. Y con peso ideológico. Todas tienen eso”. Y ejemplifica con “Pólvora y Sangre”: “Lo pensé como un travelling de la plaza del Mayo Francés hacia una habitación de hotel donde dos actores de una película de Goddard están leyendo una revista y después lo trasladé a Bogotá. Sentía que para el disco iba a ser más fuerte una imagen en América que en el mayo francés”.

Con una brillante tapa de Juan Fuji, el disco cuenta con numerososxs invitadxs: Agustín Buaón (Fus Delei), Antonia Navarro, Caro Conzonno, Lautaro Barceló, Elena Radiciotti, Renata Di Croce, Santiago Santiago y Luca Fontella. “Era parte del concepto porque sentí al comienzo de la grabación que el mensaje que tenía el disco era colectivo y no individual-argumenta Irio-. Y me pareció interesante abordar con mucha gente que no tengo un vínculo directo de amistad o cercanía. Sino que es gente que viene de diferentes lugares... diferentes generaciones inclusive”.

Con más de veinte años tocando, lo generacional no parece ser un tema menor. “Desde que comencé a tocar empecé a hacerlo con gente más grande. Siempre era el más chico. Y con el paso de los años hasta esta última etapa pasé a ser el más grande. Esto me hizo ver que música no tiene relación tan directa con la edad que uno tiene sino con cómo la identidad del artista puede sobrevivir al paso del tiempo. Esa identidad sigue siendo lo único que no puedo dejar de lado en la música. El que está sonando ahí es Juan Irio. Cambia de forma pero es Juan Irio. Es un concepto similar a los Siniestros cuando nos sacamos las máscaras. Hay un cambio. No soy un impostor. Sigo siendo yo, es parte de mi identidad musical la mutación, la experimentación, el coqueteo con cosas que no son tan propias”.

(Foto: Manuel Cascallar)

[MUSICA ENLACE](#)

FRANQUI QUIROGA | Delivery de barras



Septiembre 24, 2020

“El poder de la oración, el discurso y la intención/ya lo dije ´yo seré un jetón pero no un bocón´/y lo reitero mucho más amplio que ser rapero/si vocifero que no sea para puros peros”. Solvente y decidido pero no arrogante, sin barras de relleno ni de sobra, es curioso que haya empezado con las “tiraderas”. En rigor, el gusto por la música ya había emergido al poco tiempo de llegar desde Munro hasta el barrio Meridiano V. No tanto por los cassettes de Leo Mattioli o Django que el padre gastaba en alguno de los mil autos que tuvo, como aquel desvencijado 540 pick up. Quizá sí por otro auto, el del padre de un amigo camino a la Escuela N° 11, donde se fanatizaría con Los Redondos y quizá de allí –sospecha hoy– provenga cierto asunto con las líricas. La década del 2000 acuñaría varios signos de época, como los Todo X2 y el arribo del reggaetón. Los discos baratos combinarían ambas y a partir de artistas como Tego o Daddy Yankee persistiría atención no tanto al dem bow como sí a las rimas. Calle 13 sería otra referencia y junto a sus hermanitos comenzarían a jugar a escribir letras.

Pero al pasarse al Albert Thomas descubriría esas tiraderas o beefs (cuando dos artistas se “pelean” a través de temas) entre los ascendentes Fuerte Apache y el pionero Mustafá Yoda. Ya con internet y la posibilidad de descargar pistas, profundizaría y descubriría un mundo mucho más amplio. Ya no se trataría de insultos o berretines y saldrían canciones como aquella cuyo título olvida pero no su temática: un pibe de la calle, al mejor estilo Nach u otros artistas que estaban abriendo su cabeza. Y mucho más lo haría al acercarse al Teatro Argentino y aquellas batallas y cyphers de principios de la década pasada, donde formarían Consonantes Crew y empezaría a pisar escenarios.

Pero si bien contará que suele escribir sin muchos rodeos, lo suyo no sería el freestyle. La gimnasia verbal y su destacable capacidad para aliteraciones, juegos de palabras y punchlines provendría sencillamente de vivir en el mood 24/7. Ya fuera viendo una película e imaginando un sample o sacando frases de una conversación. Mucho más cuando dos años atrás llegó a la casa de Parque Saavedra donde junto a su socio y productor Laion Beats y Jeipi armaron su pequeño estudio: P.L.A.G.A, a puro FL y Cubase 5. Beat y lírica es mitad y mitad, asegurará. Por eso “50 y 50” junto a Laion surgiría en la era del single –y como ya escribimos en este medio– cual “sólido álbum donde el boombap y la vieja escuela no atenta contra el trabajo depurado de las bases ni versos que destilan realidad sin necesitar hacer bandera ni fingir vida de gangsta”.

Por eso al comienzo de esta cuarentena, al perder su trabajo no perdería su rumbo. “Chico Epecuén” provendría de “quedar en la ruina” y otras colaboraciones lo mantendrían cada vez más activo “luciendo la perla de la parla”. La trilogía conceptual con Extreinh y la colaboración con Tobiah en “Sin cargo” dejarían en claro, como los versos, que reparto de rap está intacto: “Delivery de barras para el que no quiera salir/ traemos más que palabras: un estilo de vivir”. Para adelante y sin peros, Franqui Quiroga: rapero.

“Martillo, yunque y estribo/lo más parecido a como hoy escribo”. El MC reflexiona sobre su estilo: “Creo que me sale natural esa manera de escribir. Tratar de buscar las cosas con algunos juegos de palabras. A veces más rebuscado, a veces menos. Tampoco es que lo mido mucho. Va saliendo”. La modalidad de composición, últimamente, parte desde “tener el ritmo, el beat o algún disparador. Es 50 y 50, porque el beat te genera un clima. Quizá no tenías la temática y te dispara alguna. Si se puede, a partir de eso lo que trato de hacer últimamente –sobre todo cuando trato alguna melodía o algo pegadizo– es tararear hasta definir una manera de fluirla. Y ahí empiezo a mandar la letra encima. Yo creo que me va saliendo, no sé si lo pulo tanto. Mientras lo voy escribiendo van saliendo esos juego de palabras, medio trabalenguas pero que terminan con un sentido. Tampoco es freestyle”. Respecto al sentido, “me pasa que elijo el concepto del tema y voy rapeando sobre eso. Me parece piola que al final del tema es como un conjunto de esas barras se arma el paquete”.

“Voy contento por mi grupo de personas que no sé qué nos crio pero el rap nos amontona”. Parte del crecimiento de Franqui ha sido saber acompañar sus lanzamientos con buenas producciones audiovisuales y armar un equipo. “Entendí un poco las maneras. Si bien es complicadísimo. Para todo necesitas un billete para dejarlo lo más profesional posible. Pero tratamos de darle la mayor seriedad y subir las cosas bien, con nuestros recursos. Últimamente entendimos que menos es más. Por ejemplo ahora tengo un amigo que tiene una cámara VHS.

Entonces buscamos la identidad que pega con el rap y sacarle jugo a la piedra. Si esperamos a tener siempre la mejor cámara, y que solo sea eso, estamos jodidos”.

Si bien evoluciona, Franqui sigue fiel al boombap y no tienen ningún conflicto con ciertas nuevas olas ni modas. “La verdad me chupa un huevo. A la vez está piola que pase. Un pibito empieza a escuchar a los que trece o más chiquito... entra por eso. Entra a un tipo de género. Creo que después van a ir creciendo y buscar otras temáticas, otros sonidos. Pero entrás un poco por lo más mainstream y depende de la búsqueda llega a distintos lugares. Así que por ese lado puede ser positivo”.

Y a la hora de definir su idea de rap, entre la conciencia colectiva o el culto al individuo, “creo que estoy en el medio de esas dos. Sé que es una herramienta que puede ayudar muchísimo a la sociedad y construir como movimiento. Pero a la vez esa actitud de guerrearla, de poder ganarte el pan con tu música, desde tu home estudio también me encanta. No me olvido de las raíces, de esa construcción social que se puede generar... pero también viéndola como una salida”.

[ENLACE MÚSICA](#)

PABLO MATÍAS VIDAL | Al final, la vida sigue igual



Septiembre 8, 2020

“Las estaciones pasan volando/con la violencia de un proyectil/Vamos tramando algo, acelerando/Si el precipicio te enfoca de atrás/¿Qué sombra das?”. Quizá haya sido después de un concierto solista, cuya convocatoria no fue la esperada. Y que hoy para qué, y que hoy pasará y que hoy me rendí. Algo que LE puede ocurrir inclusive a uno de los mejores y más prolíficos compositores de la ciudad, ya fuera al frente de Los Valses actualmente, de Orquesta de Perros u otros proyectos colectivos o solitarios. Quizá fueron algunas pérdidas irreparables, de esas que obligan a reformular todo. Algo que también puede pasar a cualquiera, pero aunque sabía que ocurriría, había llegado hasta allí con la fortuna del “plantel completo”. Con todo un precipicio por detrás, solo restaría mirar al frente.

“En tres palabras -escribió un tal Robert Frost- puedo resumir cuanto he aprendido de la vida: esta sigue adelante”. Desde esa frontera llamada mediana edad, habría que tramar algo nuevo. Tal vez del mismo modo que sus canciones: piezas construidas con cuidado casi orfebre, narradas en pequeños planos con sutileza y elegante poética. Pero donde el relato no está acabado y entre sus huecos respira ese elemento esencial que es lo imponderable. Las canciones, como la vida, desafían cualquier intento de control y hay que aceptar que parte de ellas no dependen de uno.

Aun así cuando pergeñó el muy recomendable taller de canciones que hoy lleva a cabo donde a pesar de su experiencia se posiciona “no tanto desde la docencia sino como alguien que contagia el entusiasmo”. Hablará al respecto de “acercar posiciones” entre su pasión y el sustento económico, después de tantos años en empleos como el del kiosko donde escribía

aquellas arrasadoras y brutales canciones cuando las entendía como un “brazo armado del psicoanálisis”. Pero el tiempo –ese gran asunto alrededor de todo esto– lo haría reconocerse como un auténtico obrero de la canción. Quizá por ello llamaría “La trama panal” a ese taller y potencialmente al disco que no iba a ser en principio más que esa canción homónima.

Pero nuevamente el imprevisto (que no siempre es ingrato sino lo contrario) lo cruzaría con Francisco Cadierno y –de su mano– con nuevos socios de aventuras como Nahuel Acosta y Matías Olmedo. Con Cadierno como arreglador, las canciones que inicialmente poseían un aire folkie se proyectaría a una dimensión impensada por su autor. Con una armado de tres cellos, contrabajo y rhodes, la orquestación otorgaría a las bellas melodías de Vidal un sonido que –jocosa pero no tan desacertadamente– podría llamarse “*bleatlesco* rioplatense”. Y es que entre aires Eleanor Rigby Y Acho Estol, el songwriter reinventaría nuevamente su sonido y demostraría su versatilidad a la hora de cantar. “Sobrevida” surgiría entonces como un nuevo disco de Pablo Matías Vidal: breve pero consistente, con más sentimiento que sentimentalismo, con más memoria que nostalgia, íntimo pero no autorreferencial. Y con la sensación de que la muerte está ahí todo el tiempo no solo para recordarnos que el gran final sino los pequeños principios. Pues lo importante –como bien sabe la flor que se abre y se cierra según las estaciones– es que hay vida después de la vida.

“Es un disco de cuatro canciones que me propuse hacer a fines del año pasado –introduce Vidal-. Y que me permitió evacuar o encausar algunos pensamientos y sensaciones. Un cúmulo de cuestiones del ánimo, mente y corazón que no estaba pudiendo procesar por otras vías”. Y desarrolla: “Hay algo que es bastante universal con el paso del tiempo. Negamos que vamos a morir, es la naturaleza humana. Las señales que va dando el cuerpo y el mundo te hacen ver que sí, que hay un final que es para todos. Y en mi vida se empezaron a registrar algunas bajas de significación. Me consideraba un afortunado porque, al margen de mis abuelos que se fueron cuando era chico, después venía con el plantel completo. Yo sabía que iba a llegar, que iba a tener que lidiar con la ausencia, con la falta. Y bueno... en algún momento empezó a suceder”. Por eso el título tiene que ver con la “manera de relacionarse con lo que queda del tiempo para uno, desde hoy y hasta el último día. Esa es mi sensación con el término ‘Sobrevida’, asociado a la supervivencia y a que todos tenemos un tiempo por delante”.

Curioso es que terminó de cerrar el concepto al unir una canción reciente con una inconclusa de veinte años atrás, cuando quizá había otra perspectiva en relación al dolor pero también al modo de abordarlo artísticamente: “Es paradójico. La segunda parte del tema es de un texto que escribí a los 18 y tiene un poco más que ver con cierto desborde cuando se es más joven y el coqueteo estético con la muerte, el suicido y el reviente. Parece algo que uno lo hace más como un juego o intentando generar una provocación. Pensarlo hoy me parece una nimiedad. Pero era algo que necesité escribir. Lo loco es como veinte años después me termina cerrando para acabar de darle forma a una canción”.

“Yo establezco sociedades –expresa respecto a su asociación con Cadierno y el modo en que el sonido de sus canciones se configura en la interacción-. En mis discos solistas y en las bandas también. Con los años comprendí que hay ciertas partes del proceso que me interesan y en las que me considero apto. Y otras en las cuales no. Me gusta poder compartir la experiencia

de grabar el disco con alguien más. Yo dejo trabajar. Tengo las cosas claras, sé lo que quiero en algunas cosas y en otras no tanto. Y dejo que ese gris lo complete otra persona. Y en el caso de Fran la elección no podría haber sido mejor. Una persona con la que me da gusto trabajar. Siento que llevó mis canciones lugares imaginados hasta ahora. De su mano fui conociendo a otras personas como Nahuel Acosta o Matías Olmedo (de estudios El Zumbido). Cumplís años y pensás que no hay lugar para conocer personas que ocupen lugar de cierta significancia. Sin embargo, en el palo de la música sigo conociendo. Te puedo ir diciendo que no va a ser el último disco con ellos”.

Mientras tanto, Vidal se encuentra dando un taller de canciones que en cierto modo representa un ejercicio de reconocerse a sí mismo: “Absolutamente. Va cambiando la percepción que uno tiene del oficio y hasta qué punto la gratificación es atinente al espíritu o también puede pensar en otra tipo de gratificación material. Me costó mucho. Había un divorcio entre mi forma de ganarme el dinero y la pasión por este oficio. Con el tiempo por suerte pude ir madurando y acercando posiciones. Puedo hacerlo a través de lo que sé hacer. Por más que no tenga formación académica. Por todo lo recorrido, pensado y trabajado en esos años pude armar algo para transmitir a otras personas interesadas el oficio de hacer canciones, el juego, la práctica. No diría que es docencia. Intento ser alguien que contagia el entusiasmo. Las experiencias que me he ido encontrando son variadas, riquísimas y me di cuenta que mucha gente necesita cantar, tiene algo para decir, algo adentro que de otra forma no lo puede sacar. El paso uno es intentar destrabar. Después la parte poética o mística, de la canción”.

En relación a su propio y actual modo compositivo, “me pasa que cada vez pienso menos al escribir. Me fui aferrando a ese momento de gracia, de palabras , sonoridad y de rimas apropiándose. Ese momento en el que estás en un cuerpo a cuerpo muy íntimo con el nacimiento de la canción en ciernes. Hay que extraer de ese momento lo máximo que ese pueda. Bombearle al subsuelo de la canción todo el petróleo que puedas. Y después sí recurrir a instancias racionales, que no está mal. He recurrido a la razón como al inconsciente, la sobriedad como la psicodelia. Y de todas las experiencias extraje. Hoy por hoy es un poco como vos decís: voy armando la escenografía con ciertas palabras, sin ser demasiado explícito pero sin ser vago como para que parezca una letra cósmica y que no hay conexión. Que sea lo suficientemente clara y la suficientemente ambigua, para que sepas lo que está pasando pero a la vez tengas espacio para perderte un poco. Como una una suerte de sueño. Hace años dejé de lado el látigo y la primera persona».

[ENLACE MÚSICA](#)

LAS TRAMPAS| Nada puede salir mal



Septiembre 4, 2020

“La gente no lo entiende/es que el idioma pronto dejó de servir/sensible y transparente/ acostumbrándome a perecer así/papeles escritos con marcas digital”. En algún punto de Villa Argüello –esa zona de frontera entre Berisso y Ensenada– el sol bañaba el pequeño jardín con

pelopincho y silenciaba los lóbregos rumores de un mundo en pandemia. Corrían los primeros días de la cuarentena, el clima aún era ameno y el ánimo también. Al menos en lo personal, pues había quedado atrás aquella exigencia autoimpuesta con sus canciones.

Abocado al rol de productor o –como prefiere decir– “acompañar el proceso creativo de otra persona”, había desechado la dimensión de “carrera” que la música puede inferir para centrarse en lo principal: la experiencia del lenguaje. No de las palabras, esas que abundan cuando se estudia Letras, sino de los sonidos y –¿por qué no?– de los cuerpos. Quizá incidiera su sociedad con Flamme produciendo tracks de electrónica y esa narrativa poblada de detalles, texturas y sensorialidad. Seguramente lo hiciera la convivencia donde encontraría otro un enfoque distinto y quizá más profundo del gran tema que formaba parte de su cancionero: la comunicación. O los vínculos.

Sería su compañera Angela Tetamantti –fotógrafa y encargada de la portada– quien le sugeriría retomar viejas canciones como “Naves de Papel”, esa pieza basada en Pizarnik que había quedado afuera de otras publicaciones. Con otra perspectiva de sí mismo y el significado del proyecto, Las Trampas retomaría su curso añadiendo algunas canciones nuevas y seleccionando un puñado entre decenas más viejas para completar “Skins”. Siempre dentro del amplio lenguaje del pop y las sonoridades digitales, pero con más oscuridad que ensoñación el EP cuenta un trabajo delicadísimo de detalles y paneos, juegos de voces y registros, con la gravitación del fenómeno del trap y la presencia de sintetizadores heredados del synth y dream pop. Aunque el idioma no sirva para definir la música. O como dirá el mismo Pedro Cerván Lacunza “todo no se puede poner en palabras”.

“Es un Ep de cinco canciones que las compuse desde que vivo con mi pareja y a la vez empecé a laburar como productor –introduce Pedro–. Una etapa nueva con canciones más maduras. Me permití hacer una búsqueda más profunda o quizá la liberé, ya que estaba un poco contenida. Son canciones caseras, sobre un vínculo establecido. No como lo anterior que era más personal o individual y diálogo. Esto más reflexivo sobre la coexistencia”.

“En ese zoom o lupa que pongo en mis letras sobre los vínculos –explica–, que siempre fue así, son más sobre la convivencia que se da más cercano. Es ver un poco esa micro distancia, muy cerca pero a la vez hay una distancia. Comunicarse ya es difícilísimo y mis canciones son un ejercicio de explorar la comunicación”.

Varios cambios modificaron esa búsqueda no solo temática sino sonora: “Creo que hay un punto incidente y es que empecé a escuchar trap. Toda esa explosión en Argentina, en España y en general hispanoparlante. Eso me cautivó mucho y lo registro como una gran influencia en las canciones donde abandono el canto agudo y la introspección. También está beat quebrado del trap”. Según Pedro, el tema homónimo del EP es el único que funciona como “guiño a lo anterior. Para agradecer al que ya escuchaba Las Trampas. Traté de lograr eso. El arte de tapa es llamativo como lo pop, pero salvo ‘Skins’, las canciones son re oscuras”.

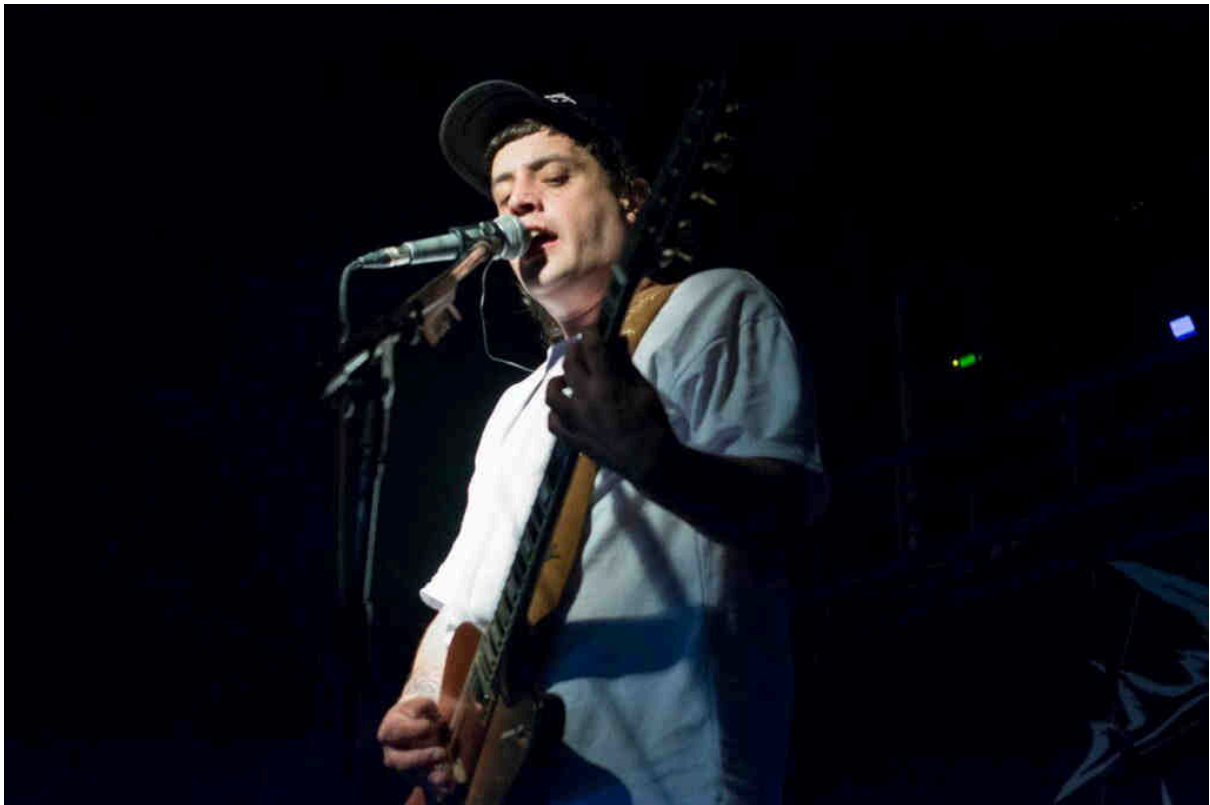
Pero eso no es todo: “Parte además laburar grabando otros artistas, conociendo otras búsquedas y de no limitarme al canto tal cual lo hacía en Las Trampas. Empecé a producir electrónicaailable hace un año y medio paralelamente con Flamme. Y entonces creo que se cueban técnicas de producción de la electrónica, como la abundancia de detalles que ya la traía pero se exacerbó en temas como La Salida”. Y expande: “Algo copado con Flamme de hacer electrónica es dejar de lado la palabra, que es muy demandante. Le abrí el juego a los sonidos y un mundo donde enfrentar a un lenguaje cuya única manera es metaforizándolo o percibiendo y dejándose llevar. Es darle una validez tremenda a los sonidos”. Y sentencia: “Todo no se puede poner en palabras. Hay que dejar de percibir al otro más allá de la palabra y me pasó igual con la música, que vale por sí mismo”.

Todo ese proceso incidió en el modo de tomarse el proyecto. “Primero me sentí alejado de mis inquietudes como artista, de la carrera. Por otro lado trabajar con otras personas es lidiar con los mundos dentro de ellos. Dejar de estar en mi mundo e ir saltando de mundo en mundo. Me abrió totalmente la cabeza. Me sirvió mucho para problematizar mi propia obra. Es mi pareja la que me insistió que no deje eso en el tintero. Continuar con Las Trampas, pero más relajado, libre, expresivo... Estaba esa cosa de que te tiene que ir bien. E irme bien es expresarme y sacar el material. Así que pasé de dejar de ser a dejarse ser”.

“No está en el horizonte salir a tocar —aclara—. Si surge una invitación probablemente lo evalúe. No lo tengo en mente. Sí estoy enfocado en tocar con mi proyecto de electrónica nueva. Jugar con las máquinas, sintes, ableton, sin necesidad de cantar. Ya lo hacía antes, pero ahora sin tener que cantar. Flashar con los sonidos...”

[ENLACE MÚSICA](#)

MANUEL RODRÍGUEZ | Corazón y pura esencia



Septiembre 1, 2020

“La palabra es la palabra”, sabía decir Oscar –o “el narigón”– en aquellas largas sobremesas junto a Alicia llenas de amor y fernet. Aquellos no eran los mejores momentos y faltaría mucho para que el asado lo prepara con maestría el Gato, bajista proveniente de la Smith que representa “el equilibrio perfecto entre la disciplina y constancia del Guachi” y sus “voladas e intensidad emocional”. Pero lejos de Villa Arguello, en el lejano y ajeno barrio norte habían alquilado una casa desvencijada en la que ensayaban horas y horas todos los días.

Ni imaginarían entonces llenar dos Atenas, un Malvinas, girar por el país, el escenario principal de Cosquín y compartir escena “con todos esos que creciste escuchando” a la edad que el cantante era un lateral derecho con proyección del Club Victoria y gastaba “Tercer Arco”. Pero la palabra es la palabra y se habían dicho muchas, casi como un pacto. Inclusive antes del debut para quienes ya eran jóvenes veteranos. “Vamos a hacerla bien de una vez” y a los cinco meses un explosivo debut grabado en cinta abierta por Gustavo Gauvry abriría un camino estrepitoso e incontenible.

Casi como surgen sus canciones, esa catarata de versos adhesivos que escupe en minutos. Algo así como un tren en marcha al que se sube y las palabras se encadenan naturalmente dotadas de innata musicalidad y aliteraciones tan espontáneas como efectivas. Canciones que bajo la ingeniería y los riffs de Guachi alcanzan notable contundencia y profesionalismo, pero que surgen de la desgarrada voz de cantor con su criolla.

Como la que agarró a los doce (poco antes de la Faim Les Paul que “se perdió” en el barrio), tras alguna esporádica clase de piano y la herencia musical que se respiraba en su casa de Meridiano V. Con un padre músico y una madre fotógrafa pero de alta melomanía rockera, los sonidos más allá de los géneros se adherirían a su bagaje. Y así es que a los aguerridos rocanroles de la banda se le filtran bases de chacarera o country o un sentimental dejo arrabalero. “Yo toqué de todo, –dirá–: cumbia, folklore, tango, cuerda de candombe”. Como corresponde a la música popular o de tradición oral, esa que también se comparte honorablemente como la palabra.

Notaría entonces, promediado su primera adolescencia que podía cantar precisamente por hacer canciones, tal como esa que le escribió a su amiguito Fran (hoy líder de Cruzando el Charco). Y al ver en Se Va el Camello que era difícil explicarle a otro cómo interpretarlas, se convertiría en el frontman posiblemente más pibe de aquel entonces. Y es que la palabra es la palabra y si bien “para mí la letra es más importante que la música”, hay algo que va más allá. Quizá sea un ritmo, una respiración... una intensidad. Esa que antes lo dejaba disfónico y que tras años de giras, aprendió a conducir para que hoy resista conciertos de tres horas.

Esa ante el freno obligado de la pandemia, se redujo para disfrutar de la vida familiar y su segunda hija. Y aún así, sin darse cuenta, mandar una idea a “Donde se cocina el tuco” (grupo de wsp de la banda) y como quien no quiere la cosa tener unos meses después no un disco cocinado pero sí ya *demeado*. Y es que como entona en un tango interminable que editó recientemente, aun en pausa su corazón que nunca supo de medidas. La palabra es la palabra y si son miles, hay que cumplir con ellas y cantarlas una a una con lo que queda de voz para Manuel Rodríguez.

Este 12 de septiembre el músico realizará un streaming cuyas entradas pueden obtenerse en Alpogo.com. “Será con un par de cámaras, como si fuera la filmación de un DVD. Últimamente ni toqué la guitarra. Estuve muy metido con la familia. Así que prácticamente es una especie de reencuentro, de ejecutar música para la gente”. Más allá del tenor eléctrico de SDP, Rodríguez se siente cómodo en el formato acústico y su rol de cantor. “Sí... guitarrero, en realidad. Lo que pasa es que así es como hago las canciones. Está bueno mostrar el formato original, mostrarlas cómo nacen. Después el Wachi desarrolla el riff y demás. Pero al principio son ritmo canción popular, rasgada. Lo que sí, cuando las escribo, tengo el formato de banda en la cabeza, el modelo de alguna banda, se dibujan en mi cabeza: la parte de batería, el machaque de la base”.

Ese sonido en su cabeza suele proyectarse como orgánico: “Fundamentalmente lo que intentamos hacer es un formato de banda de rocanrol clásico. Hasta las cosas que por ahí en el disco tienen secuencias, son reproducidas por las bandas. No se disparan pistas. Que el vivo tenga el poder de un cuarteto de rock sumado a lo que toca Tobi. En todo lo que hacemos la guía o punta de la flecha es que sea reproducible en vivo”. Sin embargo aclara, alejándose de fundamentalismos:

«Yo creo que nos permitimos bastante jugar y puede pasar cualquier cosa. Hay una esencia en todos los discos y que tiene que ver con la intensidad de la música, con la fuerza, con el power de ejecución. Después de adentro hay bases de country blues, riffs a lo Rage Against The Machine, bases a lo Arctic Monkeys o más disco, hay una especie de chacarera a los Deep Purple. Más allá de las rotaciones rítmicas, es esa esencia de intensidad y mega power en la ejecución».

“Yo le doy mucha cabida a los textos –expresa sobre su prolífica pluma–. La otra vez me preguntaron si era más importante melodía o letra. Es mucho más importante el texto en una canción. Pero la forma que decís la cosas también es muy importante, la expresividad...”. Y comenta: “Hay cero pausa cuando escribo. Salen en cinco minutos. Son primeras tomas de texto. Como que sale un vómito... Por ahí después puedo cambiar alguna frase con los meses. Pero las primeras bajadas son las que quedan y son como catarsis de minutos”. Pérdidas, heridas, amores, traiciones, lealtades y demás suelen formar parte de un reconocible imaginario suburbano cuyo narrador cantan en primera persona: “Eso salió espontáneo desde las primeras canciones. Me di cuenta que era así y lo tengo asimilado como de mi parte de mi obra, esa forma de vociferar el discurso. Por eso también el disco se llama “La palabra”: es la palabra de toda la gente que tengo alrededor, todas historias reales, contadas desde mi punto de vista. Y después eso que nos decía el viejo del Wachi: la palabra es la palabra. Cumplirla o no define a uno como persona. Es lo único que uno tiene para hacerse valer”.

En relación a la cuarentena y a sabiendas de lo difícil que es para todos, confiesa que “necesitaba parar. Veníamos muy sometidos al ritmo que nos habíamos autoimpuesto”. Y también sirve para poder evaluar lo hecho hasta el momento: “Estábamos re preparados para lo que pasó. Lo soñamos toda la vida y fuimos por todo. Hubieron charlas motivacionales antes de salir a tocar. Dale, vamos a hacerla. 15 años que venimos laburando: vamos a hacerla, sin cagadas, hacerlo bien de una vez. Por eso caímos bien parados en los escenarios que nos tocó pisar. Tocando con Creedence, Ciro, compartiendo camarines con Skay... los que crecés vendo. En el momento somos medio inconscientes y no le damos mucha cabida. Pero hoy digo: pasaron cosas”.

“No estoy escuchando música. Estuve prestando algo de atención a Paco y Ca7riel o Louta, para tratar de entenderlo... está buenísimo. Pero no me cuelgo a escuchar discos. Estoy escribiendo poco. El proceso me agarró en unas vacaciones”. Sin embargo esas “vacaciones” dejaron como saldo “un disco demeado” que cuyo nombre no anticipa pero sí el rumbo: “Yo creo que es por mucho el más redondo. Un disco súper hitero, con muchísima búsqueda musical. Y va a cambiar nuestro método de grabación para que suene más actual. Lo de la cinta abierta a lo Zeppelin, ya lo tenemos La cinta abierta, súper explorado. Hicimos un disco doble en ese plan. Queremos apuntar a los métodos más actuales. Sin perder la violencia del punk y el rock roll, pero que aparezca esa estética de audio más 2020”.

[ENLACE MÚSICA](#)

THES SINIESTROS | Tiempo al tiempo



Julio 16, 2020

Por Ramiro García Morete

“Y en cambio el amor nunca fracasa” (Los cuerpos). Concluía el 2017, Arcade Fire cerraba el multitudinario Festival Bue y ambos se cruzaron en uno de los baños de Tecnópolis. Juan entraba y Flavio salía. No se habían visto desde finales del 2013, cuando catorce canciones con destino de quinto disco habían quedado suspendidas a pesar de la reserva en estudios ION. Algunas desde ellas habían sido grabadas en El Estrellero y otras en el disco solista del cantante. Seguramente muchas ideas pudieron ser reformuladas en Peruano, la banda que el baterista compartió con Marto antes de tomar la mochila y viajar por el mundo, mientras que el guitarrista comenzaba a formar Los Años Rojos.

“Se perderán los amantes/pero el amor no”, reza un verso de Dylan Thomas. Abrazo mediante y no más que un puñado de comentarios pasajeros, dos semanas después estarían los tres compartiendo una cerveza. “Pero todos entendimos que lo que había pasado era entender al otro más que uno mismo -dirá Juan-. Entonces no necesitabas tanto las explicaciones porque las habías buscado vos en soledad. Yo había entendido las decisiones de ellos y ellos mis decisiones”. Prolíficos, creativos e inquietos desde siempre, no tardarían en pergeñar un nuevo disco y basados en viejos demos, Flavio grabaría las bases en un estudio de Berlín mientras a Marto y Juan no les tomaría más de dos juntadas para registrar sus partes.

El tiempo haría lo suyo y la música -“esa misteriosa forma del tiempo”- se encargaría de traducirlo. Como siempre, siguiendo su propio reloj y sin correr tras las agendas. Desde esa increíble opera rockabilly bonaerense “Capos de Satán”, pasando por el sombrío “Los últimos días” hasta el melancólico “Dorado y eterno”, el trío sabría interpretar sus propios cambios sin atender la demanda externa. Ya con hijos y como una familia expandida (musicalmente hablando también), conjugarían el nuevo orden interior deseado con el inquietante nuevo orden exterior para lograr una vez más una pieza llena de belleza y concepto. Orden es una palabra que sobrevuela el álbum, fiel a su estilo, polisémica y alegórica. Ya sea por su obertura (“El fin”) y coda (“El comienzo”) como los retratos casi domésticos y redentores que abren la ventana a la luz del sol pero también a los ecos del viejo nuevo mundo. Aún en su orfebrería del sentido, el tiempo los trasciende ordenando casi de modo natural los sonidos: desde el kraut hasta el pop estridente, desde el preciosismo beach boy hasta el folk onírico, desde la voz elegante de Irio pasando por el groove de Marianetti hasta la sutileza en las guitarras de Remiro, la banda parece no solo retomar su heterodoxa pero clara identidad sino también abreviar lo que los tres integrantes fueron por fuera de la banda. Justo cuando el mundo parece acabarse una vez más -aunque claramente ya no es el mismo- los ex enmascarados vienen a decirnos que “Está naciendo el nuevo día” y a recordarnos que todos son el primer día de algo. Pues como decía el otro Dylan, “quien no está ocupado naciendo, está ocupado muriendo”. Y Thes Siniestros siempre están naciendo.

“Significa la continuidad de una banda que había puesto pausa -introduce Juan Irio-. No por no tener nada para decir sino por cuestiones internas. La banda necesitaba tomarse un tiempo. Eso hizo que quedaran pendientes cosas para decir. Y pasados seis o siete años, encontramos el momento para empezar a decirlas. Me refiero a las canciones”.

Respecto al carácter conceptual que terminó cobrando el tema, considera: “Todos vivimos una realidad similar y las letras del disco reflejan eso y nos aúna con el oyente. También

nos dio la posibilidad de hacer un disco distinto a los demás. Porque tiene marcadamente un lado A y B, uno más explosivo y uno más calmo. En este disco vamos a una velocidad rápida y de repente encontramos una especie de respiro”.

Irio coincide en que el disco representa también el camino que sus integrantes hicieron por fuera de la banda. “Y se ve en algunas presencias del disco. La presencia del Ponche en la producción con nosotros, que tiene un vínculo muy fuerte con la historia de Marto, a sea tocando en Peruano o en Los Años Rojos. O Baro y Lautaro que participan del disco, como integrantes de El Estrellero. Y además nosotros como músicos tenemos ese background de haber estado en otros proyectos que nos permitieron buscar ciertas sonoridades”.

Si lo único permanente es el cambio, el eclecticismo de Siniestros parece una buena prueba. “Lo habíamos subrayado en ‘Los últimos días’. Hay una canción que precisamente dice: ‘aunque es otra la canción, siempre es el mismo cantor’. Es una frase intencionada de remarcar que esta banda hizo una ópera rockabilly y luego un disco urbano con aire melancólicos, medio ecléctico pero es la misma banda. Nosotros por lo general creemos en la necesidad de *traicionar* al oyente. Porque un oyente *traicionado* en el buen sentido es el mejor oyente”. ¿¡Judas!?. “Es el momento creativo por excelencia la traición. Y lo hicimos, aunque perdimos un montón de público. Pero que no nos interesa tener... el que no está con ganas de sentirse interpelado por un cambio de timón o una necesidad de exploración. Si bien no es una banda muy compleja de abordar, sí se puede permitir hacer un tema como “Otra canción de amor” en un disco que hasta ese momento venía sonando súper eléctrico y enérgico”.

Irio también suscribe a la idea de la estabilidad: “Encontramos un orden interno que fue el que perdimos cuando no pudimos continuar en el 2013. Lo recuperamos porque el tiempo que no estuvimos juntos permitió estabilizar un montón de cuestiones, prioridades y sentimientos que en ese momento estaban muy colapsados. Además es un disco que tiene cierto optimismo, yo lo veo como la contracara de ‘Los últimos días’. Un disco muy pesimista, en el que hablábamos de cómo las miserias iban encerrando al hombre en sí mismo. Y este disco que no es casual que repita la palabra ‘día’. Habla de lo que sucede el día después del último día. Un orden nuevo empezar a construir, un excusa para la revolución...»

Respecto al regreso, se desprende un enfoque disidente en expectativas pero sostenido en el tiempo. “No solamente pensado por nosotros. Sino que vemos en nuestro público. Como que tomaron la vuelta con una naturalidad y alegría que no fue cuestionada. No encuentro comentarios que cuestionen el regreso. Son agradecimientos a que no tuviera un fin sino una continuación. Así que ya hay un nuevo disco y quizá algunas fechas cuando se pueda”.

Cuando la banda se tomó esa extensa pausa ocupaba un espacio importante en la escena under y la crítica especializada. Irio analiza y contrapone con la actualidad no del grupo sino de la escena en general: “Es muy raro. Es una sensación de visitar un lugar conocido pero al que le

hicieron unos cambios estructurales en el que faltan algunas cosas y sobran otras. Nosotros cuando nos fuimos Instagram no existían casi. Había algunas cuentas. Y Facebook estaba en su apogeo. Hoy parece un lugar medio muerto. Esa pequeña diferencia a primera vista no parece ser un cambio un fuerte, es un todo para la comunicación de un artista del 2020. Lo mismo con el tema de la música y ni hablar con algunos cambios de paradigmas en todos nosotros. Cambió mucho el mundo porque cambia todo el tiempo. Y seis años sin estar en ese mundo es un montón de tiempo”.

Pero si algo envuelve este retorno es una sensación de estar más allá de algunas pautas: “Hay una idea que dice hay tantas normalidades como miradas puedes tener del mismo mundo. Así que la existencia de Siniestros es solamente un hecho musical en cualquiera de las normalidades que existan. Nuestra intención es poder seguir haciendo música. Y disfrutarla sea cual sea el contexto en que se haga»

[ENLACE MÚSICA](#)

ANTONIA NAVARRO | La paz reflejada en su andar



Mayo 23, 2020

“Al partir llevo el olor del otoño cayendo/percho abierto, arde el sol / y apaciguo la intuición”. Una sola hora. El Wexfor de Santiago de Chile era un colegio subvencionado y a pesar de ser catalogado como artístico, su diseño curricular apenas incluía una hora semanal dedicada a esa función. “Tengo una cuestión con las instituciones y la burocracia”, dirá en algún momento. Junto a otros estudiantes y basándose en un reclamo interno pero también externo sobre la educación pública, tomaría la escuela y pasaría en ella un año de su adolescencia. Posiblemente, nunca haya pasado tanto tiempo en un solo lugar.

“Nunca tuvimos casa propia. Vivimos en todos los barrios de Santiago”, contará sobre su familia y un hogar nómada lleno de hermanos (ella es la octava) y música sonando desde un extraño e inmenso “equipo de estadios”. Desde su padre, laborioso emprendedor y cultor del jazz y la bossa, hasta los variados gustos de sus consanguíneos: Red Hot Chili Peppers, Metal progresivo, Bjork. Pero a los cinco o seis, ella se enloquecía cantando a Mecano mientras su madre enfermera se divertía al escucharla pronunciar las líricas lésbicas de Ana Torroja. Sería por ese grupo que comenzaría a tocar el piano. Aunque a decir verdad, no recuerda un momento sin estar sentada en ese Yamaha Clavinova electrónico de pared. Su voz calma pero firme se enternecerá al evocarlo desde su habitación del barrio el Mondongo, rodeada por cuadernos y letras, su Strato SX china o de por ahí, el microKORG y la computadora.

Sería un puñado atrás que llegaría a esta ciudad que la enamoró con tantos parques y plazas. Al terminar el secundario y viendo un panorama difícil donde la educación no sería gratuita, necesitó emigrar a la Argentina. “Me tomo el palo, dije. Y me vine para acá”. Primero sería San Telmo. Luego Palermo. La habían traído las canciones. No las de Sonic Youth o Animal Collective que tanto le gustaban, sino las propias. Lectora heterodoxa (de Borges o Mafalda) , “tocaba el piano y hacía poesía, pero nunca me di cuenta que ambas”. “De prisa” sería una de esas primeras canciones que habrían marcado un camino que parecía orientado en principio hacia el teatro. Si bien ya no es de su gusto, aquellos versos sobre el sol y el mar indican un tono melancólico que aún conserva. Posiblemente la nostalgia sea inherente a quien vive en movimiento. O de quien pierde todas sus fotos cuando una de sus tantas casas se quema justo el año que está dejando su país.

Ya en Buenos Aires, sería Florencia Ruiz quien en su taller de canciones le advertiría sobre un buen destino para estudiar: la UNLP. Encantada por la ciudad, abandonaría en cuarto la carrera de Música Popular ante la certeza de no querer ser profesora. Su voz ya se definía en pequeñas y bellas canciones llenas de atmósfera y una intención poética que va más allá de la palabra, con un delicado manejo de la armonía, conciencia del beat y una presencia importante de sintetizadores. Un tono de aparente calma pero de una intensidad marcada donde el tiempo se suspende. “Hay formas que recitan /las memorias de un ser fatal, /paisaje ideal, no hay mas /tiempo ni un reloj”, rezará una de sus canciones.

Pero el tiempo avanza y la voz de une es la voz de todes. A fines del año pasado regresaría de visita a Santiago, en medio de intensas revueltas en rechazo al modelo neoliberal. Todo ese movimiento se reflejaría en sus nuevas canciones, con un pulso másailable y marcados por un concepto: la lucidez. Esa luz que nos hace ver las cosas de otra manera. Esa luz

casi otoñal que llevan las canciones de Antonia Navarro y que en tras el brío ameno cobijan el primer fuego para esperar y resistir el invierno.

En lo que va del 2020, la cantautora editó dos single: “Remedio” y “Encrucijada”. “Un poco la idea era adelantar lo que va a venir -introduce Navarro-. Voy a sacar un disco pronto que tiene un concepto parecido al de ‘Ciudades’ pero también distinto. El disco se llama ‘Lucidez’, concepto que siento que estuvo muy presente el año pasado, no solo personalmente sino a nivel contexto. Soy de Santiago, el año pasado empezó una nueva revolución de la gente y fue algo que me inspiró muchísimo. Lucidez como un foquito que se prende colectivamente, como una cadena que se rompe. Hay muchas analogías”.

¿Cómo se entrelaza la conciencia colectiva y popular con el tono intimista de tu música? Navarro responde: “Es difícil, porque en las canciones generalmente uno va plasmando sentimientos personales. Pero me parece que hay muchos sentimientos íntimos que son colectivos. Y es probable que todos escuchen las canciones de manera distinta. Es algo que me gusta hacer. No algo literal. A mí mamá le va a llegar de un modo, en Perú de otro forma, según las cosas que haya vivido esa persona y como que uno va relacionando esos símbolos que son las palabras. Sí son colectivas por son humanas”.

Más allá de la temática, el nuevo material sostiene “continuidad en el sonido. Sigo trabajando con mi amigo y productor Cristian Villareal. En cuestiones de sonidos hay una huella de lo que fue ‘Ciudades’, Las baterías también son electrónicas, pero estuvimos buscando una impronta másailable. Que una canción sea cantada y escuchada por la letra, pero que pueda ser pinchada en una fiesta”.

Navarro escribe mucho y a veces se obliga a hacerlo. Pero aclara: “Me parece que la poética de la palabra no solamente está cargada en lo escrito sino en el sonido o en lo que forman dos palabras cuando se dicen juntos. La musicalidad no es solo la escritura”.

Pasando la cuarentena junto al músico Gregorio Jauregui (Fus Delei, Peces Raros, El Estrellero) y cocinando mucho, Navarro se encuentra abocada completamente a la música produciendo, tocando la batería y esperando editar próximamente “Lucidez”.

[ENLACE MÚSICA](#)

VITA SET | Pop, pop, pop, es mi forma de ser



Mayo 15, 2020

“Música nueva está pasando y nos miramos fijo /justo un encuentro... estamos en movimiento. ¿Querés pasarla bien?”. Apenas concluyeron su elogiado primer disco, comenzaron a pensar en el segundo. En movimiento y hacia adelante, siempre fue así. Como aquella noche de 2014 en un bar de calle 7 cuando viendo un acústico de Muerte al Tío Cosa, surgiría la pregunta que ya tenía respuesta: “¿Y si hacemos una banda?”. Y es que estos amigos –que se vieron diariamente hasta la llegada de la pandemia– habían sentido esa conexión desde un tiempo antes.

Desde las clases musicales donde Tato Urbiztondo y Franco Armisen se conocieron hasta ese ensamble con covers que sumaría a Manuel «Reimon» Álvarez en un barcito de City Bell (cuyo nombre tampoco recuerdan), “nuestra relación siempre fue desde la música pero va más allá de ella». Dirá Tato con pudor pero sinceridad: «Somos como mejores amigos entre nosotros». Poco después llegaría Santiago Hernández (quien tocaba la batería con Franco en Bajo Brooklyn) y la quinta punta de la estrella que definiría gran parte del sonido: Matías Lima a cargo de sintetizadores. Los primeros ensayos comenzaron el 2015 tendrían lugar en la casa de Tato, mucho antes de que el cuarto de Franco (con la computadora conectada y todos los equipos) deviniera en guarida.

Cómo hacer una canción implicaría un proceso de aprendizaje en épocas donde el Peugeot azul de Reimon pasaba por la casa de un quinceañero Tato. La llamada escena indie, Pura Vida, discos de Two Door Cinema Club o Strokes incidían. Pero la voz propia emergería –también– en movimiento y hacia delante. “Cómo hacer” era la canción con la que Tato indicaría alguna ideas, Santi comenzaría un pattern standard y de pronto todos se sumarían con la misma fluidez que el cantante busca a la hora de componer. “Personalmente, creo, todo lo que aprendimos fue a partir de ese momento”, dirá quién sin embargo ya había escrito algunas canciones. En su casa la música circulaba no solo en los discos de los Beatles o Norah Jones, sino también en el piano del abuelo y las partituras de la abuela.

Sin embargo la fascinación de Tato había despertado al subir al cuarto del hijo de tu padrino y ver dos adultos (o así se percibe un veinteañero a los diez) sacar un sonido tan maravilloso con seis cuerdas. Tras empezar a estudiar guitarra, los primeros temas quedarían encerrados en su timidez. Pero al fallecer su otro abuelo, llegaría esa verdadera primera canción. “Estaba tan triste. Me nació expresarme sin necesariamente pensar para qué...simplemente hacerla”.

En un puñado de años, el grupo lograría profundizar esa necesidad expresiva pero con una conciencia del para qué o –mejor dicho– para quién. “Música popular”, dirá Tato. Pop, podrían escribir los críticos. Con un profundo sentido de la melodía, algunas de sus líricas fluyen entre lo coloquial de su lenguaje y cierta sentido del dialogo que propician un efecto adhesivo. Pero por sobre todo, se destaca el cuidadoso tratamiento de timbres y espacios, donde bajo y batería empujan con groove ochentoso, teclados y guitarras apoyan armónicamente una voz versátil para lograr canciones tan elaboradas como frescas con destino de hit. “La Edad de Oro” (2018) y los sencillos “En movimiento” y “Anoche” (2019) acreditan la calidad y el potencial de una banda que va hacia adelante y sabe que hay que esforzarse para pasarla bien: Vita Set.

“Nuestra primera experiencia real o más en serio de grabación y producción de temas –introduce Urbiztondo sobre el primer álbum–. Fue muy importante psicológicamente haber concretado esas canciones que teníamos. Es raro...P un lado hay un cariño y nos dio muchas satisfacciones. Pero me acuerdo que inmediatamente después de sacarlo estábamos haciendo temas nuevos y pensando en lo que venía. En general pensamos más en lo nuevo, en lo que estamos haciendo y queremos hacer sin detenernos”.

Desde ese primer disco cambiaron algunas cosas y se mantuvieron otras, potenciando el espíritu pop. “La prioridad y algo que no cambió desde la composición y producción que es priorizar la canción –asegura Urbiztondo–. Trabajar en función de la canción. Y que los arreglos siempre teniendo presente melodía y armonía”. Originalmente los temas salían de la guitarra, pero con “la batería y bajo como el estado de animo de la canción”. La presencia cada vez mayor de los teclados –considera el músico– es un indicador de la dirección estética que tomó Vita Set. Y después de los sencillos editados el año pasado, se mantuvo “la misma lógica del nacimiento de la canción pero un abordaje distinto en procedimientos. El primer disco era llevar la canción al ensayo, ver que toca cada uno y discutir las ideas. En estos últimos dos temas y el próximo disco, si bien hay una idea de la canción terminada, se discute en la computadora y sobre los

timbres. Si bien todos opinaban, antes cada uno tomaba la decisión sobre el instrumento que tocaba. Ahora se decide de otra manera”.

Respecto a la canción cruda y las letras, Urbiztondo analiza: “Trato de que lo que se cante que sea creíble y que pueda ser dicho. Que una persona pueda decir a otra o a si misma. Le doy bola a la sonoridad que nace con la melodía. Tiene un poder muy zarpado. Es muy importante la construcción de la melodía y letra que vayan simultáneamente entrelazándose, creciendo a la par. Por algo esas notas nacieron con esas palabras. Y muchas veces gracias a esa palabra nace la canción. Son las canciones más placenteras a la hora de componer porque hay un mayor desarraigo como uno intermediario. Uno pasa a ser un vehículo”. Y agrega: “La letra no solo puede ser influida por la literatura y poesía. La explicación de la letra está en cualquier lugar: una película o algo que pasó en tu esquina o una conversación con tu novie. Está en todo momento... ese lugar me parece muy interesante para indagar. Es algo que creo que puede tocar o llegar de una manera más poderosa al oyente, a conectar o sentirse identificado. Al hacer música popular está bueno tenerlo presente: la expresión de un momento y una época de todos”.

Vita Set ha ido construyendo una estética que desde una versión karaoke en youtube o hasta la comunicación en redes se ajusta a “esa idea de banda pop. Pero no sé si es explícito. Sí buscamos una coherencia no solo en las letras sino en todo momento. Representar eso. Es un lugar que fuimos encontrando con maduración de la banda y que nos hacen sentir cómodos o creativos. Nos gusta lo que sale bajo esos términos implícitos”.

Mientras tanto, la banda espera que el fin de la pandemia o al menos poder ingresar al estudio de Diego Acosta donde hay un disco terminado al que falta mezclar y masterizar. Por eso no hay fechas concretas. “Estamos viendo si va a salir este año o el año que viene. Más que nada esta duda no solo es por la pandemia, sino que a partir de eso cambió todo: cambió el mundo. Entonces es tratar de entender ese cambio y de ver”.

[ENLACE MÚSICA](#)

OLGUITA ELGUERA Y EDU MOROTE |Desde el alma



Abril 29, 2020

“¿Para qué recordar dulces horas del ayer/ Si yo sé que tú ya no quieres volver”. Al volver de aquel viaje al norte –que caprichosamente ubicaremos en el 2009– Ale había traído un charango y Eduardo se había quedado con muchas ganas de conseguir una mandolina. “Mamá tocaba una”, le revelaría su padre Moro. La abuela Olga. U Olguita, perdón: “Siempre Olguita, como yo soy siempre el Edu”, confirmará con gracia.

Veinte años atrás–en pleno auge de “La Lambada” – la había conocido tras cuatro largos días de ómnibus que lo llevaron un inolvidable verano en Piura. Ubicada el noroeste de Perú, la ciudad cobijaba una parte de su familia que con trece años descubriría lleno de afecto. Y también costumbres que llamarían su atención, como aquella de bailar tras las cenas o reuniones. El Tío Enrique –hermano de Olguita – no solo tocaba el piano sino también la percusión con cucharas. La Tía Betty, la guitarra. Su abuelo era tan fanático de Gardel que de joven se vestía y peinaba

como él y cuando Moro vino a la Argentina a estudiar Arquitectura, lo acompañó para quedarse unos días. “Siempre estuvo presente ese escenario musical”, evocará Moro, melómano y guitarrista aficionado. Pero para “el Edu”, todo aquello de Chabuca Granda y demás- si bien le atraía- le sonaba a “música romántica”. La percusión y los ritmos folklóricos llegarían en la primera juventud, básicamente como un complemento de sus estudios de batería. A decir verdad, solo había conectado poderosamente cuando vio que su primo tenía el cassette de “Ruido blanco” de sus amados Soda Stéreo.

Pero Olguita no tocaba. Al menos en aquellas sobremesas de 1990. La mandolina había quedado guardada por ahí, como esos folletos de un tiempo dorado que un día desempolvaría la tía Matilde. “Canta Piura Canta” se llamaba el ciclo que en los ´40 aglutinaba desde Radio Piura a toda la comunidad artística de la ciudad. Entre otros números que iban del radioteatro a músicos replicando el repertorio de Agustín Lara o Jorge Negrete, se podía leer el exultante auspicio: “Olguita Elguera, gran cantante de voz tropical que cosecha triunfos en Radio Piura”. Con dieciocho años resplandeciendo en la foto y poco tiempo antes de dedicarse a la vida familiar, el programa anunciaba “algunas composiciones de letra y música propia que ejecuta con toda habilidad y verdadera maestría artística; sus actuaciones son muy sintonizadas en las que pone su emoción pura y sublime de su arte”. Y entre todo ello, algunas letras pertenecientes a Olguita. O como la anunciaban también “El alma que canta”. Pero ningún registro sonoro. Al igual que ciertos amores intensos que bien narran los boleros, su carrera musical quedaría postergada a la distante y disipada geografía del recuerdo.

“Tenés que hacer una canción con esto”, bromearía Moro por Whatsapp a mediados del año pasado. Con más de cuarenta años, el Edu ya estaría constituido como uno de los bateristas más respetados del under con un estilo versátil, preciso y profundamente musical cuya nobleza se percibe en su toque. “Puedo asegurar sin dudas que es uno de los grandes bateristas de mi generación”, dirá con justicia Shaman Herrera, compañero de Sr. Tomate y Los Pilares de la Creación. “Edu es el tipo con el cual querés compartir un proyecto. Tiene que ver con su temple y empatía para trabajar”, acotará Julian Rossini, secuaz de varios proyectos como La Orquesta Latinoamericana de La Casita de los Pibes. “Un baterista con una sensibilidad única. Medio que la clasificación batero le queda muy chica”, aportará el ex Güacho y actual LMDG, Lisandro Castillo. Con pericia para otros instrumentos, el baterista estable de Sara Hebe había aportado arreglos o melodías para sus bandas pero jamás había encarado la labor como cabeza.

En el 2009-seguiremos utilizando esa fecha- Edu compró una mandolina y con Ale no pararían de armar cosas junto al charango para Sr. Tomate. “Elesplit” (magnífico disco y registro de época que adelantó la explosión de lo que la prensa llamó Indie) daría testimonio. Al fallecer Olguita, Moro traería en otro viaje esa mandolina que en vida le había ofrecido a su nieto. Con ambas y estudiando el repertorio de los programas de Radio Piura buscando versiones de Youtube, el fin del año 2019- esto podemos afirmarlo- encontraría al músico platense e hincha del Lobo encarando algo más que una canción: una historia.

Con una pequeña ayudita de sus amigxs, musicalizaría versos olvidados por casi 80 años. Primero maquetearía con MIDI, pero luego grabaría como a él le gusta: tomas completas, sin cortes, al natural. Teclados, percusiones. Y la mandolina, claro. Y luego el elegante piano de

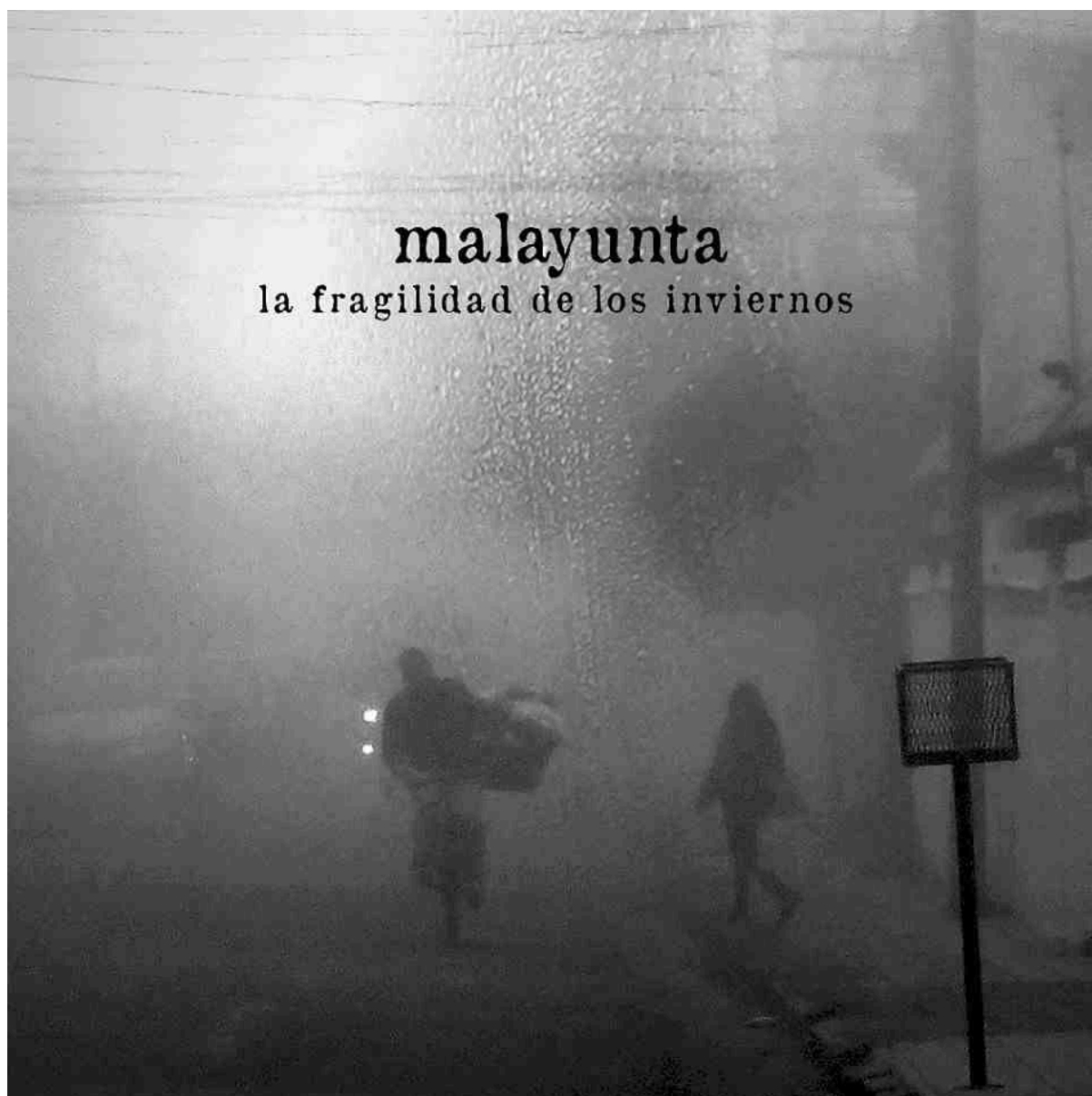
Rossini. Y luego la voz de Poli, carente de floreos y exageraciones, pero con la emoción inherente y esa autoridad que otorga la verdad misma. Con la boca pintada, peinado de época y ojos profundos y negros, Edu diseñaría junto a su compañera Ire la portada para la primera edición oficial de la obra de Olguita Elguera: “Para ti”. ¿Para qué recordar las duces horas del ayer? Para ti, Olguita. Y por y para la música, esa viva forma de memoria.

“Grabé todo en la compu, medio con cosas midi-introduce Morote-. Muy tecnológico, al principio. Como no me gustaba mi voz y nunca canté, pensé en Poli. Además calzaba justo. Hicimos dos tomas y le dio un poco de su onda y fraseo”. De entonces regrabó todo de modo orgánico. “Me gusta la toma entera. No me gusta hacer un ‘frankenstein’ porque no lo sé hacer más que nada. Prefiero tocarlo una vez y que quede. Además me parecía que era la onda del tema”. Respecto a desafío de musicalizar una letra, “creo que es la primera vez. Generalmente es al revés. En Sr. Tomate yo le pasaba ideas a Poli y ella le ponía la letra”.

Con muchos años participando de proyectos compartidos o comandados por otras personas, esta experiencia puede ser el principio algo. “Por ahí arranco. Por ser baterista o porque estoy acostumbrado a trabajar en grupo, no puedo hacer algo solo. De hecho cuando practico con la bata enseguida me pongo auriculares para tocar arriba de algo. Lo que me da cuenta es que lo puedo hacer. Siempre algo con invitados, claro. Lo veo más cerca que antes. Antes ni lo pensaba...parecía imposible. También tiene que ver cómo se dan los tiempos. Van pasando cosas...De repente puedo usar una compu. Y que tengo un montón de amigos o de gente cercana con la cual me resulta sencillo pedirle cosas. Una red, porque hago lo mismo con los proyectos de los demás. Muy de La Plata ¿no? O de mi gente...”

[ENLACE MÚSICA](#)

MALAYUNTA | Así es como entra la luz...



Abril 16, 2020

“La Caja de música caída/la bailarina, renga, anclada al sofá/el tul anudado a la barriga/como una ninfa de porcelana”. Con menores proporciones de lirismo cretino y elegante, una nota de voz llegaba desde Estudios Vötök, en la República de Berisso. Como cada lunes cerca de las 20, Hernán esperaba con su guitarra bajo la fría noche de junio a la “los de Sicardi” para ir a la sala de 10 y 56. Ya en el living y con la banda que suena orquesta colgando sus instrumentos, escuchó el mensaje hiriente y escalofriante como “uñas, dagas, estiletes como una historia de Poe”. Gonzalo Vouttoff, ingeniero en grabación y parte ya fundamental de la identidad sonora del grupo, sentenciaba tras la narración de ciertas cuestiones tecnológicas que la caja de música había caído: “Muchachos: perdimos todo”. El tercer álbum, cuya gráfica estaba encaminada y la que solo le restaba mezclar, se había perdido vaya saberse por qué, junto al material de otros artistas. El que se había grabado en el 2018, con canciones de dos o tres años atrás como la dulce “Relicario”.

“Y a brindar por los olvidados/por el naufragio de la verdad/y a sujetar por la cola a un diablo y en tu nido de agujas, por fin descansar”. El diablo –o ese señor ficticio al que le atribuimos nuestras miserias y fracasos– había metido la cola. Se podría descansar o meter mano para salir del naufragio. A pesar de un marcado y notable universo oscuro que envuelve la banda, una luz se filtró entre las grietas. Un puñado de baterías sobrevivientes oficiarían de cimienta en agosto o septiembre. “Sabés que le va a hacer bien al disco” dirá Hernán que le dijeron y arbitrariamente diremos que lo dijo Milano. “Es un disco invernal que festeja la primavera”, dice que le dijo Gustavo Astarita, quien con su carisma y oficio arengaría al canto romántico en el vals “Sin tumbas”. Esta segunda oportunidad –si una banda como esta permite lecturas tan optimistas– propiciaría el ingreso de percusiones, de un teclado que acentuaría el tono de canción melodramática a lo Iracundos, del recién llegado Raku grabando bajos.

La primavera sería la oportunidad para concretar una idea inicial que era dejar por un momento el sonido áspero y dar algo de brillo –ya sea desde las notables guitarras tex-mex o el juego armónico de violín y trompeta– en un juego de contrastes. Sin perder ese tono que habita entre Rivero y Tom Waits, Favio y Joy Division, la banda sonaría más clara que nunca para ofrecer su universo de *juntahuesos*, duelos y nicotina. Pero lejos de la caricatura y con un enfoque narrativo donde todo está sugerido. Casi como en pequeñas escenas o fragmentos de un cuento indefinido.

“La fragilidad del invierno”, extemporáneo sin dudas, llega con la solvencia de músicos y personas que saben que el tiempo en sí es un concepto frágil. Que todo puede quebrarse si es que no está ya roto, y debe aceptarse como una forma de belleza. Que lo mejor de la primavera es que se le puede poner la jeta a las trompadas del invierno. Que Malayunta también es esa vieja y conocida junta: luz y sombra.

“Es un disco que intenta correrse un poco del universo arrabalero y orillero de los discos anteriores –introduce y refuerza lo anteriormente comentado el vocalista y compositor Hernán Menard–. Tiene un aire más de bolero, más fronterizo, más tex mex, medi o western. Y es un más luminoso”. Pero deja en claro, fiel a tu personalidad corrosiva: “Me gusta esa idea de ternura dañina. Tratar de des-romantizar eso de que lo tierno no nos puede dañar. Que la ternura encubre solamente amor. Esa unión platónica de lo bueno, lo bello y lo justo. Se puede ser bello y ser malvado y dañino. Y el disco tiene eso. Hay una luminosidad. Astarita dijo: es un disco invernal que festeja la primavera. La primavera perdida. Tiene algo de ocasos, de fines de ciclo”.

“Déjame a mí: yo sé el disco que querés”, asumió Voutoff (“un caballero y un amigo”) cuando delinearon el sonido. “Apostamos a la idea de hacer un disco cristalino, que suene bien, que no tenga la opacidad y la aspereza de otros trabajos. ‘Campo o el bullicio de los insectos’ me gusta mucho, la intención de los arreglos, como logramos tener un discurso musical de orquesta cuando somos una banda de rock. Ahora somos una banda eléctrica, yo no toco más la criolla. Esos agudos de las eléctricas los quería más presentes”. Y destaca los arreglos de Diego con el Laney Valvular y la Les Paul Dearmon. “Logramos un sonido muy frontera –dice sin ocultar influencias–. Entre Caléxico y lo balcánico, rodeando la cumbia, Favio, Los Iracundos, Rosamel Araya...”

La lírica de Malayunta destaca y en ese sentido Menard no nota muchos cambios. “Yo siempre escribo más o menos lo mismo. Están presentes los personajes de siempre. El perdedor, la prostituta y los marginales. Pero enfocados de otro lugar. Con mis letras prefiero que me las cuenten, que las lean. Quizá no tienen la profundidad que algunos esperan que tengan. Pero sí describen una situación, casi siempre truculenta o una situación que conmueve”. Y desgrana la modalidad: “Sí... escenas o pequeños fragmentos. Los románticos alemanes tenían una teoría. Que con el fragmento se podía acceder a la totalidad del pensamiento. A mí me gusta contar esas historias fragmentadas. Pequeños cuentitos o escenas. Y me gusta la idea de lo ficcional. La canción autorreferencial me aburre. Mi vida no es trascendente. Yo no tengo la vida de un marinero croata que vive una aventura. Lo mío ya está... ya lo hizo Manal con ‘Avenida Rivadavia’.

Volviendo a la idea del tiempo y al valor de una propuesta como Malayunta, lejana a las tendencias, Menard reflexiona: “Me parece que tiene dos aspectos. Por un lado, la extemporaneidad es una búsqueda. Queremos sonar como una banda sin época. Y entonces hay un discurso artístico, un modo de sonar, de grabar, de pensar los discos. Por otro lado también el aspecto de lo público, de cómo llega, cómo recepciona. Y eso a mí mucho nunca me interesó. Si bien nos gusta tocar en lugares con gente. He tocado en lugares vacíos y... ¡he vaciado lugares llenos!. También he recibido elogios y abrazos y gente que pone frases mías en su face. Esta extemporaneidad hace que no participemos a veces de la coyuntura. Que no te inviten a tocar o que se complique más. Pero es el juego. Nosotros elegimos sonar así. Morimos con esa espada en la mano. Si bien uno hace lo posible para promocionar y poder mostrar este perfil estético desde un lugar muy orgánico. Una banda que respira organicidad, que es un organismo. Y nos gusta que esté expresado. Ese pathos, esa tragedia. Lo humano es trágico”.

[ENLACE MÚSICA](#)

WERNER SCHNEIDER | Dale luz al instante



Abril 8, 2020

“¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé” (San Agustín). En los autobuses o los aviones, el tiempo transcurre de otro modo. A partir de la mudanza de su pequeño hijo Apolo a Viedma dos años atrás, dejaría La Plata y regresaría al Sur. Ningún punto fijo: Pico Truncado, Comodoro, Los Antiguos, Temuco (Chile). Apenas dos mudas de ropa, una libreta de plástico y una computadora donde escribe en partituras. A decir verdad, su vida siempre había transcurrido en movimiento. Desde que nació en Chile Chico, a orillas del Lago Buenos Aires y el Volcán Hudson como custodio del horizonte, su familia se la pasó trashumando de un lugar a otro. Y cada uno caería rendido a la voz de su madre entonando himnos cristianos.

Es que la música sería otra constante en su familia y su vida. Mucho más cuando comenzó a comprar discos (como el “Unplugged” de Nirvana) o a ir al colegio de Comodoro con futuros socios y colegas musicales como Shaman Herrera, Esteban Cárdenas y, quienes serían sus compañeros de La Patrulla Espacial, Tulio Simeoni y Tomás Vilche. Habrá sido en aquellos

años, que en un auto le robaron la única criolla que tuvo en su vida, este joven que amontona trozos de papel con versos en bolsas de plásticos y que cuando decidió estudiar Composición sus amigos le responderían al unísono: “¿Qué otra cosas vas a hacer?”

Lo cierto es que viajando el tiempo transcurre de otro modo. “Si bien el colectivo y el avión van rápido, la sensación del tiempo interno es muy lenta”, ilustrará. Lo mismo que venía probando con la banda y que encontró aquella noche en lo de su padre al bajar la velocidad del tema “Perdidos en el paraíso”. No solo comenzaría a escuchar la música de otro manera. No solo tenía que ver por su afición al jazz, el soul o el ambient o la presencia de obras de Yoshimura, Miles, Eno o Morphe. Comenzaría a encontrarse consigo mismo. Igual que en las paradas de tantas estaciones de servicio, la música dejaría más espacio para finalmente transmitir sus emociones primarias. Como si tras años de intentarlo bajo el volumen y el vértigo del rock, finalmente encontrara su lugar.

“Perdidos en el paraíso” conjuga un puñado de canciones íntimas y sencillas, interpretadas con matices y sensibilidad por parte de una banda orgánica de baterías y contrabajos acompasados, vibráfonos oníricos y saxos incidentales, pianos que deconstruyen o amplían armonías con sutileza. Todo en una suerte de tiempo suspendido y envuelto en placidez. Una obra sincera de tono redentor, más cerca de la espiritualidad que de la religión. Un sonido delicado que remite al soul y al soft rock de los 70. “No sé cuántas veces más, oh vida, me regalarán un instante como este/ Quisiera decir sin palabras lo que siento/ y verte sonreír y que no pase el tiempo” canta con voz suave y sincera Werner Schneider, quien sabe que el tiempo solo corre si corremos tras de él.

“Es un disco de climas y paisajes sonoros -intenta definir con timidez el músico-. Transmite calma, intimidad. Fue orquestado con todos instrumentos acústicos y la característica que más me atrae de esta etapa es la temporalidad de las composiciones. Es una temporalidad suspendida, flotante, de oleajes. Tengo un cariño por el jazz y el soul. Obviamente se nota también que hay un cariño por la música ambient... en donde los espacios de silencio son muy importantes”. Y proyecta: “La elección de lo orgánico está relacionada con una intención que es cumplir mi sueño. El de poder organizar conciertos en lugares pequeños, en casas, en livings. Hacer música con instrumentos acústicos en donde no sea necesaria la amplificación. Para lograr una comunicación más cercana entre las personas y sonidos”.

La búsqueda comenzó con el gran baterista y productor que mezcló y masterizó el disco. “Veníamos haciendo una experiencia con la banda que teníamos antes donde trabajamos con los tempos lentos y los llevábamos hacia valores más lentos. Nos hizo empezar a escuchar la música de otra manera. Como si el corazón del ritmo se detuviese o como si el tiempo se hiciera más estático en la lentitud. Esa experiencia nos abrió una ventana, como si tuviéramos un microscopio. Hay más espacio entre las notas, entonces te permite con el oído acceder al timbre. O sea, al sonido”.

Lo mismo ocurrió con su forma de cantar, más matizada que cuando entonaba en La Patrulla Espacial: “Me fui encontrando. Obviamente tengo mucho para aprender. Quería

expresar una cercanía, una intimidad. Y la buscamos por ese lado. Corrijo: no lo buscamos... lo encontramos”. En ese proceso vio cómo las palabras se resignifican según la intensidad musical. “Eso es impresionante. Me pasó en mi experiencia con el rock. En mi búsqueda no podía hacer que se le preste atención a las cosas que yo veía cuando le prestaba atención. El rock es tan vertiginoso y tiene una temporalidad tan ágil, que a veces se toma una frase musical como parte del ritmo. Yo creía que esas ideas tenían más profundidad y necesitaban un espacio para ser apreciadas”.

Todo ello tiene también un trasfondo personal: “Hay un momento en el que empecé a necesitar que la música que hago estuviera más cerca de mi hijo y de mí. Por eso empecé a cuestionarme algunas búsquedas que pensaba que tenían una misma dirección y que las mismas necesidades espirituales las podía ver con otras perspectivas”.

Desde Viedma, Werner espera paciente que concluya la cuarentena mientras ejerce la docencia online y confirma que la idea es presentar el disco en un futuro. “La banda que tiene unos músicos muy buenos, son todos de allá (La Plata), menos la corista que es de Comodor. La banda está preparada para tocar. Cuando se pueda lo vamos a hacer”.

[ENLACE MÚSICA](#)

PANTRÖ PUTO Y LOS SUEÑOS RAROS | Muchas cosas para dar



Marzo 27, 2020

“Todo lo que necesito ahora es estar muy solo/pensar y no hablar/ y llenar este vacío que me dejaste en la mente”. Diez años después de una relación, la casa de su tío ubicada en diagonal 73 sería el refugio perfecto durante una temporada. “Vieja, pero remodelada con buen gusto”, evocará con la fascinación intacta de aquel año “liberador”. Su banda ya comenzaba a recorrer el mundo, pero él jamás había vivido solo. “Sentía que era algo que me faltaba para madurar”, evaluará. Y tendría –como define hoy– “una explosión creativa”. Guiones para series, ideas de películas (como aquel thriller patagónico futurista que nunca rodó) o historietas emergerían con potencia.

Y canciones, por supuesto. Durante años había acumulado ideas, pero la autoridad compositiva de Chango en *El Mató* parecía suficiente como para tomarse el tiempo preciso. De golpe estaban surgiendo con la naturalidad de “Canción de cuna para Félix”, ese arorro que unos años atrás fuera rito nocturno para dormir a su bebé. Ahora no solo tomaba forma sino que encontraría una voz. Ese tono más acorde a su forma de hablar, aparentemente monocorde pero finalmente expresivo. La voz grave, como no había usado en los albores de la banda. O como sus admirados Bill Calaham o Leonard Cohen. Un tono serio para el pibe que payasea casi inevitablemente.

Lejos de la distorsión y las quintas, los arpegios y yeites en la criolla despertarían melodías y la necesidad de contar. Siempre había escrito, pero le costaba en forma de canciones. Quizá de la afición por los haikus conservaría cierta tendencia sintética. Pero básicamente sus canciones apuntarían a la narrativa. No desde el relato extenso sino al contrario: desde la elipsis.

“Pantrö Puto y los Sueños Raros” es el nombre que eligió Manuel Sánchez Viamonte para mostrarse solo y sonar tan natural como raro. Igual que la vida.

“Tengo mucho para dar, muchas cosas para dar, muchas cosas que no hay, que no existen, que no están”, dice “Cosas que no hay”. Entrecortando palabras para encajar en melodías bellas y algo melancólicas, sus canciones son breves historias a través de palabras simples donde lo que ocurre no termina de decirse. Retratos domésticos, pequeños actos de introspección y algún arresto de humor cuya sonrisa se desvanece gradualmente en su juego de contrastes. Desde la jocosa portada y el inicio, el disco expide un aire de falsa inocencia. Hay dolor y ruptura pero desde una emocionalidad contenida. Las cuerdas de nylon como eje de suaves baterías, sutiles arreglos de cuerdas y precisos teclados, redondean una obra consistente e intimista. “Pantrö Puto y los Sueños Raros” es el nombre que eligió Manuel Sánchez Viamonte para mostrarse solo y sonar tan natural como raro. Igual que la vida.

El disco comenzó, tal como se dijo, hace cinco años junto a Gustavo Monsalvo (EMAUPM) maqueteando con guitarras y viola. Luego Mariano Di Césare (de Mi amigo Invencible y quien grabó bajos, guitarra y coros) se hizo cargo de la producción y circularon por distintos estudios, sumando el acompañamiento de Pablo Mena (batería y percusión), Martin Vilulla (Martón-Martón) en teclas y Anabella Cartolano (voces) entre otras amistades. “Yo ya tenía una idea bastante clara cuando fuimos a los estudios –Sánchez Viamonte–. Después Mariano aportó todo un vuelo del que carezco y le dio otra sonoridad. Y los chicos que tocaron en el disco aportaron lo suyo e hicieron cosas increíbles. Soy bastante controlador con mis proyectos, bastante terco. Pero me pude abrir para escuchar más y darme cuenta. Estuvo bueno que pude ir deponiendo el ego para que el producto que fuera mejor”.

“La mayoría de las canciones fueron compuestas así: tocando la criolla, haciendo algún arpegio y viendo la manera de meterle la melodía de la voz”, dice sobre una modalidad que se trasluce en el resultado final. El músico sabe que dista bastante del sonido de El Mató. “Se dio por un lado naturalmente, porque eran las canciones que me salían con la criolla. Tengo otras

que no iban con este disco. En este caso quería apuntar a algo muy diferente. Si bien hay cosas que se filtran. Esa cosa repetitiva...”.

Otro campo a desarrollar fue el vocal. “Me costó porque no soy cantante. Y nunca me puse a practicar realmente el canto. Hasta que empecé a componer estos temas. Encontré un registro en el cual me sentía cómodo”. Y tras enumerar referencias de “voces profundas” considera: “Creo que es mi forma de expresividad. Generalmente es como lo hago en la vida cotidiana más allá del canto. Me gusta mucho un grupo canadiense llamado Timber Timbre. El chabón canta profundo, suave y aterciopelado. O por ahí estoy viejo”. Y completa: “Fue una dirección bien expresa de que la voz estuviera bien adelante. Siempre me tiré abajo y ahora estaba orgulloso. Medio ególatra ¿no? Pero es mi disco... ya fue (risas)”.

“Me gustan los juegos de contrastes donde hay algo que parece alegre y es triste o viceversa –asevera respecto al ánimo del álbum mezclado por Francis Stuart Milne–. Tuve dudas con la tapa que da ´rock humor´. Pero así es la vida: hay cosas graciosas, cosas tristes. Quería un poco meter todo. Canciones que empiezan tristes y terminan alegres. Me gusta ese tipo de contraste”.

Sobre las letras reconoce: “Empecé a escribir más suelto cuando acepté que no podía escribir bien. No puedo escribir poesía. No me sale mucho el vuelo de la metáfora, de imágenes y esas cosas. Pero sí me siento más seguro en la narrativa. Contar relatos y que en esos relatos haya un trasfondo más profundo”. Y confiesa: “Son bastante biográficas. Soy una persona reservada que me cuesta expresar emociones y sentimientos. Y fueron saliendo sin proponérmelo. Empecé a apuntar una emoción en concreto en cada canción. Trataba de sentir eso y escribir una historia que si bien son biográficas tienen mucho de ficción”.

En el marco de una pandemia, es difícil proyectar. “Iba a presentar el disco en mayo, en un teatro porteño. Pero ahora hay que ver qué onda”. Mientras tanto, “Pantrö Puto y los sueños raros” se puede descargar desde todas las plataformas digitales.

[MÚSICA ENLACE](#)

NOELIA SINKUNAS | El mundo entre las manos



Marzo 10, 2020

“Sos re vos”, dice que le dicen al escucharlo. De pronto, la nacida en la República Separatista de Berisso no estaba en la calle Nueva York sino en la mismísima capital cultural del imperio. En medio de un viaje con Ana Carolina y Julieta Laso, el “genio mil caras” Fran López –que a su vez la conoció por el historietista Max Aguirre– la contactó: “¡Qué bueno que estés acá!”. Poco después le abriría las puertas del estudio y en cuatro horas apenas registraría un disco tan impensado como notable.

¿Qué podía grabar cuando composiciones de toda una vida habían sido registradas en “Escenas de la nada mirar”, es también notable disco “azul, como su tapa”? Acompañante de artistas de tango y eterna encantada de compartir bandas numerosas, no hacía tanto que se había largo a tocar sola. Diego Schissi había sido gran impulso de mostrar una faceta tan propia como quizá no expuesta. Ya desde aquel teclado Casio que su padre –guitarrista profesional como su abuelo– ganó en un rifa cuando tenía cinco años, las teclas le habían revelado un mundo y a la vez confirmado un destino. Si bien hubo un tiempo (en el que llegó a compartir ocho proyectos) estudió psicología, la música nunca fue una duda.

Además no duda quien aprende a improvisar. El piano alemán (desa)finado un semitono por debajo le enseñaría a tocar en cualquier tonalidad y posición. Horas y años de estudio de armonía y contrapunto, a improvisar sin ser improvisada. Por eso tras deliberar y

divertirse con Fran pensando el repertorio, se lanzaría sin demasiados rodeos. Alguien podría definirlo como jazz modal, pero en verdad sería un completo ejercicio de libertad. Desde Gilda hasta Brtiney Spears, deconstruidos con belleza, osadía y sensibilidad. Como si cada acorde abriera miles de caminos y el juego fuera perderse para volver.

Pero para ella se tratará más de una suerte de meditación. Un ritual cotidiano que forma parte de su vida y que quizá no había antes cobrado estado público. Otra manera de ser ella, puesto que quizá sea como aquel verso de Whitman y todes contengamos multitudes. La del piano a solas, la del teclado “guerrero” para trabajar, la del sintetizador para tocar cumbia con las Cachitas, la que improvisa o la que compone son ella. Con la misma armonía y cohesión que siente que la música no debe responder a clases sociales ni géneros. Música clásica, folklore, jazz, cumbia, tango y pop... seguirá siendo re ella: Noelia Sinkunas.

“Este disco, a diferencia del primero, surgió espontáneamente -cuenta la pianista sobre “New York Sessions”, grabado en Pencil Music Factory, Greenpoint Brooklyn, NY por Fran Lopez y cuya tapa ilustra su amigo común Max Aguirre-. Ya tenía mi primer disco grabado, que tardé años en componer con un trabajo muy minucioso. Desde ahí empecé a hacer fechas solas, con esa música y algunos tangos. Pero también improvisaba sobre canciones como ‘Baby, One More Time’ de Britney. Entonces cuando llegó el momento pensé: creo que es por acá. Me gusta mucho y lo hago siempre: sentarme al piano e improvisar. Para mí soy eso. Esto fue sentarme, jugar un poco a reírme de canciones, mezclarlas con otros estilos... y flashar”.

Estilísticamente, confiesa que se despega de referencias más estrictas: “A mí me pasó que dije: bueno, vamos al cliché. Así como la gente piensa tango-Buenos Aires-Maradona...estando en New York imaginaba una banda de músicos negros improvisando”.

“Yo lo abordo como si estuviese haciendo yoga, respirando -responde eludiendo cualquier explicación técnica-. El cuerpo va directo a un lugar. Tiene una memoria física. Esto de ir estudiando es modificar esa memoria. He adquirido cierto recorrido armónico así que no lo tengo que pensar mucho. Es un ejercicio de asociación libre y ver que sale, ir uniendo cosas. Voy pensando es más la forma que lo que estaba diciendo. Vas a un punto y después ser resuelve”.

Desde las increíbles versiones del himno popular “Mauricio Macri, la Yuta que te parió” hasta “Smoker Man” (El Fumanchero de Damas Gratis), el disco tiene su peso político desde la postura inicial de tomar un cancionero infrecuente y claramente vilipendiado por la elite musical. “Estoy en contra de las clases sociales en la música -declara-. Nos han educado con que hay clases que escuchen una música u otra. Para mí es de todos. Entonces es algo que me salió inconscientemente, pero me representa un montón que toda la música conviva”. Y extiende: “La idea de lo complejo también es social. La música es compleja. Este disco muestra un costado mío que tiene que ver con la espontaneidad y refleja sin querer esta idea de lo político y lo social. No es que dije ‘quiero hacer algo en particular’. Me divertí muchísimo. Muchas personas me dicen: sos re vos. Me muestra bastante”.

Su disco anterior, por su lado “Tiene una cosa más no sé si oscura, más azul. Como la tapa. Y tiene momentos para sentarse a escuchar, bajar un cambio. No suele pasar con la música. La gente está como medio a la pasada”.

Con importante recorrido, su camino “solista” tiene apenas unos años y estudiar con el reconocido pianista Diego Schissi “me acomodó, me hizo dar cuenta de que tenía ganas de mostrar la música que cenía haciendo. Fue una especie de terapia, sacarme la timidez. Tenía ganas de tomar decisiones conmigo, no ponerme de acuerdo con nadie (risas)”. Y con el mismo humor oscuro agrega: “Es un camino muy inhóspito la música instrumental. No hay tantos lugares con piano. Es una especie de apuesta aun mercado inexistente”. Pero asume: “Siento que es una responsabilidad de los artistas que estamos en esta época construir los espacios”.

[ENLACE MÚSICA](#)

LA PIPA DE BILBO | Sonido periférico



Marzo 2, 2020

“Ni el más sabio conoce el fin de todos los caminos”(J.R. Tolkien). En quinto grado, Emiliano escuchó “Ji ji ji”. Entonces le gustaba la cumbia o lo que sonara en la casa de Olmos: folklore, Jairo. La radio..y aquel tema de Dragon Ball que su padre le grabó de canal 9 para que escuchara constantemente. Si bien no había músicos en la familia (madre docente y padre electromecánico de una fábrica), no dudaría en pedir tomar clases de órgano cuando vio un aviso a la vuelta de su casa. Lo cierto es que sin la remota idea de quiénes eran los Redondos, aquel tema le “voló la cabeza”. Fue gracias a Pablo, un profesor de música. Justo el oficio que él –recibido en Música Popular- ejerce hoy en secundarios. También le abrió la puerta a los Stones y una tradición de rock clásico o vintage que hoy se filtra en sus composiciones.

Fue justo con los Redondos, una de esas bandas que saben conciliar la calle con los libros. Por eso Tolkien sería referencia cuando mucho tiempo después pensó en una banda de funk. En todos esos años había pasado por distintas bandas (desde Sin Regreso a Dr. Macumba pasando por varias otras como tecladista invitado) pero algo no cambiaría: ese grupito de amigos del San Miguel. Se trataba de su hermano Leo, Facu y Juan. Desde La Salita a El Retiro, los compañeros de escuela mantuvieron lazos y llegaron a formar Entrecables.

En ellos pensó y si bien salió “De nuevo en tu red”, aquel primer ensayo en lo de Juan no fue lo que esperaba: fue mucho mejor. Sin perder el groove marcado que la joven y notable dupla de bata y bajo, el blues y el rock comenzaron a emerger con citas a Doors o Zeppelin. Y el barrio. Pero lejos del estereotipo o lo que el prejuicio espera. Sino desde el orgullo de pertenecer a un lugar, pero poder mirar más lejos.

Se definen como una banda de la periferia y ¿de qué otra cosa se trató siempre el rock sino de eso? De estar un poco afuera de todo y a la vez, bien adentro de lo genuino. Con un sonido vivo y crudo, con buenos riffs y un teclado que colorea la base rítmica, la banda logró 7 temas 8 en horas para “Bienvenidos a la comarca”. Pero sobre todo el punto de inicio para un camino promisorio que sumó a Ivana (“La Teacher”) para darle mayor heterogeneidad musical a un grupo “donde nadie está de relleno”. Ni nada. Lo que suena es lo que se toca. No es humo lo que sale de La Pipa de Bilbo.

“Bienvenidos a la Comarca se llama así porque justamente marca el inicio -introduce Emilaino Pianelli, tecladista y voz de la banda que completan Juan García en batería, Facundo López en bajo, Ivana Freydank en voces y Leonardo Pianelli en guitarras -. Está bastante lejos del sonido actual de la banda. Pero fue un punto de partida necesario que quisimos tener para emprender el camino”.

Y describe: “Es más que nada un disco de rock con raíces barriales pero una influencia claramente vintage”. Grabado en Estudios London, la banda apostó -por supuesto pero también por estética- al vivo: “Es una banda de rock, pero no vas a ver pogo sino gente bailando. Tenemos una raíz negra, porque hay funky, blues. Bastante blues en el medio... la pentatónica está mucho. Y a nivel ritmo, se ve ese swing, ese groove... es parte de la esencia”.

Tan lejos de la demagogia como de despegarse, Pianelli explica el espíritu del grupo: “Nosotros somos, en primer lugar, una banda de amigos. Nos conocemos desde hace un montón de años. Somos un grupo de amigos que hacen música. Y nuestro público son más amigos. Así que cuando tocamos se da un clima familiar, de pasarla bien, de gente bailando. Si bien somos la banda, estamos en una posición no súper horizontal pero tampoco arriba de un trono. Bajamos y tomamos una birra con ellos. No vamos a andar escondiendo. Somos una banda de la periferia platense, pero que no hace referencia la estereotipo de banda de rocanrol”. Aunque a la vez saben que “El árbol de la vida” de Viejas Locas es un tema que suman a un repertorio influenciado por Charly, Doors y ensayos donde suenan de Gorillaz hasta Illya Kuriaki.

“No hay un solo camino de composición -refiere al proceso-. Hay temas que salieron del piano. Esa cosa más armónicas o de canción. Pero otros salieron de la viola y se nota que son de ellos: son re rockeros. Algunos son temas de esa época en que tocaban con Entrecables. Otros temas que salen de la sala. Yo hago las letras y tomo decisiones en cuanto a la armonía con mi hermano, que es la otra parte. Juan y Facu tienen mayor incidencia en lo rítmico. Pero no tenemos un solo camino, por suerte hay varias fórmulas. Y nos podemos adaptar a todas”.

A la hora de las letras están aquellas sobre noches y relaciones, pero también “describir momentos o situaciones de auto superación. También hay algunas con guiños cinéfilos. Uso frases de películas como disparadores y luego se va ramificando”. Pianelli dice que si bien no se juntan a ver películas, son cinéfilos y que la banda bien podría ser una película de Burton (“como El Gran Pez, por eso de contar historias buscando la vuelta de rosca”) o “Trainspotting...según la noche que tengamos (risas)”. Pero ante todo “los Simpson: eso une a los cinco; son la columna vertebral, todos chistes hacen referencia a ellos”.

La inminente “Tertulia inesperada Vol. I” será no solo la primera entrega de un saga sino también un reflejo más certero de la actualidad de la banda. Entre otros cambios y evoluciones, el ingreso de Ivana fue esencial. “Con una voz femenina son más funky con la voz de Ivana. Le dio un frescura terrible. Y le dio heterogeneidad.. Si bien es corista, hace muchas contra-melodías. Los cinco tenemos roles activos. Ninguno está de relleno en la banda. Nos encanta que haya una mujer que sea protagonista.. Antes los coros era el punto más flaco de la banda porque estábamos más metidos en los instrumentos. En esta segunda etapa le damos mucha pelota a las voces”.

[Enlace Música](#)

PARA ESTABLECER UN RÍO |El que tenga oídos para oír, que oiga



Diciembre 26, 2019

El río nunca es el mismo, dicen. O nosotros somos y no somos los mismos, diría Heráclito. También dicen que el río habla. ¿Cómo la música? “La música no significa nada”, aseguró un compositor francés. Antes de estudiar dibujo, iniciados los 2000, para Juan la música significaba no mucho más que MTV y los gustos de su hermana Jéssica. En aquellas clases se filtrarían desde Tool hasta Redondos y sus nuevas amistades adolescentes le abrirían la puerta a bandas “alternativas” como Catupecu o el punk. Antes de conocer a Fran en el Comercial San Martín, el cristianismo significaba -no sin razones- abuso y matanza en su nombre. Quien hoy vive en Australia, primer baterista y actual encargado de sumar la cuota electrónica cuando realiza visitas como la de estos días, no necesitaba palabras. Fue desde la acción, recordará Juan. Primero no fue el verbo, entonces.

“Somos y no somos los mismos”, dirá sobre como esa filosofía fue creciendo, a la par de la música. La misma que se volvió algo más real cuando su hermana recibió una criolla y sacando acordes de Los Piojos, aprendió hasta conseguir una Strato Roja Squier y tocar en Lar del Son. Sería sin embargo la invitación la presentación del disco de Emya (donde Fran cantaba y Elías tocaba la guitarra), allí por el 2003 o 2004, que se sumergiría más de lleno en el hardcore. Casi diez años después, algunos integrantes emigrarían, pero los compañeros seguirían unidos. Por entonces también compartían la experimental Blien Viesne. Con la necesidad de fundar y refundarse, los tres integrantes que quedaban de Emya se repartirían en nuevos roles instrumentales. El pasaje de Fran a la batería sería una de las razones por las cuales no contarían con un cantante convencional, pero también el exponente de una idea que proponía conciliar de sus bandas anteriores la experimentación de una banda y la filosofía de otra. Con la alta montaña como rumbo, la música se encausó a través de ambientes profundos y de variados

matices. Ya no desde el riff o la canción, sino deconstruyendo progresiones armónicas hasta lograr pasajes sonoros de notable riqueza y calidad, entre la calma y el estoicismo. El fuego, el río, la montaña y toda la simbología natural conformarían un imaginario donde las palabras -y mucho más términos como “post rock” o “post hardcore”- son medios incompletos para nombrar algo más grande e inasible. Juan hablará de espiritualidad. La música, más allá de sus títulos, habla por sí sola. Comprender el cauce -tanto como la montaña- es esencial. Para Establecer un Río, nombre que lleva la banda de Juan Riquelme en guitarra, Elias Oldani en bajo y Jonatan Serpilli, actual baterista.

“Hoy tenemos la anteúltima fecha después de un año bastante movido -introduce Riquelme-. Sobre todo los últimos dos meses. Solemos tocar bastante, pero como Fran vino a Argentina organizamos una gira”. Desde Australia, Sonur comenzó a incursionar en lo electrónico y los sintetizadores, por lo cual en sus participaciones suma una esfera que la banda resuelve parcialmente con secuencias.

“Por lo general no tenemos algo fijo -explica el modo compositivo de una banda que escapa al formato estándar-. Lo más usual es llegar con una idea y trabajarla en conjunto”. Y especifica: “Caigo con una base armónica, con la guitarra más, lo escuchamos y cada uno desde su instrumento, a imaginarse algo en base a esa idea. Eso que tocaba con la guitarra luego es una parte de algo que toca el bajo. Siempre estamos pensando más desde el lado textural o ambiental que una melódica en concreto. Por ahí las melodías surgen después”.

Respecto a la simbología de la banda, “no es que pensamos en fuego, por ejemplo, y tocamos esto. O montaña y tocamos otra cosa. Creo que se trata más de una filosofía de vida que nos reúne como personas, como músicos y todas esas cosas es lo que somos. Es lo que somos y es lo que sale”. El músico se expone: “Dije filosofía, pero lo vemos como una espiritualidad en base a vivencias y creencias”. Tanto en su discurso como en sus modos, deja muy en claro que sus creencias escapan al orden eclesiástico y mencionará a Chile o Bolivia como ejemplos nefastos de ese uso religioso. “Lo que interpreto históricamente es que la Iglesia generó males y división. Y Jesús habla del amor, que lo que hace es reunir a las personas es en un ambiente de bienestar. La institución evangélica o católica no lo cumplió bien, sino que todo lo contrario. Por eso siempre aclaro que no va desde ese lado, sino desde las relaciones de persona a persona. No tanto el escenario como la figura de rockstar, sino poder bajar y poder compartir con una persona. Desde ese lado más humano”. Y despegándose de banda evangelistas o cristianas, deja el claro: “¿El sonido puede profesar una fe? No. Los que somos cristianos, en todo caso, somos las personas”.

“Los mapas del fuego”, cuyos títulos simulan ser coordenadas pero refieren a versículos específicos, está muy vinculado a lo ocurrido en Bolivia. “Nos da bastante asco ver las cosas que se hacen en nombre de dios o la religión”.

Más allá de lo metafísico, la banda cuenta con varios viajes encima. En especial uno a Europa donde la herencia hardcore los llevó por un circuito de bancos, casas y fábricas tomadas. “Un viaje increíble -evoca-. Lo que es la experiencia de viajar y hacerlo con la música es algo que

me encanta. Y esta idea que tiene todo el misticismo del viejo continente. Conocer diferentes culturas o mundos del underground nos renueva bastante y nos da otra perspectiva”.

Asentados en El Galpón, la sala que Elías armó, la banda prepara nuevas ideas en los ensayos de dos o tres horas que las agendas laborales permiten después de las 20. “El futuro más próximo hasta que se vaya Fran tiene que ver con tocar. En enero vamos a tratar de parar. Vamos a aprovechar para cerrar algunas ideas y componer”.

 [Para Establecer Un Río - Los Mapas Del Fuego \(2017\) \(Full Album\)](#)



Enero 4, 2020

“Si las canciones que son de alma llegan y se filtran por las ventanas yo estaré esperando a que me atraviesen”. Algunas cosas ocurren con la misma naturalidad que entra la luz. Las ideas de canciones que surgen caminando, se graban en el celular y luego recién se montan en el Ableton. El método alfabético para bautizar el proyecto: “Si buscas en Spotify...”. O el modo en que se formó la banda en dos meses junto a sus amigos y ex compañeros del Normal 2 , tras compartir maquetas en el grupo de WhatsApp sugerentemente llamado “Hacelo firme y parsimonioso”. Algunas cosas, como sus letras, las explica no con liviandad pero sí con simpleza.

Sin embargo, para que las ventanas dejen entrar la luz debe haber cimientos y una casa que la contenga. Como la de El Carmen, en una suerte de frontera entre La Plata y Berisso. Allí donde heredó de su hermano la melomanía y esa discografía de The Beatles grabada en cd vírgenes. Allí donde su hermana, que tocaba el violín, lo acercó a la maravillosa experiencia de la

Orquesta Escuela de Berisso que lo llevaría por varios lugares del país y hasta el mismísimo Luna Park.

Por entonces tocaba la flauta y la viola. No la Cort Stratocaster con la que sacaría luego temas por YouTube sino el instrumento que propiamente lleva ese nombre. Como su familia, era Testigo de Jehová. Pero los estrictos mandatos morales no se ajustarían a sus comprensibles y humanas picardías adolescentes. Mucho menos a Korn, System o a Down o Marilyn Manson, el artista que le revelaría una gran afición. No pasaría tanto hasta tocar en Ciprés, donde quizá la edad hizo que las cosas no funcionaran o no se sintiera tan a gusto con ese “quilombo”.

Su hermano devendría en productor y él comenzaría a trabajar en la compu. “La idea de perderme” sería una frase repetida en canciones y una sensación adolescente, pero no un designio. Así es que las maquetas crecerían y con una pequeña ayudita de sus amigos se conformaría un muy buen repertorio poblado de melodías adhesivas, teclados y arreglos de guitarras precisos, con esencia pop y una combinación de frescura y solidez que hacen de este proyecto (no tan) solista una auspiciosa propuesta de esas que no siempre se encuentran por el discutible algoritmo. Canciones que se filtran y que se tararean por la calle. Como cuando las imagina Leo Benítez, el nombre propio detrás de Aboyd.

Acompañado en vivo por Juanse Maillo (bajo), Juan Larrouyet (teclado), Fran Chiabudini (beats y secuenciadores) y Alva Martínez (guitarra acústica), Benítez introduce: “Es mi proyecto solista. Los temas los compuse cuando terminé de tocar con Ciprés. En un momento del 2019 este año, hace dos meses, un amigo me preguntó si seguía tocando con esa banda y que tenía una fecha para armar. Les dije en el grupo de WhatsApp si alguien se copaba en tocar. Como los pibes habían escuchado las maquetas cuando las pasé al grupo, las conocían bien”.

Los temas crecieron con el aporte colectivo: “Todos tenían un proyecto de ellos. Era imposible decirles: vos tocá esto, tocá lo otro. Los chabones podían hacer algo más piola. Que se note un ensamble más conciso en los temas”.

Con bases programadas, el músico imagina sumar baterías a los recitales así como serán bases orgánicas en sus próximas grabaciones. “Como estábamos tocando bastante seguido, me parecía re piola tocar con computadora porque éramos re móviles. Pero ahora pienso meter un baterista y que se forme más un sonido”.

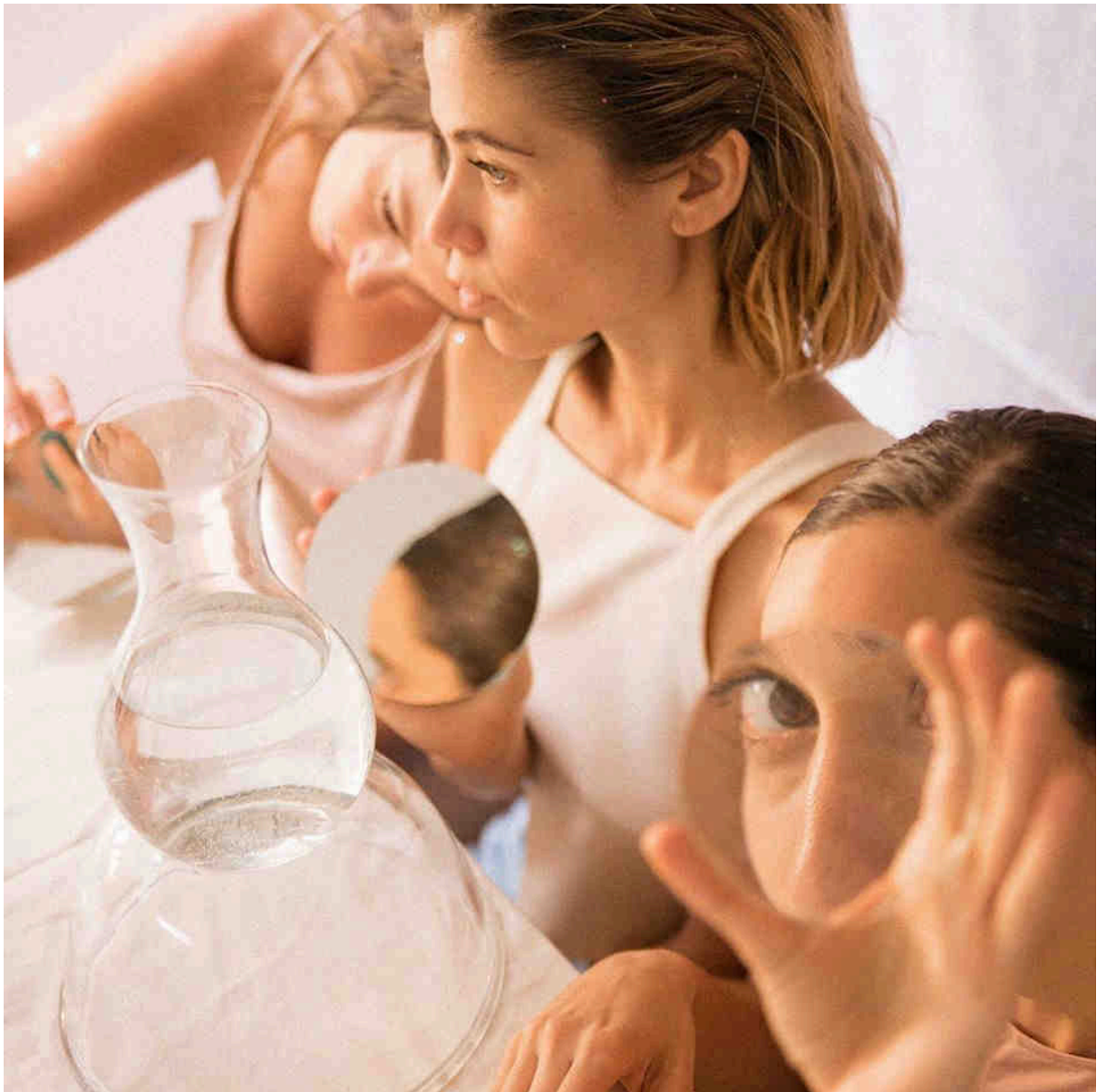
Con un solo tema publicado, Benítez tiene en ciernes un plan. “Tengo nueve canciones que son tres de cada estilo. ‘Una luz’ (compuesta junto a Fran Chiabudini) tiene una tristeza suave, un concepto sad. Después está el EP, “La idea de perderme”, que va a tener un single que se llama “Madonna”. Lo compusimos con Germán Vázquez, de La Otra Cara De La Nada. Va a ser más bailable y rockero. Y después va a estar el tercero: “Por hacerme esperar”, con un estilo más synthwave, electrónico”. El músico ya tiene todas las maquetas pero su idea es grabar en un estudio. Entre los sonidos y la canción, busca “un poquito de las dos cosas. Me gustaría que a partir de la canción entiendan una historia que le puede pasar a todo el mundo, como el amor,

como una amistad. Una letra que sea familiar. Y con la música que sea un poquitoailable o que tenga un riff que se te quede”.

Con un promedio de veinte años en la formación, Benítez piensa el lugar del rock en una actualidad donde predominan otros sonidos. “Yo creo que a menos en Aboyd estamos mitad y mitad. Mitad secuencia rockera, la otra mitad un poquito de todo. Así que creo que así debemos estar todos”. Y no muy conforme con el destino del under y ciertos ambientes del trap y la electrónica, enfatiza: “Hay que sacar el under para arriba, las guitarras, melodías para andar en patineta o bailar. Que aparezca el under sano... que puedas salir a un lugar y que no tengas a un policía vendiendo falopa en la misma joda”.

 Aboyd - Una Luz (Video Oficial)

PUEBLA | La canción al desnudo



Noviembre 16, 2019

“El temporal vigila la casa/ si sube la marea espera”. Camino a Fuerte Argentino, cerca de Las Grutas, se largó a llover. El grupo -nutrido de amigas, novios y afectos de Choele Choel ya que Josefina es de allí- se quedaría cohibido. “A veces es bueno andar sin paraguas”, dirá Manuela, quien ese 15 de enero de 2017 cumplía años. Aunque se referirá a otra cosa. O no. Porque cuando vieron escapar las tortugas a paso lento pero temerario, la imagen quedó impregnada y se volvió palabra. Casi como en aquel departamento de 12 y 62, en el invierno de 2012, cuando una melodía les sugirió aires marítimos y buscar términos acorde, con la guitarra en mano y el ukelele hoy abandonado viendo como componían “Marejada”. La canción, mucho mejor que la “horrible” de título “No es que te olvide”, no solo iniciaría “Mundar” (primer disco de 2014) sino que también confirmaría algo que habían advertido cuando se conocieron en las clases de Verónica Benassi. Entre ejercicios de canto habían sentido poco tiempo atrás la misma química que las llevaría varias veces a cargar carpas, mochilas e instrumentos de mano, por no decir “chirimbolos”. Lo cierto es que al llegar a la casa de Las Grutas, disertaciones varias sobre

las tortugas y cómo viven con su guarida a cuestas, dispararían una canción tan bella como potente. No hacía tanto que habían editado “La trama de los confines” y las inclemencias y burocracias de la edición independiente las había agotado. Pensar un nuevo disco no estaba en los planes. Pero los viajes, se sabe, son transformadores. En sintonía con sus discos anteriores, el trío integrado por María José Tolosa (voz, percusión, metalofó), Josefina Hernalz Boland (voz y guitarra) y Manuela Belinche Montequín (voz, acordeón, sintetizador) conformaron un repertorio breve pero conciso y de alto vuelo.

Canciones electro acústicas entonadas por una voz colectiva que trasciende las armonías vocales y se basa en una poética conjunta; melodías cobijadas por sutiles arreglos de guitarras y acordeones épicos donde se concilian aplomo y emocionalidad ante un escenario atestado de ruinas, batallas, temporales y fuego. “Intemperie” (2019) -con el aporte de Mauro López Sein en bajo, Lautaro Zugbi en guitarra y Seba Alonso en bata- es el resultado para esta banda que viaja con lo puesto y que se mueve habitando su propia casa: la canción.

“La música te deja un poco a la intemperie. Está la necesidad de permitirse dejar las canciones así y que la intemperie penetre eso que componemos. Y también estas imágenes están dando vueltas: de la batalla, del temporal, del deshielo. Un montón de imágenes referidas a esa exposición a la que está bueno animarse”, introduce Manuela.

Ese imaginario que recorre “intemperie” podría vincularse también con la agitada coyuntura: “Totalmente. Somos una banda totalmente atravesada por el contexto político, social y cultural. A las tres nos atraviesa profundamente esto que estuvo ocurriendo en los últimos años. Nos conocimos en otro momento político de la Argentina y vivimos esa transición. Pero también por vivencias particulares nuestras ligadas a los nuevos roles y nuevas posibilidades como colectivas femeninas. No sé si está en las letras, pero sí en los imaginarios”. Pero aclara: “Siempre con la posibilidad de dejar abiertos otras escuchas posibles”.

“Hay mucho de la composición que es muy colectiva. Ya da asco”, bromea la música. “Yo siempre tengo algunas letras pero que inician el camino. Y en general Jose tiene su guitarra, va tirando melodías. Intervenimos los tres en las partes instrumentales de las otras. Hay mucho diálogo”.

Respecto a la producción de los materiales discográficos, propuestas de esta índole -más orgánicas y acústicas que otras- infieren un trabajo más complejo del que se piensa. “Fuimos aprendiendo en el transcurso de los tres materiales. Primero fue un registro. No hubo preproducción, no pensamos nada. Grabamos y quedó. En los otros intervino Lautaro Zugbi, que fue un poco el productor musical de los dos discos y que toca bastante en los shows. La idea que está por detrás es potenciar lo que ya se escucha. No somos del biribiri, por ahí alguna cosita de fantasía. Pero nos ceñimos más a lo que suena”.

Beirut, Lasha de Sela, Juana Molina y rock nacional son algunas de las múltiples referencias de esta agrupación que planea una gira por Uruguay, tras recibir el apoyo del INAMU.

A la par -y con realización de Santiago Martínez y Antonio Zucherino- están armando videoclips para cada una de las cinco canciones de “Intemperie”, pensando también en mover el material a lo largo del inminente 2020.

[ENLACE MÚSICA](#)

NORMA | La vida contemporánea, la vida moderna



Octubre 12, 2019

«No somos héroes, no somos mitos/ somos amigos del ruido infinito». Cuando entró a la sala sintió el flechazo. Así describirá la sensación de ver una batería, un bajo y guitarras en un garaje. «Chau, listo. Es esto», pensó casi como una epifanía cuando lo llamaron para cantar e intentar tocar el bajo, precisamente, en John 3:16. Apenas cursaba cuarto año del Nacional, pero la música siempre había estado ahí. Ya fuera por los primeros acordes en criolla de su madre o por la música que su hermano mayor le pasaba, como aquel cassette de rock nacional que compraron en unas vacaciones en Córdoba. Aún faltaría para dar esa promoción que fue ingresar a Sacachispa Carrascosa y todo un universo de posibilidades de la canción que se expandió.

Es esto, seguirá pensando seguramente. Como después del 2001, cuando la crisis y la rabia fueron el contexto para dejar atrás bandas experimentales como Arboles Quietos o Grupo Soporte. «Cansado» —nada menos— sería disparador cuando sus amigos Juan Pedro y Nono lo apoyaron, sin saber que no era un chiste. Cuarenta temas en un año lo demostraban no solo en cantidad sino en lenguaje. Directo pero no explícito, urgente pero no ligero. Los integrantes cambiarían así evolucionaría el sonido disco a disco pero se mantendrían ciertas líneas. Rectas o diagonales, como la ciudad que aprendió a caminar junto a su abuelo en pleno centro del cuadrado y a la que su familia pertenece nada menos que desde antes de la fundación. Rectas, puntiagudas, son palabras que usará para referirse estas canciones «punks, simples y sin distorsión». Como esa voz, tan personal como enfática, inspirada en su amigo Rodrigo y por carácter transitivo en Wire.

«Uno» sería el primer tema de cuatro elepés que tendrían a Richard Baldoni y Gualberto de la Orta como aliados infalibles. Pero esa voz trascendería a Chivas Argüello (de él estamos hablando). Con referencias a las ciudad (746), las nuevas generaciones (Chics), la memoria (Pañuelos), la alienación (TV), el snobismo (Warhol), ideología pura (Poder) y otro tópicos con ingenio e ironía, una suerte de conciencia colectiva sería condensada como un mensaje cifrado y poético. Más que robótico, un perfecto ensamble mecánico con tracción a sangre candente. Algo así es Norma (de ellos estamos hablando).

«No somos alguien, no es colorido/ donde esté la fama no es nuestro destino...» Tras los shows de regreso con 2 Minutos en Obras y Gang Of Four, la banda renovaría energía con el ingreso de Gastón Mateos al bajo, pero mantendría el flechazo. El placer de hacer música sin otro objeto, más allá de haber logrado el respeto y admiración de público y prensa nacional diecisiete años de camino. Poder seguir haciendo una canción con un minuto y un solo acorde para decir algo más que «todos los colifas/ todos los locos por el diagonal 78». Es esto, sí. Pero en Norma «esto» siempre trae debajo algo más. O delante. Por eso una de la mejores bandas del país planea un disco y seguir diciendo entre el ruido infinito.

«Se grabó el 11 de agosto en ION –introduce Chivas sobre el nuevo corte–. Es re fresco. Lo hice dos semanas antes. Como los bluseros, siempre tengo intención de hablar de la esquina ¿no? La ciudad es una inspiración». También lo fue la palabra «colifa», que Gualberto de Orta (guitarrista) suele utilizar. Pero tanto en el sonido como en la letra se percibe algo que él mismo define como «una declaración de principios». «Estamos en un lenguaje anticuado pero al mismo tiempo el tema refuerza la idea de que no tenemos otra cosa que hacer. Que somos esto. Y tenemos la fuerza para decirlo todavía». Y extiende: «No somos chicos que estamos buscando sonidos en sintetizadores. Hacemos música con esto. No estamos viendo las vistas en spotify. Hay algo que trasciende a esto. Tenemos que ser fieles a nosotros mismos. No hay otra. Y si tengo ganas de hacer un tema con un tono solo y un minuto de duración lo hago. Nadie me lo va a impedir ni me va a importar si se escucha o no». La declaración –es importante aclararlo– no tiene que ver con una mirada melancólica ni menos reaccionaria con el presente. Por lo contrario, Chivas suele mostrarse muy receptivo a lo que ocurre a las nuevas generaciones. «Otras verdades vendrán, diferentes», cantaba en «mentes» y dice ahora: «Al mismo tiempo de la selfie, el yo, el ego, también hay un montón de movimientos colectivos re copados, pibes y pibas, que se juntan a hacer cosas en conjunto».

El músico cuenta que la incorporación de Mateos y los preparativos para un show en Niceto fueron el puntapié para volver a pensar un disco que ya está grabado y que se editará en Marzo del año que viene. «Mantiene el lenguaje, pero al mismo tiempo disparamos a distintos lugares. Hay temas medio psicodélicos, algo que estaba en Norma, pero con más desprejuicio. Lo mismo con unas partes darks. Y es un poco noventoso, va un poco para el lado de Pixies o bandas más experimentales pop. Un disco con más curvas, no tan rectas, no tan puntiagudo».

El músico intenta explicar ese estilo: «Es como lo natural que nos sale. Tenemos una forma re contra histórica de tocar y hacer ruido. Pero para divertirnos, para sacarnos la mierda. Si llevo algo tranqui, nos juntamos los cuatro y sale fuerte, sale fuerte y ya. Los cuatro juntos nos potenciamos». Pero ese estilo no es salvajismo puro sino que hay un concepto poético: «La

síntesis es una especie de estructura que te hace más concreto. Un poco es usar lo que tenés, las herramientas y adaptarte a eso. No sé florear la canción. No me gusta dar muchas vueltas a la hora de concretar el tema». Lo mismo ocurre con sus lúcidas letras: «Cuando escribía poesía, respetaba la primera intención. Un respeto al primer envío».

[ENLACE MÚSICA](#)

TEODORO CAMINOS LAGORIO | Desarma y canta



Octubre 10, 2019

“Entrando en vos y en mí/ Desarma la matriz/ El amor”. Algunos eventos desarman. Puede que “eventos” no sea la palabra indicada. Pero, bien: hay cosas que nos corren de lugar o que lo alteran. A veces pequeñas, como el Roland Juno que adquirió un año atrás. El teclado, comentará, “ofrece un dispositivo que promueve la música desde otro lugar”. No hacía tanto había regresado a componer desde la eléctrica luego de años de acústica. Casi como cuando niño en Bariloche. Si bien su temprana fascinación por una chancha y bongó que había en la casa apuntaban a tocar batería, la guitarra siempre sería su instrumento. Aunque por alguna imprecisa razón no recibió muy bien aquella eléctrica que le obsequió su padre. Sí sería un verdadero evento otro regalo: el minicomponente Philips que grababa los cd’s en cassettes. Con sus amigos se turnaban para comprar discos originales y hacer copias. Como Invisible, cuyo vinilo ya estaba en su casa pero la bandeja no siempre funcionaba. Había algo de descubrimiento en esas cintas compartidas de la mano de King Crimson, Zappa, Primus, Janes Adicction.

“Yo disfruto mucho con la música que hacen los demás”, dirá. Faltaría mucho para que ese asunto de atender la música de otros, grabar y demás deviniera en un rol de productor. Antes de venir a La Plata a estudiar arquitectura, ensayaría con algunas bandas sin nombre pero quizá la consideraba desde otro lugar. Hoy se preguntará si aquello no era apenas un hobby y hasta se arrepentirá del “tiempo perdido”. Tiempo que sin embargo aprovecharía intensamente al descubrir una ciudad efervescente de sonido. Cambiaría de carrera y entraría en Bellas Artes mientras escuchaba Melero, Bochatón o Beck. “Un día escuché a los chicos (El Mató) tocando *Tormenta Roja* en la radio y me volaron la cabeza”. Cuando formó *Ático* no dudó en volcarse de lleno a la música. Si bien la suya era una de las bandas esenciales de eso que se llamó indie platense, ya exponía una impronta difícil de encasillar. Desde sus armonías a su modo de

articular palabras y gestos vocales, su música siempre ha conciliado belleza, melancolía y oscuridad.

Un puñado de canciones escritas en la primavera pasada atravesaría uno de esos momentos de la vida que realmente desarmen. Componer para vivir y para sobrevivir, en sus palabras. La mudanza de su aliado Gastón Porro (*Un Planeta*) a Capital y los encuentros frecuentes con Canki hicieron que la idea de un par de temas deviniera en algo más que un EP. Entre múltiples teclados e ideas sonoras, la música sería como nunca lo que siempre había sido en su vida. Aunque con la sutileza de un compositor fino, su nuevo EP –entre sintetizadores, voces graves, falsetes y la más elegante oscuridad del pop– evidencia uno de sus trabajos más emocionales. No desde el grito desgarrador ni desde una lírica literal, sino desde la honestidad que va más allá del texto y que evidencia en el cuidado por la obra. O sencillamente el amor. No solo el de los vínculos que relatan estas cuatro canciones sino el de entregarse al trabajo por la vital recompensa de realizar algo propio y distinto. Algo como Teodoro Caminos Lagorio, esa clase de músicos que –como el amor– desarmen la matriz.

Después de *El portal* (simple del 2017), llama la atención que su nuevo trabajo sea *La Matriz*. “Hoy estaba acomodando unas carpetas para google drive y vi una relación titular. Pero no sé muy bien qué viene a simbolizar. No fue buscado”, cuenta Caminos. Sin embargo reconoce que hay una continuidad sonora. “Y quizá compositiva, en parte”. Las diferencias residen –en parte también– por los instrumentos de donde surgen los temas. “El teclado me posibilita otras cosas, me libera de ciertos prejuicios a nivel armónico. Es muy rudimentario en las teclas mi desempeño, pero es un dispositivo que te promueve la música desde otro lugar. Visual y sonoramente a la hora de componer. Tiene otro juego en la disposición de las voces, cosas que en la guitarra no haría en el teclado me resultan”. Coincidió que Canki (Juan Francisco Obregoso), si bien es guitarrista, cuenta con teclados y gran manejo para trabar esa “etapa en que estaba cambiando mi coloratura y tímbrica en la producción hogareña”.

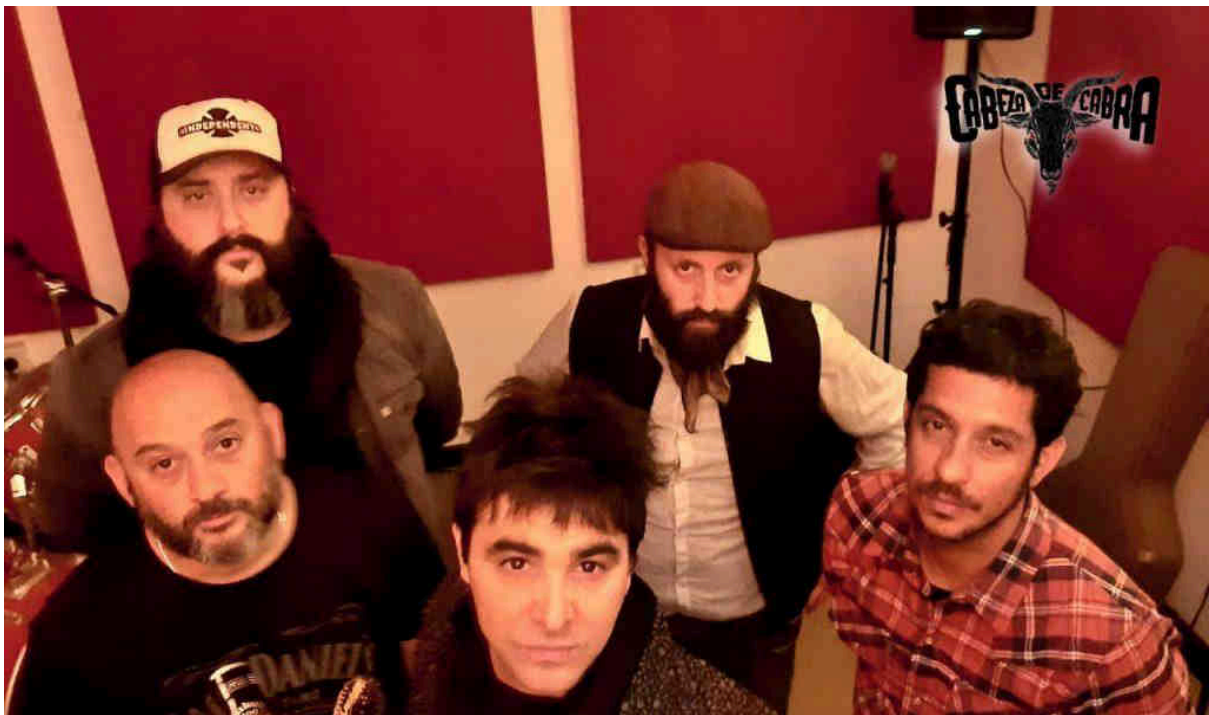
Caminos cuenta que desde hace tiempo, la composición va en simultáneo con la idea de producción, ya sea programando algún patrón rítmico primario o aplicando reverberaciones a las voces maqueteadas. “Después de *Ático* empecé a indagar en un registro un poco más alto. Dejé una impostación más post punk o dark. Y entré en una búsqueda más melódica, más definida. Y ahora la verdad que estoy tratando de recuperar lo otro. Me gusta que les cantantes abarquemos la mayor cantidad del espectro y los modos de emisión posibles. Me parece interesante, para salir de una monotonía tímbrica que a veces cansa”. Volviendo a la producción, el trabajo con Canki fue mano a mano, “nota por nota”.

“Las cuatro canciones hablan de vínculos amorosos entre dos personas. O entre las personas. No sé muy bien eso. Yo recién venía pensando respecto a esta entrevista y hace un tiempo me digo a mí mismo que la verdad que compongo para vivir. Y para sobrevivir. Básicamente, a mí la composición particularmente me posibilita sanar o revisar cosas. Sacar sentimientos y tormentos”, explica Teo. Y va más allá: “Lo más importante para mí es poder estar haciéndolo. No tiene que ver con una proyección de carrera, que es probable que sea así para muchos”.

Por eso, apuntó que en un determinado y complejo momento de su vida lo que tenía que hacer era ir a lo de Canki y ponerse a trabajar: “En ese sentido fue un año maravilloso. Fue un trabajo lento, paso a paso, muy cuidado. Con momentos muertos también, empantanados, pero todo fue tomando forma y felizmente, si se puede decir, lance este EP. Estoy contento de poder compartirlo, contento con el resultado”.

[ENLACE MÚSICA](#)

CABEZA DE CABRA | Siempre se vuelve al primer amor



Octubre 1, 2019

La Placita, el Tinto Bar, El Cafetal. Avanzados los años noventa La Plata era algo distinta. Ni peor ni mejor. «Quiero ser como esos viejos», pensaba Nacho al ver la Blues Oil. Su propio viejo, Eduardo, era un *bluesman* que le había legado el amor por la música y le había comprado una armónica. No hacía mucho lo había llevado nada menos que a ver a Los Redondos a Huracán. No es casual que los primeros trabajos de adolescente de Nacho fueran a cambio de clases de guitarras. Con amigos seguirían a todos lados a esos «viejos» y consecuente al lugar de reunión (Parque Saavedra) fundarían «La banda del parque», un intento musical más basado en osadía que pericia. Por entonces, el rap era una música que apenas si se conocía más allá de Illya Kuryaki o alguna mala parodia televisiva. A la electrónica se le decía «marcha» y Alak la repartía en un CD tan curioso como inolvidable. Entre Adidas y skates se juntaban muchos estilos bajo el mote «alternativo».

Pero tras la primera visita de los Rolling Stones a nuestro país, había un género que vivía un nuevo esplendor: el rock & roll. A decir verdad, ¿por qué decir que volvía si nunca se había ido? Los sacos de pana que hoy desempolva, daban crédito de un culto que sin embargo tenía sus matices. Los poco reconocidos Blues Motel no solo le explotarían la cabeza sino que serían la guía para pensar una lectura más fidedigna del espectro *stone*: no es solo rock & roll. O el rock & roll es mucho más que tres acordes.

En tiempos donde se acuñaron el mote raros como «rock barrial» y «el aguante», Nacho emprendería aventuras con La Jaula. Mientras la banda de Villa Elvira colmaba Reconquista, Viejas Locas tomaba una posta a nivel nacional. Veinte años después, cuando Narvaes lo había orientado a un hard rock más oscuro, Nacho compartiría una idea con Mauro: un homenaje a la banda liderada por Pity. Spotify y trap, influencers y pañuelos de colores

hermosos y no tanto, otorgaban un contexto distinto. Un miércoles del 2017 en Pura Vida, un notable equipo de guerreros celebraría temas indelebles con participación de Fachi (bajista de la banda de Lugano). «El rock & roll sigue vivo», pensó el cantante. Entonces había dejado la música, pero tal revelación a la par de reescuchar “Sopa de cabeza de cabra» de los Rolling Stones, alentaron la llama. Que, por cierto, jamás se había apagado. Convocando de vuelta a gente «de distintos palos, pero del palo» al fin, se propusieron una misión: devolver a la ciudad ese fuego sagrado del rock & roll. Pero no desde el reviente, la pose o la precariedad.

Con el aplomo que dan los años, una música que por simple no carezca de profundidad y contundencia. Como quien vuelve al barrio después de haber andado lejos, allí están estos «nuevos viejos»: Nacho Bruno (ex Narvales y La Jaula) en voz y guitarra acústica; Hernán «Cucha» Gil (ex la Smith) en guitarra; Mauro Barreka (ex Desbaratand Banda y Malayunta) en bajo; Mauro «Gallo» Gallina (ex Gamulanes y Mojo) en guitarra; y Christian Vercesi (ex Lugosi y La Pelada) en batería. Conciliando ritmo & blues y rock sureño, entre Stones y Black Crowes, con un sonido vintage pero aggiornato, se lanzan al ruedo los Cabeza de Cabra. Y es que hay que ser un poco loco de la cabeza para seguir apostando a esta música que precisamente habita debajo: en los pies, en las caderas y sobre todo en el corazón.

«Había una idea premeditada –cuenta Bruno–. Imagínate que venimos de distintos palos pero a la vez del palo. Todos somos chabones elegante stone de los 90 de La Plata. Old school. Personalmente quería tocar rock roll. El rock de los noventa, homenajear a Blues Motel y esas bandas del conurbano de los noventa, con las raíces de los setenta como base. Pero con sonido nuevo. Fresco y con buena ferretería. Pero con inclinación más vintages».

Bruno se ríe al registrar este momento de redescubrimiento: «Volver a componer rock me fue una odisea. Tuve que volver a desempolvar discos, afinar la guitarra en sol abierto, cambiar la métrica de mis melodías, cortar frases largas. Volver a experimentar a mi primer amor, pero algo no adolescente». Y traza una analogía: «Es como volver al barrio, pero incluso a tenerle al barrio más respeto y darle lo que se merece». El músico reconoce que quizá por impulso juvenil, antes se tocaba como fuera y parte de la energía estaba en llenar lugares. Ahora el foco está exclusivamente en lo artístico. «Somos una banda de rock & roll treintañera. Ya no llegan mensajes de gente que había dejado de ir a ver bandas. No es que somos la nueva gran cosa, como canta Mostroo!. Pero volvimos a interpelar un publiquito que tuvo un auge y que no se sentía interpelado».

Bruno se entusiasma con llevarlo más allá de la banda. «Me pone bien volver a sacarle el polvo a la campera de cuero, sacos de pana, camisas con buenos cuellos. Vuelvan a usarlas. Queremos una fiesta elegante stone, con ese espíritu del buen vino. Escuchar para Ratones, Stones, The Faces, Blues motel..Volver a esa esencia. Pueden pasar mil estilos: candombe uruguayo, trap, rap, reguetón. Pero el rock siempre va a estar ahí, a veces más y otras menos masivo. Siempre perdura. Y lo que perdura y el vino».

De la mano de los cambios tecnológicos (que sacudieron la primacía de la música de guitarras), el género también es discutido por algunos discursos con los que se lo identifica. «El

rock & roll tiene algo de pose. Yo la levanto. ¿Cómo voy repudiar querer verse bien? Lo que sí han cambiado son los modos de tocar ciertos temas. Por ejemplo, este single lo escribí a los 16. Lo saqué de un baúl viejo y tuve que cambiarle la letra. Antes decía «bella nena» y ahora «antiprincesa». Se trata de reconstruir el lenguaje acorde a una nueva idiosincrasia que se está plantando y bancamos a morir. Vuelvo a repensar mis modos. No se trata de repudiar sino de reversionar o escribir otra canción con lo que había».

Y expande: «Estamos reivindicando al viejo rock roll y aggionándonos. No le tiramos al reviente. Somos responsables, somos comunicadores. Hay hijos. Y escribimos más sobre otra cosa: sobre la amistad, el país, la calle. No queremos escribir que estamos de la cabeza... cambiaron los tiempos».

Como una máquina de componer canciones donde todos los integrantes participan, la banda tendrá su debut oficial el 8 de noviembre, a las 22 hs, en la Sala A de la Estación Provincial (17 y 71). Bruno remata: «El rock & roll tiene sentimiento y musicalidad. Y esa perseverancia, como un buen vino. Es sensual. Tiene cosas exquisitas, tiene imagen, tiene un sonido rico. ¡Me volvió a conquistar! Y bueno... todos vuelven al primer amor».

 CABEZA DE CABRA - ¿QUÉ SUCEDE?

SANTIAGO MORAES & TRANSEÚNTES | Todo esto es mío para regalar



Septiembre 11, 2019

«La sonrisa loca de cartón pintado / Y la libertad a lo lejos / Juntando sudor de frente / Pa pagar el alquiler de un cuarto / En la vida normal». Hasta hace unos años atrás y desde unos pocos después de dejar el secundario Nicolás Avellaneda, sus jornadas laborales podían durar entre diez y dieciocho horas. Segundo asistente de dirección en publicidades, series o cosas así. Desde La Paternal, con su mochila siempre cargada de biromes y cuadernos, no solo tomaba subtes o esos colectivos que tan ansioso lo ponen: «No me gusta la dinámica de avanzar y frenar constantemente. Soy ansioso y me termino bajando».

También tomaba nota. Como cuando lejos de querer imponer en los ensayos, observa y absorbe lo que su banda propone. O como cuando en medio del rodaje de *Las huellas del Secretario* (por entonces la televisión pública apostaba a las ficciones sobre historia, recordás con una risa) escribió una letra en el Call Sheet o esa agenda con los teléfonos del elenco: «Se llena

un vagón / En la estación / Pasa un transeúnte / Chiflando una canción / Se prende un cigarrillo / Esperando el tren / Con la mano en el bolsillo...». «Perro viejo» sería uno de los temas más celebrados de Los Espíritus, la banda que lo llevaría por el mundo tras tomar la decisión de abandonar aquella rutina. «Vivía para pagar el alquiler, pero ¿para qué quería una vivienda si no tenía vida?». Pero a la par, muchas otras canciones se acumulaban casi como un ejercicio de resistencia a la llamada vida normal. Entre ambos trabajos (el pago y la banda), poco tiempo quedaba para Los Transeúntes, algo así como uno su inestable orquesta solista.

Cuando el año pasado decidió abandonar Los Espíritus y cierto bienestar que proveían, posiblemente sintió la inquietud de regresar a «la vida normal». Que nada tiene que ver con lo cotidiano, eso que expresa con notable pericia en sus relatos pletóricos de urbanidad y humanidad. Desde Tom Waits y Dylan hasta Cabrera y Roos ha aprendido que la crónica es de los periodistas, el retrato de los fotógrafos, que lo simple no es llano y que lo familiar puede ser maravillosamente extraño. «No importa de qué trata, sino las sensaciones», resumirá casi como aquel pintor holandés que decía: «Uno no pinta siempre lo que ve, sino lo que siente». Pero como se ha dicho, sus canciones no son cuadros sino que infieren movimiento. Empujados por la cadencia húmeda del blues o el aire cálido rioplatense se mueve, lento como su forma de hablar o como las bolsas de papel que un alucinado cree fantasmas. Como cuando escribe en la computadora y necesita pararse y caminar entre estrofa y estrofa. Como los presos que escapan en sueños o los laburantes que se trasladan, entre una aparente inercia y una agitación interna evidente, los versos rimados se mueven sutilmente. Y en ese margen que dejan, como el margen de la calle, se mueve Santiago Moraes. *Transeúnte* se llama su disco, Transeúntes su banda y así se mueve, de un lugar a otro, con los pies en el suelo, pero huyendo de la vida normal.

«Transeúntes existe desde el 2013, como mi grupo solista y paralelo –cuenta Moraes–. Tocábamos muy poco, porque la agenda estaba tomada por Los Espíritus. Las canciones son de todos estos años. El año pasado decidí armar un grupo más estable. Tenía ganas de grabar, así que ensayamos mucho y se empezó a grabar en febrero de este año en ION». Con Damián Manfredi (bajo), Sol Bassa (guitarra), Francisco Paz (batería), Fer Barrey (percusión) y Julián Rossini (piano, teclados y encargado de los arreglos de cuerda del disco), Moraes sigue apostando al sonido orgánico y cuenta que *Time out of mind* de Dylan fue buena referencia para «hacerle justicia» a canciones que quería que sonaran bien. Por eso fue fundamental solventar la dinámica grupal. «Es que la idea era para tocar en vivo. Hace muchos años que venía tocando solo, solista. Con el grupo se grabó en vivo y luego, cuando se incorporó Sol Bassa, se sobregrabaron cosas». Y agrega: «Sol tiene es un lujo que esté conmigo, aporta muchísimo. Todo el grupo es un lujo. Y tocar en grupo, es recibir el aporte de todo los demás».

Reconocido fan de la música popular uruguaya asume la incidencia en canciones como «El bus» o «Cárcamo». Y reflexiona sobre sus líricas: «Hay una búsqueda por ese lado de la simpleza de las palabras. Y de la identificación por las palabras. Hay gente que escribe de modo críptico. En mi caso me gusta que comunique algo y que sea fácil de entender. Nunca fui muy rebuscado». Y agrega:

«Uno escribe sobre un montón de cosas, no solo de la calle. Me parece también que no hace falta saber cuál es la historia o los hechos cronológicos. Lo que busque es transmitir una

sensación, un sentimiento. Y en ese sentido, se buscan las palabras que transmitan eso. Y claro que hay elipsis porque es un recorte».

«Mirando las paredes de una celda / con las llaves en la mano sin pensar / a mí me llevó tiempo darme cuenta / que si me estiro un poco hasta alcanzarlo todo esto es mío / y te lo puedo dar» este bello álbum de diez tracks «no tan rockero» y entre la vida normal, la vida marginal y la vida ideal, el gran asunto del disco parece ser la libertad. «Sí, puede ser. Es uno de los grandes temas que atraviesa mi vida, así que seguramente esté en el disco», asiente Moraes amablemente. Pero no cree que el hecho de una nueva etapa y banda sea más o menos liberador a nivel creativo. «Obviamente tiene otra dinámica. Porque ‘un grupo solista’ es otra la jerarquía. Pero me cuesta mucho lo de imponerme. No soy muy dictador. Soy de trabajar en conjunto igual, aunque sea mi banda. Más que liberador es diferente. Y me encanta». Con el disco recientemente publicado, la banda dejó de «aprender los temas grabado y ya empezamos a zapar cosas nuevas. Ahí encuentro mundos nuevos».

Con una coyuntura social que sin panfletos pero con fuerza se filtra en su música, considera: «Creo que hay que hacer canciones y contar las cosas. Y expresarse, juntarse y cantar. Por una cuestión de que esta gente que está hoy en el poder colocada por poderosos más grandes nos necesitan tristes y abatidos. Entonces nosotros tenemos que hacer al revés. Haciendo las cosas con alegrías. Haciendo arte».

Tras la fecha de este viernes en La Plata, Santiago Moraes y los Transeúntes se presentarán el domingo en Tandil. Luego vendrán fechas en Capital, Rosario y Córdoba hasta que en diciembre sea la presentación oficial del disco en Niceto Lado B. «Estamos mostrando el grupo, muy poco conocido. Tocando más de lo que se recomienda para no quemarse. Y armando las canciones del próximo disco. Tengo muchas ganas de grabar antes de fin de año. Estamos muy entusiasmados. Estamos en esa».

[ENLACE](#)



Septiembre 5, 2019

«En cada canción hay una historia / Una historia de amor, un mensaje eterno» (El Mojo). Cuando escucha *Palabras más, palabras menos* se transporta a su casa de Coghlan y a su hermano. «¿No te pasa que una canción que re flashaste y después de un tiempo la volvés a escuchar y te lleva a esa época?», preguntará sencilla y genuina como cada palabra que pronuncia. Pensar que a través de Los Rodríguez llegaría a Los Gatos y que un día nada menos que Ciro Fogliatta la convocaría a su banda Las Blusettes. Por entonces ya se destacaba en esas zapadas a la vuelta de la plaza de Flores, cuando 133 o 113 mediante sorprendía con su soltura y expresividad en la guitarra. Además, resaltaré ella misma, llamaba la atención que fuera una chica. Casi del mismo modo que María Gabriela Epúmer lo había hecho años atrás con su solo en «Cerca de la revolución» e hizo pensar a la chica que gustaba cantar los Cadillacs en la ventana: «Esto es lo que quiero».

Criada entre la música de los Beatles y la radio, había asistido a un colegio donde había talleres artísticos y en la clase de música cantaban cosas como «Nos siguen pegando abajo». «Una letra», definirá efusiva sobre algo que le interesa por sobre las múltiples notas que puede extraer de las seis cuerdas, sobre todo después de haber hecho varios cursos de armonía: las historias. Será por eso que tras el notable e instrumental *Dedos negros* (2016), grabado solo seis meses después de unir por pura intuición y energía a Nicolas Silva (bajo) y Rodrigo Benbassat (batería), decidió poner la voz. «Me gusta jugar con el error. Creo en la identidad de mi voz», señalará. Dueña de una técnica de esas que se perciben no en el ampli o el pedal sino en la mano, sabe que el asunto va por otro lado. Sobre todo en el blues, que lejos está de ser el marco de su universo pero sí la raíz. Su hermano Simón escuchando «Buscando un amor» de Pappo había sido la puerta de entrada, con una producción de carácter internacional «pero con

canciones propias». Luego vendrían las clases con Pedro («uno de esos héroes anónimos») y sumergirse en gigantes como Freddie King. Pero la esencia –o el mojo– siempre estuvo en otro lado. «Déjame que con solo dos cuerdas te voy a reivindicar», reza una canción que surge, como todas, de historias propias o recopiladas como a ella le gustan. Si bien habla del Oso y de Martina, podría ser autorreferencial. Porque siendo zurda y sin saber que había guitarras para ello, apenas si tocaba al aire a los quince con su primera guitarra. La había comprado una tarde de un verano en el que no tenía materias que rendir y esperó paciente en las escaleritas del Paseo La Plaza hasta que abriera la Antigua Casa Núñez.

El tiempo transcurre distinto cuando gira alrededor de la música. A veces se detiene y otras –por el contrario– no puede evitar avanzar. Como cuando en 2018 editara *Calles de tierra* y ya asentada dentro de la canción entendiera que –más allá de los solos– ese es el camino a seguir. «Muy Atahualpa, ¿no?», se reirá Sol Bassa. Proyectando un nuevo disco o EP, una de las artistas más interesantes del under avanza como en la portada de su último trabajo: guitarra en mano, calma y rodeada de muchos más colores que el blues.

«Estamos presentando *Calles de tierra* y también lo mezclamos con el primer disco –anticipa sobre su show en La Plata–. Y estamos tocando canciones de lo que va a ser el EP, que se va a llamar *Errores coleccionables*. Son cinco canciones que editaremos en formato digital. Con esas tres producciones vamos saliendo a la cancha. Un poco rompemos con la regla de tocar solo lo que tenemos editado. En el día a día vas construyendo y querés mostrar en tiempo real».

«Yo creo que va para un lado mucho más cancionero todavía. Hay solos de guitarra en dos temas. Quizá en *Errores coleccionables* intento dejar más huella en una letra. Desde lo cotidiano, de cosas que voy viviendo. La letra está muy presente, con mucha identidad. Igual sin dejar de perder de vista la guitarra». En la charla surgen nombres como Clapton, Epúmer o Rot a la hora de ejemplificar que –salvando distancias– por ser guitarrista no hace falta demostrar o puntear todo el tiempo. «Hay otra ramita de la música que me llama mucho la atención, que es construir una canción». Y con el tiempo fue ganando confianza: «Se dio con respecto a la voz. Me gusta jugar con el error. Creo en la identidad de mi voz. También me dio confianza el camino, el recorrido. Me dio confianza un disco instrumental primero y dejar de acompañar. Estuve mucho tiempo solo tocando sin componer, y por un tiempo lo dejé de hacer. Aunque tampoco lo quiero perder. De hecho después de cuatro o cinco años estoy haciendo eso con Santiago Moraes».

Espontánea y humilde, Bassa se expresa sobre la naturaleza de la música independiente: «Lo construye uno mismo todo. Nosotros editamos los discos, trabajamos muy a paso de obrero. Muy de boca en boca, nos vamos recomendando. Pero compartís fechas con otras bandas... como por ejemplo ir a La Plata y que Hojas o Mostruo!, que son bandas súper locales y con nombre, nos llamen es súper motivador». Bassa habla siempre en plural: «Una vez el periodista Santiago Segura me preguntó por qué hablo en plural. Es por el respeto de la camaradería y el aguante que me hacen mis compañeros. Es una banda. Lleva mi nombre pero debatimos todo. Cualquier fecha, todo lo comento con ellos. De hecho me gusta eso, necesito eso. Si de repente no estuviera alguno de ellos, me movería los cimientos. Lo respetaría porque es parte de la vida. Pero me gusta tocar con ellos. Lo necesito».

Más allá de su evolución, el blues siempre está. «Me gusta tener una historia, es como un acto de expresión cuando no tenés recursos. Vos pensá que es como un canto de protesta. Surgió siendo así. En su momento flashé con el género. Siempre vuelvo, es el ADN. Siempre va a estar, en cualquier banda que armemos, el rock que escuchamos, vas a la raíz y está eso». Sin embargo no se cierra.

Al pasar, se menciona en la charla al grupo electro pop Ibiza Pareo y dispara reflexiones de género, en varios sentidos de la expresión. «Cruzarse con compañeras así me da pila. Fui a un festival, tocamos juntas y esto pasa porque se abre el juego. Los festivales y las propuestas desde lo femenino hacen que a la vez, en lo musical, la cosa sea bastante ecléctica. Por ahí parece que no tiene nada que ver el estilo. Pero las dos hacemos música popular y propia». Y reconoce. «En este momento hay movimiento y pasa también por un montón de otras artistas que vienen desde tiempo atrás: Rosario Bléfari, Andrea Álvarez...».

[ENLACE MÚSICA](#)

ADRIÁN JUÁREZ | En mi frágil planeador



Agosto 22, 2019

«Porque no soy doctor, ni contador / yo soy un aviador (un aviador) / te contaré / historias de mis nubes, de mi sol». No tendría más de siete u ocho años cuando pidió unas maderas para tallar. Visiblemente había una atracción por dar forma a las cosas. Pero no sería carpintero. Sin embargo estaba fascinado por una serie de enciclopedias para niños donde se detallaban oficios. Recuerda sin mucha precisión haber escrito alguna suerte de poema a partir de ello, pero sí es exacto al evocar los discos que sonaban en su casa. Su madre boleros y música romántica, que se entrecruzaría con el chamamé de su media sangre correntina y la cumbia boliviana y el folklore paraguayo de tanto jugar con sus vecinos del barrio de Olmos. Ser retraído jamás tuvo que ver con no ser perceptivo y varios de esos sonidos formarían parte de uno de sus más de setenta (¡sí!) discos grabados. Su padre, en cambio, le había abierto el camino a Radiohead y a *Alta Suciedad*, álbum que precisamente definirá: «No es un disco: es mi padre».

«Flaca» de Calamaro sería el tema que su primo de Dolores le enseñó en el teclado, instrumento que terminó aprendiendo con su Casio Tone Bank porque sus padres asumieron que no podrían pagarle el acordeón que quería tocar. Sería el Salmón también una inspiración para sus primeras canciones junto a El Risco, banda de su adolescencia en la que cantaba otro porque «el chiste es que yo lo hacía mal». De voz confesional y agradable, lo que realmente

ocurría era su timidez. Aunque a la vez era muy decidido, como cuando con toda la calma del mundo usó una morsa y aplastó todos los casetes grabados con minicomponente donde había grabado sus temas solistas. Lejos de la violencia pensó: «Esto no se ganó su lugar», y ya no quedó ni una copia de *La nariz*.

Una Pentium 1 o 2, el CoolEdit y el FruityLoops (que también sigue conservando) le enseñarían a mediados de los 2.000 que podía hacer música sin una banda. Y en su cuarto. Allí donde se dedicó muchos años a lo experimental, el ruidismo y la electrónica. Allí donde las canciones volvieron a aparecer y –como siempre– las puso a prueba. Puliendo cada detalle por separado: letra, melodía y producción. Dándoles tiempo para que sí se ganen su lugar. Sean del género que sean, ya que más allá del tono íntimo y sofisticado que cruza su cancionero, ha sabido –como dirá– probarse trajes. Ya sea para su experimento *Músicas tradicionales*, donde compone en base a un país y su cultura, tras indagar gradualmente en libros, imágenes o lo que sirva para construir el universo.

O para búsquedas más sonoras, como cuando este trabajador de una empresa de energía que la luz no está ahí quiso grabar con el sonido de la 808 que no pudo comprar. Otra vez los softwares, otra vez su cuarto y otra vez hacer algo nuevo con elementos conocidos. «Yo dejé abajo ese mundo y mi monóculo no ve / las noticias, los contratos, las motos allá abajo quedarán», cantará y más que una expresión soberbia de alguien a quien no le importa el mundo, es la declamación de alguien que resguarda su propio mundo. Que como en «Calculadoras» («el himno nacional de mi habitación», dice) tiene casi estatura de Patria. Por eso le simpatizará el hashtag *bedroompop*, como saber con risas que «hay una tribu urbana en pijama que nunca se junta». Desde la habitación y esas ventanas que son los libros y los discos, mira el mundo. Y sin presentarse en vivo desde 2016, le canta a otras habitaciones. Meticuloso, sensible y elegante compositor, Adrián Juárez sabe que los viajes no se miden en kilometraje ni pasaportes. Y que a veces, desde una habitación, se puede volar alto el ancho mundo. Por dentro y por fuera.

«Me gustan mucho los álbumes –introduce Juárez sobre su último trabajo–. Sin embargo a veces me surgen ideas aisladas que quiero hacer y que no me dan para un disco. Hay que concentrarlo en una canción. Este es uno de esos casos». Y cuenta: «Hace unos años que estoy obsesionado con un sonido que es la 808. En lo musical responde a la ganas de hacer electrónica con ese sonido». La canción original data del 2013: «Trato de que las ideas se me impongan. Es más: lucho porque la idea no salga a la luz. Y si es suficientemente fuerte, solita se va a imponer». Lo que se mantiene vigente es la letra en relación a su propia vocación. «Sí... en otro disco ('Tu nombre es fresa') está 'Mi tambor' que habla de lo mismo. Tiene que ver con dedicarte a otras cosas por no morir de hambre, pero que tu alma no está ahí. A mí me toca y no es que no lo haga con ganas ni que esté agradecido. Pero es como cuando estoy ahí, no estoy ahí. Por eso dice: 'No soy doctor ni contador'. Soy esto por más que haga otras cosas. Eso es válido para cualquier persona que se dedique al arte».

Estilísticamente trata de definir su trabajo o el modo de encararlo: «Básicamente trato de hacer una lectura mía de cosas habituales. Hay una tradición, pero uno puede hacer una

lectura personal y lo vuelve no tan tradicional. Si bien me paseo por distintos géneros, me voy disfrazando. Son capítulos y siempre soy yo en distintos escenarios».

El escenario que no pisa hace tiempo es el del vivo: «No creo que responda a ningún trauma especial. Tiene que ver con mi personalidad. Soy tímido desde el hola. Interactúo con la gente, pero es un esfuerzo». De todos modos reconoce que hay cosas que extraña del vivo. «Sobre todo cuando voy a un concierto y veo la comunicación. Estuve unos cuantos años y logré cierto grado de histrionismo que estaba bueno, la gente se subía a la propuesta mía». Pero el entusiasmo vuelve a caer en todo lo que implica «el momento de armar una fecha para un artista independiente. Tocar en vivo es muy angustiante. Es una lucha, muy noble. Pero que no merecía tanto esfuerzo y estoy feliz con la idea de que hago algo y lo subo a internet. Algo así como de habitación a habitación. La gente lo tomó así. Tengo fans desparramados, que quizá son poquitos pero lo viven muy personales. Me atrevo... yo veo un *feedback* de cierta gente en internet. Y veo que hay una mayoría que son personas un poco retraídas. Y me hace feliz». Y para reforzar la idea recuerda algo que repite en entrevistas: «música hecha en ojotas [risas]. Siempre grabé en casa, nunca en un estudio. Los estilos musicales en su mayoría tienen un metalenguaje. Hablan de sí mismos. Yo pertenezco al boliche o yo a la calle. Hay estilos musicales que hablan de la calle. No hay tanta música que hable de tu habitación. Si bien mi repertorio recorre varios paisajes y la naturaleza, siempre vuelvo».

Sin embargo, hay que dejar en claro nuevamente: su mundo privado no tapa el resto del mundo. Y la coyuntura social no le es ajena: «Es un tema. No creo que mi ensimismamiento no es porque no empatice sino que tengo una especie de impulso de estar solo y hacer cosas que requieren estar solo. La multitud un poco me apabulla. No tengo fobia pero no es mi lugar favorito. Lo que pasa es que por un lado están los libros que son una ventana. Pero está la calle en sí. Son momentos políticos muy agitados de mucha noticia y noticia en la calle: que un familiar la está pasando mal, por ejemplo. Tendrías que tener un nivel de empatía muy bajo para que no te traspase o invada las canciones. Yo nunca fue de escribir sobre política. Pero me pasó que dije: pucha... no puedo no escribir esto. Hice una canción que comienza: 'Hay que despertar a la giganta'... veré si la publico o no. Pero hay veces que es inevitable se vea invadido por ese sentimiento, porque en este momento es una cosa muy estridente que te te ensordece».

[Enlace Música](#)

PECHITO GAMBETA | Una jugada distinta



Agosto 17, 2019

«Vos sos músico». En un viaje juvenil a Córdoba, una muchacha mayor que él y con aires de adivina, se lo aseveró. Igual que unos años más tarde —cuando entre gente capaz de dominar temas de Spinetta o Zeppelin él apenas rasgueaba el mismo puñadito de acordes que toca hoy— se costaba creerse esa palabra. A decir verdad, jamás cuajó mucho con ninguna clasificación. Pero es verdad que desde aquella tarde de 1965 por calle 22, la única con mejorado de asfalto entonces, algo se había despertado. «A hard day's night» sonó desde una casa y luego sus primos adolescentes le mostraron con el Winco quiénes eran los fabulosos cuatro.

Pasarían unos años para que su tía le prometiera una guitarra con la que soñó todo un verano en Lincoln, pueblo de su madre. Pero al volver, el preciado objeto caería en manos de su prima. Por enojo, iría a la carpintería a comprar terciado, cola de carpintero al vapor, un trozo de pinotea. No le saldría moldear la «forma de mujer» ni tenía registro de ninguna casa de música. Pensó en nylon y en lugar de cuerdas, compró seis tanzas para pescar de distintos grosores. Del gallinero que tenía su padre, tomó una pluma y la usó de púa. «Se parecía más a una cítara y no sonaba bien», recordará sobre su guitarra cuadrada con la que en el barrio lo miraban como «un loquito». A decir verdad, también, ser raro jamás fue algo que lo afectara y menos algo buscado. «Yo soy libre. No mido. Hago por lo que me sale. Y eso tiene su precio». 199 mil pesos —del 5 de febrero de 1982— costaría el modelo Castillone de la disquería Andén Musical. Ocurre que al llegar a Constitución de aquel viaje a la provincia mediterránea, la había visto. Una guitarra roja con vivos amarillentos. Desde entonces no pensó en otra cosa. Toda su vida trabajó de lo que

fuera (pintar casas, cortar pasto, artesano) así que una vez que tuvo el dinero al tiempo tomó el tren La Plata – Constitución (del que también guarda el boleto). «Aquella», pidió con la misma emoción del niño que escuchó los Beatles. «No, la verde no... la roja». El señor la descolgó. «No –fue más preciso–. La de la vidriera». No era un modelo de guitarra: era esa guitarra. Y como la misteriosa adivina, se llamaría Telma. «Vos vas a darme canciones», le propuso mientras regresaba excitado en el tren. «Un día amanecí» sería la primera canción que tuvo esa forma. Antes todo eran balbuceos y un collage de frases, ideas, pensamientos, textos. «Me autodescubrí con ese tema», el mismo que ganó la admiración de sus amigos más virtuosos. Y el que abrió el camino a una trayectoria que siempre anduvo por los bordes con la libertad de los extraños.

Los Simples sería su primera banda, alrededor de 1984 y tras otros proyectos, daría forma a una de las bandas más inclasificables surgidas en los agitados noventas platenses. Tanto que, a pesar de su convocatoria, no quedarían inscritos en las planas mayores de la rica historia oficial. Oscilando entre el humor corrosivo, la melodía beat, la espontaneidad punk, cierto clima alternativo y la crudeza de quien hace sin medir. Como una guitarra cuadrada. Con cuatro discos distintos y representativos, el 2016 sería el momento de terminar la banda. O eso pensaba este artista múltiple que experimenta no solo con la pintura sino con proyectos como Perezoso o en su momento el disruptivo Los Amigos de Frankenstein. Pero uno es lo que es. Y hace lo que le sale. Un asado de reencuentro cuando Piero Pierini vino de Inglaterra motivó a un nuevo regreso de una banda que cumplirá 28 años en el ruedo: Pechito Gambeta. La que siempre hizo una jugada distinta, como su líder: Yagui Quintero. Ese al que Telma definió como músico o como se llame soñar canciones hasta volverlas realidad.

«Este recital será el resultado de la vuelta a los ensayos, tras el freno que hicimos en el 2016 –cuenta Yagui–. Eran 25 años y me parecía bien. Cuatro discos, que no son tantos pero que cada uno representaba una etapa... Me cerraba». Pero el bajista Dani instó al regreso y optaron por «el Pechito original», con el repertorio que abarcaría desde 1991 al 1998: «Más alegre, más romántico, con baladas y algún tema nuevo que entraría en ese estilo».

El cantante cuenta que ese repertorio implica «volver a un pasado, ubicarme a una situación, el personaje que canta esas canciones. Agarramos los temas y rescatamos gran parte del sonido. Somos como una banda de covers: Pechito Gambeta haciendo covers de Pechito Gambeta. Yo vengo haciendo y pasé por otras músicas experimentales, anárquicas, monstruosas. Otra onda. Pero se dio un encuentro y salió todo al toque. Es como si nunca hubiésemos dejado de tocar».

Gran parte de la obra de la banda (y especialmente esos primeros años) están atravesados por un humor. Quintero intenta definirlo: «Hay una connotación de ironía, de rebeldía, humor en la forma de decir cosas. No es algo livianito». Yagui separa entre esas canciones y otras más oscuras. «Todo lo que compuse en mi vida fue de una forma natural.

Nunca dije: voy a hacer una canción densa o con humor. Tiene que ver con el desarrollo interno mío». Y eso se extiende a la banda que completan actualmente Beny Lovera (guitarra),

Darío Grigera (bajo) y Hugo Lapeyre: «Un grupo muy independiente, uno nunca tiene nada que ver con las estéticas del momento. Salió a hacer eso. No éramos cool, ni un grupo de ruptura, ni marcando tendencias. Nos dirigimos para ese lado porque estaban los temas».

«Soy muy libre –concluye Yagui–. Comprendo, pintado, escribiendo. No puedo estar haciendo música con una tendencia de turno. Hago por lo que me sale. Y eso tiene su precio. Mucha gente no lo entiende, no lo interpreta, no valora... qué está haciendo este. Está vistiendo en pleno verano con pullover. Y cuando no me salen las canciones, no me hago problema. Igual que cuando pinto. Si veo que me repito o me aburro, tiro los pinceles a la mierda. Dejo descansar, me vuelvo a entusiasmar y salen nuevas canciones».

[Enlace Música](#)

LAS DIFERENCIAS | No termina más



Agosto 14, 2019

“¿Por qué he llegado aquí cuando no tenía ir? Pero si te vuelvo a encontrar quiero que me lleves a ese lugar”. Era una caja de madera medio abandonada. Acostumbrado a disfrutar sin mayor detalle informativo la música que el padre hacía sonar (desde Pink Floyd hasta María Bethânia), sin embargo había algo allí que lo invocaba especialmente. Pilas de casetes que incluían Led Zeppelin I al IV, Rolling Stones y también Toquinho fueron apropiadas por este pibe de Caseros en tiempos donde imperaban los CD. De hecho pudo hacerse de una copia digital de *Lenny* (Kravitz, claro) y a la par también se apoderó de la criolla de su progenitor. “A partir de ahí me volví loco y empecé a tocar mucho tiempo”, evocará Andrés Robledo. Tocar por tocar, como siempre. “Nunca me di cuenta, fue siendo solo”, expresará. “Sin ningún tipo de ambición ni nada. Solo por tocar”, definirá la prehistoria de una banda que surgió con la misma naturalidad. Alejandro Navoa vivía a unas cuadras e iban juntos a la escuela. Faltaría para aquella navidad o cumpleaños (no recuerda, pero es por esa época del año) que unos amigos de la familia pudieran comprarle la stratocaster roja de lutier que tanto anhelaba y en su casa no le podían pagar. Casi como hoy -cuando aún teniendo un premio Gardel pujan por pagar sus cuentas y recorren en auto el país tocando y vendiendo sus vinilos- no sobraba el dinero.

La crisis post 2001 forzó un cambio de colegio, pero cuando las cosas se encaminaron un poco. Ya con esa guitarra, Ale lo fue buscar diciendo que tenía bajo y que en el barrio Nicolás Heis (o el Tumba) tocaba la batería. Unidos por todas esas bandas clásicas en inglés y con raíz de blues, no pensaban ni hacer temas ni hacer un disco. “Nos sentíamos bien tocando en un garaje como quien va a jugar al fútbol”. Fueron años así, de “pasar de ser adolescentes a jóvenes”, definirá Robledo al rato de asumir que nuevamente están en una de esas curvas que la edad nos pone para volver a decidir el camino. Entonces como ahora, debieron ser francos como su

sonido. *No termina más* (que bautizaría su disco debut) fue el primer tema que realmente tuvo forma. “Seamos sinceros a esto, vamos a hacerlo de verdad”, se dijeron entonces. Como hoy, que tras cosechar elogios de la prensa especializada como un trío incendiario, buscan una nueva forma de contar la misma historia. Por eso está contento estos días: hay música nueva y el espíritu de siempre. Con la misma franqueza que confiesa: “Tiene mucho que ver con la experiencia de estar los tres. Le tengo un poco de miedo al día de mañana no tener eso y ver cómo reacciono como compositor”. Siendo uno de los guitarristas más talentosos del under argentino, con docilidad y autoridad escénica, Robledo se conjuga perfecto con la precisión de Navoa y un baterista brillante como Heis. Todo indica que queda mucha ruta por delante y que de esa sala sigue siendo como la mágica experiencia de abrir una caja y llegar a un lugar desconocido.

“Estamos componiendo el tercer disco –cuenta Robledo y si bien no sabe si será disco o simples, cree que algo saldrá antes de fin de año-. De repente en los últimos días se abrieron las puertas de la creación, de la inspiración. Este disco fue complicado. En los últimos años estuve aprendiendo y así como me dio herramientas, también me enrolló un poco. Pero ahora lo hicimos fluir y parimos siete temas al hilo. Estoy re contento”. En ese proceso hubo un particular interés por la armonía, con acordes abiertos y cierto aire jazzero. “Quería reforzar la melodía. Personalmente siempre fui muy rítmico y de la experiencia en sí. Quería reforzar cosas que me gustan y ahora siento que suenan más unido. Está re zapado, tiene acordes de jazz... Nuestra idea no es hacer el mismo disco, disco tras disco. Queremos encontrar recursos. Es un poco tratar de inventar la rueda de vuelta”. Y definiendo ligeramente lo que viene como un “Pappo’s blues jazzado”, adelanta que la idea es que sea más crudo aún y sin sobre grabaciones: los tres sonando como en la sala.

La particular coyuntura parece incidir: “En las bandas que nos gustan los discos reflejan la situación que atraviesan en ese momento. Y nosotros ahora escribimos sobre la falta de dinero, sobre no poder adquirir las cosas que quiero y a la vez la necesidad de viajar mucho. También hay más canciones de amor, cosa que no hacía. Es un momento en que soy sincero con que no tengo un mango y sincero en que estoy compartiendo el corazón. De eso habla el disco. Todo nos está encontrando en una situación especial. Estamos por cumplir treinta, un momento de transición en nuestra vida. La banda creció mucho artísticamente, en los viajes, con los logros... Pero se hace difícil vivir de la música”. Sin embargo hay algo claro: “En estos últimos días, estoy entendiendo que hay algo dentro de mi corazón que quiere hacer canciones. Por más que no tengan peso, quiero ir un escalón más, quiero que estas letras pasen a sonido. Eso me lo voy a llevar hasta el día en el que me muera”. Y vuelve a referirse a la satisfacción de encontrar ese sonido o canción buscada: “Es todo por encontrar ese momento. Y también tocarlas y compartirlas. Hacerlas y compartirlas”.

El momento histórico también indica que las tendencias musicales se inclinan a otros sonidos. Robledo no da rodeos: “Tocamos esto porque estamos siendo sinceros nosotros. El rock es una cosa subterránea que va todo el año. A veces va más rápido o más lento. Se sube o baja más gente, pero siempre está. No sé qué pasará con el trap en diez años. Te aseguro que en este momento hay pibes que están haciendo música con la guitarra. Con más viento a favor o en contra. Ojo... el trap está buenísimo, cuando está buenísimo. Como cualquier género”.

Dentro del estilo más concreto de la banda –donde se los puede ubicar entre Hendrix y Jack White pasando por el rock argentino de los inicios– la palabra clave es el blues: “Primero y primordial al día de hoy, entendía que todos los músicos rockeros que nos atraían, les gustaba el blues. El blues tiene un sentimiento poderoso, muy contundente y visceral. Su origen. Quizá con la madurez pude entender más cosas que hay en esos tres acordes. Lo encontré también en el folklore, es ese mismo hilo”.

Editados en Brasil, país que visitaron en el 2017, registraron una bella y particular versión del himno nacional que emitía rotativamente el Canal Encuentro. Vuelve a surgir una palabra: política. “Desde que te levantás de la cama estás haciendo política. En cada producto que elegís. Y las decisiones incluyen al que hace pan, corta el pelo y también al que hace canciones. Si no tenés un mango porque las decisiones de los dirigentes no benefician a todos, los que hacemos canciones somos parte. Y la gente va a preferir comprar comida antes que ver una banda. A mí me da bronca que en estos años crecimos unos escalones, pero si hubiese habido una situación o estabilidad económica distinta hubiese sido un poco mejor”. Y remata con una sonrisa: “Y bueno... soy artista de clase baja y trabajadora”.

[Enlace Música](#)

LOS BICIVOLADORES | Defender la alegría



Agosto 7, 2019

“Caminando entre la gente / les quiero regalar un poco de mi gracia / y el ritmo dominar / ¿Suena bien? ¿Suena mal? / Somos tantos, somos nada / así es la humanidad / todo pasa por tu mundo / y ahí lo procesas / ¿Suena bien? ¿Suena mal? / Todo va a estar bien, todo va a cambiar / espero que vos sanes del odio”. Con las zapatillas de lona pegadas con cinta scotch como todos, porque no había un mango, lo miraban sin embargo por su pañuelo rosa “a lo stone”. Eran mediados de los noventa y en encuentros de punk se coreaba y pedía por la muerte de Mick Jagger. A él, que se había acercado a esa música porque “si alguien presta, ya estás tocando y no hace falta estudiar escalas porque estás preocupado en sobrevivir”, le parecía absurdo. Se había enamorado del género por bandas como Ataque, pero también disfrutaba de Led Zeppelin. La guitarra había llegado de un modo inusual: un heavy asiduo a la pizzería de su padre ya no podía pagar su abultada deuda y dejó una Ibanez. Sin saber tocar, con sus amigos se las rebuscaban para componer con una sola cuerda. El clima de época -algo similar a estos días- parecía proponer escasos horizontes.

Sin Futuro sería el nombre de la banda. Más allá de la pasión por el género, se sentían “Patricio y Bob Esponja: No teníamos ganas de tirar botellas ni de vomitar en la calle. Queríamos ser felices”. Cerca de su casa de la calle 67 estaba la casa de Lucio, nombre que recordarán aquellos que hayan visto en conciertos auto gestionados a Fun People. Eso y el advenimiento de los 2000 de la mano de algo que se llamó Indie, les abrió una escena más amena a su estética que circulaba por el Viejo Varieté o La Galería. Y también las precarias pero fructíferas posibilidades

del Vegas en la PC para poder grabar canciones. El futuro –o algo así– llegaría y a mediados de 2014, tendría la necesidad de algo nuevo. Al principio habría varias formaciones en base a amigos que iban rotando. Pero la misma idea clara: canciones frescas pero decididas, con espontaneidad punk y actitud rockera, con líricas esperanzadoras pero para nada ingenuas.

Constituido como un *frontman* más genuino que arrogante, Mauro Haramboure hallaría la formación. Violeta Di Franco (bajo y coros) aportaría su importa. Junto a Lucas Chaqueta Mascaro (guitarra), Cristián González (sintetizador), Pablo Gabrielli (batería) y Jairo Magi (guitarra) conforman hoy la banda que tras algunos EP, suena bien sin importar si ocasionalmente sonará mal. Tanto en el vivo como en los registros, profesan a través de melodías guitarreras absoluta humanidad. Producido por la banda, el EP/Video “La Saga de la Humanidad” es el último y mejor trabajo de Los Bicivoladores. Un poco de gracia y amor entre tanta gente que no sana de su odio.

“Es la primera vez que estamos conformes con el sonido”, asume Haramboure respecto al nuevo material. “Lo armamos nosotros. Grabamos en mi casa con lo que teníamos. Pero tuvimos nuestros tiempos y nuestros gustos. No nos podíamos adaptar a los tiempos de los estudio o de otra personas. Nos costaba mucho lograr lo básico. Y en estas canciones nuevas estamos súper contentos, estamos conformes porque suena parecido a lo que teníamos en la cabeza”.

El material, subido a YouTube, está acompañado de un video donde se muestra a la banda en situación de vivo. “Salvo un par de acciones, está todo improvisado. Era mostrar lo que nos pasa cuando tocamos en vivo ante diez personas: ahí no fallábamos. Pero por ahí no es fácil en los discos. El video se trató de eso, de ver si podíamos mezclar ambas cosas”. El músico cuenta que en un show de Los Bicivoladores puede pasar cualquier cosa. “Creo que nuestra propuesta es ir a la esencia de lo que es un hecho artístico. La esencia, para nosotros, es comunicarse desde la sensibilidad de uno hacia la sensibilidad del otro y conectarse con otras personas a través de una idea, o ritmo. No sale fácil, porque a los diez segundos hacemos el ridículo y nos olvidamos de una estructura o de caer bien parados (risas). Y hay gente que le gusta. Nos dicen que se sienten más tranquilos viendo eso a que todo está en su lugar”.

La banda profesa romper esas estructuras del rock, pero siempre desde el rock: “Ni hablar. Porque es como en la política. Uno tiene que entender que no viene a tener las mil verdades reveladas y hay que cambiar todo. También nos sentimos parte de un estilo de música, pero rompemos algunas cosas que sirven para avanzar”.

Y extiende algunas ideas: “Tenemos la pasión como bandera. Y también eso va por el lado de política. Por cómo hacer las cosas, cómo cambiar las cosas, sea lo que sea. Me pongo a ver las cosas que grabamos antes y el concepto general es que nos preocupamos un montón por estar frescos y enérgicos, pero también por ver que nos pasa alrededor, pero bien cerca. El sistema gigante y mundial ya sabemos que no está bien. Pero en nuestro lugar nos dimos cuenta que es la música nuestro lugar para trabajar desde lo político. Para pensarlo, criticar a nuestro amigos, criticarnos. Después nos pasan cosas que nos sorprenden a todos y la pasamos como el

culo. Queremos estar vivos y despiertos, ver en qué fallamos. Si el sistema falla, que el nuestro no falle tanto. Es lo que queremos transmitir”.

 LOS BICIVOLADORES - LA SAGA DE LOS HUMANOS

HANKEL | Como Ringo, de barrio, loco lindo



Agosto 2, 2019

“No flasho cuentos de preso/ pero conozco los tomos/ por eso vale oro mi palabra/ y mi silencio”. Cuando pasea Paula y Balto por el Barrio UOM de Ensenada, con una sonrisa, gafas, rulos y estilo fresco, todos lo saludan y hasta le celebran algún tema. Ya no es como cuando comenzó a escuchar reggaetón y le gritaban “DaddyYankee”. Eso ocurrió tras una infancia en la que en lo de la tía sonaba Ráfaga o Amar Azul y él –un poco por generación– se volcaba a la cumbia villera, pero en la que también conoció la salsa y otros ritmos en una casa “de peruanos y paraguayos”. Ya de chico le gustaba “vacilarla” y por eso prefería Calle 13 al Cangri. “Suave, sabe muy suave”, evoca e imita la voz. No le iba tanto la de gangsta. Quizá porque estuvo ahí, tuvo el peligro en las manos o sobre la mesa. Y en un momento decidió salirse. Lo suyo no es cartellearla y no será este texto quien revele detalles que no hacen falta: cuando alguien pateó ciertas calles, no necesita mostrar las suelas.

“Me gusta ser el loquito lindo del barrio, que juega con los perros... no me ceba que me miren con miedo”, dirá sobre su cambio. “Como Ringo, de barrio, loco lindo”, rapea. Como una tradición familiar, proveniente de su abuelo y heredada de un padre que –asegura– “tuvo una vida de película”, el box le enseñó la disciplina que no tuvo de chico cuando “me las mandé fuerte”. De hecho, el gimnasio debe ser el único lugar en el que no sonríe este tipo que levanta a puro *dembow* la cervecería céntrica en la que trabaja cuando llega temprano a acomodar y ordenar las mesas. Quizá de inquieto es que se inclinó por kickboxing o solo porque le tomó el gusto a las patadas. Pero tanto en las batallas como en las barras, estaría más cerca de Alí que de Tyson: más flow que punchline. Fue a mediados de 2013 que se acercó a ella, mirando la Red Bull por internet y luego una competencia cerca de la estación. “Mochéabamos un poco”, pero comenzó a crecer y hacer amigos. Como Nasser, con quien afila su costado más rapper en

Chypher 94. Y luego, otro oriundo de El Dique, como Joaquín El Negro Cantoná: ambos forman La Timba. Y las “colabos” no faltan. Desprejuiciado y optimista, este MC que para una vieja escuela remitiría a De la Soul o Tribe Called Quest, no le teme a ningún género y activa sin dudar: para Hankel, la música es su barrio.

“Lo fui trabajando -cuenta Hankel sobre su carácter-. En algún momento fue oscuro todo en mi vida en general. Me mandé mis cagadas. Tengo que hacer música, pensé. Trataba de abrir los ojos. Es muy loca si me pongo a hablar detalladamente. Creo que busqué la manera de sentirme del modo que quiero que todos sientan cerca de mí. Si tienen mambo, levantar. Capaz que en ese momento estoy para atrás, pero sonrío igual”.

El artista intenta distinguir sus proyectos: “Yo veo que donde conectamos con Nasser es en la parte más oscura. Tratar de desde ese lado. Como solista, me gusta más vacilar, escuchar pistas y llenarla con ritmo, más que buscar algún mensaje. Con el Negro creo que conectamos bien, todo el cuerpo y cara de La Timba. El *niggajazzero* borracho con la cabeza volada de música, el blanquito solo que vacila... Y ahora que tocamos con banda es la gloria”.

A su vez tiene algunos proyectos paralelos. “Con uno de los Muy Cebados nos encerramos a fumar uno, con el beatmaker y cosas de reggaetón y trap. Salio algo freestyleado. Para mi es esa. Si seguíamos colgando...no se hace nada. Así al menos sirve como motivación y quedan ganas de hacer algo mejor”.

A la hora de componer, combina freestyle con anotaciones que va haciendo cotidianamente en tres carpetas que guarda desde hace unos años: “Me gusta mucho prestarle atención a lo que digo, que tenga algo de sentido, sacarte una buena frase. Aunque tampoco soy de las técnicas. Me encanta la gente que lo hace, como le queda... pero yo no”.

Respecto al crecimiento de la cultura urbana en La Plata y alrededores, destaca: “mucho talento. Y muchos pibes que a la edad que flashabamos solo *compes* de freestyle, están pensando en música. Y hay más beatmakers y estudios raperos. Porque no es lo mismo laburar con alguien que tiene un estudio pero no es raperos. También hay más bandas: hay músicos que estudiaron y les ceba tocar con gente que rapea”.

[Enlace Música](#)

RUDAS PRODUCCIONES | Hermana a la que nunca jamás has de abandonar



Julio 4, 2019

«Me colé en la fiesta y me planté» («Mujeres», Tribade). Cuando hace un tiempo Camila se acercó a las plazas y círculos de *freestyle* quedó fascinada. Gestora cultural con un camino más vinculado al rock, debía hacer un relevamiento para la facultad sobre alguna escena que no tuviera amparo del municipio. El trabajo no llegó a entregarlo, ya que estaba asistiendo, colaborando y hasta terminaría llevando adelante una columna en el importante ciclo radial DDR. Sin embargo, como a tantas en tantos lugares, algo importante le inquietaba. «Está buenísimo, pero... ¿dónde están las mujeres?», pensó. Si aún estaban latente sus recuerdos de adolescencia en Mar del Plata, MTV mediante, con Missy Elliot o Lauryn Hill otorgando calidad, poder y perspectiva desde las barras. Ya fuera desde No Doubt, Pixies o Blondie, siempre se había sentido convocada por las bandas con integrantes femeninas. Como Flor, también de MDQ y con sólidos lazos a la escena hip hop de esa ciudad, le hacían y hacen ruido los roles secundarios o periféricos que «la cultura» les da a las mujeres.

Es paradójico que un movimiento cuyos elementos fueron fundados en pos de las minorías o los damnificados (más allá de que el blingbling y el «forreo» narcisista a veces se

imponga sobre la idea de conciencia colectiva), ubique a la mujer en un lugar de objeto o de accesorio y no como par. No solo desde la palabra o rima, sino desde la acción misma. Con la experiencia de la gestión –La Pena en calle Uno, Sesiones DDR y fechas en Romania– Josefina «La Tote» Carballo (productora), Florencia Buggiani (productora, cantante, rapera) y Camila Rodríguez Meza (productora y gestora cultural) coincidieron que no alcanza con el cupo y mucho menos con «invitar a una chica a meter coros». Por supuesto que valoran otros espacios y también entienden este proceso como un aprendizaje más que aleccionamiento («lanza tú la piedra, nadie es libre del patriarcado»). Pero si el poder queda en manos siempre de los mismos, hay que accionar. «El poder no se ejerce, se toma», asiente Camila. O como la ruda, esa planta cuyos poderes mágicos solo funcionan si es robada. «Tomar por asalto el hip hop», se oye en un tema de Tribade, una de las agrupaciones que escuchan todas. Como cuando se intercambiaban data y contactos en sus producciones propias. Hasta dar el paso de unirse, con convicción y fiereza, en esta productora que han dado en llamar «Rudas». Y que este viernes 5 a las 21 hs tiene su primer evento en Guajira (49 e/ 4 y 5), orientado a la cultura Hip Hop pero llevado adelante en un 100% por mujeres: «Tomar el hip hop por asalto». Porque sin igualdad la fiesta nunca es completa.

«Se trata de un colectivo de productoras –cuenta Rodríguez Meza– que hace tiempo venimos trabajando en la escena hip hop en La Plata. Nos juntamos con la idea de hacer fechas exclusivas de mujeres y empezar a circular más la escena. A las mujeres a veces no se les da lugares protagónicos. Flor, por ejemplo, está por sacar un disco, y le ha pasado que le dicen: venite a hacer unos coros para este tema. Nunca estrofas importantes».

Actualmente se da la discusión sobre si debe haber competencias de freestyle exclusivas para mujeres. Y se prolonga a todos los niveles del movimiento: «Sí, es esa misma discusión. De hecho en DDR hablamos de la Federación Femenina de Freestyle que se hizo en Recoleta. Está buenísimo que existan esos espacios. Ahora tenemos en este evento dos chicas que van a iniciar el mic abierto para que se animen otras. En charlas con chicas del freestyle se ha hablado que es un lugar cooptado por hombres y saber que si entrás vas a recibir un berretín re común como bardear por ser mujer. Lo que pasa con la FFF es que la impulsa un hombre. Entonces la pregunta es: ¿quiénes tienen el poder? ¿Son mujeres o son hombres invitando? La idea de empezar a tomar los espacios siendo las protagonistas. Una de las cosas que dice Flor: no es estamos trabajando para ustedes, sino que estamos trabajando por nosotras. Eso implica llamar a sonidistas, feriantes... Darle espacio tanto a nivel laboral como artístico o escénico».

Rodríguez Meza reconoce que en cierto punto se ha avanzado dentro del hip hop pero que «debería haber instancias de formación para incluir a los adolescentes jóvenes en las discusiones que el feminismo ya nos venimos dando hace tiempo».

Sin embargo, hay algo innegable en el hip hop que lo vuelve favorable a querer apropiárselo y genera identidad. «Lo que me gusta es el sentido de denuncia. Cuando se habla de trap o rap, soy más rap. Me gusta la necesidad de denuncia y a la vez me parece increíble cómo se puede contar una angustia. O con un género más levantado como el trap o el reggaetón podés transmitir a nivel musical una cosa y a nivel letra otra. Me parece súper interesante».

MIGUEL WARD | El centro de los pequeños universos



Julio 30, 2019

“Adoro tu selección de palabras/ le da nombre a las cosas/ te distingue de todo” (“Aprendiz de cetrería”). Milo dice “taia” y “patía” cuando quiere que traigan la guitarra y así tocar la batería. Sí: como su tío Edu, ya es baterista. El pequeño jefe del hogar tiene un par de años menos que su padre cuando –en la casa cercana a la Catedral– pasaba horas fascinado con el sonido de una pianola convertida en Piano Ronish. Lo cautivaba ese mueble marrón claro heredado de su abuelo y eran “horas de ir saltando octavas y tocando cualquier cosa, de manera más percusiva y rudimentaria”. Casi el mismo tiempo que se quedaba junto al grabador, dando vuelta los cassettes de grandes éxitos de Queen que se colaban entre la afición tanguera de su padre. Faltaría mucho para que todo este lenguaje constituyera casi un método al que llamará “goteo”, basado en anotaciones diarias en libretas que quedan apiladas entre juguetes y adminículos de Milo. Frases que decantan al igual que los fraseos que se desprenden de su pequeña Fender electroacústica. Faltaría mucho también para “poner el cuerpo y la voz” a esa extraña e imperfecta pandilla llamada 107 Faunos, cuando fue uno de los encargados de cantar. Eso que hoy le da tanto placer, pero que inicialmente ni había imaginado. Aunque las crónicas familiares narran que sorprendió en la casita infantil “El Túnel” animándose a entonar un

clásico arrabalero. Pero lejos de la vocación de su hijo, el luego alumno de la N° 10 tomaría todo como un juego. Desde juntarse en la casa de ese amiguito cuyo padre tenía preciosas guitarras de colección y una batería, hasta precisamente convertirse en batero que “solo llevaba palillos” en El Destro.

Para entonces ya habían irrumpido Nirvana y sobre todo “Experimental Jet Set, Trash and No Star” de Sonic Youth. Una guitarra española marca tango de color camello y los trastes rojos borravino, arrancaría sus primeras canciones como “Saurios”. El tiempo y el seno candente de una de las bandas esenciales de lo que la prensa llamaría indie, potenciaron en este muchacho de modos amables una notable capacidad para unir bellas melodías con deliciosos retratos urbanos. Canciones como “Pretemporada” habitan entre las mejores que se han escrito sobre su natal y amada La Plata. Sería la historia perfecta contar que su alejamiento de la banda en coincidencia con su paternidad originó nuevo disco. Pero no: igual que sus canciones, no busca una narrativa perfecta y cronológica. Si fuera aprendiz de cetrería, seguramente no daría demasiadas órdenes: solo dejaría que las aves se arrojaran al aire para descifrar pacientemente el dibujo que trazan con su vuelo. “Sacar la mayor cantidad de ego”, explicará sobre su proceso compositivo. A veces solo hay que observar como planean los motivos y palabras, ya no como la repentina iluminación del poeta sino todo lo contrario: como un rayo que penetra lentamente las capas de la tierra y llega al centro de inexplorados universos. “Rayo lento”, de bellas canciones de tono electroacústico, sonoridad reverberante y sofisticadas postales como “Punta Lara”, da nombre al primer EP en solitario de Miguel Ward.

“La idea es sacar de a tres temas, en pequeños segmentos, gustoso de la modalidad contemporánea de publicar de a pocas canciones –introduce el músico–. Fue un proceso largo”. La partida –por razones ajenas a Ward– de quien era productor del disco, lo obligó a reconstruir lo que ya estaba grabado. Con una ayudita de sus amigos, encontró el rumbo. Eduardo Morote y Juan Artero (quienes junto a Santi Casiaseno completan la banda que lo acompaña en vivo) fueron esenciales para continuar el trabajo. Y Pablo Barros (productor y sonidista) terminó de encontrar el tono: “La búsqueda fue generar espacio. Que tuviera un formato, donde se puede entender la canción, por donde va el nudo. Pero que podés transformarla en un sonido más grupal”. La referencia fue un disco que gusta mucho a ambos: Sea Changes, de Beck. “Ese disco encuentra el equilibrio perfecto entre la canción de guitarra y voz y arreglos que van diciendo, que van llenando de texturas capas, atmósferas. Justo lo charlé con Pablito, que me parecía un lugar re acertado de producción. Es su disco de cabecera, empezamos a trabar el tema de las voces, ese espacio, lo entendió zarpado... se notan despegadas con espacio, que están flotando”.

Para quienes reconocen su impronta en los Faunos, notarán cierta continuidad al menos en lo lírico. “Al cambiar de interlocutores se generan diálogos nuevos. No es un proceso siempre acabado. Voy tomando prestado palabras y melodías que surgen de una práctica cotidiana. Cuando tengo un universo armadito, voy hacia eso. Siempre lo imagino como un goteo... algo que es medio un préstamo. Esa gimnasia, ese ejercicio, ser como un medio, que las cosas bajen y sacarles la mayor cantidad de ego, que es lo que te genera duda. No tengo una idea que preexista: se va armando más allá de mis intenciones. Y me termina de convencer”.

Ward dice que está escribiendo bastante poesía y cosas sueltas, en libretitas que le regalan o en su computadora. Su estilo dista mucho de la estructura simétrica y con rimas de la canción popular: “Me gusta mucho la posibilidad que da el verso libre y la sonoridad que cambia por momentos en relación distinta a la melodía. Hay determinadas imágenes, en el quehacer cotidiano, frecuentar esos lugares, frases que se imponen sola... Me gusta en el formato canción, es una síntesis entre imagen y sonido. Que lo da formalmente la duración de la canción, con esa condensación de tiempo y esas imágenes que generan un rebote en la cabeza del que escucha. Eso combinado con melodía es el quehacer de la poesía. Mi intención es no buscar lugares discursivos muy cerrados”.

La idea es seguir publicando otros EP, a la par de presentaciones que surjan. Y cantar: “Dentro de lo que son los instrumentos, es el que estoy disfrutando. Es una forma de proyectar directo del cuerpo. La voz me parece algo mágico, siempre va a cambiando, va mutando. Es una rareza escucharte cantando o hablando y esa extrañeza me parece una forma entera de disfrutar con el cuerpo. Eso que te rebota en la cabeza, en el estómago, el aire que pasa. Estoy encantado con ese universo”

[Enlace Música](#)

JUAN IRIO | Busca las fallas divinas, la melodía fatal



Mayo 18, 2019

“Me hace bien no comer, me hace ver mejor... Me hace verme invisible y que no me veas” (“Respirador”). Los discos no se habían vuelto invisibles: los habían robado. Al regresar de la Costa Atlántica a la casa de Gonnet se vio obligado a salir a buscar su propia colección. Con la mensualidad o escasos ahorros que puede tener un niño compraba “música que no conocía”, en pleno auge del casete. Originales y cintas piratas. Sandro, Favio, un ignoto cantor de tango o los discos de comedia musical que su tía había abandonado o lo que fuera... no importaba más que esas melodías. Igual que cuando hoy Tony (su adorable hijo) hace que toca la guitarra y ese sencillo acto ya es música, había algo que lo abstraía y a la vez lo conectaba con un mundo que a veces pide cosas innecesarias. Como exponerse porque sí. Esa educación musical continuó ya con la guitarra pero siempre desde lo autodidacta porque –medio en broma, medio en serio– “era tan tímido que no podía ir a un profesor”.

Cualquiera que veinte años atrás, cuando ese juego pasó a ser algo así como una carrera llena de discos, giras y cierto reconocimiento que pudo ser más, se daba cuenta que bien había aprendido. Su voz candorosa pero sólida, sus líricas elegantes y la herencia armónica del señor Wilson (que no casualmente lleva con tinta en su brazo) lo pondrían al frente de Plupart. Pero varias canciones, signadas por la ruptura y la desazón, eran demasiado para ser cantadas. Como cuando se mudó a un edificio del centro platense donde –como dice– siempre hay alguien arriba y alguien abajo, sentía que era demasiado visible. Puede que por ello que los maravillosos y cambiantes The Siniestros salían al ruedo en sus inicios como enmascarados o que tocó en plan solista no más de quince o veinte veces en igual cantidad de años. O quizá sea que no fueran máscaras para esconderse sino universos estéticos donde poder decir ese propio universo interior que le explota desde chico, cuando recuerda –también con una sonrisa tímida– que tuvo que asistir a terapia.

Y es que antes y durante de El Estrellero (ese notable combo margado por la gran estrella de la poesía y el rock) estuvo y está loco. Por la música, esencialmente. Y el sonido de las palabras, si no es parte de lo mismo. Como *Baladí*, que suena a balada pero significa carente de importancia. Pero importa mucho, como todo lo que es invisible. Será por eso que finalmente se decidió a sacar estas canciones de tono preciosista, pero apenas arregladas por pianos, armonios o guitarras. Que suenan ligeras pero no livianas. Que en verdad están llenas de corazón pero sin estridencias. Como decir “te amo”, algunas cosas verdaderas no se dicen a los gritos. Y así la verdad alcanza la belleza, puede que coincida él. Música, belleza, verdad y todo lo invisible, pero que está. Como él, que seguramente quisiera no ser nombrado al final de este párrafo y dejar que suene lo que tenga que sonar.

“Esto empieza a madurar hace más o menos veinte años –cuenta Juan Irio, porque de él hablamos–. Son canciones que empecé a hacer y tocar para mí. Y que rara vez toqué en vivo. Porque sentía que hablaban mucho de mí. Quizá para el que las escucha no se advierte la diferencia con las que he tocado con bandas. Pero tienen un contenido más emocional. Y como rara vez he tocado de solista, por vergüenza y porque disfruto tocar más en banda, eran parte de eso que custodiaba en mi colección privada.”

Por eso en octubre pasado, cuando El Estrellero comenzó a grabar su tercer disco y nació Paco, su segundo hijo, Irio sintió que era “tiempo de tomarme un tiempo”. “Hace veinte años que no paro de grabar, de girar, de ensayar. A veces abrumba. Pero esos seis meses que me propuse dedicarme a mí se me hicieron muy largos. Grababa una sola vez por semana, extrañaba los ensayos... Y sentí que era el momento.”

Concretamente, *Baladí* se trata de canciones propias del “contexto hogareño, alejadas de una banda” y menciona nombres como Nick Drake, Scott Walker o Harry Nilsson. “Más despojadas y sin embargo tienen arreglos preciosistas o rococó que disfruto mucho. Nunca lo había podido llevar a una banda.” Lo bueno de ciertos referentes es que uno puede asimilar el tiempo sin perder el sentido estético ni correr desesperado a montar las nuevas olas. “Hay un disco de Frank Sinatra, *Watertown*, que es un Frank más maduro, casi luchando contra el rock que se comía todo. Y es un disco que disfruto mucho. Yo me encuentro maduro obviamente, con dos hijos, estoy dejando de tocar, tengo razones familiares que atender. Y es un disco que va

manifiestamente a contramano.” Con tono suave pero consistente explica: “Me pasa que escucho por ahí temas nuevos de bandas o gente joven y talentosa. Nuevos talentos que de repente sacan un tema y que el sonido se sube a una ola completamente distinta a la esencia que tenían esos artistas. Y les pierdo el cariño. Porque suenan exactamente a como debe sonar esa canción”. Y confiesa: “Quería hacer un disco para tratar de sobrevivir ese sonido que tanto me gusta y cada vez se oye menos. Pensaba que dentro de mi discografía es mi gema. No para el oyente. Un disco al que voy a volver constantemente porque fui a donde quería ir y lo logré”.

Posiblemente he allí la maduración: “Yo creo que sí. Este disco fue planeado y ejecutado en un mes. Pero esas canciones que esperaron veinte años estaban esperando este momento. Todas juntas en ese contexto”. Y detalla: ‘Sin’ o ‘Respirador’ son de la época de Plupart. Cuando nos estábamos separando. Son canciones de ruptura. ‘Olvido’ es de hace diez años. Y ‘Baladí’ es la más nueva, la más optimista. Se aleja de la idea de ruptura y va hacia una idea de construcción de algo nuevo. Habla después del nacimiento de Antonio, que fue un cimbronazo y es para Caro [su compañera]”.

El disco fue coproducido por Juan Baro Latrubesse, con quien “siempre congeniamos y su mérito es enorme” y la mezcla de Lautaro Barceló, ambos compañeros de banda. “Por lo que es un disco muy El Estrellero.”

“Hoy toco en un lugar las canciones que antes eran de amor y hoy son mercancía que yo les doy a cambio de un aplauso”. Con una banda armada para su proyecto solista (tiene otro disco llamado *El ideal de lo común*), el inquieto músico planea no solo tocar estos temas sino grabar en junio o julio “un disco experimental y bailable”.

Irio reflexiona sobre el lugar de la música y cómo a veces se ve rodeado o afectado por cosas que distan de su esencia. “Lo entiendo más que nada cuando lo veo a Antonio tocar la guitarra. Y estar tocando para él o para mí. O haciendo que toca. Y no deja de ser música. Ese es el foco. El acto de comunión entre el ser humano y el cosmos. Brian Wilson habla de la voz de Dios. La música es lo más cercano a la palabra de Dios. No de la religión.”

“A veces uno ama lo que hace y se encuentra cautivo de lo que hace. Necesitás hacerlo no sólo económicamente. Y las canciones que uno compone de lo emocional terminan siendo mercancías... y de alguna manera gratifica.” Pero siempre se impone —o eso anhelamos— la belleza. “Creo que no es explicable. Es una sensación que queda en el cuerpo, que te atraviesa, que redefine la escala de valores que uno tiene. Le damos a veces importancia a cosas que tienen poca. A cosas sin importancia y poca. La belleza es aquello que impacta para poner las cosas en el orden que van.”

[Enlace Música](#)

EL MATÓ A UN POLICÍA MOTORIZADO | Alguien que lo merece



Abril 6, 2019

“Tan perfecta que sé.../ con su guitarra roja ella podría ver/ Nadie la merece, no/ ni yo que soy el mejor”. No recuerda si hubo alguna otra canción antes. Puede que fuera “Sábado”. Pero la primera vez que Chango llevó “Guitarra comunista” a la sala y la tocaron, a Manuel se le erizó la piel. Cada tanto, cuando toca, se abstrae y se pregunta ¿qué hago acá? Como en aquella Primavera Sound 2012 donde de pronto la gente se agolpaba en masa al pequeño escenario Adidas, al borde del océano y con un lineup que incluía Pavement o Pixies. Sí, las bandas que ellos veneraban iniciados los 2000 para armar las suyas. Combinaciones de amigos, nombres originales y ninguna perspectiva de éxito más que el hecho de salir a tocar. Y a veces ni siquiera salir a tocar. Faltaría un poco para que extraños y originales afiches asaltaran la ciudad sugiriendo que se podía combinar el espíritu punk con una mirada más sofisticada. “Me saqué la lotería. Estoy tocando en la banda de la cual soy fan”, pensó instantáneamente.

Originalmente, eso que supo llamarse Benji Gregory giraría en torno a sus canciones. Pero igual que en la actualidad, donde cada uno tiene su proyecto, Willy, Manuel y Gusti cederían ante las creaciones de Chango. “¿Cómo que nunca habías hecho canciones?”, preguntaba azorado Manuel a aquel pibe fan de Ramones, Embajada Boliviana y Demencia. ¿Cómo no las había escrito nadie antes? Esa sensación de familiaridad y a la vez de sorpresa, la clave para que una canción se instale en el inconsciente colectivo. Como si siempre hubieran estado ahí, pero ocultas o desordenadas o sencillamente de otra forma. Y Chango acomodando en dos o tres movimientos los elementos para llevarlas a un lugar inédito. Mejor dicho, Chango, Manu, Gusti, Willy y luego Chatrán. Porque ellos estaban ahí, sí, como esas canciones. Pero tuvieron que conducirlos y darles un sonido que, innegablemente, marcó y sigue marcando época. Aunque Manuel crea que el sonido es secundario ante la canción. Es cierto que desde los pequeños recitales y las noches de “jugo Laptra” (que “te comía el hígado”) hasta las grandes giras

internacionales y el adictivo Dr. Pepper del Sonic Ranch, ese sonido se ha pulido. Pero ha evolucionado sin perder aquella sensación primaria. Entre Velvet, Can, Ramones y Weezer, ciencia ficción y apocalipsis, mantras existenciales y estribillos épicos... y más y más. La que pilas de reseñas y notas alabadoras de prensa quizá puedan explicarlo. Quien escribe estas líneas (y si se le permite por primera vez incluirse en una nota) siempre desconfió de la prensa musical y las “escenas”. Y así fue a verlos por primera vez más de una década atrás. Reconoció la cara de Chango, de algún lugar, pero sin saber quién era. Mucho menos si él componía. Vio a cuatro pibes mirando para abajo o para cualquier lugar. Sonó una canción y de pronto su piel se erizó. Luego se enteró del título: “Guitarra comunista”. Una explosión en la piel. Eso es El Mató A Un Policía Motorizado, la banda que toca las canciones que alguien tenía que escribir.

Formemos una banda de rock&roll

Manuel Sánchez Viamonte, guitarrista, expresa con tono calmo: “El crecimiento de la banda siempre fue muy gradual en cuanto a popularidad. Todos lo vivimos de modo natural. Mi sueño era tocar. Después es como que todo lo que vino ya estaba bien. Flasheé bocha. Pero no es que estoy diciendo: me gustaría llegar a tal lado, hacer esto. Ya cumplí lo que quería hacer. Después, obvio, hay metas en el día a día. Pero ya estoy realizado”.

“En ese momento ir bien qué era. Nadie pensó que íbamos a vivir de esto. No estaba ese pensamiento. Igual, cuando empezamos a tocar esas canciones dije: esto está bueno, posta. No es joda. Yo me daba cuenta de que tocaba canciones y me emocionaba.” La retrospectiva, sin ánimo de melancolía, vislumbra la admiración por sus compañeros y amigos: “La banda se conformó cuando vino Gusti. Había vendido su guitarra y se había puesto a estudiar viola. Que también era un prodigio. Chatri es el más formado. Gusti era más natural. Y es increíble la evolución. Al principio era virtuoso pero era más de otra onda. Fue cobrando más vuelo con el paso de los discos. Willy también. Siempre digo que podés tocar un acorde solo y te hace una canción con los cambios de ritmo y los va llevando”.

“Sueño el triunfo de alguien que lo merece”, entona como un toro herido Santiago Barrionuevo. Algo distintivo de la banda es el cariño y el sentimiento de pertenencia que genera entre otros músicos o espectadores. “Mucha gente siente identidad por ahí con nosotros. Me acuerdo cuando salimos en la tapa de *Rolling Stone* o de *Inrockuptibles*, era como un triunfo de todos. Era como si ellos salieran ahí. Y eso está buenísimo. Por suerte hay más cariño que detractores.”

Nuevos discos

La Síntesis O’Konnor supuso no sólo un salto de calidad, otro paso de popularidad y una apertura sonora, sino también una experiencia muy distinta a la de álbumes anteriores. “Siempre estuvimos sacando discos, queríamos sonar lo mejor posible. A medida que teníamos los recursos, pudimos ir accediendo a instancias mejores de equipo y de calidad de sonido. Lo trabajamos muchísimo más que los anteriores. Casi dos años antes de ir al estudio que armamos

en una casa que le alquilamos a la hermana de Chango. Grabamos las canciones, las volvíamos a escuchar. Metíamos arreglos, con Gusti nos juntamos mucho más para intentar que las guitarras se complementen. Probábamos cosas. Cuando llegamos a grabar ya lo teníamos bastante listo.”

Sánchez Viamonte recuerda con fascinación la experiencia de grabar en Sonic Ranch, ubicado en Texas y considerado el complejo de estudios residenciales más grande del mundo. “Fue el sueño del pibe. Está en un campo de nueces. El dueño es un multimillonario y su familia es de los mayores exportadores de nueces pecán del mundo. Y es un melómano. Compró montones de equipos no sólo buenos sino medio legendarios. Nosotros grabamos con la consola que era de Madonna, las guitarras de no sé quién.” Manuel se emociona cada vez más: “El estudio este que eran varios estudios. El nuestro estaba en un granero viejo. Teníamos nuestra casita, nos hacían el desayuno, yo me hice adicto a la Dr. Pepper. Estábamos todo el día en el estudio. No había otra cosa que hacer. Había un aro de básquet y por ahí tirábamos unos tiros. Los primeros días la cara de felicidad de todos, agarrando los instrumentos, excitados, corriendo de un lado a otro. Yo tengo ese recuerdo como de algo re lindo”.

Tenés lo que vos querías

Con más espacios para los teclados y menos distorsión, las guitarras comenzaron a funcionar distinto. Pero siempre al servicio de la canción: “La canción. El sonido solo... es agradable. Pero la canción te deja algo. Por ejemplo, está esa cuestión del lo-fi. Muchos enarbolan la bandera del lo-fi como un estilo de vida. Y está perfecto. Pero si no hay canciones detrás, puede ser lo-fi o hi-fi y no pasa nada. A nosotros nos gusta mucho Guided By Voices que suenan lo-fi y tiene canciones tremendas. Las canciones siempre. Pienso lo mismo. Sobre todo con los clásicos. Algo que es universal... vos ponés por ejemplo un tema de Bob Marley y lo hacés reggae, heavy metal, pop, folclore. Y va a estar bueno siempre. Lo mismo con Kurt Cobain y con grandes popes. Son el género en sí. Hay algo que trasciende. Y eso es la canción, la melodía”.

Las canciones... y las guitarras. ¿Por qué insistir con ellas en tiempos de ableton, pistas, hi hats en tresillos y autotune? “No sé si será generacional o que. Pero hay una vibra que te transmiten las guitarras que no está en otras cosas. Están buenísimas las bases y la cuestión esa, pero por ahí le saca un poco esa humanidad con sus virtudes o defectos. No quita que esté buenísimo. Y que por ahí genere o represente cierto sentimiento de la época. Pero creo que la guitarra va a existir siempre.” Todo indicaría, entonces, que El Mató también lo hará: “Me cuesta mucho proyectar. Siempre me pasó. No sé si es algo bueno o algo malo. Por momentos está bueno que no tenga expectativa... Nunca me puse a pensar. Pero me imagino que sí. Sí, con los chicos. Siento eso. Ojalá. Ser como los Rolling Stones. Es nuestra vida. Vamos a tratar de hacerlo todo el tiempo que podamos”.

[Enlace Música](#)

SUEÑO DE PESCADO | A veces me parece que mi pecho va a explotar



Abril 5, 2019

“El tiempo me enseñó que los amigos/ Se cuentan con los dedos de la mano/ Por eso debe ser que no los cuento/ Para pensar que tengo mil hermanos” (Tabaré Cardozo). Manu, que tiene veintinueve pero dice que siempre tiene diecisiete, tenía catorce. Con más entusiasmo que plata, él y sus entonces compañeros de Se Va El Camello robaban una precaria cinta adhesiva de la escuela y pegaban afiches en los árboles de toda la ciudad. Una noche vio cómo detrás venía el entonces asistente de una convocante banda local. A la par de su propia pegatina, se tomaba el trabajo de usar su engrapadora para asegurar los afiches de Se Va El Camello que habían quedado flojos. Un año después, Manu lo invitaría a tocar la guitarra en un tema. “Automática empatía” y que “no alcanza la cinta”, dirá sobre quien considera un hermano: Juan Manuel Calabró. O “el Wachi”. El tiempo los juntaría unos años después para sellar la sociedad responsable de una de las bandas que más ha crecido en los últimos tiempos a base de potencia, constancia y estribillos viscerales que se adhieren más fuerte que aquellos carteles.

“El tiempo me enseñó que los valientes/ Escribirán la historia con su sangre/ Pero la historia escrita de los libros/ Se escribe con la pluma del cobarde”, seguirá Manuel citando y cantando guitarra en mano esta gema de Tabaré para un bar semivacío en una nublada noche de martes. Pero lo hace a viva voz, con ese tono rugoso y potente, como “un animal que con el tiempo supo andar herido pero andar”. Podría ser el escenario de Cosquín o un Pura Vida a beneficio. Manu (o Manuel Rodríguez) no piensa en eso cuando canta. Ni cuando escribe. Le brotan las coplas como agua de manantial, diría Martín Fierro. De haber existido y conocerse, se llevarían bien. Manuel tiene su propia idea de la ley, de la calle y de la política. Por eso saluda con los brazos bien abiertos, pero también mira de costado y piensa algunas palabras antes de soltarlas. Por eso el joven que le habla con aplomo a miles de jóvenes canta esta noche para tres

un tema que suena como si fuera suyo: “El tiempo me enseñó que desconfiara/ de lo que el tiempo mismo me ha enseñado/ Por eso a veces tengo la esperanza/ Que el tiempo pueda estar equivocado”. Quizá el tiempo no se equivoque, sino que sencillamente ponga las cosas en su lugar. Quince años después de aquel encuentro y poco más de cinco como banda, algunos cambios de formación y mucha ruta encima, Sueño de Pescado prepara su cuarto álbum.

“Faltan detalles –cuenta el músico–. Se trata de un disco doble, con dieciocho canciones que ‘demeamos’ con el Wachi. Nos quemamos el bocho y se las mandamos terminadas por Cubase a los pibes para que cada uno ensaye su parte.” La grabación se realizó en el Estudio El Attic, que cuenta con máquina de cinta amplex. A Rodríguez siempre le interesa ese sonido vivo y vieja escuela: “Una vez que grabás así, ya está. Querés eso. Es más verdadero”.

Según anuncia entusiasmado, el disco tiene una “violencia” insólita. “Una canción atrás de la otra. Y el ingreso de Tomi y Gato (de La Smith) tuvo que ver. Son altos músicos. Nosotros dos tocamos desde el corazón, pero estos pibes saben. Y tocan con el corazón también.”

En tiempos de simples, Spotify y playlist, un álbum extenso supondría un riesgo que a Rodríguez le importa un bledo, por decirlo suavemente. “A los pibes también. Nosotros laburamos con el sello nuestro: Sueño de Pescado Discos. Y a partir de ahí hay una asociación con Pirka y EMI, que son los que distribuyen. Un modo de laburo similar al que desarrollaron los Redondos. Somos dueños de nuestros masters, de nuestros shows, de nuestras canciones. Cuando les dijimos que era un disco doble, nos preguntaron: ‘¿Les parece?’. Pero nada más. Está re bueno, porque más allá de que hicimos dieciocho canciones, fue re de corazón, re de pecho, logramos el objetivo y que no tuviera baches.”

Los cambios en la formación modificaron el sonido de modo “impresionante”, asegura. “Pero además el corazón, la espiritualidad, la cosa familiar. Pudimos trabajar más tranquilos, con otra determinación. Y estamos re felices. Si bien este año no está en los planes tocar mucho. Tocar poco, pero bien laburado. Porque el año pasado tocamos como 48 veces. Te quema la cabeza y hace perder disfrute.”

“Yo soy un inconsciente –sonríe el vocalista respecto de la composición–. La verdad que no pienso. Las canciones salen en treinta segundos. Como que sale todo de toque, derecho. Y después viene todo el proceso de musicalización, el ensayo. Me cabe que ahí intervenga más Juan.” Y extiende a otro plano: “Lo bueno de SDP es que cada uno sabe que la libertad de uno termina donde empieza la del otro. Es como una banda de ladrones. Está el que está robando el banco, el que planea y hay uno que tiene que avisar si viene la gorra. Porque si cae la gorra, caemos todos. Así que estamos todos pillos de no cagar a nadie. Y así terminás teniendo una relación que es muy profunda”.

Rodríguez también se refiere a la dimensión política de la música. “La música no es política. La ejecución lo es.” Y se exploya: “Desde pendejo me propuse no hablar nunca de algo de lo que no esté cien por ciento seguro como para aseverar una verdad. Yo hablo de mi vida, de mi

historia y de mi película. La política para mí es social y es en la calle. Yendo a los comedores. Nosotros con Juan hicimos veinticinco acústicos a beneficio en Córdoba. En Pura Vida tocamos un montón de veces sólo para que los pibes del bar puedan laburar. Nosotros hacíamos fecha a beneficio y con Juan cargábamos cajas a la Montana e íbamos a los barrios. Esa es una buena política. Para oradores está lleno”.

[Enlace Música](#)

POTRA | Al galope del corazón



Marzo 19, 2019

“El mundo cambió y ya está. Y cuando ves algo, lo ves para toda la vida.” Aquel fin de semana de 2012 o 2013 en Rosario conoció a un chico. Hablaron, se gustaron, chaparon y algo cambió. No diríamos que su mundo, pero sí que un mundo emergió. Tampoco diríamos que fue el chico en sí. Pero, como siempre, brotó con forma de canción. El mismo mundo que cambió cuando entre los pocos y clásicos álbumes que escuchaba su padre (*Greatest Hits II* de Queen, *El amor después del amor* de Fito y alguno de los Beatles) descubrió en un pequeño teclado Casio amarillo “el botoncito que tiraba bases”. Allí podría improvisar, del mismo modo que hace hoy cuando suelta la guitarra y baila entre el público. Ese mundo que también cambió un poco cuando la señora que trabajaba en lo de su primos porteños le obsequió una revista de Luis Miguel. A los doce años pudo ser otra niña enamorada del cantante, pero a ella no le interesaba “Micky” (como gritaban en los recitales), sino lo que pasaba con esa voz, con esas letras.

Tanto, que para un cumpleaños le regalaron un micrófono que conectado a los parlantes servía para interpretar toda la discografía del Rey Sol. El chico de Rosario, a quien saludamos afectuosamente resguardando su identidad, pasaría a un segundo plano tarde o temprano. Pero no las canciones que inspiró. “Primero el amor y después la canción”, dice al evocar. Lavial, la banda donde tocaba básicamente la guitarra y metía algunas voces, no tenía lugar para ellas. Su hermano Joaquín se estaba juntando con una baterista y al llamarla para sumar una guitarra les mostró “Me gustás”. La canción efectivamente gustó y al siguiente ensayo no sólo mostró una nueva, sino que convocó a su eterna compañera: Candelaria.

Desde Plan B hasta la actualidad –cuando cierran los conciertos con la talentosa guitarrista “tirándole encima” el instrumento a la cantante–, han compartido aventuras musicales y vitales. Fue precisamente en el cumple de Candelaria que antes de tocar surgió el nombre entre sus compañeros y le encantó. Simple y fuerte, con algo de humor... pero con el

galope del corazón marchando hacia adelante que la llevó a grandes festivales como el Lollapalooza, a México, a Europa y básicamente a un lugar donde habitan sus intereses. Con la canción como lenguaje, el pop como sonido y el amor como eje temático, Sofía Vitola (de ella estamos hablando) sigue expandiendo ese mundo que ama poniéndole hermosa voz y poderoso rostro a Potra. Y el corazón, sobre todo.

“Mi medio es la canción –define Vitola–. Yo quiero decir cosas, tengo una necesidad de comunicar y expresarme. Y dar algo al otro. La canción es la excusa para llegar al otro. En principio me pasa a mí. Y la segunda instancia es que lo quiero compartir a la gente que le interesa y quiere compartir eso conmigo.”

Su tópico recurrente es el amor, lo cual puede ser doblemente difícil, ya que no sólo es el más abordado, sino que en la actualidad es interpelado por sus posibles subtextos negativos. “El amor es interminable, no pasa de moda. Como la canción, que no pasa de moda.” Y extiende: “Lo que pienso es que si vos escribís lo que sentís, está bien. No porque sea la única forma. Me cuesta escribir algo que no me está pasando. Podría no hacerlo. Lo he hecho para cosas que me encargaron. Pero si uno escribe desde el corazón, si entendés la situación y querés decir algo...”

“Hay un montón de canciones que no se pueden escuchar más. Punto. El mundo cambió. Nuestras mentes están cambiando, aprendiendo y corriéndose de muchos lugares. Hay un cambio de paradigma»

Aunque aclara: “Hay un montón de canciones que no se pueden escuchar más. Punto. El mundo cambió. Nuestras mentes están cambiando, aprendiendo y corriéndose de muchos lugares. Hay un cambio de paradigma. El mundo cambio y ya está, es otro. Como cuando ves una cosa. Una vez que viste algo, lo viste para toda la vida”.

Por eso la histriónica cantante se despega –con humor, por supuesto– de la idea de “drama queen” en sus canciones: “Un poco me río de mí. Será estar psicoanalizada: reírse de uno, de todo, de las dificultades, de lo que hace el otro... aunque en verdad nadie te hace nada, sino que uno está absorbiendo lo que el otro hace, una manera de canalizar. Siempre desde uno, no desde el reproche. Ese también es el lugar que elijo como mujer en este mundo. Si no, hay una cosa que te pone en el lugar de ser presa de la que espera, donde el hombre propone y la mujer espera. Siempre la mujer está con la respuesta en la mano y nunca con la pregunta. Y en Potra es la mujer la que pregunta si querés que te pase a buscar”.

Respecto de la actuación en Casa Unclan, dice que están contentes. «Es un show de Potra, lleno de energía y de sorpresas. Tocar en La Plata nos encanta. Vamos un montón, nos sentimos muy cómodos y la gente nos recibe muy bien.”

Adepta a las playlist, donde suena mucha bossa, música mexicana y canciones varias que van desde José González a Louta, expresa sus deseos desde lo sonoro: “Tengo ganas de grabar

algo acústico. Y después algo electrónico. Se trata de ir respetando el momento de cada cosa. Trato de ser abierta a la música nueva. Si no en dos minutos, es conservador con todo. Ir dentro de lo que esté con uno mismo. Nada te corrompe si hacés lo que te gusta y respetás la voz”.

[Enlace Música](#)

FM UNIVERSIDAD 107.5 | Quien quiera oír, que oiga



Marzo 14, 2019

Eran las 6 de la mañana cuando aquel 1° de febrero de 1999, Ángel Lema –entrañable y lúcido operador– le dio play a “Like a rolling stone”. Que veinte años no es nada, que febril la mirada, pero la cáustica de voz de Dylan sería algo así “como toda una declaración” según Oscar Jalil. El autor de “The times they are a-changin” siempre fue un referente en ello de advertir los cambios, acompañarlos y a la vez, posicionarse de modo autónomo sin dejarse arrastrar. Una antena captando las ondas y emitiendo la propia. El Turco –como llaman coloquialmente a este periodista muy reconocido en el ámbito musical– oficiaba por entonces de musicalizador de una apuesta que venía a compensar una deuda: que la radio universitaria representara su espíritu. Y aquello no sólo implicaría divulgación sino un diálogo con la actividad cultural y política tan inherente a lo que emerge más allá de los claustros académicos.

Por entonces el aire era dominado por radios de hits edulcorados o el modelo de conductores estrellas y cancheros impuestos por Rock & Pop. Con tanta imaginación como obstáculos técnicos, la emisora ubicada en Plaza Rocha le daría la mano a la música local y tomaría el rock como el enlace de distintas disciplinas. Empresa que sería aún más ardua luego del 2001, pero que con tesón y un espíritu colectivo trascendente a la dirección de turno, construyó una voz entre tanta interferencia real y simbólica. Festivales como el *Outlet*, que le dieron lugar a bandas emergentes de la ciudad, o el cinéfilo *Festifreak*, entre otros ciclo, no sólo tendían un puente con la calle sino que servían como modestas iniciativas de supervivencia en tiempos de muchas contratadas y escasas plantas.

“La radio nunca la tuvo fácil”, dirá quién es junto a Jorge “Mono” Pérez uno de los coordinadores. Por ello es que en una coyuntura de innegable cambio, no sólo por la crisis económica sino por el impacto de la tecnología en los nuevos consumos culturales así como nuevos paradigmas sociales, lo toma con cierta calma. Algo está pasando y no sabés de qué se trata, cantaba el joven viejo Bob. Y si algo ha distinguido a esta vieja y joven radio es que trata de saber qué pasa en aquello sobre lo que habla. Música nueva, clásica, derechos humanos y cultura general. En un año de movimientos, la radio renueva la programación, plantea nuevas estrategias, planea una mudanza al Centro Universitario de Arte del Edificio Karakachoff y cambia de slogan pero no de marca: FM Universidad 107.5.

Jalil evoca lo complejo que fue “instalar una especie de modelo de radio” en una ciudad por entonces acostumbrada a otras propuestas, sumado a las dificultades económicas. “Lo que noto de la radio es que es como un laboratorio de ideas. Muy caótico a veces. Entonces siempre dependió de esa imaginación o de esa construcción colectiva. Nunca hubo una bajada determinada, entonces nosotros pudimos instalar un modelo de radio que nos interesaba”. Fuera de los recuerdos, el agitado presente se vuelve —precisamente— muy presente en la charla. “Creo que en algún momento estábamos en tiempo y ahora venimos con algún delay, también por estas cuestiones técnicas. Cuesta mucho establecer una presencia en las redes, porque tenés que tener gente dedicada a eso y no hay. Pero me parece que siempre apelamos al espíritu universitario. Como que tenemos mil desventajas pero una ventaja: ser una radio que no tiene que agrandar, que no tiene que estar pendiente de una pauta publicitaria. Y eso nos permite manejar esa cuestión bastante libre a la hora de hacer radio”.

“Ahora la radio se volvió mucho más fragmentada en cuanto a que sus contenidos tienen que ser mucho más directos, instantáneos”, reflexiona sobre el medio. El periodista y sus compañeros se muestran reticentes a replicar la imperante auto referencialidad sin por ello eludir la subjetividad: “Siempre hablamos de lo que nos sucede a nosotros con la música. No me parece un contenido menor. Pero parece que eso también marca una diferencia. Ante toda esta vorágine de cuestión efímera que siempre tuvo la radio, pero ahora más que nunca. Porque hay todo un sistema de distracción. Tenés veinte ventanas abiertas en tu computadora y seguramente están pasando cosas más interesantes, o por curiosidad que opina alguien el último desastre de Macri o alguien compartió un meme que es mucho más divertido que lo que está diciendo el tipo en la radio. Por ese lado la idea era buscar paliativos con cuestiones muy propias. No es nada frente a Spotify, pero no son robots los que programan la música de Universidad”.

La radio contraataca

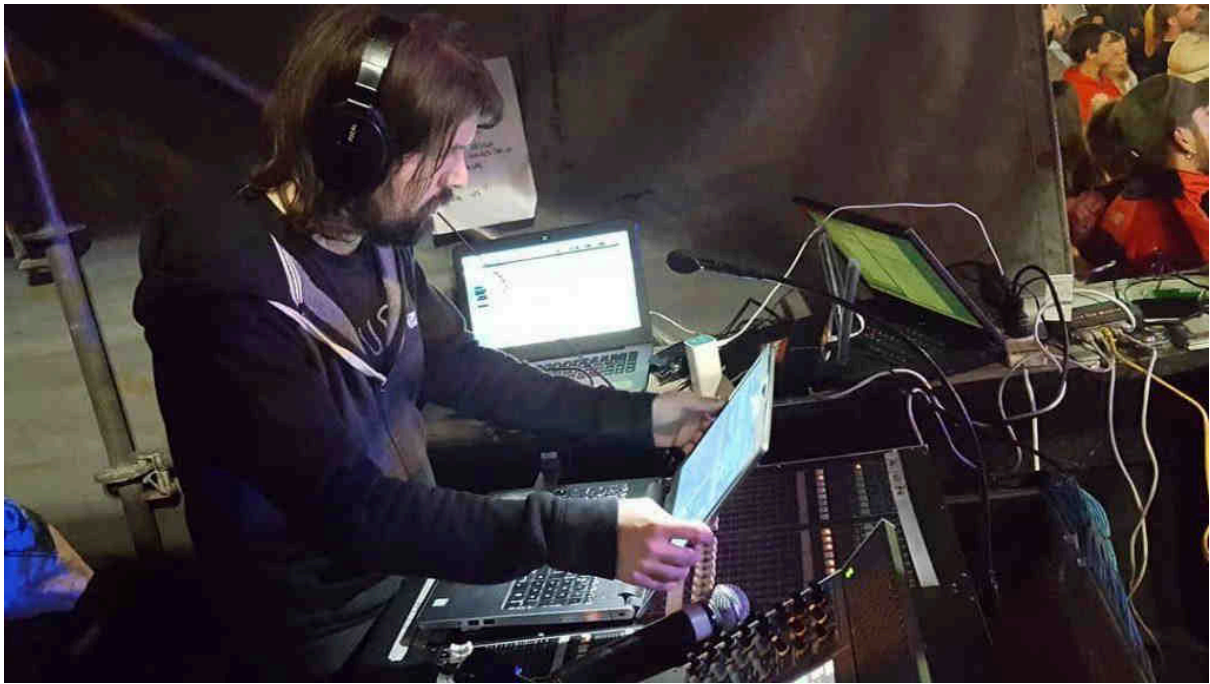
Algo muy presente en lo temático de la radio es la cuestión inclusiva. “Y creo que no hubo otra radio en la Argentina que tuvo una transmisión desde las 9 hasta las 22 del 8M (donde estuvo presente el recuerdo de Virginia Illarucci, gran periodista y luchadora). Y fue algo hecho por las compañeras de la radio que hasta las 17 antes de ir a la marcha. Ellas manejaron el aire y los hombres ayudábamos. Y no hubo que aclarar nada en esas cuestiones”. Y agrega: “Universidad sigue apostando al contenido. El contenido de un artista, de una movida poética de

La Plata, de la escena rapera, de cuestiones de DD.HH, las luchas sociales de la ciudad, atentos a todo lo que sucede y no tiene difusión en otros medios”.

Respecto al enfoque político opina que hubo un quiebre en el 2008 con el conflicto del campo. “La radio se puso un poco más atenta a la realidad. Por supuesto que el 20 de diciembre había gente nuestra en la plaza transmitiendo. Pero a veces vivíamos en una burbuja siempre atentos al arte. Pero alejado de ciertas realidades. La radio se puso muy crítica y analista con sus limitaciones de lo que sucedía no sólo en el contexto nacional sino también en la ciudad”. Y agrega, muy crítico: “Estos últimos tres años es mucho más fuerte porque la crisis es aun más contundente. Y el vacío cultural que tiene la ciudad a nivel cultural me parece realmente desesperante”.

“La artística nueva –anuncia– va a girar sobre la alienación en estos tiempos donde la atención dura muy poco y la radio está pidiendo atención. Antes éramos ‘la radio que amplía el conocimiento’. Ahora simplemente decimos: “Sólo se trata de escuchar”. Esa va a ser la frase. Porque eso también nos ubica en ese lugar. El lugar que ocupamos”.

“CANA” SAN MARTÍN | Llevo en mis oídos el más maravilloso sonido



Marzo 12, 2019

En su casa no había demasiada música. Apenas un radiocasete. Tampoco había demasiados lujos ni viajes ni autos ni nada de lo que sus amigos o compañeros del San José poseían. Es que sus padres, científicos del CONICET, siempre tuvieron –como él mismo dirá– los pies en la tierra. Igual que cuando hoy, de grande, invierte todo su dinero en nuevas herramientas y conocimientos, todo el esfuerzo y el gasto iban dedicados a la educación. Pero lo que él realmente anhelaba –porque envidiar parece una palabra inconexa con este joven que ha hecho de obtener lo deseado una ética– era un reproductor como el que por ejemplo tenía su amigo y notable músico Juan Almada.

Allí descubrió que Los Beatles afinaban, acostumbrado a gastar una pobre cinta donde los fabulosos cuatro hacían equilibrio para no quebrarla. Apenas un winco en lo de sus abuelos, algo de tango, académica y Palito Ortega. Pero en lo de su amigo no sólo había CD de Paul Mc Cartney, sino que sonaba todo brillante. Las mismas canciones eran otras. Por eso este hombre de carácter ameno y metódico, cabello lacio crecido y una barba contorneando su sonrisa, dice que la computadora cambió su vida.

No era la máquina de Dios y ni siquiera una Pentium 1. Ni siquiera había Internet en su casa cuando agonizaban los noventa. Pero tenía “dos parlantitos y una reproductora de cedé”. Y podía conseguir “cedés truchos” con MP3 y primeras versiones de Cool Edit o Sound Forge. Desde entonces, fiel a su educación, todo fue paciencia y constancia. Ya como joven cantante de Kaiser Calavera sería el tipo que bajaría del escenario a ecualizar. A la par de que se formaba e informaba en la habitación de su hogar céntrico, comenzó a operar bandas amigas y hasta desconocidas. A punto de entrar a Ingeniería Electrónica –porque no pudo irse del país a estudiar Acústica–, se anotó en un curso de posgrado de multimedia. Todos lo miraban raro a este jovencito, igual que cuando empezó a hacerse un nombre en la ciudad. Sería el primero de

tantos cursos que tomó y que luego daría el pibe que debía conseguir fotocopias sobre sonido y mezcla hace veinte años y hoy termina dando charlas en otros países para esos mismos profesionales que leía. Él siempre fue un profesional. Nunca se lo tomó de otra manera.

Nuevamente aplicando la ética científica, para él todo es conocimiento y aprendizaje. Así es que hoy pasa de trabajar en el Gran Rex para Charly a una pequeña banda en Pura Vida, de mezclar en el mejor estudio de New York a masterizar a una banda debutante de La Plata, de conocer Silicon Valley (epicentro de la tecnología) y tres presidentes en un año a no tener problemas en llevar sus propios aparatos para mejorar el sonido de algún tugurio, de dar charlas TED o desarrollar proyectos innovadores de tecnología y salud auditiva a llevar a un músico a la casa en su modesto auto tras un recital.

Para él, todo es conocimiento. Y sonido. Desde aquellos parlantitos hasta esa nave llamada “Astor Mastering”, vive para y por el sonido con una mirada tan artística como metódica: todo puede mejorarse. Así como una masterización se trata de que cada sonido e instrumento se perciba más nítido y más bello, lo mismo ocurre con el mundo. Cuando habla de la sociedad o de su rubro o un disco al azar, no juzga presurosamente: sólo piensa cómo puede llegar a su máximo potencial. Si esta misma nota no fuera gráfica y tuviera sonido, todo este caos de datos e imágenes se entendería y luciría al ser mezclado por Juan “Cana” San Martín. El tipo que hace que el resto suene mejor.

“No puedo vivir en silencio –confiesa–. Es real. Lo necesito para un descanso físico que es el sueño. Y no siempre ocurre. Ni el sueño ni el descanso auditivo. Lo real es que todo me entra por los oídos. Estamos teniendo esta charla y estoy escuchando la lluvia en parte, y no es que me estoy distrayendo. Pero presto mucha atención al entorno. Entré a la habitación y ya escuchaba la reverberación de la sala. Y la ventana abierta cambia esa reverb. Y es como que uno hace un estilo de vida de esto. Suena un timbre y pensás que suena un Si bemol. Y también suena una bocina y pensás en la componente espectral.” San Martín ejemplifica: “Es como cuando una persona de seguridad entra a un lugar y lo primero que mira es dónde está la salida de emergencia. Me pasa que todo lo que me entra por los oídos, consciente o inconscientemente, lo analizo. Y en casi todos los órdenes de la vida”.

Con pasión, San Martín combina lenguaje técnico y precisión discursiva. Tiene mucho sentido: alguien que vive de escuchar se expresa bien. Habla sobre la evolución y las responsabilidades del rubro, sobre el placer de que en un set cada tema suene con los mismos efectos que en el disco, de cómo el cerebro se acostumbra y necesita descanso. En un universo donde la histeria y los egos colapsan, es conocido su temple.

“A mí se me abrieron más puertas por no ser un ogro –reconoce tímidamente–. Es cierto que la mala onda marca cierta autoridad. Pero si un músico toca incómodo, ¿de qué me sirve? No hago las cosas para caer bien. Yo me siento cómodo de esta forma y los músicos también. Si no, no laburaría tanto. Pero es cierto que si no estás en una situación de estrés, hay muchas cosas que salta la ficha más rápido. Espectáculos que cuando todo está bien me puedo preocupar por

otras cosas. He atajado músicos que se han caído. ¿Vos no debías estar preocupado por el sonido?, me han dicho. Mi tarea no es levantar un músico que se cae. Hay veces que en el under estoy a la vez operando luces y no es mi tarea. Pero si puedo, lo hago porque potencia el espectáculo.”

¿Existe una mezcla o disco perfecto? San Martín distingue: “Si escuchás *Mule variations* de Tom Waits arranca todo saturado, todo roto. Y vos decís: esto técnicamente está mal. Pero artísticamente está bien. Quizá es lo que el tipo quiere hacer sonar. Cuando tiene una búsqueda, lo puedo disfrutar. Si es así, uno lo tiene que aceptar”. Y asume: “Ese es el tema. Sacar un poco la cabeza de la ingeniería. Pero que la ingeniería sea un sustento para no tener que decir que no. Si alguien pide algo, ver cómo se puede solucionar. Y si no, tener fundamentos”.

Si no se lo viera bien, podría aplicarse el mote de workaholic. San Martín no para ni un segundo –al momento de cierre estaba en una reunión en el Hospital Británico, por ejemplo–. “Yo no siento un retroceso salir de un Luna Park e ir a Pura Vida, por más que llevo aparatos para sonar un poco mejor. Todo lo contrario: es el desafío. En las grandes ligas está todo servido. En el Gran Rex vos pedís determinado micrófono y lo tenés. En el under te la remo y entiendo que hay que poner un poco más de sí para llegar al mismo estándar. Porque yo siento que todo músico merece estar en el estándar alto. Y el público tiene que escuchar lo mejor posible. Porque yo soy público también. Yo quiero que todo esté siempre a lo máximo que se pueda. No me estoy vendiendo. Me hablás de carácter y a mí me gusta disfrutar con la música. Yo sé con lo que me voy a encontrar. Si puedo mejorarlo, voy a estar mucho más feliz. Yo entiendo que determinados recintos o sistemas tienen su techo. Bueno: yo quiero estar en la terraza.”

Con tanto prestigio y trabajo, uno podría imaginar un estándar de vida elevado. Pero no. “Soy un tarado –se ríe–. Parte de mi calidad de vida también es el disfrute. Laburo mucho. Y me muevo en distintos ámbitos. Y algunos no sólo no me dan dinero sino que me insumen. Hago docencia gratuita o proyectos de divulgación ad honorem. La inversión de eso son horas que no estás en tu trabajo o con tus afectos. Pero es una apuesta para que crezca el rubro o lo de los audífonos –un proyecto para hipoacúsicos–, que se materializa en premios o reconocimiento. Yo no sé cuánto tengo invertido en esto. Pero después la posta es que te viene un pibito y los padres te abrazan llorando porque el pibe volvió a escuchar. No te lo cambio por nada.” Y completa: “Yo tengo mi casa, mi vehículo. Mi calidad de vida va por otro lado. Mi goce pasa por los oídos. Yo quiero que donde estoy, suene bien. Cuando hago música o cuando escucho, que suene bien. Y cuando hablo de música quiero tener el conocimiento. Invierto en educación musical y técnica, en mi herramienta para poder plasmar. Y también invierto en mi entorno. Me permite disfrutar de poder ir a trabajar. Cada vez que voy a trabajar no hay quien no me diga ‘que te diviertas’. ¿En qué laburo te dicen eso?”.

LAS BERMUDAS | Siguiendo la luna



Marzo 8, 2019

Los calendarios lunares son tan arbitrarios como cualquier otro cálculo del tiempo, pero saben adaptarse mejor a ciertos ciclos de la naturaleza. Y en su naturaleza —parece— no está correr detrás del tiempo, sino ser acompañados por él. Como cuando Javi y Priscila se reencontraron en aquel cumple. Ella regresaba a La Plata tras diez años en Praga y algo no había cambiado: tenía canciones y quería armar una banda. Sí, como cuando era adolescente y se conocieron.

Por entonces Priscila estaba, a pesar de preguntarse al principio qué hacía ahí, al frente de la banda Reinoso. Con su voz y su teclado, aunque siempre fantaseó con tocar la guitarra. Pero las teclas siempre estuvieron ahí —excepto el día que le robaron un entrañable Roland—: su madre tocaba el piano y desde niña ella también. Inclusive inventaba melodías y se acompañaba. O ponía letras a partituras. Tocar el piano era una diversión, pero la música —o las canciones— iban por otro lado. Estaban los casetes y mucho rock nacional, desde Charly hasta los Redondos. Siguiendo el ciclo natural, terminó de comprender que si podía inventar melodías y poner palabras propias, podía hacer canciones. Por entonces sus textos no eran como los de ahora, breves y certeros.

Como cuando habla, Priscila parece oscilar entre la timidez y la sencilla necesidad de tomar el tiempo para encontrar la palabra precisa. Como en sus canciones, imágenes cotidianas pero consistentes. Como en sus canciones, donde pasajes de vivaces y extraños teclados preceden estrofas dotadas de cierta oscuridad, el aparente candor no significa inseguridad. Y de algo está segura: las canciones no sirven si no hay nadie que las apoye. A mediados de 2015, y

con el entusiasmo del talentoso e inquieto Javi, se juntaron a hacer maquetas. Generoso como siempre, Gus puso su casa y sala de la calle 37, hasta que Willy escuchó algo. También se conocían desde el Bachillerato de Bellas Artes, aunque por supuesto ella se puso algo nerviosa cuando llegó al primer ensayo. Eso de mostrar las canciones a otro. “Pero después se me pasa”, dirá. Poco después, el entonces triángulo se formaba.

Entre las giras de El Mató para el baterista, los múltiples proyectos de Punga para el guitarrista y la paciencia de la tecladista, la banda comenzó a circular por distintos escenarios con un par de EP grabados austeramente. Más allá de que algunas etiquetas, algún link a los ochentas o al pop español, nunca hubo otra referencia más que hacer canciones y que suenen mejor. Como cuando Priscila se fanatiza por temporadas, ya sea con Ariel Pink, Lady Gaga o lo que sea, por el sencillo placer de desentrañar el lenguaje y el universo del autor. Por eso las grabaciones que conforman el *Ciclo de ceremonias sonoras ofrendadas al gran espíritu lunar* —donde la banda publica un tema por cada “nueva luna”— y que sumaron a Fermín como bajista muestran un salto de calidad. La reciente y oscura “Sangrar”, la adhesiva “Imbatible” y la preciosa “Proyección astral” exponen mayor consistencia y espacialidad que pierden su aparente sencillez en la primera escucha, pero que luego quedan resonando. Y es que todo tiene su tiempo para Las Bermudas, y aunque “al final siempre hay un final”, el calendario sólo augura buenas nuevas lunas por delante.

“Queríamos hacer un disco, agrupar un montón de canciones que teníamos —cuenta Priscila Rauto—. Y quizás no estábamos muy seguros de cuáles poner. Entonces uno de los integrantes pensó en el poder de la luna, un poco en broma. Si sacás algo en luna nueva, te va a ayudar, te va a ir bien. Pero en realidad es una cosa más estética en el fondo.” Y deja en claro: “No estamos pensando a nivel estrategia. Vamos sacando los temas porque de esa manera sentimos que le damos más importancia a cada uno”. El material, grabado en Estudio El Tímpano entre noviembre de 2017 y octubre de 2018, implicó mayor trabajo que grabaciones anteriores: “Maquetamos, trabajamos de otra manera. Lo pensamos entero. Por más que en algunos temas parece nada que los una, para nosotros sí. Hay toda una manera de trabajar en la que intentamos que todo tenga su lugar. Y que también se comuniquen con lo otro. Es una obra entera”.

Si bien en las plataformas se habla de “pop soñador”, la cantante asegura que “eso de los géneros uno no lo elige tanto. No dice: voy a hacer un disco pop, un disco indie, o voy a tener una banda de cumbia o heavy metal. O por lo menos nosotros. Hay un tema y se trabaja de una manera. Pero no es que estás buscando un sonido”. Y agrega: “Nosotros lo que buscamos es la mayor calidad posible. Es difícil grabar un disco”.

Si bien no todas las canciones son suyas, Rauto es la principal compositora. “En general me gusta usar palabras que son cercanas para mí, y que la imagen detrás de eso igual se genera. No hace falta decir cosas raras.” Y expresa: “Yo hago las canciones por necesidad. Porque es lo que me gusta hacer, entonces me esfuerzo para hacerlo. Me gusta tocar y cantar mis canciones. Todo lo demás es de regalo. No lo elijo ni lo manejo. Hago las cosas lo más sincero que puedo y trabajo lo más que puedo”. En ese proceso entiende la importancia de lo colectivo. “Los quiero muchísimo —dice sobre sus compañeros—. Creo que todos funcionamos porque cada uno tiene su rol y cada uno aporta cosas muy distintas. De eso se trata una banda. Si no, uno haría las

canciones solo. A veces parece que el cantante o el que hace las canciones es todo... está esa idea alimentada. Las canciones que uno escribe no serían nada sin los que atrás las tocan, las arreglan. Si no fuese por Willy, Javier y Fermín que hacen realidad la canción que por ahí yo escribí.”

De eso se trata, refuerza: “Siempre me sentí muy agradecida con la gente que me acompañó. Y que quieran tocar una canción mía. ¿Por qué alguien tiene ganas? No sé... me parece emocionante que pase. Que cuatro personas sin esperar nada a cambio se pongan a tocar. Creo que ya eso solo vale la pena”.

[Enlace Música](#)

LETICIA CARELLI | Somos lo que queremos



Febrero 28, 2019

“Duele estarse quieta/ o cuando escuchas música/ Duele no sentir deseo si el amor está/ Duele haber nacido y permanecer no más”. Aquel Citroën se antojaba como “una oficina de humo”, y con quince años escuchaba fascinada “El amor después del amor” en algún lugar de Benito Juárez. Su madre, que tocaba el piano, siempre odió a Fito Páez. Cerca de ese piano, hermanos y hermanas crecieron con la música como lenguaje común. Al punto de que los Felipe y Federico grabaran en *Fosfeno* (2014). Con Celina directamente hay una suerte de armonía cósmica, como si una cantara cada vez que la otra abre su boca. Como si las palabras –esas que en su obra escapan a la literalidad– cobraran su amplio e inasible sentido cuando se juntan. De hecho, fueron extraños fonemas los que cantaban en “Alecúa”, el primer hit de la primera banda. Sería un par de años después, debutando en el cine de Atilio Marinelli y colgándose el bajo, porque la ejecutante original tenía siempre algún motivo raro para no tocar.

“El amor después del amor” y ese rito íntimo eran una forma de despegarse del entrañable seno familiar, como lo sería su llegada a La Plata a los dieciocho, “a estudiar lo que sea, sólo para irme de Juárez”. No es casual que la primera carrera que eligió fue Ornitología ni que obviamente la haya abandonado al poco tiempo. Igual que sus próximas canciones –basadas en el beat y el desprejuicio propio–, su vuelo jamás se sintió a gusto con la narrativa cíclica que a veces queremos endilgarle a la vida. No siempre hay un estribillo ni un lugar al cual volver. “Hay cosas que a veces te perdés. Pasaste... y ya pasó la historia”, dirá en algún momento. Posiblemente habrá extrañado el Citroën o no, cuando en 2012 le costó un tiempo entender que no volvería a ese lugar llamado Monoaural. La banda –casi sin proponérselo– le había abierto puertas y forjado un nombre en la llamada escena platense.

Pero algo se rompió con uno de sus socios musicales y otra vez se encontró algo perdida. Inclusive enojada. Pero, cuando se es de Leo –al parecer–, rendirse no es una opción viable. Y quizá como cuando tras boyar con Plástica en Bellas Artes se metió en la Escuela de Arte de Berisso, la respuesta otra vez fue la música. Como el amor después del amor, la música siempre vino después de la música. Sola o acompañada, dando clases o subida a un escenario, allí estaría como siempre. Y crean que al escuchar sus canciones, de sutil complejidad y sonido franco, una poética delicada y esa voz (oh, esa voz) tan cálida como fuerte, no quedan dudas. Con una pequeña ayudita de sus amigos, primero editaría *Fosfeno* y luego *Adicto* para confirmarla nuevamente como una artista talentosa y sensible capaz de soltar la melena fiera con la gracia de las aves: Leticia Carelli.

“*Fosfeno* me parecía más oscuro, porque es más introspectivo –compara sus trabajos pos Monoaural–. Algo más hermético, porque nace en mí sola. Y en cambio *Adicto*, si bien tiene algo más aguerrido, ya es grupal. Es un poco más para afuera, yo siento.” Y extiende: “El primer disco tiene el mérito de haber armado la banda que me acompaña. Los chicos son como invitados. Y ya en el segundo somos una banda. Lo hicimos en lo de Tincho (Casado), que es amigo. Lo grabó y lo mezcló él, en un clima muy casero”.

“No pienso lo que canto –expresa sin demasiados rodeos sobre su personal estilo vocal–. A veces me observo cuando alguien de afuera me hace ver tal cosa. Pero no sé, canto así.” Con las letras desarrolla un poco más: “A veces me pregunto si escribo pensando en algo o no. En general me pasa así: aunque crea que tengo razón trato de pensar que puedo estar equivocada para salvar lo que me puedo estar perdiendo. Y eso en el sentido de una frase o una metáfora encuentra un lugar en la música. Por eso trato de hacerlo abierto. Si bien a mí me puede parecer de una manera, puede ser otra. Entonces no es hermético.”

Mientras proyecta un nuevo disco de lo que sería Leticia Carelli en banda, también está armando un material de naturaleza electrónica junto a Fran Labaqui (Río Rabioso, donde ella toca el bajo desde el año pasado). “Formalmente se diferencia. No es sólo el sonido.” Y explica: “Hay mucha cosa amorfa deliberada. Sin estribillo necesariamente. Cuando yo le pido devolución a los chicos obviamente te empiezan a pedir desde ahí: ‘Leti, repetí algo’. Y yo primero les hago caso. Busco. Doy vuelta. Y no, extraño lo que yo había hecho. Esto para mí era así. Es un devenir de lo que está pasando, es como lo estoy viviendo ahora. No necesito repetir esto. En todo caso pongan de nuevo play. Hay cosas que a veces te perdés. Pasaste... y ya pasó la historia. Que también la música refleje eso. Que no sea todo forma. Bailar un beat y empezar a decir algo. Tengo así, tipo cadáver exquisito solo. Y también no enjuiciarme a mí misma. Por qué digo esto. No me importa. Lo voy a decir igual”.

Carelli continúa explicando un método que adquiere mayor significado: “En ese proceso creativo hay cosas que yo quizá las entienda mucho más tarde. Y las quiero dejar así aunque no las entienda nunca. No creo que sea lo que hay que hacer ni lo mejor que yo hice. Pero es lo que estuve necesitando. Como darme permisos. Total ya decidí seguir haciendo música siempre. Cómo y con quien pueda”.

Y cierra: “Yo podría ser un montón de otras cosas. Pero esto no puedo dejar de hacerlo. Puedo estar haciendo canciones en una escuela, en un jardín, en cualquier lado. Y no tener la necesidad de tocarlas. Pero no... tengo ascendente en Leo. Necesito tocar para otro. Como un león necesita mostrar la melena. No le alcanza con ser un león y listo. Algo así. Decidí que voy a buscar brillar”.

[Enlace Música](#)



Febrero 27, 2019

“Rogás que sea mentira la mentira/ Que sea inmensa tu verdad/ que abran lo que no se abría/ Y que nadie toque tu libertad”. Como cualquier persona que estudie historia (la universal), es lógico que Paula tuviera cierta reticencia con lo anglosajón. Por eso cuando Josefina finalmente pudo con *Máscaras* poner en castellano varias de las cosas que durante años sólo cantaba en su cuarto comenzó a gestarse algo. Una suerte de poder, quizá. Aunque la historia (la propia) no contara con ningún evento repentino ni azaroso como en la mitología de los cómics. Porque aunque no haya “nada como comenzar de cero a construir un cielo sobre la ciudad”, había una cuenta acumulada que incluía varias bandas de garaje en la adolescencia de Paula, un puñado de canciones para Josefina y algunas malas experiencias en vínculos que suelen llamarse amorosos. Y la ciudad no era Vancouver, donde seguramente escaparían cuando alguien quiere definir su sonido o cualquier aspecto de ellas.

Pero no era momento de escapar en aquel 2013. Ya habían pasado casi quince años sin verse, desde aquellas tardes de bombitas o sapos cerca de la cancha de Cambaceres. Porque la ciudad siempre fue Ensenada. Mucho antes de que ya púberes poblaran sus cuartos con posters (y unas inconseguibles muñecas) de las Spice Girls y Jose mirara con asombro cuando Pau cantaba The Offspring, sus padres ya se conocían. Sí, Nora (la madre de Jose) había conocido primero a Silvia y luego a Néstor, antes de que ambos se conocieran entre sí y trajeran al mundo a la bajista. Sí, porque Paula tenía un bajo y muchos años después Silvia se lo contaría a Nora en el super o en la verdulería. Y aunque una había ido al Benito Lynch y la otra al Nacional, y por

años no se habían juntado, Jose no dudaría: quería armar una banda. Un mail primero y unas siete canciones después sirvieron para entender que había algo más que música ahí.

“Era una manera de hacerse cargo de una identidad que tenía que ver con potenciarnos a nosotras también”, dirá una de ellas. Como ocurre cuando hablan, tan sólidas como naturales. Igual que su música, potente pero espontánea. Y equilibrada como el reparto fluido de las palabras. Jose, Paula y More responden por cada una y por todas. Porque sí, a los veintiuno More no planeaba irse a Vancouver sino estudiar Química ambiental, carrera que está por concluir y donde conoció a ese grupo de amigos que agitaron las canciones al mes de que llegara a la sala para reemplazar al “chiloco” de Camilo, baterista y piba que de tan libre dejó su puesto pero no la amistad. Para More todo fue descubrimiento, pero no estaba sola. Aunque algunos recitales fueron literalmente para amigos y familia, las tres potenciaron ese superpoder que quizá no reflejaba el primer demo. Sí, ese que se grabó en un lugar sucio con un gato maloliente. Pero el disco homónimo, compendio eléctrico de bellas melodías, ensambles consistentes, armonías vocales precisas y “ninguna canción de amor”, significó un salto. Fechas cada vez mejores, festivales, y la satisfacción de haber construido un cielo para que remontara vuelo esa suma de poderes llamada Superpiba.

La banda comienza hablando de su primer y hasta ahora único disco. “Son temas que veníamos laburando desde 2013, que fue cuando empezamos a escribir y componer. Así que ya era necesario después de tocar tanto hacer un registro”, introduce Jose, y Paula agrega: “Que no esté cargado de cosas que no podés hacer en vivo».

«Lo que sí, nos interesó muchísimo laburar los arreglos de voces. Porque es algo que forma parte de la identidad de la banda. Nos gusta mucho cantar», completa. «Creo que al ser nuestra primera experiencia fue conocer y hacer al mismo tiempo –agrega More–. Creo que sobre la marcha fuimos viendo las posibilidades que había y también en función de con quién grabamos el disco: Matías Olmedo, quien nos enseñó un montón.” Cierra Paula: “Pero mayormente no tiene grandes intervenciones que lo alejen mucho de lo que es el vivo”.

Entre risas alrededor de la historia que las precede, evocan aquellas juntadas iniciales. “Yo creo que nos encontramos como amigas con la necesidad de unirnos en un proyecto que nos diera algunas direcciones de vida –cuenta la bajista–. Que no estuvieran puestas sólo en la música. Superpiba era una manera de hacerse cargo de una identidad que tenía que ver con potenciarnos a nosotras también. En lo personal, pero también como mujeres. Que es el significado que un poquito se condensó después acompañando el feminismo y todo lo que se está viviendo ahora. En algún punto estábamos fundando.”

“Sí –asiente Jose–. Seguramente esas canciones tengan algo que ver con eso, algo de nacimiento y de construcción.”

Después de un 2018 muy intenso donde “lo que hemos tocado por el aborto legal no tiene nombre; tocamos en todas las jornadas feministas; y es ponerle el cuerpo”, la banda

prepara sin apuro temas nuevos. “Lo loco es que cuando el disco sale ya lo habíamos tocado entero –comenta la baterista–. Es lo que veníamos tocando. Sacamos el disco pero las chicas tenían no sé cuántos temas cada una para empezar a laburar. El 2017 lo tocamos a pleno. El plan ahora es laburar esos temas que están ahí, reducir fechas que nos atraigan de alguna manera y encerrarnos a laburar.”

“Por ahora estamos intentando terminar las estructuras de los temas y las identidades de los temas. Obviamente que queremos evolucionar”, dice Jose, y Paula extiende: “Hay fuertes continuidades con lo anterior porque seguimos siendo nosotras, y hay cosas nuevas. Como que una siente una renovación que son temas nuevos, pero está la impronta de Superpiba. Por ejemplo, yo me estoy animando a escribir un poco más. Porque en el disco las letras fueron de Jose”.

Fans de bandas variadas como Foo Fighters, Radiohead, Bestia Bebé o José González, tratan de definir la impronta de Superpiba. “Cuando empezamos, para mí estaba vinculado fuertemente a un sentimiento de autovalía –dice Paula–. De independencia.” Y Jose adhiere: “Sí, esta idea de independencia. Y también darse cuenta. Yo siempre me sentí una persona muy independiente y orgullosa de eso. Pero nunca lo había puesto en palabras. Nunca había escrito algo que después leía. Y era: ‘está bueno’. Y todo esto que estoy diciendo me para en una sociedad que necesita que las mujeres se valgan por sí mismas. Y que se la banquen. Esa fue una revelación. Ver nuestra propia independencia reflejada ahí”.

[Enlace Música](#)

ETÉ & LOS PROBLEMS| El fuego que hemos construido



Febrero 22, 2019

“Quiero un palo, una piedra./ La manada tuvo hambre/ ya no espera.” Era medianoche en Cerro del Burro y Nina, su pequeña hija, ya dormía. Spotify acababa de subir el disco que, curiosamente, aún no había escuchado en orden. A la misma hora que, como quien es consciente de un oficio, comenzaba el arduo trabajo en la mítica Pensión Milán. Es que la noche la hizo Dios para que el hombre la gane, decía Atahualpa. Y a una cuadra y media de su casa compartida dedicó muchas noches de 2017 a componer. Guitarra, piano, un lápiz, un papel. Trabajar los elementos, porque sin el palo y la piedra no nace el fuego. El rito que comenzó a desarrollar en la adolescencia en Parque Guaraní, un complejo de viviendas en las afueras de Montevideo, cuando vivía con su madre, su tía y muchos libros. “De lunes a viernes eran libros, sábados y domingo música.” Por entonces, Jordan era el mayor héroe de todo chico que como él jugaba al básquet, y ni sospechaba que titularía la canción que, en cierto modo, lo consagró en su país y más allá. Rito que desarrolló entre los acordes de “Pichonero” de El Sabalero, cuando alrededor de los diez años su padre (cantor y guitarrista de tangos, milongas y zambas) le permitiera agarrar la guitarra sin necesidad de tenerlo en el sillón frente a sus ojos. Rito que se repite en cada disco y que comienza como el fuego: lo inicia en soledad y de a poco se suma la manada.

Pero su manada reposaba ese 6 de diciembre y la otra –la banda que completan Santiago Peralta, Andrés Coutinho y Marto Moreno– estaba sonando en los auriculares mientras caminaba la playa oscura y solitaria. Quizá recordó aquellos auriculares del equipo Sanyo de la infancia. Por un sistema especial, podía escuchar independientemente cada lado de la mezcla. Así era que escuchaba *Help!*, entre vinilos de Brahms o de Serrat. Primero entero y luego todo lo que salía por la izquierda, y una vez más, pero todo lo que salía por la derecha. Ese mismo juego de entender la música como un todo, iba por la playa escuchando su propio disco cuando una

jauría de perros lo asaltó junto al mar. Respirando por la boca, estirados hacia adelante, como el hombre lobo de su canción. O el hombre lobo del espejo, ese que va del canto grave y sentido al grito desbocado, de la canción sensible al rock contundente, el del puño en alto arengando “río arriba”.

“Yo tengo dos velocidades”, confesará: “Todo o nada”. El hombre que tras el brillante y crudo *El éxodo* redobló la apuesta con *Hambre*. Canciones de rock profundas y poderosas, llenas de atmósfera y alegorías, simples de apariencia pero meticulosamente construidas. “Los eucaliptus de al lado cuando pasó la tormenta soltaron montañas de leña”, posiblemente iba cantando junto al mar. De la tormenta y el dolor a la construcción y el calor, el disco entero de Eté & Los Problems es un canto a lo primal. “Recurrir a tu mínima expresión y volver a fundarte”, dirá. Por eso Ernesto Tabárez seguramente, pasado el momento del temor, habrá mirado a esos perros como quien se reconoce. Apenas unas semanas después, los medios especializados volverían a definirlo como autor de uno de los mejores discos uruguayos de 2018. Pero no es ese el alimento que lo nutre a él ni a su manada, sino el hambre de la canción y la necesidad de mantener el fuego construido.

Tabárez asegura que no hizo caso a la expectativa generada por el disco anterior. “Hice un trabajo profundo de ignorar esos sentimientos. En algún modo son espurios. No pensás en eso, estás laburando. La tarea es la mejor manera de ignorar todo alrededor. Se trató de hacer el mejor disco que podamos hacer, otra vez. El resultado final nunca lo disfruté tanto”.

El álbum se destaca por textos muy precisos y significantes. El músico dice que intentó que “fuera menos literario y que la musicalidad de las palabras valiera más. Un trabajo que vengo haciendo mucho”. En las doce canciones se advierten “elementos reconocibles, sin dudas. Esos elementos fueron apareciendo en el proceso de composición, que fue larguísimo. Y recurrentemente, esas imágenes. El árbol y la manada. Porque el fuego ya es parte de nuestro imaginario”.

Sin embargo, en lo estrictamente musical se dio de manera contraria. Sin sonar pretencioso, el álbum destaca por volumen: “El disco anterior es casi una bata, bajo, dos guitarras y alguna acústica. No tiene mucho más. En este me parecía justamente necesaria la contradicción del texto primario y la música cargada. Tiene gran cantidad de capas. Sigo encontrando interacciones entre los elementos de las canciones”. Si bien tiene una voz narrativa reconocible, en este disco se destaca la primera persona del plural: “La manada éramos nosotros durante el proceso. Y también el conjunto de personas que puedo reducir a mis afectos. Todos tienen un nosotros. Creo que es el disco más colectivo. A pesar de trabajar más en soledad. Pero fui muy consciente de los compañeros. Otra cosa que cambió, por la dimensión de los toques: tenemos un equipo más grande. Somos más”.

“Y si vos cambiás, cambia el mundo...”

Sin ser explícito, se trata de un disco bastante político. “Pero entendido como una filosofía. Como los preceptos con los que te guiás. No hay elementos particulares de la coyuntura. El disco está de un lado. Para empezar, es un disco popular. La manada no puede ser

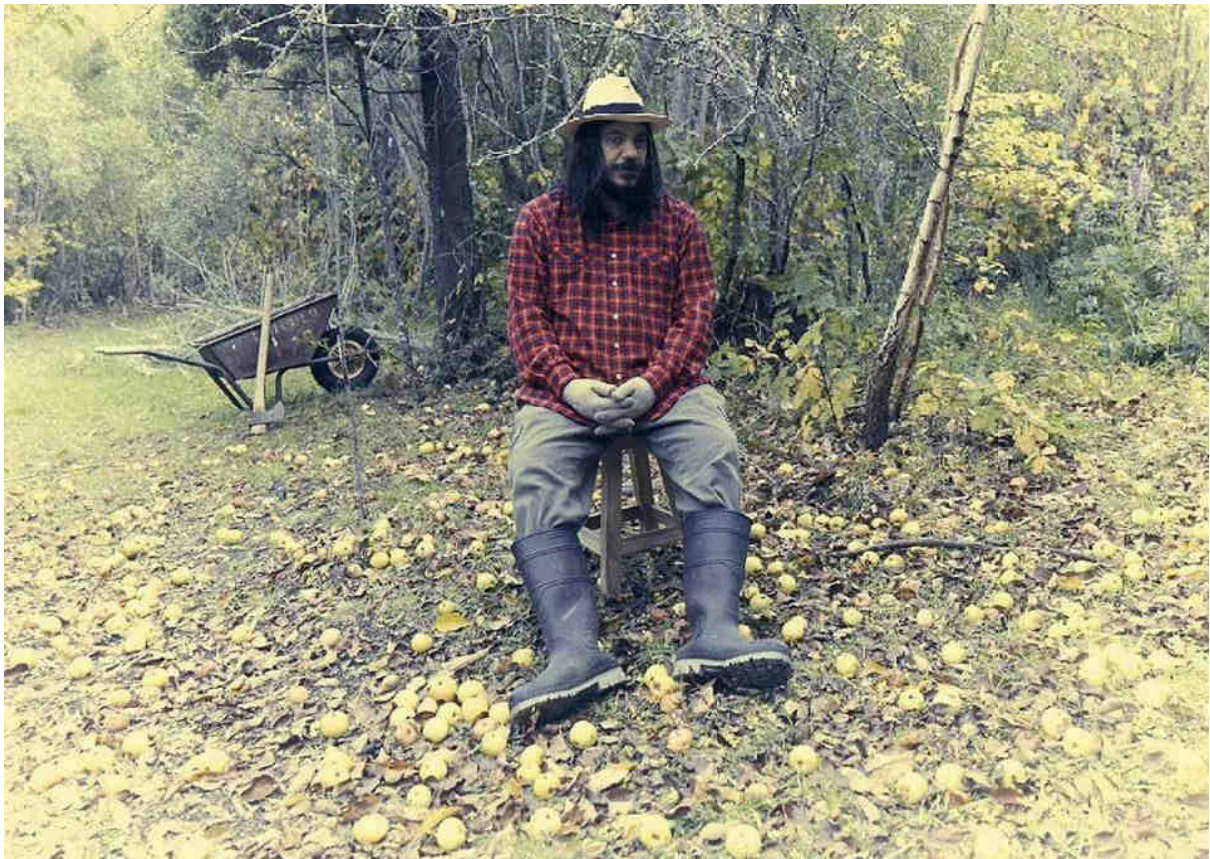
una élite. La manada tuvo hambre y ya no espera. Eso está todo ahí. Soy una persona a la que le interesa y estoy muy alerta. Nosotros, con todos los defectos que tiene el gobierno, no perdimos con la derecha. Y eso que podría pasar una nota entera hablando sobre cosas que no podría perdonar a este gobierno.”

Muy vinculado musical y emocionalmente a nuestro país, Tabárez dice: “Miro la Argentina. Nunca habíamos ido tanto como en estos tiempos. Y hay mucho de esa realidad. Una vez, cuando decidí el nombre del disco, fui a Buenos Aires y en una esquina decía “Hambre = Macri”. Entonces pensé: también responde a esto. Yo vivo con preocupación. Tengo mucha gente muy querida en Argentina. No somos ajenos a lo que pasa. Pero acá hay aire. No están saltando los milicos, no te cagan a palos, los consejos de salarios funcionan, una ola que todavía se sostiene. Me preocupa mucho porque me acuerdo clarito cuando gobernó la derecha. No me olvido. Ahora tengo una hija. Preferiría que no se críe en un lugar lleno de fachos, un páramo de liberalismo en lo económico y conservadurismo en lo moral”.

“Somos una banda más masiva que rica. Aunque después de *El éxodo* dejé de perder dinero”, se ríe este músico que ha trabajado como coach vocal de La Vela Puerca, entre otros. Con la presentación montevideana fijada para abril y planes de volver a girar por Europa el año que viene, el 27 de abril se dará la presentación de *Hambre* en el Margarita Xirgú de Buenos Aires. Y Sr. Tomate mediante, la banda planea regresar a La Plata este 2019.

[Enlace Música](#)

SHAMAN HERRERA | Luz, cámara y canción



Febrero 21, 2019

“Ya se ve/ No hay más palabras”, canta en *El primero es el último* (2018). Alfa y Omega, más cerca del verbo liberador que del dogma opresivo (o quizá del Gran Espíritu que del Espíritu Santo), hay siempre en sus obras una idea de unidad. Una cohesión de voz y sonido, de verbo y carne, de tiempo y espacio. Del mismo modo la palabra se vuelve imagen y desde el primer color, hombres en llamas, vestidos plateados e infinidad de figuras tan alegóricas como visuales, su notable obra está dotada de un poder narrativo que excede a la mera historia cantada. Este notable y versátil compositor tan emparentado al indie, el folklore y el rock como claramente esquivo a cualquier clasificación, da un paso más en un camino que –parafraseando a Hermann Hesse– es hacia sí mismo. No desde el solipsismo, sino desde una unión con su mundo. Por ello, a pesar de seguir girando dentro y fuera del país, así como tocar con frecuencia en la Capital, el gigante que un día perdió el sombrero pero no la guitarra embrujada decidió dejar La Plata y volver a Epuyén, Chubut.

El nacimiento de Govinda fue la razón perfecta para que junto a su compañera profundizaran esa búsqueda. “Porque trato de estar siempre acá/ es que a veces tengo que dejar/ a las calles y el murmullo cruel/ ser la música de una canción.” Y tanto en su último disco junto a Los Pilares de la Creación como lo que deja entrever de su vida personal, ser y obra se cohesionan cada vez más. ¿Cómo distinguir el baile del bailarín?, escribió Yeats. Por momentos, la voz de Shaman Herrera se erige como un árbol más de esos bosques que canta y camina cada día. Mejor destino ser árbol para florecer, canta Ata. Y en ese florecer y cambiar, donde todos sus discos son distintos y a la vez fortalecen la raíz, el chamán lo vuelve a hacer. Con la dirección del

talentoso músico y cineasta Manque La Banca (más el apoyo del tipo que se la pasa elogiando, un tal Andrés Calamaro), concreta un anhelo de su juventud de estudiante de cine. *Film álbum*, decidieron llamar a este medimetro donde las palabras se ven y las imágenes suenan. Tras una gira por Mendoza, el cantante no sólo regresa a La Plata para un show solista, sino que este sábado a las 23 hs realizará la avant premier en el Club Atlético Fernández Fierro (Sánchez de Bustamante 772, CABA) donde además se presentará en set solista.

“*Film álbum* es la denominación que le encontró Manque –cuenta Shaman–. Arrancó medio como una idea mía. Siempre es muy fílmico lo que hago, lo que escribo... muchas imágenes. Y bueno, siempre me quedaron esas ganas de poner imagen a un disco completo.” Filmado en Súper 8, dura lo que dura el disco: son las canciones con imágenes. «Más o menos de lo que va la película es de la vuelta a la Patagonia, inspirado en lo que pasó con el disco, el Año del gallo, el año en él se concluyó y se ideó lo que sucede en esta música y también en mi vida personal”, cuenta. Y agrega: “Filmamos en La Plata, en Epuyén y en el trayecto. No necesariamente contando algo concreto, sino un poco más experimental, yendo más a la construcción de la imagen más que nada por las cualidades pictóricas. Así que es un viaje con la música de fondo”.

“Mis primeros años fueron de estudiante de cine –evoca Herrera–. En la efervescencia de la posadolescencia o la adolescencia tardía en la que uno se va transformando en un ser humano más consciente. Y es donde creo que aprendí a narrar o a encontrar mi lenguaje para transmitir lo que pasa. Estoy muy influido por el cine. Y esto es una concesión de una idea de unir esas pasiones”.

“Mi estilo es un poco no reconocer mi estilo –responde sobre su impronta–. No pensar demasiado y trabajar. Si conservo algo en todo es inconsciente y que no puedo controlar. Porque es parte mía e incontrolable. Obviamente busco la novedad para mí, sentirme sorprendido con algunas cosas. No sólo desde mi lugar, sino de la interacción con otros músicos. En cada disco hice siempre que los músicos aportaran algo con libertad. Y eso daba un lugar diferente a lo que hacía.”

Sobre el regreso a su lugar de origen y alejarse del llamado “circuito”, asegura: “La vengo llevando bien. Me copa, la verdad. Es difícil de explicar. Porque sigo en el circuito... pero estando en las sombras (risas)”. Y explica: “Me interesaba un lugar sano donde reina el silencio y donde también la creación surge desde otro lugar, otro estado de ánimo. Igual, es muy difícil abstraerse del mundo, donde sea que vivas. Ya no hay lugares aislados”.

Una gira reciente por Chile y una agenda que incluye en marzo un festival en Piedra Parada (Chubut), así como la presentación porteña en abril de *El Camino de Leda* (un homenaje a Leda Valladares donde participó poniendo voz a la electrónica de Chancha Vía Circuito), dan testimonio de que sigue activo y sólo cambió el punto de referencia.

Hablando de cambios, su pequeña hija Govinda (a la que le dedica un tema homónimo) sirve de disparador para pensar en lo bueno y malo del futuro. “Me ilusiona que sea mujer y lo que está sucediendo con el feminismo en estos días. Y que está tan visible. Y que se está luchando a pleno por los derechos que son inalienables para cualquier ser humano, como es el control de su propio cuerpo y el respeto. Por otro lado, lo que me da miedo es cómo se está yendo todo al carajo con el ecosistema.”

 [EL PRIMERO ES EL ÚLTIMO](#) FILM ALBUM

LOS VIUDOS | El corazón sobre todo



Febrero 11, 2019

“Como sapo de otro pozo”. Así lo miraban algunos profesores cuando, en el 2003, llegaba a la cursada de Derecho con una guitarra colgando. “Una cosa es la vocación de elegir un oficio. Y otra son las pasiones”, definirá. Y apasionadamente recordará la Misa Criolla y aquellas canciones de iglesia en La Anunciación. Justo él, crítico serial y de formación marxista. Pero la música siempre se impuso, inclusive a la militancia.

Quizá fuera su padre, que cantaba en coros como también lo hace actualmente su madre. O su hermana mayor, “rockera crecida en los ochenta a puro Sumo y Fito Páez”. La misma que le dijo: “Anotate en el coro de la escuela que son dos horas menos de clase”. Allí conocería y harían sus primeras armas musicales con *Patas de Rana*, banda en la que fue guitarrista hasta hace unos años y cuyas canciones eran odas exclusivas a su patria chica: Ringuelet.

“Hay una cuota grande de esas pinceladas de rock platense de los 90 -anticipa Santiago Hernando, de los viudos-. También tiene mucha influencia de lo que fue el grunge y el post punk”

Porque la guitarra también estuvo siempre, desde aquella que compraron para que su hermano menor (quien luego llegaría a componer y todo) tomara clases. Casi como un

“arqueólogo ricotero” que recorría galerías buscando inéditos, libros y rarezas, aprovechó su instinto autodidacta para sacar acordes de Patricio Rey.

Pero el sonido noventoso de aquí (*Peligrosos Gorriónes*) y allá (*Nirvana*) incidiría para armar *Fahrenheit*. Avanzando en su carrera universitaria, unió fuerzas con su amigo Pablo Matías Vidal, primero para salir a tocar en “modo cantautor” y unos años más tarde para formar *Semidesnudos*. Por eso, a principios de 2015, este hombre de coyuntura grande, rasgos a lo John Kennedy Toole y la nobleza de barrio que los pasillos de Tribunales no han podido vulnerar, no dudó. Una vez más, la pasión por encima de todo. Y la fe en la construcción colectiva.

Tras un encuentro con Checho Álvarez (quien luego emigraría) y sumando a su viejo amigo y compañero de toda la vida Rodrigo Orellano, armó una banda que hoy completan Rama (batería) y Carlos Galdeano (guitarra y coros). Canciones de rock con esa influencia de los noventa y herencia platense. “Historias escritas con el corazón”, dirá Santiago Hernando. Y es que uno no puede imaginarlo de otro modo. A punto de editar su primer material, *Los Viudos* van de negro pero apuntan al rojo. O del color que sea la pasión, ese lugar indefinible donde mágicamente un sapo puede sentirse príncipe. Aunque una parte de Hernando celebre la romántica (y cursi) metáfora y la otra, seguramente, discuta la monarquía y cualquier forma de opresión.

Debido a un cambio de formación entre la grabación y la inminente publicación, lo que era un LP devendrá en EP al que sólo le falta la mezcla final y el *mastering*. “Hay una cuota grande de esas pinceladas de rock platense de los 90 -anticipa Hernando-. También tiene mucha influencia de lo que fue el grunge y el post punk”. Y respecto a las letras “son letras escritas en primera persona, aunque no todas son historias verídicas. Vos podés escuchar tranquilamente y sentirte identificado con algo que te pasó porque tampoco escribimos un tratado de sociología. Son canciones simples, sentidas... eso sí. Interpretadas con el corazón. Eso siempre”.

Desde lo sonoro, “muchas veces priorizamos ese sentimiento primigenio y original de la composición de cuando uno escribe una canción con una guitarrita en un rincón; tratamos de que eso no quede enterrado por arreglos como a veces suele pasar sino de que los arreglos funcionen como ingredientes que condimentan y no como algo que te tapan todo el espectro”.

“Yo hago mucha catarsis, cuando escribo una canción me ahorro mucho de psicólogo”, confiesa y luego acepta la invitación a reflexionar sobre en qué modo conviven su oficio de abogado y su pasión musical: “Los abogados básicamente, como los periodistas, nos dedicamos a escribir. Y hay muchas formas de escribir. Si bien redactar una demanda no tiene nada que ver con escribir una canción, sí el uso de las palabras y el uso del lenguaje. El derecho, básicamente, consiste en interpretar las palabras e interpretar normas a partir del sentido de las palabras. Muchas veces ese doble sentido, inconscientemente, aparece. Obviamente no voy a escribir una canción en lenguaje jurídico. Pero sí esa habilidad de jugar con una ambigüedad. Una palabra que a lo sumo termina transmitiendo dos mensajes”.

Tras algunos vaivenes en el armado, siente que la banda está estable. “Yo tenía en mi cabeza la idea de armar una banda. Primero porque creo en los proyectos colectivos. En general. Me gusta la construcción colectiva de todo. Del arte, del conocimiento, incluso en la discusión política me gusta llegar a una síntesis después de una larga y profunda discusión”.

“Siempre parto de la base de que una canción trasciende al autor, que tiene vuelo propio. Y ese vuelo propio necesariamente se lo da tocarlas en una banda. Porque vos ahí estás tocando con otra gente que tiene sus propias pulsiones, sus propias maneras de interpretar. Que por ahí te terminan mostrando una cara de la canción que vos no conocías y que no te la hubieras imaginado”, continúa. El nombre surgió casi como un chiste: “Por aquella cosa del luto, de lo perdido, de lo que uno añora. Uno se imagina a un viudo como un tipo mayor que perdió al amor de su vida. Y hay una compota de añoranza. Los chicos me cargaban que eran historias de amor fallidas, trucas. No le cantaba al amor naciente sino en ocaso”.

Esa temática dispara nuevas disquisiciones. Una es el lugar de la política en sus temas: “En ese sentido digo: zapatero a sus zapatos. Si bien soy un ser político y milité muchos años, no me parece que estén mal las canciones de protesta. Sin embargo será por una deformación profesional, yo políticamente me manifiesto de otra forma”. Y asegura que en este contexto político y económico “somos heroicos sobrevivientes los músicos. Es muy difícil pagar desde un encordado hasta gestionar una fecha”.

Y otro tema que se dispara es la cuestión de género: “Es una lucha que reivindico, pero no la encabezo. A mí me parece que los varones tenemos que ser muy cuidadosos a la hora de cómo brindar nuestro apoyo. Básicamente uno tiene que acompañar. Y desde lo artístico... se me podría hacer alguna crítica por cantarle al amor romántico. Esto es arte y hay muchas licencias poéticas que un artista se da a la hora de escribir una canción. Si bien el amor romántico es algo que debe ser superado, como el hombre (algo que decía Nietzsche) también creo que no es lo mismo una canción que habla del amor romántico que Cacho Castaña cantando ‘si te agarro con otro te mato’”.



Febrero 5, 2019

“Juntan sus pocas locas/ cosas son las de menos/ viajan en mambos tranca/ consiguen su terreno”. En la planta alta se ubica la sala estudio y Antu termina de mezclar lo nuevo de Manque rodeado de instrumentos viejos y nuevos. En la planta baja, la “Manquenita” (una invención que escanea películas) funciona la isla de edición audiovisual y sonará el próximo corte: una bellísima canción de pulso lento y denso. Así como cuando allá en Bariloche estos hermanos y estudiantes del CEM N° 2 montaron una sala en la habitación de un hotel vacío, siempre están en movimiento, consiguiendo y cuidando su terreno. Como en ese ensayo de psicodelia candombera y antropología lúdica que es “Mover caníbal” (2014), se mueven como nómades, exploradores y nativos a la vez. Buscando nuevos lugares y visiones del mundo, con el fin de apropiarlas y a la vez modificarlas.

Como cuando a Manque le llegó esa caja del padre de su hermano Nahuel –el mismo que les legó la herencia hardcore y punk en la preadolescencia– y todos esos cassettes de jazz y músicas étnicas le abrieron una nueva puerta. O como cuando tras unos pocos años de distancia, se reencontraron a principio de esta década con la energía avasallante de Antu cuando llegó a la pequeña casa del fondo de lo de su abuela decidido a tocar. Manque dejó de lado cierto encierro académico y aún agradece que su *brotha* lo sacudiera. De hecho la conversación en la cocina, más allá de las ideas puntuales, da testimonio. Al responder no discuten ni tampoco coinciden al cien por ciento: intercambian. Esa es la dinámica de un conjunto que podría definirse –si hacerlo no es en sí un oxímoron– por esa palabra. Como sus diálogos, como sus ideas, como sus pocas cosas locas con las que han montado una plataforma notable como Parque, su música se mueve. Quizá por esa combinación de energía e instrumentación orgánica con desprejuicio y conocimiento sonoro. Desde esos pulsos percusivos extasiados y capas sonoras impensadas,

hasta fraseos acelerados y lúdicos. Desde los inicios más experimentales a cierta forma pop actual, siempre está la sensación de movimiento. La inquietud misma. No por hiperkinesis si no por la libertad del descubrimiento. Como antropófagos devorando belleza. Así es que el sonido de la banda –con la misma placa de sonido que al principio– combina en dosis iguales concepto y espontaneidad. Por eso ya sea desde la banda o desde los videos, desde los discos por separado o lo que fuera, con Joshua como lazo entre ambos, la puerta siempre está abierta para ir a jugar a un parque donde las reglas de la diversión nunca son las impuestas. *Nunca Fui a Un Parque de Diversiones*, un lugar al que siempre se puede ir porque en verdad, como sus pocas cosas locas, siempre va con ellos.

“Más allá de la música o el cine o cualquiera de las ramas que hagamos, hay como una idea de bajar una data –introduce Manque sobre este vínculo artístico y familiar–. Una idea. Hay algo que tenemos que decir que es más fuerte. Cuando Antu trae una mirada sobre el mundo y me parece alucinante, intento redoblar la apuesta. Llevar a la práctica esa idea. Yo le devuelvo una pelota, otro pase, con otra mirada... y me parece que lo que nos mantiene haciendo cosas juntos es esta necesidad de saber cuál es la mirada del otro. Nos está permitiendo crecer”.

“Yo tengo una parte súper vivencial y experimental de la música –dice por su parte Antu–. Pero al mismo tiempo lo vivo como una faceta técnica. Lo que veo en Manque es que como no tiene esa parte tan trabajada o enfocada porque siempre lo hizo con el cine, como que encuentro una relación de espontaneidad absoluta. A veces tiene ideas geniales o súper frescas que a mí no me pasa por estar siendo técnico. Y por ahí mezclar un tema de él me encanta porque hace las cosas como yo no las haría a nivel musical”.

Sin perder identidad, a lo largo de tres EP's y dos larga duración, la banda ha ido cambiando pero siempre se las arregló con poco: “La placa es la misma, el sonido es el mismo. Cambiaron los recursos, si se quiere, intelectuales. La abstracción de todos esos aparatos. Si lo escuchás y comparás, estéticamente es muy parecido. Sí, cambia la calidad de los elementos. Siempre la flashamos más desde lo artístico que lo técnico. Hicimos el ‘Hazlo tú mismo’ al palo, sin darnos cuenta quizá. Porque te lleva la necesidad. Me pasa que ir a un estudio no lo termino disfrutando. Ya hay como una educación... que la termino sufriendo. Estar atrás de un reloj o ir con mucho ensayo. Lo admiro y valoro, pero me re cuesta”. Antu, encargado de la mezcla y producción, también trabaja para otros músicos. “Son siempre experiencias y quiero aprender más. Me quiero dedicar a esto. Es como el que empieza a hacer tatuajes. Por ahí practicás primero con tu pierna. Hay una responsabilidad con el conocimiento o con querer aprender que está muy ligada a la experiencia”.

“Está claro que parte del proceso de nuestra música es que nos adaptamos a nuestro contexto y reinterpretemos ese contexto”, sintetiza Manque.

“Doggy”, simple con video recientemente lanzado, resume parte del proceder de la banda. Con sonoridad e identidad propia, dialoga con el trap y el pop contemporáneo. “Yo recibo con los brazos abiertos todo lo nuevo. Es una filosofía de vida. La letra está hablando de otra

cosa, opuesta al cotidiano del trap. Disfrutamos eso. Uno está dialogando con su contexto, su sociedad. Y va utilizando esos elementos que de repente salen. Los agarra y los apropia”.

“Usas el lenguaje que querés usar –acota Antu– para que cierta gente que lo usa, lo cace. Querer entrar en un riel a propósito. Entrás y decís lo que tenés para decir vos. Que es muy distinto a lo que está en el riel. O por lo menos eso creemos nosotros”.

Actualmente, la banda que ha transitado por distintos festivales del país, está en una etapa distinta. El plan es que cada uno trabaje en sus discos solista, a la par de ir editando simples y deampearse la crisis económica. “Viene todo en plan aguantar –explica Antu–. Fue un año flojo pero con buenas cosas pasando. Pero a nivel económico no. En nuestro caso no creo que sea por eso la idea de tocar menos. Estamos enfocando la energía en algo más introspectivo. Estamos esperando a ver qué pasa, cómo se acomoda todo. Explorar un poco más la parte virtual”. Y respecto al universo que conforman “la idea es que se entienda bien que Parque es una plataforma, que Nunca es una banda, que Manque y Antu son parte de Nunca Fui. Y que en Parque pasan un montón de cosas”.

Musicalmente el futuro parece orientado a la canción. “Siempre fueron canciones –argumenta Antu–. Lo que por ahí encontramos es el equilibrio. En “Mover caníbal” lo tocás con una guitarrita y son unas re canciones. Pero la producción no te lo lleva para ese lado. No te pone la voz delante y bien mezclada. Está todo más ambiguo. Y a nivel formal se empezó a encontrar una estructura más predecible”. “Para mí es empezar a disputar el espacio del pop –teoriza Manque–. Adaptarse a su estructura porque en esos lugares hay una gran llegada, gente que va a buscar información a esos lugares entonces era entrar a ese espacio para decir eso”.

–¿Y cuál es esa “data” a bajar?

–Es una mirada que tampoco está definida. Pero sí hay una idea de un mundo donde la diversidad es lo que rige lo cotidiano. Donde no hay una violencia física ni un intento por disfrutar cada conocimiento que tienen las personas. No importa de donde venga, es interesante escucharlo, aprenderlo, incorporarlo.

[Enlace Música](#)

JULIÁN ROSSINI | Cuando la música habla



Enero 22, 2019

Barcelona no es Mar del Plata. Aunque antes y durante, no paró de encontrar músicos coterráneos. “No sé qué hay... será el mar”, se preguntará. Aunque, a decir verdad, difícilmente haya un lugar en el mundo para él que no tenga música. Sí desde su casa, ubicada arriba de lo de sus abuelos, allí donde estaba el piano de pared de su madre, ese fue el lenguaje principal. Ya fuera por su padre, saxofonista e integrante de la orquesta del Teatro Colón de Mar del Plata, o por los discos de los Beatles y tango que resonaban constantemente. Tendría seis años cuando tomó sus primeras clases de piano sin dejar –como también dirá– “de dedicarme a ser niño”. Es que el licenciado en Composición con Medios Electroacústicos de la UNQUI e integrante de proyectos reconocidos como Shaman y los Pilares de la Creación, Poli Tano o Güacho, jamás perdió eso de vista. Ni como director, docente y arreglador de la Orquesta Latinoamericana de La Casita de los Pibes (con niños y jóvenes del barrio Villa Alba de La Plata) ni en sus discos solista.

En *Reunión* (2014), por ejemplo, donde (quizá inspirado en Brad Meldauh tocando a Radiohead o artistas así) se permitió versionar a artistas contemporáneos y emergentes. Sin perder la formación y cierto aire jazzístico, dialogar con su tiempo. Y jugar. Con las herramientas a favor y no como limitación. Así es que puede pasar horas en el piano estudiando armonías hasta que un motivo muy simple lo lleva de aquí a allá. Y siente que le dice algo. Y lo sigue.

Fue la música la que lo llevó de aquí para allá en mayo del año pasado. En Barcelona lo esperaban varios proyectos y mucho trabajo. Pero después de dos meses intensos llegó el verano europeo y Barcelona (que no es Mar del Plata) frenó. La bellísima ciudad quedó casi vacía y él no

entendió. La marea bajó un poco y empezó a extrañar lo que había quedado de este lado del océano. También lo golpeó la partida de alguien querido. *Lo que nos junta* (álbum de Los Reyes del Falsete) comenzó a sonar seguido en su playlist. Y lo que siempre lo ha juntado con el resto y con el mundo ha sido la bendita música. Con alguna composición previa, otras in situ, elementos de jazz y también de canción formal (con letra y voz), comenzó a ensayar junto a sus compañeros “barplatenses” Benjamín Groisman (contrabajo) y Franco Niella (batería).

El 15 de agosto de 2018, en una sesión en Sol de Sants Studios, ciudad de Barcelona, quedó registrado *Diálogo en Iberia*. Se trata del nuevo e inminente material del notable Julián Rossini. Pero no el último para este joven de modos amables, generosidad musical y perfil bajo. Es que en su interminable diálogo con el piano y resto siempre surge un nuevo motivo para seguir.

“Es como un canal que tengo siempre -introduce Rossini-. Hacer música para piano de esa manera, si se quiere “jazzística”, en simultáneo con otros proyectos. Es el mismo tratamiento que en *Abril* (2017): un estudio, músicos y composiciones propias para un formato”.

“Cala de verano”, preciosa composición en clave jazz que no esconde su raíz criolla, fue el único que llevó desde Argentina. De su armonía y desarrollo surge en cierto modo la introspectiva e inicial “Vi la luna y desperté” (donde el pianista canta como lo hace en Nogal, su banda tradicional que prepara un cuarto disco). El resto se fue armando a la par de ensayos y un par de fechas que hizo con sus dos compañeros. Con uno de ellos (Franco Riella) compartió escenario con El antiguo astronauta y también acompañó a solistas como Gaspar David, Nina Polverino o Alan Da Silva.

Respecto a la experiencia europea, entiende que es una especie de darle vuelco. “Es una prueba. Todo este tiempo estamos tocando y somos parte de una movida que crece lentamente, pero crece. Ahí estamos lejos. Y las relaciones con el público son otras. Y por suerte la respuesta fue tremenda.”

Si bien ama y cultiva la música instrumental, algunas veces siente que hay cosas que hay que decirlas desde las letras. “La música instrumental me encanta, escuché muchos pianistas... No sé: Keith Jarrett, Bill Evans, tratando de pensar lo que me gusta. Pero pienso en Fattoruso o Charly que es otro exponente del piano en la canción”. El músico deriva sobre la composición desde ese instrumento: “Yo soy pianista y estoy condicionado por eso. Al tocar y haber desarrollado e investigado. Eso puede ser una traba que hay que pasar. No quedarse con eso. A veces pasa en todos los ámbitos. Si pasás mucho tiempo estudiando acordes, armonías, eso te va dando herramientas. Pero ante todo hay una necesidad básica de comunicar. Puede ser instantáneo o tener complejidad, tener 50 mil o tres acordes”. Por eso dice: “Todo ese costado de la canción es el que me puede y me terminó relacionando con distintos artistas a lo largo del tiempo”.

Actualmente se prepara para acompañar en un disco a Santiago Moraes (Los Espíritus) y arreglando las composiciones de Shaman Herrera para una película. También hay un proyecto ya grabado con Francisco Cadierno (cello) y Hernán Giorcelli (clarinete) e incluye participaciones de Alejandro Bértora y Poli Tano.

Diálogo en Iberia se completa con el registro fílmico en manos de Bruno Hachero y Lucas Teruggi, y arte gráfico general a cargo de Imaginería del Mar Muerto. Esta semana estará disponible en todas las plataformas digitales y tendrá presentaciones en Mar del Plata en marzo y en La Plata en abril. Aunque “la” presentación formal aún no tiene fecha ni lugar, según cuenta Rossini.

También lo espera en julio un viaje a Medellín para participar con la Orquesta del Festival Colombia Canta y Encanta. En ella, niños y adolescentes aprenden y ejecutan música grupalmente desde la confección de arreglos didácticos y la práctica orquestal, con un repertorio compuesto por música original y arreglos de música de raíces folclóricas y andinas.

Y seguramente haya algún que otro plan más para Julián Rossini. Como siempre, la música dirá.

[Enlace Música](#)

FORMICA| Quizá no estén listos, pero a sus hijos les encantará



Julio 13, 2021

El tío, médico de unos 50 años y oyente de Norah Jones, iba manejando a su Fiat 1 nuevo. “Saqué un disco”, le diría antes de hacer sonar “Lágrimas”. Un tema que, según describirá, “empieza sospechoso, con esa voz nasal y que luego se va desarrollando y van agregando los chistes del rock”. Al llegar el solo de guitarra, vería la mano del tío afuera de la ventanilla, moviéndose al compás. Y llegando al segundo estribillo, a los hijos revoleando la cabeza en el asiento trasero. El tema funcionaba por sí mismo, concluiría con asombro y orgullo.

Pero por más que repita la palabra y siempre juegue al borde de la parodia (“soldado del rock”), en el fondo es cualquier cosa menos un chiste. ¿Cómo ha de serlo si “desde hace catorce años estás todos los días mirando un instrumento”? Puntualmente, la Epiphone Sg G-310 con los logos de Emily The Strange. La misma que compró tras vender la bici, las cartas Magic y ¡la play! “Un chico de clase media de City Bell no te larga la play por nada”, aseverará. Pero él, analiza, se pudo “correr de ese lugar”. Y es que en el Polimodal “ya era el raro”. Aunque una parte de sí mismo cante “yo quiero ser igual a todos”, nunca lo terminaría de ser.

Y ya fuera aquel trabajo en la heladería a la que dirige una canción o esas temporadas en la costa “durmiendo con dieciséis chabones”, todo giraría siempre en torno a ella: la guitarra. O la placa o la computadora o lo que fuera necesario para hacer música. “¿Cómo no hacerle un homenaje?”, se preguntará con la misma pasión que refuta esa falacia reincidente de que el rock está muerto. Un simple play en un auto ajeno corrobora lo contrario.

Mudado a Tolosa y agradeciendo no tocar en vivo (aunque suene raro), dedicaría el 2020 a planear su disco de rock&roll a la par de la facultad y de dar clases de música. Pero como todo en él, la idea de rock&roll sería un poco menos lineal. Y muy lejana a esa lectura conservadora que algunos hacen del género más libre de la música popular. Inspirado por los ochenta, no solo desde el celebrado pop sino también desde el vilipendiado metal y la música japonesa, sumaría también la influencia de cancionistas como Cristóbal Briceño y Lucas Martí. Referencias ideales para una composición desprejuiciada acorde a su propia fusión de ironía y pasión brutal en iguales dosis. Sería en el estudio de Martí donde la notable formación alrededor de sus temas se resolvería en solo dos días. Aunque él asegure que no es de los que ya sabe cómo va a sonar un disco apenas lo compone. El resultado sería un hermoso álbum lleno de melodías épicas e histrionismo, pero también lleno de criterio, sutileza y sensibilidad. “Todas las guitarras van al cielo” es lo nuevo de Fran Formica, artista inquieto que ya está pensando en un disco a puro Ableton. Pero que sabe que no es que las guitarras mueran y vayan al cielo, sino que nos elevan en vida de esta tierra casi muerta.

“Es mi capricho de rock -introduce Formica-. Pasé tanto tiempo practicando este género, que dije: vamos a hacerlo valer. Y también soy yo extrañando. Porque hago la música que tengo ganas de escuchar. Y extrañaba un poco de rock&roll. Es mi capricho, mis ganas de tocarlo en vivo, mis ganas de que vuelva el género como protagonista. Como un anhelo falso o que no puedo decir en voz alta en las reuniones”. Yendo al disco en sí, expresa sin arrogancia: “Me parece bastante buen disco. Estoy sorprendido. Lo odié durante un tiempo. No sé si el proceso de otras personas es así. Primero odio lo que es mío, después lo amo, y en ese ida y vuelta ahora lo estoy queriendo. Me está pareciendo que no escuché un rock&roll así, que no le encuentro lugar. Sí sé de donde vienen los recursos, pero la mezcla es toda una cosa rara. Bienvenida sea”.

“Lo flashero es que no escuché ningún tipo de rock -continúa hablando del proceso-. Seguí a full japoneses y mucha canción autor. Briceño, Lucas Martí... viste que con las canciones no importa mucho como estén vestidas, qué tengan puesto. Podría haber grabado con una electroacústica. Pero fuimos a un estudio y esa es la consecuencia. No hubo una búsqueda sino más una consecuencia. Hay músicos que desde el *día 1* saben cómo van a sonar. Yo lo grabé en dos”. Acompañado por Nicolás Gilio (sintes), Lucía Cermelo (bajo y coros) y Lucas Inchausti (batería), agrega: “El disco es gente tocando. Y tocando durante dos días. Edité dos cosas. No agregué más. Después me dediqué a juntar plata para mezclarlo, para masterizarlo. Y pensé en no sacarlo. Me comí todos los viajes que me podía haber comido. En algún momento tengo ganas de hacer algo que les haga bailar a mis amigos. Tengo una amiga traductora, uno contador, uno en un kiosco. Les chupó un huevo mi disco... qué ganas de hacer algo para que bailen”.

Ese conflicto entre la “normalidad” y “lo raro”, el rechazo y el orgullo, parecen atravesar –al menos– al narrador de sus canciones. “El narrador mira muchas pelis. Le re cabe el drama. Lo fue desde los 13 a los 22, pero después se acabaron los dramas. Alguno de pareja, alguna boludez, pero ya no. Aunque sí me quedó ese residuo y todo lo escribo con una carga dramática mayor”.

Respecto a una posible presentación, “todos me dicen que tengo que tocar. No sé si tengo ganas. No quiero tocar. No tengo ganas. Me enoja pensar en tocar. ¿Sabés cómo quiero tocar solo con una electroacústica y viajando por el país? Eso me tiene tiente”.

(Foto: Manuel Cascallar)

[Enlace Música](#)

SUCIA Y SECA | Necesidad y urgencia



Enero 7, 2021

“¿Cuántas palabras elegimos para desvestirnos?”. A principios de la pandemia y—allá lejos y hace tiempo— “Chica paff” estaba llena de palabras. Se trata de una carpeta de Word con cierto tono autobiográfico que viene escribiendo desde los 17 y que en algún momento viró en un proyecto para cine, otra de sus pasiones. “Aliméntenme” –o algo así– también estaba llena ya no solo de palabras sino de archivos wav con ideas de canciones. Del mismo modo “Disco Julia”, el drive compartido amigues con bocetos de canciones casi tarareadas. Y es que le gusta jugar con las palabras, los sonidos y los discursos de un modo veloz pero no ligero, espontáneo pero no inconsciente. Ante un mundo vertiginoso y segmentado, una narrativa urgente y fragmentada más como réplica que como reflejo.

Abrevando el amplio espectro entre el pop y la electrónica transitado tanto en Isla Mujeres como Piscis Vicius, ese “punto muerto” que fue la cuarentena la impulsaría— aún en City Bell, antes de mudarse a Plaza Italia— a sentarse con el Ableton. Pero no tanto tiempo en la silla. “Cuando compongo, compongo rápido como un esqueleto”, dirá sabiendo que luego vendrá el tiempo del armado. Y que allí aparecerán Nico Cartino en la producción o su hermano Pancho Barreña o Maxi (Trazante). Pero que antes subyace algo primal e invaluable, en un mundo donde la “gente se esconde en las fiestas debajo de sus trajes”. Algo desnudo, como el concepto que gradualmente desentrañaría al convertir aquella frase inicial: “Cuántas palabras elegimos para guardar aliento para después”. Pero del mismo modo que primero compone una base

rítmica, enseguida la armonía y tomando recortes de sus escritos apura alguna melodía, la métrica no encajaba.

O quizá encajaba con un tiempo que pedía guardar aliento para después y “guardarse, aislarse, taparse”. La réplica sería un disco breve y dinámico, entre bajos sintéticos, arpegiadores y cierto pulso house, lleno de melodías hipnóticas y fraseos casi robóticos. En un clima onírico, potentes consignas como “chau viejo mundo” o “desdramatizar el dolor” resuenan aisladas pero construyen un relato. “Soy esta y todas las otras que estuvieron acá/ no me avergüenzo/ al menos soy de todas ellas” entona en la emocionante y más rockera “Virginia”. Quizá de eso se trate desnudarse: ser definitivamente unx y -a la vez- comprenderse igual al resto. Quizá de eso se trate “Derrama”, el nuevo disco de Julia Barreña o Sucia y Seca.

“Es un discos de cinco canciones que dura trece minutos- introduce muy gráficamente Barreña-. Canciones que son muy breves, medio raras, experimentales. Hechas en la computadora con el Ableton y el teclado. Muy de laboratorio y pandemia, si bien las canciones las tenía maqueteadas”. Y remata: “Un disco electrónico, experimenta...eso”. Y agrega: “Yo también parto de las poesías. Tengo mucho material escrito. Saqué un libro y tomé varias cosas de los poemas. No enteros, sino que agarro partes, repito, desordeno”.

Si bien algunas de estas canciones pueden acabar en alguno de sus proyectos, había una urgencia que motorizó el proceso: “ Yo quería hacerlo muy rápido. Tiene un lado más volado o más onírico. Desde la escritura, desde la forma de hacerlo, más experimental. Cierta libertad que con las bandas las tengo, pero es otra forma. “

Esa urgencia, asume, fue influenciada por el contexto de pandemia: “ Si, yo creo que sí. El último tema: “No me llega el rivotril al corazón”. La necesidad del bombardeo de cosas rápidas y que a la vez se contraponen con la pandemia, que es un tiempo muerto. Esa necesidad de sacar afuera las emociones, las contradicciones”.

En esa forma de composición, los sentidos no se acotan sino que se multiplican. Por un lado aflora “el sentido de desnudarse a nivel más amplio, cambiar las pieles, ser otra a cada paso”. Y en por otro o en consonancia, su nivel político: “No es denuncia, pero sí hablar de lo que no me gusta. Expresarlo, que lo sepan otras personas. Hablar del enojo, del placer, de la libertad, cosas que me parecen importantes que otros las escuchen y ver qué les pasa”.

JULIÁN OROZ | Canción, llévame lejos



Mayo 5, 2021

Cada vez que graba una canción o una suerte de boceto –ya sea en una nota de voz del celular o con el Audition de la computadora– anuncia tu título. Casi como un rito o un anacrónico método de nomenclatura. Lo cierto es que a comienzos de invierno de un año de por sí frío como fue el 2020, aquel estribillo indefinido había regresado. Al igual que su mente –que gusta de transportarse ya sea en real movimiento o simplemente quieto en su casa– las canciones también van y vienen. Y a la vez representan o perpetúan un instante. Por mínimo que sea. Como aquellos girasoles en la ruta regresando de un par conciertos en la costa atlántica.

En pleno aislamiento se intensificaría “la necesidad de buscar lugares adentro, espacios nuevos”, dirá. Para ello estaría a su lado, como siempre, la Takamine. Se trata de la primera guitarra que compró él mismo diez años atrás. Y que podía enchufarse, lo que confirmaba que era hora de salir a tocar y grabar discos. Y también estarían junto a él, orbitando en su imaginario musical, esos grandes autores uruguayos cuyos nombres no caben todos en una canción, pero un par se filtrarían.

No tanto desde la melancolía como sí desde el rescate, se arrojaría a esos momentos en los que “fuimos felices sin saber” para escribir el tema que daría un hilo a otro puñado de composiciones previas. Así conformaría un repertorio que parte desde el Río de la Plata pero que se abre a latitudes como la cumbia y –¿por qué no?– el pop. Y es que de la canción se trata su viaje, donde la instrumentación orgánica y principalmente acústica no busca más que apoyar sutilmente su voz cálida y sus amenas melodías. En ellas se deslizan con ligereza pero sin liviandad versos simples pero que tratan de contener otros sentidos. Pequeñas conclusiones o

aprendizajes de viajes -interiores o terrenales- de este autor que en medio de la oscuridad no dudó en anunciar frente a su celular y luego nombrando su álbum: “Hay lugar”. Cada uno hallará -si puede- el suyo. Para Julián Oroz, sin dudas, es la canción.

“Hay un lugar” se trata -según explica Oroz- de “un disco que surge en la pandemia y está atravesado por ese encierro y esa necesidad. Donde no podés desarrollarlo por fuera y buscás por dentro”. Y asiente respecto a la frase que titula y abre el trabajo: “Es una toma de posición, un manifiesto. Hay algo de la seguridad que te da eso”. Pero aclara respecto a las mencionadas “conclusiones” o “máximas” en las letras: “La verdad es que no me gustan las canciones que dicen *la vida es...* siempre me pareció demasiado imperativa. Pero siempre que está dicho desde un lugar subjetivo, como una verdad personal, me resulta más humano, entonces sí. Yo te digo lo que a mí me pasa, te comparto esta creencia. Después coincidís o no”.

Entre esas “creencias” hay un verso que parece definir su obra: “Las cosas más sencillas son las más bonitas”. Oroz lo reconoce casi como un “statement” de su búsqueda artística: “Es un poco a lo que le canto y lo que me conmueve. Es el motor de lo que escribo. Es una sensación o una necesidad de ir al punto exacto de lo que quiero hablar... y encontrar poesía. Porque a veces hay un temor cuando solo decís lo que querés decir, de sentir que no está luciendo”. Esa capacidad de despojarse de ampulósidades posiblemente sea producto de la maduración. “La canción – como forma- tiene una especie de manto de autenticidad y una potencia que hace que escuches de otra manera”.

La misma idea se traslada a la sonoridad y la composición de un disco que quizá presente en circuitos domésticos e íntimos durante el segundo semestre: “Tengo la premisa de que si usas menos elementos, la rítmica tiene menos variaciones e igualmente la armonía, lo que se luce es la melodía. Porque algo se tiene que mover. Es como si fuera una planta para que crezca la flor. La melodía es la flor. Todas las propuestas son válidas. Pero en mi caso intento que nada tape la melodía. Ni siquiera la letra. La melodía lleva consigo el mensaje más trascendental, que va por debajo o por arriba”. Por eso es que los arreglos pensados junto al productor Charly Valerio “apuntan a lo que la canción quiere decir. Hay contestaciones y arreglos, pero la idea es que a primera escucha no escuches eso y que escuches la canción.” (Foto: Herlo Ramone)

[Enlace Música](#)

LAIKA PERRA RUSA| No pare, sigue sigue



Septiembre 2, 2020

Música de “marcha”. Así le decían -desde el prejuicio o el desconocimiento, si no son lo mismo- en esos infames 90. Quizá el término refiriera a la expresión festiva española o improbablemente a esa narrativa de intensidad progresiva que sabe proponer la electrónica. Difícilmente fuera asociado a una manifestación política más que a aquellos cd’s que Julio Alak repartió en todos los hogares de La Plata y que Guido asegura ver tirado alguno cada tanto por la calle. O tal vez fuera un poco todo, porque en definitiva arte y sentido son un mix infinito.

Lo cierto es que aquello no estaba tan presente cuando -pensando más en los Cadillacs que Kraftwerk- decidirían armar una banda sin siquiera tener instrumentos... o muy pocos. Entre ellos, el Microkorg-Mk1, que en aquel ensayo entre guitarras acústicas dispararía involuntariamente un loop. Casi como llamando hacia un pulso interno un techno imaginario. O algo así. Pero en cuestión de minutos -o lo que tomaba recorrer el largo pasillo de los Badini para recibir al delivery de empanadas- surgirían las bases de uno de los temas más festejados de la banda por entonces considerada indie: “Cosaco”.

Con el “giro neoconservador” del 2015 se generaría como resistencia una suerte de espíritu de época, con el cuerpo como un campo simbólico, la pista -o fiestas en departamento- como lugar de encuentro y las manifestaciones políticas como lugares de lucha pero también de alegría verdadera. No la de la promesa de revolución desinflada cual globo cuyo costo sería más alto incluso que cinco, cero, cero, cero, cero, cero, cero, cero, cero, cero, cero (bocha de guita). Con vocación de explorar y a la vez no temer a referencias explícitas como Hot Chip, LCD Sound System y Alex Adwanter, la banda diseñaría un concepto sonoro y lírico que abrevara ese

contexto tomando de la electrónica no solo sintetizadores o voice chops sino esencialmente ideas.

Del mismo modo que a Guido lo asombraría Manu Chao combinando y remezclando bases y letras de tres o cuatro temas haciendo todo un show, “Marcha I” y “Marcha II” serían un elogio a la idea de mezclar y remezclar palabras y sonidos pensando las canciones como loops proyectados en el vivo. Un relato lúcido y por momentos ácido sobre política, sexualidad y frustración juvenil sin perder de vista el movimiento y el baile: “A las seis, camino al maxi kiosko/Mi mente sabe: cada día es diferente/Pero la rutina y el trabajo me obligan a clavarme este helado en la frente/como un loop los días se suceden/más llamados salidos desde el call-center/ dame noche, dame un plan bien acabado/para matar al presidente/ no quiero nada solo tenerte aquí, bailar bailar bailar, dame una bala y una oportunidad, matar, mata”.

Un presidente después y con el otro viajando aún en pandemia, el plan concretado pero no acabado implicaría un consecuente EP de remixes (con visiones libres y diversas de Aziz Azze, Antuantu, La Danza de las Bestias y Marton Marton), una segunda edición para octubre y los primeros bocetos de un álbum nuevo donde un nuevo giro se espera. Y es que de eso se trata la marcha para Laika Perra Rusa: avanzar entendiendo el pulso de la época sin perder de vista el tiempo propio.

“El disco de remixes -introduce Guido Dalponte, cantante del grupo- nace un poco como saga de Marcha pero también como una revisita a Marcha. Tiene ese condimento. Si bien son amigos, son ajenos al proceso como para darle una frescura, una mirada nueva. Se nota bastante porque un poco lo que estamos mostrando como contenido, que cada productor cuente cómo se acercó al material y como plantea su mirada. Cómo la hacés diferente, qué decisiones tomás, qué decidís que se transforme. Todo un campo para la creatividad musical que nosotros en algún punto vivimos. Hacés un disco con alguna referencia, con algún acorde robado. Es un remix en otros términos”.

Para “Marcha”, el quinteto -que completan Juan Badini, Gastón Figueroa, Guido Dalponte, Adrián Oviedo y Elías Zapiola- armó “un plan con un sonido de referencia. A partir de esas referencias, de ese material para ‘remixar’, pensamos qué queríamos que pase en vivo y en principio las canciones del show en vivo no daba forzarlas. Un rock&roll no iba a ser un house. Por eso son tantos temas. Reescuchando siento que hay un sonido muy de búsqueda, pero que no es un punto de llegada sino una foto del recorrido”.

El baile pasó a ser un eje central: “Hubo un desarrollo conceptual bastante fuerte vinculado a que estábamos escuchando música vinculada al baile. Hubo una búsqueda en ese sentido de hacer más sencillas las armonías... triádicas, repetidas... un loop armónico. Y si se mueve, que sea una atmósfera. Hay canciones que trabajan la idea de loop en la letras, como recursos poéticos. La música electrónica como idea e inspiración es bastante poderosa y tiene propuestas enriquecedoras. Marcha no solo se trata de poner los cuerpos en marcha. Queríamos decirla en el contexto, ya que siempre pensamos que era un disco de la era macrista, muy vinculado a esa coyuntura. No es lo mismo decir cualquier cosa en cualquier momento. Y por

otro lado, de la marcha, de la música electrónica, o con esa categoría desde el prejuicio”. Y repasa la evolución del género: “Recuerdo que en el boliche la pista principal era de cachengue... sea lo que sea cachengue (risas). Latino, cumbia... Y después estaba la pista de los que bailaban ‘marcha’. Y era distinto... había una otredad. Y ahora es otra cosa, al menos en La Plata. Ya no son las fiestas clandestinas. En los últimos años se oficializó mucho la movida”. Y la falta de ortodoxia ya sea con el rock o con la electrónica fue esencial: “Yo creo que la principal potencia de la banda fue su ignorancia respecto a las tradiciones”.

Al repasar las primera épocas de la banda, se repite una constante: tener una idea sin dejar de ser permeable a lo que sucede alrededor: “Nos vinculamos con el contexto. Salir de la burbuja de lo que uno flashea y negociar con el ambiente donde vivís. Si la banda se formaba en San Miguel de Tucumán, quizá haríamos folklore de proyección”.

Mientras atraviesan la pandemia y aguardan un nuevo EP de remixes, LPR pre diseña un nuevo disco: “Ya empieza a tomar otros colores. Partimos de qué nos imaginamos de paleta de colores. Si ‘Marcha’ era azul intenso y es el color que nos remiten las máquinas, este quizá sea más amarillo anaranjado, cálido, con percusiones tocadas en vivo y no programadas”.

[Enlace Música](#)

MUY CEBADOS CREW | Sobrados de actitud



Enero 19, 2019

“Me cebé”. Cuando algo te gusta, se pierde la noción del tiempo. Y del riesgo. En eso el freestyle se parece bastante a la vida: cuando te lanzás ya no hay red. Se puede “mochearla”, sí, pero hay que seguir. Así que no está muy claro cuando exactamente el “me cebé” derivó en una crew. Quizá fue después de una batalla en 120 y 60, cuando Lauri trabó relación con Impo y Bito. Aunque ambos ya ranchaban desde las infantiles de Villa Montoro y dejaban su huella en las paredes “manchados con pinturas con los ojos achinados”.

El grafitti y las compe fueron un punto de encuentro al que se sumaría el Negro, Tiusec, Tottis, Emi o inclusive Tommy, que es del Sur. “No importa la cantidad/ si el rap es suficiente”. Pero para estos pibes que dispuestos a soñar imaginan feats que vayan de Kendrick Lamar al Pepo, el rap tampoco es suficiente. Lo que los ceba, ante todo, es la música. Y la música toda. Atrás quedaron aquellos años de ortodoxia boombap (sonido basado en bombo y caja, asociado a la década de los noventa y el estilo más clásico). Quizá fue el Impo, quien de muy pibe cantó cumbia y le aporta ese flow tan melódico. Vacilón, dirían. Porque “si hay que vacilarla, se vacila. Y si hay que ponerse serio, se hace”.

Así van desde el tono festivo y arrogante (“Te juro que soy de esos pocos que logran que anden diciendo sus frases”) al reporte más crudo del barrio (“la plata me tiene enfermo y no me da suspiro/ o muero millonario o muero por un tiro”). También van desde la vieja escuela (“Que explote el boombap”, pronto a salir) al autotune trapero de “Re Tokio” (producido por Augusto Del Grosso). Todo cabe si ceba. Todo ceba si es música. Y la música no sólo les ocupa todo el sueño, sino que les sale de tanto ranchar. Bito no recuerda un día de los últimos años en el que no se hayan visto entre sí. Tomy no puede creer la facilidad con la que componen. Oscar Wilde decía que para escribir sólo hace falta tener algo que decir... y decirlo. Más o menos así le pasa a

Impo con el rap. Y a todos en la crew. Porque Lauri se encargará de aclarar: aquí nadie es mejor que otro. Cada uno tiene su estilo y a la vez todos hacen uno.

Y sin dudas ese estilo es fresco. Tanto que en poco tiempo y con apenas un puñado de temas lograron la atención de la escena local, como ese track que surgió de un estribillo del Impo, se armó rápido y hoy suma casi 20 mil visualizaciones. Con un promedio de diecisiete años de edad, estas “buenas personas con cara de porquería” cuyo grupo de WhatsApp puede llegar a llamarse “El pelo de Emi”, no tienen un plan B. Aunque hoy se encargue de juntar algún billete de los shows o “haciendo changas”. Pero el plan es la música, con anhelos de estudio propio y todo lo que venga con ello. Por eso no importa tanto cuándo ni cómo empezaron, sino la certeza de que esto no va terminar. Así se siente cuando se está muy cebado. Así lo viven y lo expresan los Muy Cebados Crew (MCB2), presente y futuro del hip hop local... y más allá de La Plata, y más allá del hip hop.

“Lo que el beat nos pida -define Bito sobre la composición-. Hemos sacado temas en menos de tres minutos”. Y Lauri aclara: “Lo más importante en la música es abrirse y mezclar. Lo que más suena es la mezcla. Es innovar. De eso se trata la música. Antes era más encerrarse en algo y ahora se mezclan géneros. Uno toca el teclado, otro la guitarra, otro la batería... si nos pinta hacer una banda de rock puede ser”. Bito extiende el concepto: “Antes el rapero hacía rap, el traperero trap, el rockero rock. Llega un momento en el que no te llena. Usaste tanto lo que tenés que te aburre. Y siempre está bueno ver hasta dónde puedes llegar. Experimentás y sale una banda de cosas”. “Innovar es animarse a lo que los otros no”, decreta Impo.

Los chicos se ceban literalmente hablando de cómo los emociona la música. “Es que para mí es algo cotidiano ya -dice Lauri-. Yo creo que como estoy todo el día en la música, no puedo estar un día sin escuchar música, sin pensar un tema, un video, una idea. Es constante. Creo que a la gente que hace música le pasa lo mismo.”

Asegurando que el freestyle y la química les otorgó velocidad para la composición, confiesan que deben luchar contra su propia ansiedad y la dependencia de otros actores: beatmakers, filmmakers. “Es complicado. Cuando queremos algo, lo queremos en el momento y lo queremos re explotar. Y capaz que tarda una semana, o unos meses en salir. Difícil manejar la ansiedad con tantos temas y tantas ganas de ser escuchado. Y a veces los productores no están o no está la plata”.

Con varios MC's en el mic, Lauri no duda: “Yo si tengo que definir a los MC's me parecen todos frescos, buenísimos, raros y locos”, Y definen también el estilo de la crew: “Somos frescos. No cancheros. Vamos con la verdad”.

Sentados en los escalones de la Plaza Belgrano (donde actualmente se lleva a cabo la Liga de Freestyle Sucre), Impo asume que la escena “creció una banda con las competencias. Aunque algunos digan que no. Nos ayudó una banda. A difundir más la música, a que se meta más gente en esto. Fue como un canal de conexión. Capaz que hay gente que vino por moda y se terminó quedando porque le gustó. Y están haciendo cosas zarpadas”.

Con medida pero conciencia de que algo generan, Bito relata: “Nos han conocido en lugares que no esperamos y que te tiren la buena. Por ahí estas tranquilo y te saludan. Nos pasó en año nuevo, con una banda y se acercaba gente que nos saludaba. Y no los conocíamos. Eso está bueno también. Llevarse bien con cualquiera, la mejor con quien te venga a hablar”.

“Es fundamental la imagen. Olvidate. Si es por mí, toda la fuckin plata me la gasto en ropa” se ríe Impo, a la par de que remarcan que en sus letras hay espacio para todos los tonos. En un ámbito con tradición tan heteronormada como la sociedad toda, responden cuando se les consulta si discuten el modo en que pueden referirse a las mujeres. “Sale como sale. Lo que quiera decir el otro lo vamos a entender. Si se pasa de mambo se lo vamos a decir. Pero no pasa. Tenemos nuestro contenido y hablamos de muchas cosas variadas, pero con nuestro punto”.

Si bien los shows combinan “momentos cantados y momentos en que poguean”, van a frenar un poco con los vivos, pero preparan material audiovisual que irán soltando en las redes y a promesa de “un disco de boombap donde van a rapear los ocho de la crew”.

“Todo lo que estamos haciendo hoy es para el día de mañana. Los temas que estamos grabando, la productora que estamos buscando. Es una estructura que estamos armando para poder vivir de esto. Porque no nos vemos haciendo otra cosa que no sea la música. La música nos encerró tanto que no me gusta hacer otra”. Y seguramente, “estos niños del Hood/ un aspecto de mierda, sobrados de actitud” sigan en esa, hasta llegar al “ataúd, todo pimpeado, taggeado por mi crew”.

▶ LIMON- TOTIS X IMPO (Prod.Big Mike) (Shot By Nico Moreno)

PELS | Volver al futuro



Diciembre 27, 2018

En la canción “Día del padre” también es el Día de Niño. Tingo suele alterar los tiempos. No sólo alterando la linealidad cronológica, sino también jugando con saltos verbales. Al punto de que una canción concluya en un narrador o espacio distinto al inicial. Como aquel viaje de 2016 en el que recién en el día veinticuatro de los veinticinco halló la guitarra que buscaba. Una Yamaha china color negra que le dio en mano un señor de delantal en una tienda de Barcelona. Era la acústica que había sonado interiormente los veinticuatro días previos mientras componía mentalmente y registraba algo en el voice recorder del celular. Ya no sonaba tan inclasificable como *Gospels* (2015) ni mucho menos sónico como La Hoz y Tsunami. Estamos hablando de las bandas que a mediados de los noventa, y con Juana La Loca, Peligrosos Gorriones o Demonios de Tazmania de referencia, unieron a este grupo de amigos de Zona Norte, “pero no chetos”.

Eso ocurrió antes de que Tingo y Micaela, su compañera hasta hoy, trajeran a Joaquín al mundo y emigraran a La Rioja. Fueron tres años donde tampoco dejó de tocar e inclusive, solito con su eléctrica, teloneó a Divididos en un estadio y junto a su hermano (y ahora compañero de banda) abrieron un recital de Babasónicos. Pero en 2003 “el país se fue a la mierda”. Tingo sacó un crédito en Credifácil y volvió a Buenos Aires “con 400 pesos y dos hijos”. Ya había nacido Lola (que nada tenía que ver con sus adorados Kinks) y empezó a reclutar a los viejos amigos del barrio. Los mellizos Pels ya no aparecían, pero su nombre quedaría para aquellos primeros ensayos donde lo único claro es que todos adoraban a Frank Blank y los Pixies. Los años hasta Ugo (2009) les darían una voz propia. Fue el querido Frank lo que tuvo en mente, pero era Kate Levon eso que sonó en una juguetería en medio del mismo viaje. Tras preguntarle al dueño del lugar qué sonaba, confirmó el rumbo que el cantante Agustín Zucal (tal es su nombre) tomaría

junto a Ignacio Zucal (teclas, voz), Francisco Milne (guitarra, voz), Diego Collins (bajo) y Marcos Tercero (batería).

“Lo que cualquier músico de rock quisiera hacer en un momento: un disco de canciones sencillas y cortas”, dirá. Ojalá fuera tan simple y fácil como suena.

Con la acústica al frente y letras engañosamente simples, las melodías tan adhesivas como sofisticadas se suspenden en un clima casi atemporal. Entre el beat, el pop y el folk, Pels hace de *Destellos del futuro* un álbum de esos que en un mundo atestado de información y hits edulcorados suena a tesoro escondido. O quizá eso ocurra para recordarnos que como la guitarra Yamaha o las melodías de la juguetería, la belleza siempre está ahí y puede que aparezca sola como que la vayamos a buscar.

Y en *Destellos del futuro*, los Pels suenan como si hicieran ambas cosas, con el aplomo de un padre y con el candor de un niño.

El tiempo fue central. “También lo fue en el disco anterior –cuenta Zucal–. Es el tema que más me atraviesa. Quizá no sé si por la edad, como veo pasar la estación. Desde un lugar más pasivo que responde a eso.” Y a punto de cumplir los cuarenta, confiesa que el tiempo no sólo incide en el sonido musical, sino en cómo se vincula con la música y algunas expectativas: “Es un click que hice hace un par de años, pero una cosa es racionalizarnos y otra ponerlo en práctica”.

Fue mucho tiempo el que transcurrió para *Destellos...* Si bien comenzó en el invierno de 2016 y “teníamos el plan de hacerlo rápidamente en ese transcurso, se nos ocurrió ir a Berlín, el estudio de un amigo. Fuimos y tocamos en distintos lugares de Europa”. Al llegar, el lugar colmó sus expectativas y al tener la posibilidad de alojarse en el estudio, les pareció “una picardía estar mezclando frente a una consola y computadora”.

En un fin de semana, ensayaron y grabaron *Fankhaus* (2017) y el álbum tuvo que esperar al regreso para ser mezclado por Francisco Stuart. “Lo que sí influyó es que es la primera vez en vivo. Somos meticulosos, nos lleva mucho tiempo el proceso de grabación. No sale de una, sino que vamos arreglando mientras lo grabamos”. Por eso *Destellos...* fue “el primer disco que empezamos a grabar desde un concepto sonoro previo”.

Una de las perlas –precisamente– del disco es la participación de Lito Nebbia en “Cortina para un programa de televisión”: “La relación empezó hace varios años con La Perla Irregular, banda de Pablo Vidal que algunos de nosotros integrábamos. Lito quiso que fuéramos su backing band para un recital que organizó en La Perla del Once en 2014. Hicimos canciones compartidas y quedó una amistad. También nos invitó a Los Pels para un compilado que no vio la luz aún. Es un tipo fantástico y se nos ocurrió que estaba todo dado para llamarlo”.

En vísperas de un año nuevo, la banda planea “un largo descanso, porque dos de los chicos tuvieron hijos recientemente. Pero en marzo será la presentación oficial del álbum y en febrero grabaremos un videoclip”. Después de tanto tiempo, ¿los chicos están bien?: “Creo que sí. Como muchas otras bandas, somos amigos de compartir no sólo la música. Tres de nosotros compramos unos terrenos pasando Pilar, en un lugar en pleno campo. Y planeamos levantar nuestras casitas”.

[Enlace Música](#)



Noviembre 10, 2018

“Cantamos en la oscuridad nuestra canción/ nombres de fantasía y un muy buen pan de tentempié./ Un adiós escrito en el teléfono/ antes de extrañarse como suele ser”. Pablo Matías Vidal ama los nombres de fantasía. Y jugar con las palabras, tanto que lo internarían de ver “el paladar de Gibraltar, el alma de Almería”. Pero también el muy buen pan de cada día y los juegos de sombras que el tiempo hace sobre lo cotidiano. Su mente va de un lado al otro, entre frases elegantes que ya no lo ubican –como antaño– en el centro de la historia. Y ese viaje por distintas geografías imaginarias o puntuales, Yucatán o Ensenada, entre Jeff Tweedy y Bochatón, lo hace a la par de una notable y sólida banda completada por la exquisita y criteriosa guitarra de Santiago Peri, la consistencia del bajo de Gabriel Ricci y el pulso preciso de la batería de Oscar. Más sólida aún en *Asia Menor*, inminente disco donde el conjunto acciona de modo más consistente y con menos capas. Un periodista (Martín Bidan) dijo algo así como que el álbum debut del grupo se iniciaba con un gran prelude instrumental como para decirle al Mago (apodo del cantante): pase, todo servido.

Este breve y consistente trabajo inicia, por el contrario, con un par de compases donde sólo suena la voz de Vidal y su guitarra. Enseguida se suma como un bloque el resto. Como si de eso se tratara: todos para uno y uno para todos. Pero ese uno no es el cantante: es la canción. “Cada vez que voy persiguiéndome/ sufro por no estar donde estoy”, canta Vidal, quien por cierto canta más libre que nunca. En la canción se encuentran Los Valses. Y la persecución se convierte en viaje, a la oscuridad o hacia el sol poniéndose en el Asia Menor.

“Es algo que se fue dando —expresa Peri sobre las geografías y lugares recurrentes en el disco—. Fueron apareciendo las canciones y al elegir las que iban a quedar nos dimos cuenta de que la geografía estaba presente, que quizá siempre lo está pero esta vez de manera más explícita. El concepto se fue armando sobre la marcha.»

Dentro de una estética propuesta por el álbum debut homónimo, Peri reflexiona sobre los lugares explorados musicalmente: “A este disco yo lo siento más rockero con respecto al anterior, un poco más oscuro. Que haya un tema del baterista Oscar Trani abrió un poco el juego también. Quizá el disco anterior era un poco más pretencioso y aquí estemos hablando de canciones más clásicas”.

“Si bien las canciones ya las veníamos ensayando, la idea era cerrarlas en los ensayos, grabarlas y presentarlo en el lapso de tres meses», responde Peri ante los desafíos que representó el álbum producido por la misma banda. «Casi lo logramos, sacamos dos singles en ese lapso y después nos relajamos para sacar el disco entero de manera más prolija. El dinero y la logística a veces no ayudan del todo para lograr lo propuesto en tiempo y forma. Con respecto a la parte musical, fue bastante fluido todo.»

Peri asegura que “se hace más fácil cuando la canción es la que manda. Al no estar encasillada del todo en un género, eso te da la libertad de abrir la cancha. Si bien hacemos rock, al darle culto a la canción nos permite no quedarnos en un solo sonido”.

Sobre la dinámica de la banda, analiza: “Si bien somos una estrella de cuatro puntas iguales, claro que cada uno cumple una función a veces diferente a la del otro. El Mago es el que lleva las canciones... todo arrancó como un proyecto de él que hicimos propio. Gabo, además de ser un gran bajista, aporta mucho desde la parte técnica. A Osqui lo veo más fuerte en la parte visual del asunto, con una mirada muy particular que nos gusta a todos. Además de ser un gran músico, porque no sólo toca la batería. Y por mi parte tengo la ventaja de conocerlo al Mago hace mucho y eso me da el parámetro de qué hacer con mis guitarras en sus canciones”.

Asia Menor se publica este lunes 12 en todas las plataformas digitales. “La idea es mostrar el disco donde se pueda, viajar a Capital y a provincia, y más adelante mostrar algunas canciones nuevas a modo de EP”.

[Enlace Música](#)

VIEDMA TRIPULACIÓN | Todo por este mambo



Noviembre 5, 2018

(Foto: Santiago Goicochea)

“¿Qué está pasando en VT Records?” Cuando hace unos años el estudio estaba situado sobre calle 1, los cuatro dormían en un mismo cuarto. Porque el estudio, en verdad, era uno de los dos cuartos de un pequeño departamento que con diversos trabajos y horarios los cuatro sostenían igual que su amistad desde la infancia. No les importaba dormir apretados y repartidos en dos cuchetas, porque era más importante liberar esa otra habitación para que una computadora, dos pequeños parlantes y un teclado condensaran las ideas que traían desde 2008. O mucho antes de crear una banda que va más allá de sus cuatro integrantes y más allá del hip hop. Casi un modo de vida y una ética de convivencia basada en caminar prolijo y respetar reglas propias y ajenas. Como la de la música a toda hora cuando el Estudio se mudó a Tolosa, durmiera quien durmiera en una casa donde el que no estaba tatuando estaba descansando de haber fumigado o cualquier cosa por ganar el mango y compartirlo.

“¿Para qué te sirve esa plata en el cajón/ si podemos tomar un par de vinos entre un montón?”

Esa casa transitada por numerosas amistades y custodiada por el canino Sandro, a veinte metros de la sala de sus amigos rockeros de Güacho. Porque, aunque los cuatro conserven los mismos principios desde que llegaron desde la capital de Río Negro a la capital de Buenos Aires, siempre supieron que la música es música y que todo se aprende. Por eso, en poco tiempo se los vio compartir cartel o escenario con bandas o circuitos a los que pocos artistas de rap accedieron en la ciudad.

Con un sonido propio y contemporáneo, pero respetando la vieja escuela, líricas más cerca de la convicción que de la arrogancia y un carisma arrollador, Viedma Tripulación se convirtió en uno de los shows más atractivos del under platense. Tres mc's distintos y complementarios (Karman, sólido, Gero Dh, fresco, y Yako, directo) sobre los pegadizos beats disparados por DJ Plagui, la banda decidió cambiar de aire y mudarse a Capital.

“Sobreviviendo en la ciudad representando a Viedma cada vez que hacemos ruido/ prefiero más tiempo que plata a más plata que tiempo/ lo material no importa cuando se persigue un sueño”.

¿Qué está pasando en VTR? Yako responde: “Estamos grabando algún que otro tema de los que habían quedado fuera del disco. Pero estamos en un proceso tranquilo. Estamos laburando algunas cosas como solistas cada uno. Planeando cosas... siempre”. La paciencia para tomar pasos seguros parece ser un sello distintivo de VT que en *La clave es no partir* y *Originales y sencillos hits* alcanza un elevado nivel de producción: “Fue clave para nosotros. Porque fuimos aprendiendo muchas cosas por necesidad de la banda y manejarnos independientemente”. Y agrega: “No sacamos material por sacar”.

“VT se fue haciendo una forma de vida. Eso también se fue reflejando a lo largo de diez años. Evolucionó en muchas cosas pero se mantuvo esa esencia que se refleja en el vivo. La conexión con la gente no te la da una escucha en YouTube o en Spotify.”

Respecto de la explosión masiva que el hip hop ha tenido en los últimos tiempos, Yako asegura que lo viven como algo común. «Al estar tantos años en la movida, ya vimos pasar mucho. Gente que fue y vino. El punto es no centrarse y creer que es todo el cien por ciento eso, porque sino después en la primera que hiciste otra cosa te tildan de no sé qué. En ese aspecto siempre hicimos lo mismo. Nunca cambiamos ni la estética ni la gente con la que andamos. Está bueno que se dé así, hace que se escuche un montón el género. Y que pasen cosas que eran impensadas hace años.”

Mientras el trap explota y muchos raperos celebran el lujo y el poder, los VT se ríen de ello en temas como “Cuando tenga un Hummer”. Otra diferencia con buena parte del género es que VT no tiene letras sexistas e inclusive hay versos que señalan ciertos abusos, como «mientras se encierra y se escabía una botella haciendo que las marcas aparezcan en ella... en su mujer, ¿en qué cabeza cabe?».

Yako responde con naturalidad: “Es que no tiene que estar esta ola de todo lo que está pasando para darnos cuenta desde que somos realmente chicos que hacemos música y que transmitimos todo el tiempo. Y más cuando te escucha público muy joven como nos pasó a nosotros. Las situaciones siempre las manejamos”.

Con el corazón y varios versos dedicados a su ciudad de origen, La Plata tiene un lugar importante también en su memoria: “Después de llegar a La Plata seguíamos siendo nosotros, viviendo juntos, fue importante. Estamos seguros de que vamos a seguir haciendo música toda la vida. La música que siempre hicimos siempre fue en serio y fue pensada para mostrar eso. La música es música”.

[Enlace Música](#)

CREMA DEL CIELO | La buena educación



Octubre 30, 2018

Foto: Martín Bonetto

«Si volviera nuestro amor/ no hagas lo que hiciste siempre/ llenale el tanque al camión y choquemos de frente». Si bien a buen entendedor las palabras de “Huevos de serpiente” parecen más arengadoras que románticas, Boya no va al choque. El amor sigue intacto y el tanque, al parecer, lleno. Pero el vocalista de la banda que alguno reducirá a brit popular y nacional parece tomar un carril menos pesado. Al costado del camino, cantaría Fito Páez. Ese al que alguien de la banda insultó en un recordado, desprolijo y suntuoso 19 de noviembre y ese hecho tan somero le valió el singular reconocimiento de Coco Silly... la misma semana que sus amigos de Norma eran elogiados por Fito. Pero el Boya (o Gabriel Rulli) se ríe de eso como de la extraña suerte que genera gritar por Gimnasia desde el escenario. Algo que ya no hacen, como tampoco dejar que sus fuertes convicciones ideológicas se antepongan a la propuesta estética.

Boya, que hoy en día prefiere un recital de Silvio a uno de Oasis, no va al choque. Quizá se deba a esa lesión de clavícula jugando al fútbol que detuvo a la banda seis meses. O los discos de Charly y Serú que volvió a escuchar. Como cuando era el alumno “medio rebeldón” del Estada en séptimo grado y en los boliches de Carlos Paz, allí por el regreso de la democracia, sonaba eso que llaman rock nacional. Sí: “Clics Modernos”, “Nada Personal”, Virus y todos “esos locos”. Toda la música que Boya escuchaba inclusive cuando en quinto año formó Delirio Sexual. Hasta que a

los veintiuno se fascinó de lleno con los Stone Roses, Kinks, Beatles y el rico linaje británico antes de armar bandas como Loco Mosquito o Venenosos.

Quizá fue “Algunos hombres sin corazón”, la más nuevita de las canciones que sin embargo indicó el camino. Esa pieza que por Whatsapp sonaba a grunge pero también tuvo su versión en pop italiano ayudaría a definir un sonido que emergía en la sala. Con discos notables como *Espíritu de clase* o *Apostasía*, Crema del Cielo se erigió como una banda combativa y elegante, guitarrera y filosa.

En *Nock racional*, disco que se publicará este viernes en todas las plataformas, el golpe no es al mentón sino a la mente. Y una memoria musical que sin perder la marca de estilo apunta a esa tradición argentina que tuvo su esplendor en los ochenta. Baladas mid tempo más algún rock rabioso, letras con doble sentido pero lenguaje simple, menos ornamentación y guitarras para dar paso a teclados y una voz que cuenta historias de otros para contar la suya. Casi lo que hicieron siempre, pero un poco diferente. Gabriel Rulli (voz y guitarra), Lautaro Ramírez (bajo), Leandro Giordano (teclados), Daniel Rulli (percusión y coros), Jorge Leguizamón (guitarras) y Eduardo Carreras (batería) miran hacia atrás y siguen hacia delante.

“La historia era esa, que sonaba más a rock... o hasta pop nacional –introduce el cantante–. No tanto como los discos anteriores, que son más densos y con más arreglos. Este es más despojado. Al no estar Fer –que metía mucha viola–, nos decidimos a hacerlo lo más sencillo posible y con Mario Breuer. Entonces tenía que ver más con el rock nacional... o nos pareció a nosotros.” Y reconoce: “Bajamos un poco los decibeles. Más poperas. Buscar que las canciones sean más sencillas es más difícil que las barrocas. Y algunos temas te diría que suenan a Miguel Mateos”. En ese cambio de formación (actualmente Jorge Leguizamón es el otro guitarrista), los teclados cobraron protagonismo al haber más aire.

Lo mismo se respira en las letras. “Sí, hay un lenguaje más simple pero a la vez hay mucha encriptación –aclara Rulli–. Hasta mi hija me cuenta interpretaciones de los temas. Lo que me interesaba era contar cosas que la gente cree que es algo y en verdad es otra cosa. A mí me cierra eso. Y siempre intento busca palabras sencillas. No ser tan explícito en el pensamiento y dejar abierta la interpretación de los demás.”

Eso también refiere a las interpretaciones políticas de los autores de temas como «Negro de alma»: “En realidad tiene más que ver con las declaraciones que hemos hecho que con lo estrictamente artístico. Si vos contás entre todos los discos, debe haber cuarenta y cinco temas y sólo uno o dos son explícitamente políticos. Un poco salir de ese encasillamiento, porque en realidad la parte política de la banda tiene que ver con posturas y declaraciones que vienen antes o aparte de la banda. La banda en sí, canción por canción, no tiene tanto de eso”.

El músico recuerda su adolescencia y sus gustos musicales como una influencia que “no fue directa, pero tuvo que ver”. Y se explaya: “Es gracioso redescubrir que está bueno. Que tiene un sonido particular. Pensar que de ahí viene la ola de rock latinoamericano que siguió. Todos

esos locos: Virus, Git, Zaz... fue una movida rara que empezamos a tomar en serio. Aparte lo que buscamos entre un disco y otro, un sonido diferente. Hacer cosas distintas. Sino es aburrido. Algunas canciones sonaban spinettianas y nos era raro. Pero le encontramos nuestra vuelta y la verdad que nos gustó”. Y define sin rodeos: “Cuando sos una banda independiente, qué te puede importar si vas a tener un impacto positivo o negativo. Si vos hacés lo que te sale”.

“Tienen todo lo que quieren aquellos que encuentran la ocasión de cantar...” entonan en «El Arroyo». “Siempre fue difícil y ahora es más difícil”. Dando por sentado el oscuro contexto político, Boya reflexiona sobre el rock en la actualidad. “Si te ponés a pensar, la música rock tiene cincuenta años y hace bastante que entró en una decadencia global. Si te ponés a pensar, La Plata tiene vivo el espíritu del rock. Muchas bandas como un folklore. Y desde ese punto de vista, esa música –transformada, porque no tiene un enfoque tradicional– creo que estás más viva acá que en cualquier otro lugar, te diría, del planeta.”

Con planes de presentarlo en Capita Federal, *Nock Racional* tendrá su show oficial platense el 10 de noviembre a las 21 hs en Live Club (39 e/ 6 y 7). El Boya y Crema no van al choque pero siguen firmes. ¿Para qué seguir con una banda de rock? “Para no pagar psicólogo. Es una necesidad fisiológica. Yo empecé en quinto año. Llevo veintiocho años tocando. No sabría qué hacer con el tiempo libre que me queda. Sentiría un vacío existencial muy grande... si bien tengo una banda de folklore. Y por la amistad con los chicos. Además de que me gusta tocar y componer, tengo miedo de dejar de ver a mis amigos. No sé... Mientras haya ganas, seguís”.

[Enlace Música](#)

EL MILANO|Nuevos planes, idénticas estrategias



Octubre 23, 2018

El Milano escucha voces todo el tiempo. No está loco ni alucina, pero escucha voces. Ya sean de una señora de ciento cincuenta años o de un joven de veinte o cualquiera con quien pueda conversar. El Milano oye voces cuando prefiere trabajar con otros y celebrar ese acto mágico que es la acción colectiva. El Milano también oye voces o sonidos en su cabeza que siempre lo instan a una nueva frase o “musiquita”. Igual que cuando aún no era Milano ni Milanese sino Javier Beresiarte y hacía la secundaria en su pueblo mendocino de General Alvear durante plena dictadura.

Mientras se fascinaba por sucesos como el destape español, iba por la calle escondiendo –por temor a una requisa– su Jazz Bass marca Faim. Inspirado por el punk y el new wave, lo compró sin importar si sabía tocar. Poco tiempo después, un amigo le diría que en La Plata habían formado un grupito y que allí era distinto, y vaya que lo sería. Desde entonces, ya sería “El Milanese”, con pañuelo en la cabeza y cruzando por mitad de la calle. El Milano sigue oyendo esa voz de libertad y sentido de pertenencia cuando comparte edades y escenarios en una ciudad que le dio oportunidad de grabar cuando casi nadie lo hacía.

A fines de los ochenta su bajo sonaría en los indefinibles y míticos Las Canoplas, el grupito en cuestión. El mismo que dejó a un costado cuando a mediados de 2005 comenzó a grabar y armar un disco con la intención de que la voz, precisamente, se escuchara. Y con su perfil y estampa rockera, un carisma que combina lucidez universal y picardía pueblerinas, melodías adhesivas y letras sintéticas pero elaboradas, El Milano no sólo pasó a ser una banda. También es una marca y referente dentro de un circuito que de tanto agitarse en su cabeza hoy es un hecho y una voz que se oye en todos lados.

Con el entusiasmo de siempre, Beresiarte cuenta que, tras el disco debut como Milano (*Trueno Naranja*), “salimos envalentonados, con ganas de sacar otro”. Con Roberto Morgada (batería), Nicolás Colli (guitarra) y Diego Morales (bajo), El Milano repite equipo con Alfredo Calvelo en producción, Willy Pelоче en diseño y Ultra Pop en edición, anticipa para 2019 “un señor segundo disco: creo que está bien emparentado. No es otra cosa”. Y bromea con simpleza: “Más de lo mismo: otro disco del mismo artista”.

Esa continuidad implica pequeñas piezas pop con actitud rockera donde prima la vieja y buena idea de “menos es más”: “Una vez encontré tres cuadernos. Y me puse a hojearlos...Cada dos por tres reviso a ver si hay algún renglón. De tres cuadernos habían salido dos letras. Creo que en todo lo que hace a un tema tenés que ir limpiando. Edición se le llama ahora. Y que menos es más. Me gusta esto de la poesía. Lo hago desde siempre, me divierte. Porque hay una parte muy sesuda y otras que salen solas. A veces te falta la última palabra y sale involuntaria, porque la rima te prefigura”.

Y se explaya: “No escribo nada que no me satisfaga o que no me parezca gracioso. Hay un elemento que es generacional en cuanto a música: el antihéroe, el sentido del humor. No sea cosa de salir a inmolar al escenario. Una de las primeras cosas que decidí para escribir es haber acotado las temáticas a los amoríos y relaciones interpersonales. Sin hacer lecturas introspectivas o sociales».

Esa idea de edición se traslada a todo el proceso: “Me parece que es el abecé de cualquier trabajo. Está bueno tener imaginación y experimentar. Pero uno lo tiene que dejar peinadito. Todas estas nuevas técnicas y tecnologías dan ventajas, por ejemplo, de hacer bocetos. Es más fácil que cortar una cinta y pegar a ver si quedó bien. No es un método, sino herramientas que cualquiera puede usar. Yo no me animo a tirar algo a boca de jarro. Por eso soy fanático de laburar en equipo, porque no sólo hay más voces sino también más voto”.

Con las nieves del tiempo plateando sus patillas, Milano responde al deseo de seguir: “Los tangueros decían ‘berretín’. En los setenta, ‘vocación’. Hoy diría ‘empoderamiento’. ¿Viste esos tipos que escuchan voces? No sé si eso... Pero sí me dejo andar solito, como cuando dejás el auto en punto muerto en la pendiente. Aparecen todo el tiempo. Un ritmo, una melodía. Yo siempre quiero hacer otro temita. Es un tema de hambre. Es lo que pienso o voy tarareando. Es algo a lo que nos gustaría dedicarle más tiempo”.

Y acorde a su carácter, celebra la ciudad y sus corrientes: “Yo me llevo bien con pendejos de cinco meses o con viejas de 150 años. Puedo charlar de cualquier cosa si te hacés cómplice cuando pasás el ratito con ese otro. Me encanta ver la música, ver esas performances. El tema de armar un ensamble, sincronizar, es de por sí una experiencia. Y en cuanto a lo creativo, es una situación en la que cuatro monos estamos armando un batifondo que hace que el lugar ya no sea el mismo. Es de mago”.

Y se remite a casos como el de Él Mató: “Siguen saliendo grupos de acá que me gustan. Chicos que ahora son clásicos nacionales con nominaciones a los Grammy. Uno podría pensar que lo de La Plata nos sirve para vender. Pero evidentemente no. Ya no es un secreto a voces. Es verdad que en La Plata hay una usina, y es lo que vine a buscar cuando vine de Mendoza”.

Con planes de publicar simples durante el primer semestre que viene a la par de conciertos, más cerca en el tiempo se viene un recital en El Imaginario (CABA) junto a Corazones, el 24 de noviembre. “Yo sigo haciendo musiquita, tengo un grupito soñado. En cierto modo lo hemos logrado. Yo quería tener un trío que fuera denso. Porque ya estamos de vuelta. No puedo andar en moditas ni con crisis de identidad. Tengo un montón de raíces recontra grandotas. Puedo dejarme fluir. Tenemos un grupito de pop rock pero que no es una pendejada. Somos monos que hacemos música”.

[Enlace Música](#)



Octubre 11, 2018

“Imagen rubí/ manejo una geoda/ Lo rompo solo para verlo romperse...”. Una noche Gato vio a los 107 Faunos. Seis o siete años atrás, en una fiesta en 1 y 43. Tampoco podría precisarse la cantidad de músicos sobre el escenario. Por entonces la página oficial de la banda hacía honor al sentido a su propio nombre con innumerables miembros honorarios de la pandilla. Ese sentido colectivo que sus canciones asimilaban en primera persona del plural, tan propicias para cantar a los gritos. Pero algo no sonaba bien y Gato, único miembro original en la actualidad, vio por primera vez a los 107 Faunos. Aún no había adquirido el inasible estatus de grupo de culto, pero ya ocupaban un lugar primordial en eso que a fines de los 2000 se reconoció como indie.

Las paredes del pueblo se llenaban de posters de bandas tributo y para los que llenaban esos lugares ellos eran lo menos. No había madurado el dulce fruto y a los ojos de la concepción clásica del rock eran algo así como la tentadora manzana podrida del jardín de cemento. Gato se bajó de escenario algo ofuscado y de pronto pudo ver lo mismo que otros. Algo así como una geoda rompiéndose solo por la libertad de verla quebrarse. La canción como una piedra preciosa estallada en mil fragmentos y reflejando las luces de un modo inédito. Quizá se haya quedado sin palabras este verborrágico y personal cantante que cuando habla dice, se contradice, vuelve a decir y a veces expira su voz al punto de casi no terminar las frases. Igual que esas canciones breves e irresolutas que despiertan los sentidos a quien busca no la joya perfecta y acabada sino el brillo de lo roto.

O puede que Gato no haya visto nada de eso. Pero volvió al escenario, que es lo que inspiró a muchos colegas o fans. Y supo que su banda preferida sería esa. Aunque a veces

pasaran dos años sin hacer canciones. Aunque cambiara la formación (y ya no estuviera el talentoso compositor y cantante Migue Ward). Aunque se repitieran culturas juveniles que ya habían vivido, los días dorados.

Pero este es un “camino infinito”, dirá. Y las canciones volvieron, el entusiasmo también. Pipe (batería), Mora (voz y teclados), Félix (bajo y coros), Juan (voz y percusiones) y Gato (voz y guitarra) juntaron nuevamente los pedazos, los unieron con amor y finalmente editaron *Madura el fruto dulce*, una encantadora presea poliédrica donde la banda brilla y se refleja en direcciones múltiples.

“Suenan más limpios que discos anteriores, menos comprimidos, con más espacio», explica Javier Sisti Ripol —o Gato—. Al igual que con el predecesor *Los últimos días del tren fantasma* (2014), fue grabado por Eduardo Bergallo y mezclado por Pipe Quintans. El calmo y lúcido baterista y técnico en sonido fue fundamental, dado que la banda contó con su estudio casero sumamente equipado. “Experimentamos con muchas cosas que no habíamos hecho nunca. Hay canciones de este disco que no se parecen a ninguna de los discos anteriores. Trabajamos mucho el tema de las voces, cantamos todos. Hay menos guitarras y más sintetizadores. El gran trabajo fue sacar y no poner. Habíamos grabado un montón y sacamos hasta que quedara lo justo. Son canciones más raras, medio deformes.”

Gato habla de una sequía compositiva que lo deprimía. La experiencia paralela de Ovvol (junto a Gusti Monsalvo de El Mató y Luciano Lorenzo de Opel Vectra) lo liberó. “Estuve varios años sin hacer canciones y de repente encare todo desde otro lado, y chau, es así. Salga lo que salga. No sé, se dio. No sabría explicarlo. En un momento tenía veinte canciones nuevas. Y dije joya. No tenía el peso de tener el sello de los Faunos, vamos a hacer canciones por hacerlas. Y ahí se destrabó.”

El entusiasmo se trasladó al resto de la banda. “Hubo mucha composición en la sala de ensayo. Hubo temas que salía un riff o un acorde y le ponía algo encima. Lo mejor que le puede pasar a una banda es eso, no que venga un chabón con una canción hecha y ya. Eso no me gusta. Enriquecimos más las canciones en un proceso colectivo.”

Esa idea conjunta sabe traducirse a la voz de las canciones: “Tienen una retórica bastante definida. Todas las canciones dialogan entre sí y eso genera un imaginario del que nos apropiamos todos”. Con iguales dosis de ironía y sinceridad, Gato asume la visión externa sobre el grupo. “Hubo un peso. Ese peso nos llevó a no hacer un disco durante cuatro años. Desaparecimos aunque seguíamos tocando. Gente que nos pregunta si estábamos tocando. ¿Cómo que no me enteré? Es una banda que escucha mucha más gente de la que va a los recitales. Calculo que es influyente. Mucha gente nos lo dijo.” Y bromea sin cambiar el gesto: “Mi objetivo en la vida era ser una banda de culto y trabajar en un Ministerio. Ya lo cumplí. Me quiero matar ahora”.

Gato enseguida recupera el hilo: “Con este disco nuevo estamos contentos, como que nos pone en otro lugar, es diferente. Estamos trabajando mejor como equipo, como banda. Ahora vamos a seguir grabando. Tenemos un estudio y estamos todos juntos. Yo puedo decir: ‘Pipe, poneme para grabar que se me ocurrió algo’. Con eso hubo un renacimiento de nuestro amor por la música, las canciones y el sonido”.

Con trece canciones y viejos amigos invitados (Santiago Barrionuevo de El Mató, Anabella Cartolano de Las Ligas Menores y Tom Quintans de Bestia Bebé) el disco atraviesa distintos climas, como la desconcertante “El baile del fantasma” o la reflexión de “Besar la medallita”, que reza: “Culturas juveniles que viví, siguieron”.

“Hablo mucho de cuando yo era adolescente. Y de dar la vuelta. Que pasen veinte años y seguís en la misma. Y por ahí ya no tenés edad de estar en esa. Pero no tenés ninguna otra tampoco. Es un camino infinito”.

Respecto a la historia inicial, Gato explica que es “revelador ver a tu banda”: “Sí, es mi banda preferida. Lo dijo Rodrigo Martín sobre Juana La Loca. Parece arrogante, pero si no es tu banda preferida la tuya, ¿para que la tenés? Tenés una banda para tener un mensaje. No la tenés como un trabajo o por tenerla. De última, tené una banda de asaltantes”. ¿Y cuál es el mensaje de la banda que vive desafiando la literalidad? Gato manifiesta: “Que seas libre, que hagas lo que quieras. No hay reglas en el arte. Punto. No tomes lecciones de música. Punto. Menos de canto. Punto. Hace tu banda. Punto. Que suene como suene. Que sea más importante el contenido que la forma. Y eso va a darle una forma más importante que el contenido”.

[Enlace Música](#)

LOS ESPÍRITUS| Hay tanto juego por aquí



Octubre 5, 2018

Como quien no quiere la cosa, Santiago acaba de darse cuenta de que el Malvinas Argentinas le queda a tres cuadras de su casa. Su nueva casa en su viejo barrio: La Paternal. Después de Colombia, Madrid, Berlín o tantas ciudades, antes de Cuba, México y vaya a saberse dónde, hay algo de alivio en saber que al último concierto del año podría ir a pie. Sin apuro. Como recién, cuando volvía de lo de su madre. La que a los dieciséis o diecisiete años le regaló una criolla que aún conserva. “Es una mierda”, le dijo con cariño Maxi, su amigo del Nicolás Avellaneda que siempre tocó bien y lo arengaba a hacer música. Años más, años menos, el también vecino del barrio viajaría al cosmos y haría un nombre dentro del *under* nacional.

Santiago haría lo suyo también. Canciones, básicamente, que llegó a tocar con su banda Los Transeúntes. Sin apuro, de a pie. Compartiendo libros de Bukowski o discos de Tom Waits, la amistad se mantuvo. Por eso, cuando Maxi fue a presentar un par de discos caseros (*Casa I* y *Casa II*, precisamente), tocados con instrumentos elementales y casi de juguete, Santiago fue de la partida en aquel ensayo en Yataí. Pero como quien no quiere la cosa, algo surgió. Y Maxi (ese de ojos pequeños pero mirada grande) no dudó en que eso podría ser una banda de todos, en el sentido más profundo. El cuelgue de media hora que no cabía en bancamp (*Hacele caso a tu espíritu*, 2010) cobró más forma en un puñado de canciones que rápidamente registraron en el mítico y pequeño *Plasma*. Las percusiones caseras viraron en latido continental, el canto intuitivo invocó las raíces del blues y las expandió como aguardiente y jugo por las venas abiertas de América Latina. “Lo echaron del bar”, repercutió sorprendentemente en México, Santiago Moraes y Maxi Prietto fundieron y confundieron sus voces hasta casi hacer una. Y como quien no quiere la cosa, de a pie y luego en avión, dos discos y mil millas después, Los Espíritus devinieron en una de las bandas más reconocidas y auténticas del país (y más allá).

Junto a Pipe Correa (batería), Fernando Barreyro (percusión), Martín Fernández Batmalle (bajo), Miguel Mactas (guitarra) y Francisco Paz (percusión), los amigos de La Paternal hicieron del juego cosa seria. Pero Santiago lo cuenta con su tono tan calmo como claro, con esa paciencia que saben tener los carpinteros con los que él compara su oficio. Alguien podría decir: «como quien no quiere la cosa». Pero sí, la quiere y mucho. Sólo que no lo dice a los gritos. Quizá discos como el de Mercedes Sosa que puso al llegar de lo su madre le enseñaron que lo que se quiere se dice de otra cosa. Después de unos cuantos empleos poco placenteros, Santiago Moraes y el resto de Los Espíritus parecen querer, ante todo y más allá de todo, tocar música. Algo tan simple e infrecuente en este mundo como hacerle caso al espíritu.

Esa proyección sonora del blues que lo heredó con el afrobeat y ritmos latinos se materializó y potenció con las giras. “Desde un principio la premisa fue hacer una música con raíces del blues y la psicodelia –cuenta Moraes–. Pero con percusión. Desde siempre. Cuando viajamos a Colombia y fuimos a bares de salsa. Conocimos y escuchamos un montón de música. Cada vez que subíamos a un remís le pedíamos que pusieran la radio Latinastereo, que pasa un tema increíble detrás del otro. Esta por Internet, la recomiendo. Pipe, el baterista, es colombiano y empezó a tirarnos data. Lo mismo en Costa Rica. Nos enriquece.”

Lo rítmico o el groove son esenciales en la búsqueda de la banda. “Siempre fue así. Cuando empezamos a ensayar como grupo no teníamos repertorio. Íbamos construyendo a partir de zapadas sin tener ideas claras, sin muchas indicaciones. Y sigue el mismo funcionamiento. Por ejemplo, cuando yo tengo una canción, arranco a tocarla sin decir nada a nadie. Y los demás incorporan. Tocamos mucho y cada cual hace su parte. No necesariamente se indican las partes o el tempo o qué tipo de arreglo.”

Esa espontaneidad se mantiene desde el principio de la banda. Por eso no reconoce ningún momento bisagra, sino que cree que todo fue gradual. “Siempre desde el juego. No hubo un momento bisagra. Ni bien tuvimos tres canciones, fuimos a Plasma y las grabamos. No sabíamos bien qué buscábamos, empezamos a tocar en vivo y nos cebamos. Se dan de una

forma muy natural las cosas que hacemos. Muy poco planeado, no hay mucha toma de decisión.”

Después de unas sesiones en Madrid y en Berlín durante la gira europea, más la participación de Bombino en su visita al país, la banda sumará cinco temas más para un futuro disco. Para Moraes es primordial tocar con amigos. «Viene primero que nada. Con la música uno se puede comunicar con gente que te cae mal. Dos palabras y te querés matar. Pero vivimos de esto, es nuestro medio de vida. Pasamos mucho tiempo y debemos tomar decisiones que nos involucren. Es primordial que seamos amigos y que haya cariño.”

Eludiendo el panfleto, el repertorio de Los Espíritus tiene sin embargo un Norte ideológico y una carga social. Moraes asegura que en las letras cada cual escribe lo que se le canta. Y que está todo bien. «Por suerte nunca hubo una disputa dentro de lo que se dice. Todos nos sentimos cómodos dentro de lo que el grupo dice”, asegura.

Cuenta que antes de hacer música ya escribía: “Es un juego que me divierte. Y hago canciones. Me resulta más fácil que el resto de la música”. Consultado sobre la pericia para sintetizar buenos textos dentro de la estructura de música popular que logra la banda, analiza “Heat attack and vine” de Tom Waits destacando su sentido rítmico. “Yo de todos modos no pienso. No sé cómo se hace una canción. Ni nada de eso. Hago lo que me sale, a fuerza de trabajo.”

Y extiende la idea de trabajo. “Trabajar en un grupo de música es lo mismo que laburar de carpintero. En oposición a meterse con laburos que no te gustan. Es buscarse el medio de vida que mejor te cabe y se hace bien. Yo laburé de otras cosas. La necesidad me llevaba a poner mi energía en otras cosas. Y trabajar de lo que uno elige es una decisión y un privilegio”. Gratitude.

[Enlace Música](#)

FERNANDO RICKARD | El Pájaro canta hasta morir



Octubre 4, 2018

«Uno de estos días te van a venir a golpear la puerta», le dijo Keith Richards. “¿Quién?”, preguntó el por entonces bartender del Hyatt. “La música”, respondió con risa de brujo el más stone de los Stones, y se marchó. Habían tocado juntos la guitarra en alguna madrugada de la estadía de la banda y el rubio de perfil pronunciado estaba en crisis con la música. La misma que le había golpeado la puerta cuando apenas balbuceaba palabras pero ya cantaba “Zapatos rotos”. Y aunque en su casa querían que fuera profesional, él se fascinaba con “Pensar en nada” de Gieco o luego con Almendra y Zeppelin 4. Con una guitarra con dos cuerdas de metal y un mic de contacto teloneó a Nebbia – Baraj – González y este último le prestó su instrumento. Esa noche hasta su padre se hizo presente.

Poquito después llegaría a la capital para estudiar Ingeniería y a los pocos días pediría el traslado a La Plata, donde sus amigos estudiaban en grupo y guitarreaban. Todavía no era esta mezcla de gaucho noble y camionero del Medio Oeste, reflexivo y sentimental, decidor y dicharachero, que pasó su infancia cazando cualquier cosa que se moviera y ahora saca las arañas con la mano para no matarlas. Pero ya cantaba con su propia impronta, tan rockera como melódica, al frente de 40 Escalones.

Sin embargo, fue después –no sabemos si antes o después de que el asombroso Doctor Chang lo curara, pero seguro que entre medio de infinidad de historias irreproducibles para este formato– que entendió que de la música no iba a escapar. Ni de los chicos. Sí, los chicos: Julián Alfaro (guitarra), Rocky Velázquez (batería) y Gastón Peirano (bajo). Con un potente cancionero de rock melódico y emocional, Pájaros se inscribe entre las bandas más respetadas de la ciudad.

Es verdad que tienen sus idas y vueltas, pero ¿por qué dicen que me fui, si siempre estoy volviendo? Con un nuevo concierto para este fin de semana, la banda no se cierra a las opciones personales de cada integrante. Y es que la música no golpea puertas sino que las abre.

“Me preguntás y no sé cuantos regresos llevamos», responde con humor Rickard. «Porque hubo varios. Y ya pensando cuándo vamos a dejar de tocar. Somos unas viejas locas. Cuando nos cansamos o vemos que viene medio tenso, ni nos peleamos. Nos tomamos tiempo, cada cual a su casa. Y buscamos amantes por otro lado”. Rickard asiente: Pájaros suscribe al poliamor.

Luego, más serio, pregunta sobre las razones de seguir: “Yo me lo pregunto. Es que en un momento de la vida, en mi caso particular, me siento responsable de haber llevado junto con mi sueño a alguna gente. Quizá es una boludez y con las parejas pasa lo mismo. Pero siento que tengo que llevar mi música a un lugar y que sea con los chicos. Siento que si me pasara algo bueno, porque compartimos el sueño en algún momento y nos disfrazamos de rock y todo hace tanto, me gustaría que pase con ellos”.

Con tres LP y dos EP, Rickard sostiene que han “hecho mucho y puesto mucha energía. Hay que valorar todo esto y ver si lo podemos cambiar de estatus, y que trascienda”.

Pero a la vez el músico tiene otras necesidades. De allí nace la formación Pájaro y Los Apóstoles (Martín Espíndola e Irupé Tarragó Ros): “A veces me pregunto cuánto tiempo me queda de música y si no debo darme algún gusto como tocar con máquinas o violines. Hacer una cosa más descontracturada, que no tenga forma. ¿Por qué no soy respetuoso con eso que no me lo he dado? Yo me quiero sorprender. Que la música me lleve. Hoy en día la cuestión musical pasa por la eterna zapada y de ahí quedarme con alguna parte. No creo más en la estructura musical”.

Si bien el paso del tiempo con idas y venidas atraviesa el relato, algo se mantiene intacto: el entusiasmo por la música. “Sí. Es más, diría que inclusive me lo tomo más en serio. Porque sé lo importante que se convirtió para mí tocar. Cuando era pendejo era otra cosa. Yo era narigón y feo. La música me servía para otra cosa.”

Con un caudal notable y un fraseo que posiblemente influenció a colegas como Manuel Moretti, la voz de Rickard lo distingue: “Un día me di cuenta de que no imitaba a nadie. No fue a propósito. Estaba en un lugar donde me podía aparecer un poco a todos pero nadie me podía decir ‘te parecés a tal’. Y eso fue un alivio. Es una suerte. Yo canté siempre igual”.

Pero la vida no está hecha de canciones ni Rickard se siente sólo canto. Por eso, a modo de confesión, cierra: “Quiero volver a tocar mal. Quiero reformularme –si se quiere– como artista. Me gustaría volver a encontrarme de nuevo. Tomar cerveza, tocar la guitarra y grabarme. Ahora me grabaría todo. Añoro tocar a lo tonto”.

[Enlace Música](#)

VALENTÍN Y LOS VOLCANES | En el futuro te volveré a ver...



Septiembre 26, 2018

Tenían cierta inquietud. Las canciones jamás son tan simples como parecen. La música no lo es. Demasiada información contenida y suspendida en el tiempo. Primero comieron un asado. José comió batatas y se alegró de volver a verlos tras un año. El resto —o sea, Nicolás Kosinsky, Ficu Baigorri, Francisco de la Canal y Pablo Perazzo— sigue viviendo en La Plata, por lo cual no perdieron la cotidianidad. Abocado al cine y radicado en Capital Federal, a decir verdad el cantante ya no extrañaba los días buenos. Pero en la sala, llamativamente y no tanto, todos recordaron sus partes y, mejor aún, la suma de ellas. Los temas sonaron “grandes y poderosos”, contará.

Muy distinto a aquel primer encuentro en una casa cerca de Parque Saavedra en 2009, a tres guitarras criollas, cuando José y Nicolás sólo se conocían a través de Internet. Ese “festival de carencias”, como definirá con ternura, fue el punto de inicio para que las canciones devinieran en banda, con un nombre propio ajeno y una voz reconocible que los destacó entre sus contemporáneos. Ese juego de octavas entre un tono bajo y más confesional y los coros altos y más aniñados quizá expresen una poética sofisticada y emocional, capaz de conjugar el encantamiento jovial con cierto cinismo y melancolía de aquel que contempla con mirada anciana desde lo alto de una colina.

Guitarras, teclados y melodías preciosas forjaron a través de tres discos el montaje sonoro de pequeñas piezas narrativas herederas tanto de la literatura americana como de la canción popular. Idiotas adorables, perdedores hermosos, pequeños napoleones y mapas quebrados. Pero en algún momento, todo eso que “hacés sólo porque no podés dejar de hacerlo” empezó a ceder. Muchos años, mucha gente ajena a esa sensación, muchas etiquetas no buscadas.

Ese engranaje real y mental que sin embargo no pudo entrar en ese asado, en sala o en el mágico retorno al escenario porteño de La Confitería, semanas atrás, cuando llovía torrencialmente. Ya sin giras ni managers ni planes maestros, Valentín y los Volcanes estaban de nuevo sobre un escenario para hacer sencillamente lo que les gusta. Y esa tormenta dio la música perfecta. Este sábado, la banda repite la experiencia en su ciudad de origen.

“Siempre: lo mío es el billete... de dos pesos”, bromea Goyeneche ante la también broma de “¿volvieron por el dinero?”. “Volvimos porque teníamos ganas de tocar y había pasado mucho tiempo. Suficiente como para volver a entusiasrnos y tocar los temas como si fueran nuevos.”

Goyeneche intenta explicar los motivos por los cuales la banda decidió frenar tras haber editado *Una comedia romántica*: “Cuando pasás mucho tiempo tocando ya sabés cómo terminan algunas aventuras”. El cantante se refiere también a cierta rutina que se genera cuando se pone un pie en el circuito donde el prestigio no siempre se compensa: “No termino de dictaminar qué pasa en relación con eso. Si la música nos diera de comer sería todo más sencillo, pero todo más raro. En el sentido de que todos esos años que tocamos tenía cierta gracia porque no depositábamos en la música esa necesidad. Más que pegarla, la preocupación fue no fundirnos, que no nos saquen recursos que no teníamos, no endeudarnos... En Argentina en esta época sí o sí necesitás trabajar de otra cosa para mantener una banda, que no es una pyme sino una aventura”.

Con la palabra “indie” ya instalada y con nuevas generaciones que capitalizaron una escena más creativa que sustentable hace una década, Goyeneche no esquiva la mención de haber sido parte de una camada iniciática: “Nos hacemos cargo. No tiene nada de malo ni de bueno. No es virtuoso ser el primero si no lo hacés bien. Fuimos de los primeros con otros, sin los cuales no hubiera servido para nada. No es un descubrimiento, es hacer algo que no podés evitarlo. No es que corrimos un riesgo que iba a salvar el mundo. Pero es algo que le sirve más a los periodistas que a los músicos. Nosotros no pensamos: vamos a tocar con esa banda, hace indie rock. Entiendo que tiene algo de unir flechas, como una cosa pedagógica”.

Se oye el murmullo de la distancia

Mirando hacia atrás, Goyeneche distingue los tres discos. *Play al viejo walkman blanco* (2010) tiene “la virtud de haber sido grabado sin que supiéramos tocar, con un montón de condicionamientos técnicos, casi lo-fi, y sin embargo tiene fuego. Esas cosas que uno hace como puede porque no puede dejar de hacerlas. Ese registro tiene un valor”.

Todos los sábados del mundo (2012) es un disco “que suena mejor. El cambio de audio modifica lo artístico, el ropaje de esa canción es otro y hay otra precisión. Es un disco un poco más pretencioso. Lo escuchábamos con ese miedo a hacer algo distinto. Fue la primera vez que dejamos que alguien tome decisiones por nosotros. Una confianza plena con Julián (Perla), porque descubrimos que era igual que nosotros”.

Una comedia romántica (2015) implicó ponerse en manos de Tweety González y buscar un sonido más emparentado con la tradición del rock nacional: “Es un disco raro. Hubo mucha preparación pero luego fue ir a un estudio y que alguien ponga rec. Tuvo lo fascinante de trabajar con gente consagrada. Y las canciones tienen un encare un poco distinto, con otro tono. Más del bolero o el tango, por supuesto filtrado por nosotros. Si tocáramos el Himno sonaría medio punk... Creo que hay progresiones armónicas interesantes y distintas a las que veníamos trabajando”.

“Las películas que vi/ todas hablan de los dos”. Como pocos, Goyeneche sabe condensar elementos de la literatura y el cine de modo que fluyan en canciones entre orgullosas y melancólicas a la vez. “Tengo un respeto mayor por las palabras. No significa que esté buenísimo lo que haga. Pero la palabra me interesa, es una herramienta muy poderosa y que no siempre se puede manejar”.

Respecto del futuro, reconoce: “No tenemos ningún plan concreto, post el finde que viene. Nos gusta lo que está pasando. Tiene que haber canciones nuevas para grabar. Veremos...”.

[Enlace Música](#)

EL BONDI| El viaje recién empieza...



Septiembre 21, 2018

Cuando no alcanzaba los diez años de edad, Valentín imitaba a la hora de cantar. Ya fuera Sabina o Andrés Ciro Martínez, no podía evitar reproducir gestos y modismos. En su casa siempre hubo discos sonando y una guitarra, porque su hermano mayor es músico. Él miraba y asimilaba todo. Aún lo hace, en cierto modo. “Curiosear” será el término que empleará. A Valentín le gusta curiosar y aprehender de todo lo que lo rodea.

Despierto por naturaleza y por portación de juventud, vive con las antenas preparadas para ver si alguien dice una frase o algo le dispara un verso. Con tanta conciencia como espontaneidad, el pibe de diecisiete años arma sus textos poblados de cotidianidad y cierta picardía sobre melodías y ritmos adhesivos. Con conciencia pero espontaneidad sabe captar lo que a los otros les gusta. “Lindo” es otro término que usará. Y *Mirum*, el primer disco de El Bondi, no sólo es lindo, sino que es una muy buena sorpresa. El quinteto que completan Tobías Bordenave (guitarra), Franco Brizuela (bajo y coros), Segundo Santos (teclado y coros) y Alejo Passaro (batería) logra un combinado de canciones que combina la herencia piojosa, la arenga de bandas como Sueño de Pescado o Don Lunfardo, y la claridad sonora de corte radial. Al igual que la voz de su cantante, la banda sabe que el trayecto es largo y que inevitablemente se llega al propio estilo.

“*Mirum* significa ‘sorpresa’ en latín», explica el cantante. «Lo cambiamos porque no gustaba cómo sonaba la palabra en castellano. La sorpresa es que éramos muy chicos y que nos metimos a hacer un laburo que no estaba a nuestra altura. Pero lo sobrellevamos.” Recién llegado de su viaje de egresados de Bariloche, Macchi sabe que el asunto etario es ineludible.

“Somos conscientes por el hecho de que tenemos mucho más tiempo por delante. Querer hacer cosas, siempre hay ganas. Por mí, hubiera grabado otro disco más. Pero como tenemos tiempo, estamos tranquilos.”

Dos años y un pequeño cambio de formación precedieron al disco producido por Sebastián Perkal. “Las canciones estaban hechas. Lo que hizo él fue ordenar la estructura y artísticamente le metió polenta. Sobre todo el audio”. Dos de las diez canciones (“Todo mal” y “Tormenta a mi favor”) fueron compuestas sólo un día antes de entrar. “Y ‘Todo mal’ figura entre las más escuchadas de Spotify de La Plata en las últimas semanas. Así que re contentos”, cuenta entusiasmado.

“Le damos bola a eso, pero tampoco tanto», responde sobre las redes sociales y los nuevos soportes. «Sobre todo Instagram, que es la red de nuestra generación. Es la que todos miran.” No todos escuchan rock, y Macchi lo sabe. Mientras gran parte de sus compañeros y amigos escuchan cumbia o trap, el principal compositor de la banda no niega las influencias. Sobre todo la de Los Piojos. “Este disco es muy piojoso. Esos ritmos funky, movidos, lindos. No hay muchas bandas que hagan algo así, como quizá ocurre con Guasones, por ejemplo. Hay muchas bandas en esa. Igual nosotros vamos por otros lados también.” Macchi aclara que ante todo hacen canciones. “Generalmente las llevamos hechas (en el disco hay una canción del violero y después armamos). Recién ahora estamos componiendo en la sala de ensayo. Está bueno. Hace que todos participen más.”

En cuanto a las líricas —que generalmente le salen «de un tirón»— destaca: “Para mí el humor es fundamental. Que es lo que la gente dice ‘mirá que bueno’. La vecina que todos quieren tener, la vecina con la que comparto el Internet, por ejemplo. No es que yo quiera ser gracioso. No un chiste básico. Me encanta Hugo Varela, pero eso no. Pero siempre por el lado divertido”.

Mañana es mejor

“Como que son melodías agradables», compara entre el disco a presentar y material futuro. «Porque también tengo otras más rebuscadas. Me interesa porque lo tenés que escuchar más veces. Canciones oscuras que acá no hay. Y tengo un par que ya van a ir entrando. Algún rock & roll cuadrado, que me encanta. O un blues.”

“Somos muy distintos todos y eso también está bueno. Tobías es el manija. A partir de él la gente empezó a vernos porque mueve, mueve... y está todo el día practicando las canciones. Fran es el bajista, es el músico, sabe mucho, si hay algo mal se da cuenta al toque. El pianista es el flashero. Lo que quiere es que la gente flashée y me encanta. Y Ale hace lo que tiene que hacer en la bata. Muy Ringo Starr... bien cancionero.”

Macchi no oculta las ilusiones de la banda. “Siempre está la idea de que pueda llegar a pegar una canción”. Pero aclara qué significa para él pegarla: “La idea es poder sustentar la

banda, poder seguir haciendo discos. Con lo que sale hoy hacer un disco, debemos tener aguante para poder hacerlo.”

Con todo un camino por delante, responde en primera persona algo que bien podría cuajarle a la banda: “No me estoy imaginando el futuro. Sólo quiero hacer lo que me gusta. Si necesito hacer algo, lo voy a hacer”.



Septiembre 20, 2018

No recuerda la canción pero sí la sensación. La niña de seis años que adoraba disfrazarse se halló cantando algo que le gustaba. Poseída por el entusiasmo, corrió a contarle a su madre: “¡Mamá! ¡Mirá! ¡Canto bien!”. Un par de años después —previo a fascinarse con los Beatles o Ella Fitzgerald— comenzó un taller donde *boceteó* sus primeras composiciones. Hablaban de hadas y cosas que le gustaban. “Era como un juego. Y ahora es como un juego también”, dirá. “Cosas que me atraviesan.” Y sin necesidad de pretensiones: la poesía puede estar en lo cotidiano como una pared o un botón, considera.

Tampoco tiene necesidad de apurarse, como sintió en algún momento de La Nena Transformer, el proyecto rockero que encaró a los quince. Prefiere llevar su propio tiempo, como cuando acomoda las palabras y los fraseos con un sentido del ritmo lúdico pero no jocoso. O como cuando, amable pero firme, no quiere que le digan qué hacer o cómo hacerlo por ser mujer. Lleva su propio tiempo esta joven de diecinueve años cuando se siente fuera de época pero a la vez se ve atraída por el trap o sonidos contemporáneos.

Hay algo del tiempo en su voz: una jovialidad anacrónica, mezcla de candidez y aplomo, una leve y reparadora distancia para contar con entereza la pena. “Tengo que pintar mi transparencia/ para no ser tan clara”, canta. Algo que empaña su timbre diáfano y lo vuelve más profundo. Algo así como el primer brote tras un invierno seco, el primer sol que inicia el deshielo. Algo que, sola o acompañada por la banda que lleva su apellido, está descubriendo la tímida y «cara rota» Carmen Sánchez Viamonte.

“Cuando terminó La Nena Transformer», cuenta Sánchez Viamonte, «venía con ganas de tocar sola porque había canciones que consideraba que no entraban tanto en un repertorio de rock. Fue creciendo la idea, pensamos en invitar gente. Un delirio que terminó siendo La Sánchez Viamonte”. El ensamble (completado por Juan Pedro Lucsole en guitarra, Nico Marini en bajo, Santi Oñate en batería, Pablo Martin en teclado y Rorro Sánchez Viamonte en flauta y

mandolina) es ahora una banda donde “todos participamos íntegramente en las decisiones tanto estéticas como de accionar. Son mis canciones, traigo esas propuestas, pero luego todo cambia en manos de los chicos”. Con cinco temas grabados el año pasado, La Sánchez Viamonte planea un disco largo y mientras tanto sostiene una condición propuesta por la cantante: “De entrada le propuse a los chicos: ‘Quiero que todos nos vistamos y pintemos’. Proponerle eso a cinco varones... y se re coparon. También confían mucho en mí. Y es muy significativo”.

Pero por otro lado está ese relato de ruptura a viva voz y guitarra llamado *Episodios del deshielo*. “Paralelamente yo tenía ganas de seguir tocando sola. Y a ese punto lo quería hacer sola, sola, solísima”, cuenta sobre ese disco solista planeado. “Sola puedo hacer lo que quiero y abrir un abanico dentro de la imaginación y la percepción. En banda es más un trabajo de ensamblar con otros, discutir con otros y armar capas. La vía de tocar sola siempre es una posibilidad nueva y muy necesaria para mí. De esa necesidad de hacer lo que yo quiera y que nadie me dijera cómo lo tenía que hacer, porque venía de otros mambos. Por ser mujer, por ser chica, siempre te dicen ‘vos tenés que estudiar más guitarra’. En un momento los querés matar a todos. Pero no lo hice, grabé un disco.”

¿Qué es lo esperás de mí?

En *Episodios...*, Sánchez Viamonte reunió canciones que significaban algo y que al juntarlas notó que contaban una historia. «*Episodios del deshielo* es un tema que no entró pero me vino al pelo porque la historia es esa. Un momento de la vida donde se desbloquea algo y se pasa a otra cosa más saludable. Sin embargo, es un disco muy triste”. Ella misma menciona “el hielo, la sangre, las flores” como parte del imaginario poético que conforma su cancionero. “Las letras es a lo que más atención le presto. Me interesa tratar el lenguaje dentro de mis posibilidades. Palabras que quizás usamos en lo cotidiano pero no son frecuentes en una canción. La poesía no necesariamente tiene que tener un vuelo espiritual, sino que me gusta encontrarla dentro de la simpleza y con ella exprimirla y expresarla.”

“Todo esto está dentro perdido, las mareas sacan a flote tremendo lío”, entona en “De flores celeste”. Si bien estudia música y canto, Sánchez Viamonte asegura que “no tengo ganas de ser guitarrista ni ser impecable. No tengo ganas de ser impecable en nada porque no me interesa la prolijidad. Mi foco está puesto ahora en cómo quiero cantar y qué quiero cantar”. Sin embargo, hace un par de meses que no compone: “Estoy en un momento de bloqueo. Tengo un enojo muy conducido hacia una situación particular. Todavía no estoy sabiendo bajarlo a tierra”. Mientras tanto, está escuchando artistas como “Nathy Peluso y música que viene con sintetizadores. Y me re interesa. Es algo a lo que no me atrevo. Es súper nueva. Yo soy muy antigua para la edad que tengo. No pertenezco a 2018. Entonces, esas cosas me parecen re ajenas y re llamativas”. Y confiesa: “Lo sufro un poco. Porque por momentos me desencuentro con mi generación”.

Ya sea con los nuevos ritmos o los pedales de guitarra, Sánchez Viamonte espera el momento de animarse. Casi como una constante: “Soy bastante tímida, eventualmente. Y me cuesta la confrontación. El animarse es algo que siempre está presente. Pero igual siempre me animo, porque soy cara rota”.

[Enlace Música](#)

PICAPORTERS| Las puertas de la percepción



Agosto 29, 2018

“Vive el hoy, el tiempo es un error metafórico”. Cuando Picaporters suena, el tiempo se suspende. No se detiene, sólo fluye de otro modo. Climas densos e introspectivos, acordes sólidos y extasiados. El trío no corre ni se queda quieto: sólo busca su propio tiempo y su viaje.

Como cuando a mediados de 2011 eran un cuarteto más orientado al progresivo, la canción y las composiciones eran complejas. Habían sido años de rotar de la mano de un demo casero y buenas presentaciones en vivo. Y surgieron las ganas de estar más cerca de Pescado Rabio o Pappo que de Serú. Eso implicó un cambio de formación: el tecladista y compositor Juan Oliverio decidió irse por razones artísticas. Pero también una reformulación. La puerta que se cerró abrió otra.

“Fluye el río lleno de colores, rumbo hacia la libertad”, cantarían unos años más tarde. Serían los colores y no tanto el río (que cambia y siempre es más o menos el mismo) el eje: la sonoridad por sobre la canción. Lucas Barrué logró comprar sus soñada Gibson SG, Juan Pablo Vázquez dejó sus ahorros en una batería de los años sesenta y el bajista y vocalista Juan Pablo «Salta» Herrera se liberó desde lo compositivo. *Elefantes* (2013 y remasterizado recientemente) sería el puntapié y *El horror oculto* (2016) la constatación de una búsqueda que hace de Picaporters una de las bandas más viajeras e intensas del rock local.

“Somos una banda que genera un ambiente», cuenta Barrué. «Capaz en una tonalidad y no con transición de tantos acordes como antes. No tocamos, capaz, los acordes tan llanos, los

tratamos de insinuar. O tocar alguna alteración del acorde. La búsqueda va más por el timbre que la armonía o la función del acorde. Más de un timbre de la afinación o el lugar del mástil. Desde el sonido.” El guitarrista entiende que el estilo de la banda es “mántrico. La idea es esa. Y componemos y proponemos los discos pensando que en vivo se tiene que generar esa sensación de viaje. Que la gente se vuelva zombie o loca. Crear una sensación que no sea sólo analizar la música, que genere algo en el cuerpo».

Desde lo lírico (donde predominan las figuras alegóricas, cierto aire mítico y místico), hace un tiempo que las letras son responsabilidad del cantante y bajista. “Él pasó por varios cambios y cuestiones personales. Se volvió más espiritual. Cuestiones personales y un par de cosas que se notan. Tiene las ideas más claras y ha bajado pensamientos que tenía. Las letras hablan de relaciones, pero siempre desde una lírica que no sea de manera directa.”

Con temas que pueden alcanzar los diez minutos, Picaporters apuesta a la sensibilidad colectiva del ensayo. “Grabamos todos los ensayos desde el año pasado», describe Barrue. «Todo microfoneado y queda registrado. Para este disco es una locura, las cosas que después escuchas y sirven para armar ni sabés cómo las hiciste o cómo llegaste a tocar eso.” De ese modo es que preparan un nuevo disco que se grabará en noviembre nuevamente en El Attic, con Patricio Claypole.

“Pensamos que tiene más que ver con el primero que el segundo disco, que se compuso de manera más improvisada. Fue como una psicodelia a la que convertimos en canciones. Está pasando algo parecido. Está cambiando la velocidad, más rápidos. No tan doom, pero sí psicodélicos. Pensamos un metal psicodélico, temas que arrancan muy acelerados y terminan en algo muy space. Nos gusta empezar un tema de una manera y que mute hasta que cambie hasta la armonía, todo”. Y agrega un detalle técnico que sabrá apreciar el público atento: «algo importante es cambiar la afinación. Volvimos al 440. Antes estábamos medio tono abajo, que hace sonar todo más denso. Ahora buscamos algo más rápido, que entre como un lanza”.

Con algunos recitales por delante en la ciudad y afuera (Río Cuarto en septiembre), la banda se concentrará en los ensayos del disco. Aunque no sean ajenos al contexto social, siendo una banda independiente: “Es una etapa difícil de laburo y dinero. Igual nos parece que no da esconderse. Hay que estar. Nadie va a esconderse. Hay un poco menos de posibilidades de grabar y tocar. Pero hay que buscar la vuelta y seguir haciéndolo”. Y finaliza: “En tiempos como estos uno se pone a prueba en lo que a uno le gusta y el amor que le pone a ciertas cosas. Uno se da cuenta de que no lo hace más que porque le gusta hacerlo. Para levantarte a la mañana e ir a ensayar o tocar. Si esperaba éxito, dinero o fama, hace rato me di cuenta que por este lado no viene. Prefiero viralizar un video de YouTube. Como banda, no creo que nos interese. Nos gusta más pensar que dejamos obra en los discos y música para que se escuche. Y listo. El resto no nos calienta».

[Enlace Música](#)



Agosto 28, 2018

“Tu libertad/ no entra en mi libertad”. Isla Mujeres no es un destino paradisíaco ni mucho menos una isla: es un territorio sólido, fértil y autónomo. Casi como un estado (de gracia) donde el principio esencial es ese: la libertad. Y eso sólo es posible desde la elección: en la distribución equilibrada de las partes, en el modo de generar atmósferas sutiles sobre bases sólidas para hallar una potencia que no habita en el volumen sino en la cadencia. La voz armonizada de Isla Mujeres suena a una sola, casi como una declamación.

“No me agarren que completa estoy”, cantan. Con personalidades y roles distinguibles, se las observa ensambladas y pletóricas. Conectadas por “el cable que hace viajar mi electricidad”. Ellas mismas confesarán que “están maravilladas con la banda”, con un candor que no excluye la severidad para dejar en claro posiciones musicales y extramusicales. Isla Mujeres pone los límites y los corre desde un pop que sirve como superficie para despegar sin mapas.

Tres o cuatro años atrás, Julia Barreña (teclado y voz) y Amparo Torres (guitarra y voz) se juntaban en un cuarto a mostrar y compartir canciones. Así comenzó a gestarse ese sonido o voz que es hoy la banda que completan Elena Radiciotti (bajo y voz) y Faustina Sagasti (batería). “Es algo buscado», relata Amparo, «una particularidad que tenemos y nos gusta desarrollar: los arreglos vocales. Tampoco que se convierta en un coro. Nos gusta, es un instrumento más. Que la voz dice muchísimo, que se tiene que experimentar más.”

“Cuando crecés y tocás con una persona te mimetizás. Yo canto y la voz de Juli es parte de la mía. Cuando se sumó Ele, también. Cuando componés en conjunto vas pensando los arreglos. Lo lindo de este proyecto es la confianza como músicas que tenemos en el resto. Más allá de ser amigas, entender: no todo va a depender de uno”, agrega.

Ele, menos locuaz pero sumamente certera, acota: “Llevás algo y con el resto mejoras”. Y ambas disertan sobre los potenciales significados de sus canciones. Elena reconoce un imaginario en las letras y cuenta: “Juli viene de la poesía y tiene facilidad para improvisar. Zapamos y salen cosas increíbles. Yo soy más de trabajar en mi casa y hasta que no me convence no lo muestro. Amparo es más de traer las cosas resueltas”. Luego añade: “A veces la gente viene con algo que interpretó y te sorprendés, porque el significado lo vas construyendo con otras personas”.

Pero en este breve y fructífero proceso con *Naturalia* (EP de 2015) y *Otras* (LP de 2017), mucho rodaje y buena recepción, la evolución se remarca en lo sonoro. Amparo revela un detalle no menor: el backline. “En el primer EP Julia tenía un teclado más precario, por ejemplo”. Pero básicamente se acentuó la idea de pensar la canción desde la sonoridad. “Nos pasamos a maquetas. Todas usamos Ableton y como que empezás a generar ideas más complejas”, dice la bajista. “Sonamos mejor porque ensayamos mucho», agrega la guitarrista. «Y con el vivo nos empieza a pasar que imaginamos cosas que son más de estudio y vemos cómo resolverlas. Estamos en ese proceso. Está bueno pensar el disco como obra aparte”.

No tengo ganas de tener la culpa

“Tener una banda son un montón de aristas”, asume Ele. “De repente te das cuenta de que estás laburando un montón en un montón de cosas. Tenemos re buena respuesta, más allá de los medios y la categoría ‘banda de chicas’”. Ellas mismas sacan el tema con absoluta honestidad. “Es complejo ser una banda de chicas en este contexto. Si bien hay un montón de espacios de género que nos dan su lugar, después está esa cosa de ‘¿me están llamando por lo que decimos o por cubrir el cupo de corrección política?’. Es complejo, porque no te podés enemistar con esa idea, porque no tiene mucho sentido”, expresa Elena, y deja las cosas bien en claro: “Si esperás que sólo seamos unas chicas sobre el escenario, voy a ir con mi banda y te voy a romper la cabeza musicalmente. Esa es la postura”.

Con varios viajes y planes, Amparo expresa con ilusión el futuro próximo y lejano de Isla Mujeres, al cual se abrazan sin dudarlo: “Hay mucho por hacer... ¿para qué dejar?”.

[Enlace Música](#)

LIMBO JUNIOR | Un club secreto a voces



Julio 11, 2018

Juan es Limbo Junior. No porque se trate de un proyecto solista, ni mucho menos porque Pepo, Juanba y Axel queden relegados a un segundo plano. Todo lo contrario. Juan es Limbo Junior porque en cierto modo se vuelve todo aquello que hace o ve. Mesurado pero no falto de emoción, Juan sabe ser como un sensible observador que registra todo lo que ocurre en su interior y alrededor.

“En el apagón general miré a otros como yo, desnudos” cantará. Juan puede mirar desde afuera pero nunca desde lejos. Cuando escribe o canta o filma, Juan es el otro. Ya sea el viejo que cuenta su historia en el asiento trasero, el chico que vivía al otro lado de la calle, el que camina en dirección contraria, otro tipo de la fila en Plaza Miserere o el surfista que sólo quiere hacer canciones de rock. Esas canciones que componen entre los cuatro o cinco –si contamos al inefable Ramiro, guía espiritual– socios de un club secreto que conjuga y construye desde el garaje un universo propio e inquieto.

Épica juvenil, literatura norteamericana, cinefilia, fuerza garagera, intertextos, guitarras y baterías lúdicas, ciudades abandonadas, casas de tatuajes y un sinfín de alegorías. En Limbo Junior todo eso –que en este torpe texto puede abrumar– suena con la fluidez de quienes

ensayan desde hace cinco años al menos dos veces por semana, y graban un disco por año, y viajan y siempre están tramando un nuevo plan.

El primer plan, sin embargo, no salió como se esperaba. Sino mucho mejor. Juan Artero (cantante y guitarrista) proyectaba un nuevo disco solista a cargo de los hermanos Salvador (bajo) y Juan Bautista Barcellandi (guitarra) en un pequeño departamento en la calle 43. “Yo ponía solo algunas melodías, letras y acordes», cuenta Artero. «El resto lo hacían Juan y Pepo. Ese disco nunca vio la luz pero fue como el germen. De algún modo, cuando se sumó Axel (batería) se transformó en Limbo Junior.”

Los textos breves casi en prosa y las melodías preciosas de Artero “se transformaron mucho. Para mí, de una forma positiva. No pienso como un proyecto individual. Más allá de que seamos horizontales y democráticos, todos colaboramos de alguna manera en la composición. Sobre todo se nota en lo último que grabamos y en lo que grabamos ahora. La posibilidad de intervenir las canciones son cosas que se componen en la sala. Bastante trabajo de sala y ahí se va cocinando todo”.

Reconocidos por bandas referenciales como El Mató o Ases Falsos de Chile, Limbo Junior parece hacer un camino al margen del vértigo de las redes y la aceptación especializada. “Estamos por cumplir cinco años. Y en este tiempo nunca dejamos de ensayar por lo menos dos veces por semana. Sacamos un disco por año, hacemos videoclips, tocamos... Quizá no tan seguido como nos escriben en las redes sociales, pero tocamos. Estamos en movimiento.”

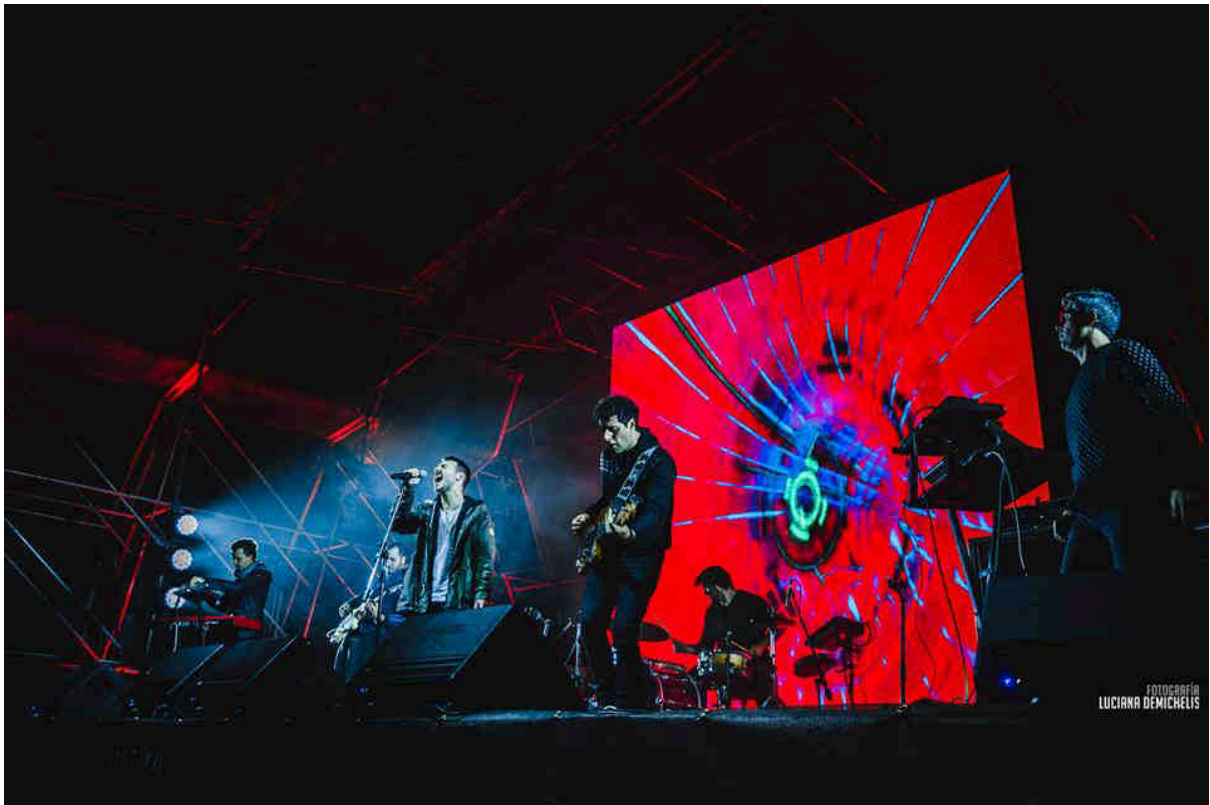
Y agrega: “Hay gente que se lo toma como una competencia, como un campeonato o como una cuestión de superación. Yo creo que es una búsqueda. Pensamos que disco a disco tratamos de encontrar sonidos diferentes, contar cosas distintas, vamos creciendo y queremos que se refleje en los discos. Y de apoco vamos encontrando gente a la que le gustan las canciones, gente que nos escribe. Tuvimos la posibilidad de ir a Chile y tuvimos re buena experiencia y recepción. Un montón de gente cantaba los temas y en La Plata está pasando. Te motiva. Vas a tocar y hay gente que está cantando tus temas. Y está re bueno».

Con tres discos que van de un primer registro vivo y crudo *Limbo Junior* (2013) y el aceitado repertorio de *Club Secreto* (2014) hasta el elaborado y más experimental *El Hijo Pródigo* (2017), Limbo Junior tiene nuevos planes. “Hay un nombre pero no lo queremos decir», responde Artero respecto al próximo disco. «Lo estamos guardando. Hicimos un plan que está saliendo bien en el que ya grabamos bajos y baterías. Y el viernes que viene salimos de viaje a Tandil a terminarlo.” En ese período quizá emerjan historias, como aquella camino a Rosario que Pepo contó sobre un barco y Juan hizo canción. O haya una discusión de contenidos sobre *El ángel informativo*, el periódico que la banda reparte en cada concierto que junto a las producciones audiovisuales alimenta el intento imaginario de la banda. “La idea de Limbo un poco excede a la música. Se fue construyendo por nuestros intereses de decir cosas, nuestros gustos, lo que sentíamos en ese momento y lo que sentimos ahora.”

Abocado cada vez más al lenguaje audiovisual, Artero no le ve “muchacha diferencia a todas las cosas que hago. En Limbo es más un proyecto colectivo. Pero en todos los otros lugares que participo también lo es. Yo tengo intereses y muchas veces ganas de decir algo o intención de alguna forma de intervenir. Y lo hago de distintas maneras. Unas de esas es la música. Que creo que es la más divertida. Le dedico un montón de tiempo, energía y ganas”. Y remata, con su tono suave y claro: “Me gusta mucho más tocar que las otras cosas que hago”.

[Enlace Música](#)

NAVE| El viaje del sonido



Junio 15, 2018

Después de tres meses sobre un crucero, puede pasar. Gastón Paganini se miraba al espejo y se preguntaba ¿qué hago acá? Durante varios años el bajista debía pasar las fiestas lejos de su familia y sus amigos para tocar jazz en la otra punta del planeta. No es que no disfrutara ni aprendiera. Pero al pisar tierra firme, el espejo le devolvía una imagen que jamás olvidará: el póster de los Beatles en su cuarto. “Tan simple como contar las cuerdas de un instrumento”, define. En la foto, Paul llevaba un Rickenbacker, y el niño de once años pensaba: “Debe ser una guitarra rara”. Poco después fue a su profesor de las seis cuerdas para despejar la duda y tuvo una revelación: “No, Gastón: McCartney es bajista”.

Desde entonces, Paganini comenzó a poner el tono bien grave y juntarse con sus amigos a tocar cual si fuera un bajo, hasta que sus padres le compraron uno. De grande vendrían “Yako y todas esas cosas que estudié y me encantaban. Pero el primer bajista para mí fue McCartney”. Los cruceros le propiciaron recursos para equiparse y poder encarar un proyecto que conjugara ambos lenguajes: lo instrumental y el formato canción. Con norte claro y el aplomo del oficio, Paganini tripularía en 2015 el proyecto que devino en banda y que actualmente capitanea: Nave. Surcando las aguas del post rock, la fusión, la canción y el indie, la banda se hizo un nombre instantáneamente dentro de un circuito donde navega.

“Más que canciones, se juntaron ganas», introduce Paganini. «Y si bien aprendí mucho con todo lo demás, sentía que tenía ganas de tocar otras cuestiones. De hecho, tenía canciones

que creí que entrarían en el disco y cuando empecé a grabarlo noté que tenían que ver más con lo anterior. Fue un poco comulgar estas dos cosas. Venía tocando algo instrumental. No soy letrista, me cuesta horrores. Entonces fue fusionar lo que venía tocando pero con cierta simpleza o un formato tipo canción, con melodías más reconocibles y sin tantos solos”. Lo que sí ocurrió de entrada fue que tenía el sonido en la cabeza. «Y apenas empezamos las maquetas se empezó a plasmar más. Nuevas sonoridades, sintetizadores y la experiencia de tocar con gente nueva”. Mientras en su casa sonaban Damon Albarn, Beck o Sigur Ros, Paganini retomó la púa y grabó un disco cuyo nombre terminaría bautizando la banda que completan.

“Lo que sucede es que el disco sale con mi nombre porque no había una banda estable ni una idea. Era una necesidad y la forma de llevarlo a cabo fue ‘Hago un disco y veo cómo grabo’. Pero nunca me interesó ser solista”. Y reflexiona: “Es raro, porque es el disco de un solista, pero no está metido en plan de un bajista tipo Vadalá o Malosetti, donde hacen la melodía y todos los arreglos. La premisa fue salirse de ese lugar. Hay gente que lo hace muy bien. Es una estética que he consumido, pero no es algo que hoy me represente».

Con muy buena recepción por parte de la prensa especializada en 2016 e invitaciones a shows, Paganini entendió que, como con el bajo, lo suyo no era el protagonismo sino la orquestación: “En un momento se logró un gran grupo musical y humano. Así que les propuse: ‘Si quieren, seguimos como banda’. Y dijeron ‘Dale’. Tan simple como eso”.

Recientemente, la banda se presentó en el Provincia Emergente y este sábado compartirá fecha con La Teoría del Caos a las 21 hs en El Vivero. Paganini mira con satisfacción y cierta sorpresa la buena acogida: “En tan poco recorrido que tiene la banda, las devoluciones siempre fueron muy buenas. Y la propuesta... no digo que sea original, pero es atípica. En un punto no dejo de ser consciente de la música que hacemos”.

Con un EP de remixes editado en 2018, Nave trabaja en nuevo material precisamente a velocidad crucero. Su capitán, amable y calmo en sus modos, confiesa: “No puedo, igual, evitar estar en todas. Estoy tocando y produciendo y dirigiendo. Porque estoy atrás y veo todo, si se quiere. Veo lo que está haciendo este, veo el sonido de acá, de allá. Es como que no puedo evitar tenerlas en la cabeza. En la semana: ‘Che, calibraste la viola. El sonido lo pudiste encontrar’... No puedo evitar estar ahí, digitando todo”. Pero, cuando empieza la música, se deja llevar. “Es que, si no lo disfrutás, no sirve. Y yo lo que quiero es disfrutar”.

[Enlace Música](#)

THELEFON | El punk nuestro de cada día



junio 14, 2018

Pardo hace su propia guitarra. Trabaja la madera con la misma minuciosidad que pule el sonido de sus canciones directas: más artesanía que artificio. El humo de cigarrillo ya no se adhiere a su característica ropa negra y ajustada. Ahora la casa huele a hogar, su hijo Gregorio se mueve entre juguetes e instrumentos y al volver de su empleo administrativo –mientras su compañera trabaja–, Pardo hace su propia guitarra. O la de otros. Pero la llama Pardo, porque esa es su marca. No desde el ego, sino desde la confianza. La misma que el menudo Sebastián tuvo a los trece años con solo tocar tres o cuatro acordes. O la que lo hizo conocer altos y privados círculos del rock & roll (que más de un cholulo envidiaría). Y a la vez tomar distancia de todo lo que sobra, como quien lija la madera y solo deja lo que va a sonar.

La vida ha cambiado un poco para él, pero no su necesidad de vivirla. Al frente de Thelefon, andando en skate o cuidando a su hijo, el músico de Ringuelet sigue haciendo planes como cuando dibuja las líneas de la madera que en breve será guitarra. Ya sea envejecer en Chapadmalal para surfear con su amigo Sr. Flavio de los Cadillacs, trabajar algún día de luthier en California o sencillamente grabar y tocar.

Rock & roll high school

La película arranca en VHS. “Ahora que lo pienso –evoca el vocalista y guitarrista–, no recuerdo casi ningún momento que no haya jugado a la música. Antes de eso quería ser como el de *Karate Kid*, o Maradora. Viste que uno quiere ser todo lo que ve en las películas. Hasta que encontré un VHS grabado de mi papá”. En ese casete “apareció un melenudo con una guitarra colgada”. Se trataba de Slash. “Yo quiero ser eso, dije. Esa película me dura hasta este momento de mi vida”.

La adolescencia vino atestada de Rolling Stones, Ratones Paranoicos, y a los diecinueve ya tocaba en otra banda que escuchaba: Los Perros, de Gabriel Carámbula. Poco tiempo después armaría su propia banda, cuyo disco debut produjo el baterista de los Ratones, Roy Quiroga: “Todo el tiempo junto a estos grandes me la pasé observando cómo colocar una cuerda, ecualizar un amplificador, pararse en un escenario”. Pero de a poco el rock & roll se aceleró cada vez más y se metió de lleno en un género que ya le gustaba, pero que luego lo enamoró definitivamente. “El punk me da lo despojado, frenético, el público que lo sigue, canciones cortas. Me da la posibilidad de hacer lo que quiera con la música”. Y extiende: “Es la libertad musical. Una banda punk puede hacer una balada, rock & roll, ska, y nadie va a decir nada. Puede salir al escenario de traje, en cuero o de cuero, short, y nadie va a decir nada. La libertad. Show tras show voy conociendo colegas, conocidos y no conocidos. Parecemos todos del mismo barrio”.

Con tres larga duración y un EP, Thelefon (con Emiliano Madueño en batería, Leandro Urtasún y Nicolás Lozada en bajo) se convirtió en un referente local de la movida punk y hasta organizó algunas ediciones del festival I wanna be Punk. Melodías adhesivas, letras directas y lúcidas, precisión y velocidad, la banda apela a la herencia cancionera de los Ramones y la apertura sonora de The Clash. Pardo no duda en aseverar que musicalmente el género está

subestimado: “Por supuesto, porque se quedan con el bardo. Los Sex Pistols hacían bardo, pero... ¿vos tocas como ellos? El punk parece fácil por los tres acordes que usa generalmente, pero hay que estar entrenado para tocar veintitrés canciones a una corchea de 250 y no perder el ritmo, ¿no?”.

Toca madera

Entre música platense o under internacional de fondo y cortinas de dibujos animados, no sólo “la llegada de Gregorio cambió todo radicalmente”. Un día Pardo vio un aviso de un taller de luthería y, fiel a su estilo, se metió de lleno. “A partir de ese día no pare más. Cuando estoy haciendo un instrumento digo: ‘¡No puedo creer que hago esto!’». Y se entusiasma: “Terminar un instrumento, mirarlo, y no lo podés creer. Cuando te encargan, porque ya escucharon cómo suena lo que hacés, pura emoción, la misma que cuando comencé tocando la guitarra. Estoy muy feliz de haber encontrado este oficio tan apasionante”. Entre sus modelos favoritos, este cantante y guitarrista que jamás usa pedales escoge la Les Paul Junior y la Telecaster. Y respecto de esta nueva rutina resume: “Es volver a cero, pero con algunas cosas ya sabidas”.

Lo mismo ocurre con la música: siempre se vuelve a empezar o se aprenden cosas nuevas. Por eso Thelefon está incursionando en otras formas de exposición, tocando menos y estando más activo en la redes. “Estamos tocando muy poco, estamos subiendo un tema nuevo casi todos los sábado a las redes, tocado en vivo, filmando con un celular. Es triste e impresionante, pero cosechamos muchos seguidos el último mes haciendo eso. Esperamos que todo eso se traslade al bar de turno con la banda sonando”.

¿Qué otros planes tienen? “El plan siempre es tocar y grabar. Mientras esté eso, nada puede salir mal”. Y si no siempre quedará Chapadmalal : “Aprendiendo a andar en surf y haciendo guitarras... Lo imagino ¡y me quiero ir mañana mismo!

[Enlace Música](#)

PRIETTO VIAJA AL BOLERO CON POLI| Es la historia de un amor



Junio 7, 2018

Foto: Natalia Berninzoni

Prietto está a un costado. En un rato subirá al escenario con su banda, pero ahora está a un costado viendo a Sr. Tomate. Es 8 de marzo, la cantante de esa banda llegó de una conmovedora marcha y ahora entona “Acá no sirven tus armas” hasta estrujar el pecho ajeno. Prietto está a un costado y sus ojos pequeños pero francos ven con admiración a su amiga. Una hora antes la hace a un costado de un cálido camarín lleno de amigos para comentarle algo sobre unas grabaciones. Unos días antes había sugerido hacer la entrevista en otra instancia, porque cuando toca piensa en tocar. Y cuando finalmente sube al escenario, toca y canta desde un costado.

Como cuando viaja o viajaba al cosmos con Mariano y en lugar de ver al público miraba a su compañero, porque de allí venía la música. Es como si necesitara mirar las cosas un paso hacia un lado para verlas completas. Como cuando hace blues, corriendo levemente el eje con un poco de otras cosas y sin embargo siendo más blusero que muchos guardianes del género. Como cuando nos hace ver de un modo nuevo la calle Corrientes o el vagón del tren con olor a panchos que tantas veces anduvimos o abordamos. O cuando inventó una forma de cantar en un extraño idioma, mezcla de conjuro e inglés de karaoke, para decir lo que no entraba en su poética porteña y suburbana.

Es como si Prietto no quisiera estar en el centro de la escena sino más bien llegar al centro del alma de las cosas. Será por eso que mientras todos celebran su éxito con una de las bandas del momento, Prietto aprovecha para profundizar y expandir su viaje musical. Y, por ejemplo, darse el gusto de publicar tres meses después de aquel Día de la Mujer un disco de boleros y canciones con su amiga Poli, esa que, dice, estruja el pecho cuando canta.

Que me hizo comprender todo el bien, todo el mal

Una medianoche de hace un tiempo –como suelen suceder las buenas historias de amor– Maxi Prietto se encontró en un bar de México, país donde la venia de Julieta Venegas fue precuela de una relación que crecería poderosamente. Allí estaba un tal Alberto, que dominaba el requinto y cantaba un repertorio interminable “e improvisado al pedido de unos bebedores que cantaban a coro y con las copas alzadas –cuenta Prietto–. Fue el momento en el que entendí la belleza del bolero”. Y de México regresa a La Paternal: “‘Historia de un amor’ es una canción que mi abuela tarareó toda su vida. Es difícil valorar lo que está tan cerca, desde que falleció mi abuela esa canción cobró otro peso. Ahora se puede decir que fuimos directo a la raíz, a la tradición... Esa enseñanza a la que accedimos sin darnos cuenta”.

La clave de un buen narrador no sólo es contar bien una historia, sino encontrarla y darle vida. Por eso la historia de este amor tiene varios capítulos. “Hace unos diez años, Poli en la casa de Shaman me dijo que quería hacer un disco de boleros y esa información quedó en mi cerebro guardada. El año pasado escuchando *La última Noche* (álbum solista) lo consideré un disco de demos y me pareció que estaría bueno hacer ese disco de boleros pero bien hecho. Me acordé de Poli y la invité a cantar un tema... Terminamos haciendo un disco. Todo el proceso fue muy natural. Los músicos se fueron sumando de a poco, y de pronto estábamos en ION grabando”.

Ese proceso fue “muy relajado», dice Prietto. «Ahora escucho el disco terminado y me sorprende lo despojado que fue todo el proceso y el resultado que se logró. Buenos amigos y buenos músicos, es la combinación ideal”. Y si de combinaciones ideales, sin dudas lo es juntar repertorio clásico con composiciones de la emocional Natalia Politano: “La voz de Poli me encanta. Cuando la escuchás decir ciertas frases no hay forma de no creerle. Y esa cualidad no se encuentra muy seguido. Es una voz herida que lastima y que cura. Haber hecho este disco en conjunto es un privilegio».

En la cadencia de tu voz divina

Prietto analiza cuánto hay de bolero en sus otras producciones y cuánto de rockero en su interpretación boleros: “El bolero tiene una historia, las voces en su mayoría son cantantes con oficio, técnica y virtudes de ese tipo. En nuestro caso somos algo raro. Por un lado es una irresponsabilidad cantar clásicos sin estas cualidades con las que ya fueron grabadas, y por otro lado nos encantan las canciones y aceptamos ese desafío de interpretarlas, tratar de adueñarnos de esas letras y cantarlas como propias. En ese sentido, fue como llevarlas un poco para el barro del rock, de hecho, las voces del disco las reproducimos por un parlante de guitarra y las

volvimos a grabar así. Les pusimos esa mugre que nos encanta. Cuánto hay de bolero en mis canciones no sabría decirte”.

El tema esencial del bolero –quizá de la música toda– es el amor. ¿Cómo se vincula con los cambios sociales, políticos y a la vez con la resignificación del amor romántico? Prietto responde: “Por lo general son letras que perduran en el tiempo, a excepción de algunos modismos de época que también se pueden cambiar. El amor romántico no tiene por qué ser cómo el de la vida real. En algún punto es como cinematográfico, me gusta que sea así. También es lo que lo diferencia de nuestras propias letras que son más crudas y más actuales”.

Sueños que juntos forjaron

Si hay un melómano en este país y cultor de la tradición como una expresión viva y no una colección cubierta de polvillo, es Andrés Calamaro. El rey de la canción vive atento a las nuevas generaciones y no escapó a los encantos de Los Espíritus. Por eso ofreció generosa y espontáneamente una colaboración genuina más cercana a un guiño de maestro que un *feat* de discográficas.

“Conversamos mucho de música por whatsapp. Muchísimos gustos en común, blues, salsa, rock, psicodelia, el free jazz de Sun Ra, y boleros también. Así que le compartí lo que estábamos haciendo y a los días ya estaba en su casa grabando con él. Su eficacia es sorprendente. En ‘Guitarras lloren guitarras’ compartimos la voz principal por turnos. Después de eso sumó coros en dos canciones, a dos y tres voces. En un rato había armado ese característico colchón de voces salomoneanas... un lujo”.

Pero ahí no se agotan los aportes célebres que, como todo lo que encara Prietto, nace como un juego entre amigos. “Gustavo Santaolalla me había ofrecido su ayuda para lo que necesite y le escribí por el tema mastering. Me sugirió algunos nombres. Al final me decidí por el que ya tenía en mente, pero en esa ida y vuelta de mails me pidió de participar y le sumamos un charango en la canción ‘20 años’. Hizo una pequeña participación pero muy elegante. Encontró un hueco entre las cuerdas y las guitarras y le aportó lo justo para darle un poco más de ritmo a la intro y realzó otros momentos importantes de la canción”.

El disco, que contienen dos composiciones originales de Poli y ocho clásicos del género, fue masterizado nada menos que por Gavin Lurssen, quien trabajó en discos de Tom Waits y Leonard Cohen. “Las mezclas de Pablo Barros eran tan perfectas que nos pareció que lo mínimo que podíamos hacer era dárselas a alguien de la talla de Lurssen», explica Prietto. «A lo largo del disco hablamos mucho de la tradición, de eso que se aprende de boca en boca y une a las distintas generaciones. Estas participaciones fueron un poco mágicas en ese sentido. Nunca antes habíamos tenido un intercambio de este tipo y justo se dio con este disco”.

Más allá del tenor latinoamericano que recorre el disco, no es ajeno a la geografía de sus autores ni pretende ocultarlo. Gran crédito dentro de la sonoridad del disco y un ligero acento porteño se debe a los arreglos de cuerdas de Charly Pacini, de la Orquesta Fernández Fierro. “Mi disco con el cuarteto de blues empezamos a presentarlo en el Club Atlético Fernández Fierro, lugar de Almagro, que es del palo tanguero y que también tiene su rock. Barra popular, empanadas, pizzas, mesas. Siempre teníamos una sección de boleros. Hicimos algunas fechas en Córdoba y Buenos Aires con la Fierro. Hablando con Charly Pasini, se ofreció a hacer los arreglos para algunos boleros. Es el sonido del disco está dado por sus arreglos. Es un bolero que tiene algo de tango, y ese sonido se lo dio Charly”.

Por cierta procedencia y camino, su nombre se vincula al indie, pero ya sea con el blues o el bolero, siempre se ha enfocado en la canción popular: “*Prietto viaja al cosmos con Mariano* es el primer proyecto con el que se conoció mi música y de ahí ese vínculo al indie, que a su vez es una escena, un circuito de lugares donde tocar y un montón de cosas que hacen a esa palabra ‘indie’. En su momento le llamaban ‘Indie Cabeza’ justamente porque tenía calle, tenía vínculos con la canción popular... Nunca me interesó adaptarme, ser rechazado no me daba ningún miedo. Lo que sí me asustaba y me sigue asustando es hacer una canción que no sea del corazón. Eso es el fin”. Hacer canciones del y para el corazón, el principio.

[Enlace Música](#)

BESTIA BEBÉ | El equipo de primera



Junio 1, 2018

A principios de esta década, la wagen roja de Go Neko! no sólo había recorrido los escenarios más interesantes del rock emergente local, sino que inclusive había visto cómo los integrantes de esa notable banda instrumental la habían dejado en una ocasión para cruzar el océano y girar por Europa. Entonces, Tomás Quintans era baterista, pero algunas de sus canciones ya eran elogiadas por sus amigos y compañeros del sello Laptra (*El Mató a Un Policía Motorizado*, *107 Faunos*). Junto a su hermano Pipe en las baquetas, tomó la guitarra y le dio voz a Tom y la Bestia Bebé. “Fue poco tiempo, no muchos recitales, con formaciones que cambiaban de un show para el otro», evoca Tom. «Tengo un muy lindo recuerdo. Fue lo que empezó todo. Me acuerdo de mi amigo Alejandro insistiendo para que le diera bola a Bestia Bebé, que le veía futuro, decía”.

A partir del disco llamado *Bestia Bebé* (a secas) de 2013, y junto a Topo Topino (guitarra), Polaco Ocorso (batería) y Chicho Guisolfi (guitarra), pasó a ser una de las bandas under más convocantes y celebradas del país. Pequeños himnos barriales, odas a ídolos de ficción y de barro, celebración de la amistad, melancolía del amor fallido y optimismo por un mundo cruel pero mejor, todo en un combo de melodías adhesivas, lenguaje llano y energía punk tan cerca de Weezer como de 2 Minutos. “Uno se sorprende siempre que la banda va creciendo en todo sentido. Por más que uno lo espere, siempre hay sorpresas, y eso es lo más divertido”.

“Yo me la agunto/ vos abandonás/ porque yo/ lo siento de verdad”. Lo que para muchos podría ser un cántico barrabrava, puede leerse agudamente como una bella y breve canción de amor. A lo largo de la obra de BB, el fútbol se vuelve una marca estética que sin embargo escapa al formato estandarizado que generó en algún momento el concepto despectivo de

“futbolización del rock”. Tom distingue con convicción: “Una cosa es la futbolización del público de rock y otra es que la letra de una canción esté relacionada al fútbol. Soy fanático del fútbol, veo en la tele y escucho en la radio dos o tres programas por día, veo partidos todas las semanas, voy a la cancha. El 80% de los temas de conversación con mis amigos es sobre fútbol. Es parte de mi vida, de las cosas que me gustan. La mayoría de mis letras hablan de vivencias personales, entonces, es inevitable que el fútbol esté presente de alguna forma”. Y a pesar de que la banda tuvo su propio álbum de figuritas emulando al del Mundial '90, Tom llamativamente no compró la edición de Rusia 2018.

Pero los héroes no sólo son deportivos (un luchador de Boedo o el inolvidable uruguayo Rubén Paz), sino que el cine y la cultura popular alimentan un imaginario que alimenta la energía épica que la música de BB expide: “Creo que en general a la gente le gusta tener héroes o ídolos. El rock no se queda afuera” .

“Hay fiesta en el barrio/ la calle cortada, la gente bailando./ El perfume del asado, entra por las puertas/ de todas las casas”. La poética de Tom grafica con espontaneidad rasgos idiosincráticos, pero elude conceptualizaciones o bajadas de línea: “No hago letras contestatarias, no me sale, me siento un boludo. Se lo dejo a los que la tengan clara con eso. Por ahí algún día lo logro, pero por ahora no. Eso no quiere decir que no me interesen los problemas del país o la sociedad”.

Tom cuenta que en sus fantasías sueña todo el tiempo con hacer discos que se corran un poco del sonido que viene haciendo. “Me gustaría hacer un disco de trash, que suene como *Kill Em All* de Metallica”. Y en la realidad no faltan ni los discos ni los asados ni la playstation: “En los asados, si está Lucho (Hojas Secas) suenan sólo los Rolling Stones. En la camioneta depende del que ponga música. Suelo ser yo o Pipe, que es nuestro sonidista. Si es él, suele ser algo medio tranquilo que nadie conoce. Yo soy más de poner al taco, más arriba, bandas conocidas para que no se duerma el que maneja. En la play, obviamente y únicamente el Pro Evolution Soccer”.

[Enlace Música](#)



Mayo 10, 2018

Foto: Jorge Caballero

Juani Saullo se mueve. Todo el tiempo. A lo largo de las doce barras, deslizándose su slide como quien patina sobre una pista de hielo y bourbon, sacudiendo viejos fantasmas hasta emborracharlos y hacerlos bailar. Se mueve y golpea sus botas contra el piso como un martillo o marca el pulso de un tren que un día, a mediados de los noventa, salió de una esquina de La Plata y llegó hasta alguna estación perdida a orillas del río Mississippi. Más que esquina, habrá sido una encrucijada, como suele ocurrir con cualquier historia de blues que se precie. Aún no tenía le rostro cubierto por una frondosa barba ni sus brazos trazados por infinitos tatuajes. Escuchaba Led Zeppelin, Hendrix y The Doors. Pero en ese cruce de caminos apareció su primo y a los dieciséis años el platense que animó La Casa del Blues en la última edición de Cosquín Rock accedió a un disco de Muddy Waters: *Live in Chicago, 1979*. Fue más que un click: “Me partió la cabeza y no pude dejar de escuchar blues”.

Si bien tocaría en distintos proyectos y estilos, en los últimos años el músico se arrojó de lleno a la raíz y supo ganarse un nombre dentro de un género donde algunos creen que ya está todo dicho. En cuarteto, a solas o con el dúo que incluye su llamativo dobro (guitarra resonador) y la washboard (tabla de lavar) de Joaquín Inza, Saullo va desde festivales de rock hasta ciclos de blues o restaurantes. Toma todo por igual, porque no puede dejar de moverse, al punto de sumar más de 150 shows sólo en los dos últimos años.

“En el blues encuentro un lugar donde poder expresarme sin estar pensando demasiado en lo que estoy haciendo», explica. «Eso es producto de haber adoptado al blues como mi folclore y haber escuchado y hurgado en esa música hasta el punto en donde se volviera mía. Cuando agarro una guitarra, sin pensar, lo primero que me sale tocar es blues”.

Aunque desde el desconocimiento se pueda acotar el blues a tres tonos, como toda música folclórica encierra miles de posibilidades y estilos. “No me gusta quedarme en mi zona de confort, siempre estoy inquieto y aprendiendo de este género y sus subgéneros”. Y menciona a Little Walter, Howlin’ Wolf, el blues de Chicago, el blues del Delta, T-Bone y el West Coast Blues, Country Blues, Hill Country Blues y el fingerpicking. Todo ello, de un modo más fluido que enciclopédico. Inclusive como un show hecho y derecho, que en ciertos pasajes concreta aquello de que el blues se toca tanto con las manos como con los pies: “Lo de tocar entre las mesas y sin amplificación salió de recrear también esos juke joint (bares super under a las afueras de las grandes ciudades) y mostrar otra faceta del blues. Y también, por supuesto, para mostrar y llevar el blues a lugares donde no lo hay y también generar espacios para los músicos donde no se acostumbra a tocar”.

Ese formato tradicional sabe, sin embargo, llamar la atención: “Llama muchísimo la atención el dobro, al igual que la washboard. Son instrumentos hechos esencialmente para tocar sin ningún tipo de amplificación. Entonces, la sensibilidad que se crea al igual que el sonido son de lo más sincero”.

A principios de este año, Saullo tuvo una oportunidad importante: participar del festival federal más convocante del rock argentino. “Cosquín fue una linda experiencia, la verdad que en los años que llevo tocando nunca me imaginé que un músico independiente llegara a esos escenarios. Eso es lo que más me sorprendió. Lo único que rescato de positivo de ese show es la masividad que podés lograr tocando ahí. Después, para mí, fue un show más. Hay que seguir trabajando y llevando nuestra música a todos los lugares posibles”.

Si bien es un género de origen norteamericano, nuestro país no sólo lo ha cultivado, sino que ha generado una impronta propia. Saullo no duda al respecto: “Claro que existe blues argentino. Fue logrado por muchas bandas y músicos (Manal, Pappo, etcétera). Los fundamentalistas a veces critican al blues argento, pero sólo hay que ponerse en el contexto de la época en que lo hacían y de la información que llegaba a Argentina, que era muy escasa”.

Dentro de las búsquedas de cada género, el blues suele tener algunos recursos poéticos recurrentes. “Trato de darle importancia a la lírica, aunque me cuesta muchísimo escribir, por eso lo hago en tercera persona siempre. Decir es importante, porque es la esencia del estilo: quejarse, contar que mi mujer me dejó, que el perro se fue o que el whisky se acabó, sólo contar algo, pero con el sentimiento que se merece”.

Con tres EP editados de manera independiente, Saullo confiesa que le encantaría “hacer un larga duración, pero la verdad es que se hace muy difícil costear un disco con todo lo que

implica grabar, por ejemplo, doce canciones. Quizá el próximo paso sea ese. Este año es tocar el nuevo EP, y también estamos presentando un show nuevo más eléctrico, psicodélico, pero con la impronta del hill country blues”.

[Enlace Música](#)

MALAJUNTA MALANDRO | Soy un muchacho de barrio



Mayo 9, 2018

“Yo sé que no afino pipi cucú/ que canto ahí astilla pero tiene actitud/ A corazón pelado y con el espíritu/ sincero sin chamu, crudo y sin auto-tune”. Malajunta Malandro sabe que lo importante no es tener la voz más bonita sino tener qué decir. Y el Joven Sandro –otro alter ego de este inquieto artista cuyo nombre de pila es Ezequiel– tiene mucho que decir. De origen freestyler (Perroh), a pura jerga y carisma, cronista del gueto para el gueto, entendió el trap precisamente como trampa y sólo lo usó de trampolín, YouTube mediante y mucho trabajo. Porque el Mala –así lo llamaremos finalmente– de ahí viene y así se siente: un trabajador que, por supuesto, pelea por el derecho a la fiesta. En poco tiempo se convirtió en un fenómeno de culto en base a simples, mixtapes y letras que combinan picardía barrial con sensibilidad y algunos rasgos saludables que ciertos vicios del rap.

“No sé lo que es moda, pa. Yo soy tendencia”. Tras algunas apariciones en medios ajenos al universo hip hop, a fines de 2016 el Mala vivía cierta notoriedad e ironizaba sobre los amigos (y amigas) del campeón en “Ahora quieren pan”. Sin embargo, todo estaba empezando. «No me modificó ni me afectó en nada, ya que yo salgo a laburar, hacer mis shows y hacer lo que tengo que hacer. Obvio que este boom hizo que haya más trabajo, pero en lo personal sigo igual porque no ando en la movida ni en aparecer. Lo que vale es la música nada más. A mí no me interesa aparecer».

Al cantante no le sorprende el suceso del trap: “Es una músicaailable y urbana, era de saberse. Igual es porque está de moda, nada más”. Pero se encarga de aclarar: “Yo no soy trapero ni rapero. Eso te engloba en una cosa. Yo soy un cantante de barrio y según lo que tengo para

contar elijo el ritmo que uso. Hice rap, trap blues, cumbia, bachata, doo woop, vaporwave, R&B, reggaeton, dancehall...”.

“La verdad que trato que rime bien la palabra y el quiebre de las palabras en los tempos», explica. «Eso es algo que para mí es ley desde los principios.» La lírica que maneja presenta ciertos rasgos distintivos, en la forma y el contenido. Desde rimas consonantes bien cuidadas, jerga de barrio y ciertos rasgos de conciencia social más cerca de la empatía que de la moralina. “La jerga es algo natural. En mi casa, mis hermanos, mis viejos, todos hablan con jerga. Los chascarros están siempre. Es algo natural de mí ya. Y sí, en la calle nace todo el tiempo jerga nueva. Hasta tengo mi propia jerga. También muchas palabras a veces las usamos en otra significación con mis amigos todo el tiempo.”

“Vivan los pibes cabeza/ sobre todo los que piensan/ se enderezan cheto y salen de esa”. Además de una mirada conurbana de la violencia sin replicar la Thug Life californiana, las canciones del Mala suelen presentar una perspectiva interesante de la mujer o los vínculos amorosos. Más allá del dolor o la tristeza, siempre se trata de mujeres autónomas: “La guacha ya decidió y yo me quiero re matar porque no soy su dos [...] te deseo bon voyage/ esto no pudo ser».

«Yo te quiero pero ya decidiste y bueno, fue...” Más intuitivo que políticamente correcto, responde: “Trabajo desde mi respeto hacia las mujeres, ya que son lo más lindo que le puede pasar a un hombre”.

El 18 de mayo, Malajunta volverá a la ciudad de La Plata en Guajira (49 e/4 y 5), con Dakalachina como banda invitada y musicalización del Tito Del Águila (DJ Campeón). “Es algo hermoso, ya que es una ciudad con mucho amor hacia mis shows”, anticipa quien sigue presentando *El amor no muere y vos te querés morir* (2018).

“Mi rol es cantar para que a la gente le cause un buen sentimiento. Ese es mi trabajo y el don que Dios me dio. Estoy agradecido del trabajo que me tocó”, define, y por eso es que sus planes son más grandes que cualquier ranking: “Por ahora vivir todo, todos los días. Y ser mejor persona y cantante todo el tiempo, regalarle una casa a mi vieja y que mi equipo y yo vivamos de esto tan lindo que nos toca y tan bien nos hace”.

[Enlace Música](#)

PECES RAROS|Clics modernos



Abril 20, 2018

“Ve a donde quieras ir” invita el viaje electrónico de “Antes de llegar”, tema del notable *Parte de un mal sueño* y del reciente EP de remixes *Desconfiguración*. Y en cierto modo parece representar ese camino de configuración propia que asumieron Peces Raros cuando reformularon la propuesta inicial (de mayor linaje al rock nacional) y, sin dejar las guitarras ni los collages líricos de alta carga generacional, la condujeron a un lenguaje más conciso y bailable. Desde hace un tiempo, una de las bandas locales con mayor proyección nacional (integrando el line up de festivales como Lollapalooza) propone una idea de track continuado o relato sonoro que se certifica en los concurridos shows. Sostener el pulso parece la consigna y Lucio Consolo (voz y guitarra) afirma: “Totalmente, algo transversal a nuestra búsqueda es el cuidado del pulso. El pulso entendemos que es un elemento crucial para la construcción discursiva”.

Si bien la búsqueda y experimentación electrónica los llevó a otro nivel, el cuarteto que completan Marco Viera (voz y guitarra), Benjamín Riderelli (batería) y Mariano Sosa Acosta (bajo) no deja de ser —en hilarantes términos de Pappo y aquella batalla televisiva con un DJ— una banda de “música tocada por humanos”. “Entendemos que la electrónica también está tocada por humanos», recoge la célebre referencia Consolo. «Si bien el recorrido es otro, al final de la cadena siempre hay una persona ordenando los símbolos. Nuestro proceso tiene que ver con atravesar la electrónica desde formatos ajenos a ella: la canción y la banda. Ese equilibrio lo trabajamos tanto desde los arreglos como desde la composición. “En ese vaivén o búsqueda de equilibrio de lenguajes, la lírica como componente es el elemento que más se aleja de la estética

de la electrónica. Ahí es cuando podemos volver a la idea del equilibrio. Por lo general se laburan aparte, si bien hacen al paisaje sonoro, no forman parte del universo sónico”.

La banda comprendió que la pista daba pista, precisamente, de muchos signos de época. Marco Viera expresa: “El baile se volvió protagónico en nuestra escena, eso es una expresión generacional en sí. Parece que la juventud goza de interpretar la música con el cuerpo y no sólo con la mente”.

Muy pronto, la banda retomará las bases grabadas de Romaphonic para agregar sintetizadores y guitarras y empezar a dar forma al mando de Juan Stewart, el productor de *Parte de un mal sueño*. “Tenemos un terrible vínculo con él, tanto humano como laboral», cuenta Consolo. «En nosotros hay una gran expectativa. Siempre que entramos a grabar sentimos que estamos haciendo algo superador a lo anterior. En este caso, nuestro conocimiento sobre el género y nuestra experiencia en el estudio nos dan una perspectiva nueva”.

Metódicos, inquietos y constantes, Peces Raros crecen en convocatoria y aceptación de la crítica. “Lo manejamos con laburo y cuidado. Cuanto mayor es el crecimiento, también la responsabilidad”.

[Enlace Música](#)

POLIAMOR



Marzo 3, 2018

“Los cuchillos que clavé/ que son parte de mí/tengo ya una conexión/los veo relucir/¿y qué? Si vos sabés que soy/ coleccionista del dolor/ Salta sangre por los dedos/ dibujo un corazón/ que me hace respirar”.

Un corazón dibujado con sangre. Cada pequeña cosa que hace Poli (o Natalia Politano) contiene la inocencia de quien se expresa con lo que tiene a mano, como un niño rayando una pared, y la potencia de quien hace de esa marca algo indeleble, como un poeta anciano firmando cada verso como si fuera el último. Poli no especula, ni arriba ni abajo del escenario. Como aquel poema de Pessoa que rezaba: “Para ser grande, sé entero: nada/ tuyo exageres o excluyas./ Sé todo en cada cosa. Pon cuanto eres/ en lo mínimo que hagas/ Por eso la luna brilla toda/ en cada lago, porque alta vive”.

Y Poli brilla como una fogata al borde del océano, ya sea al frente de la reconocida banda Sr. Tomate, en cualquiera de sus proyectos paralelos, cocinando, haciendo las labores domésticas más terrenales o sencillamente mirando los ojos de quien le habla. Oriunda de Oriente, cerca de Tres Arroyos, la cantante y compositora es sin dudas una de las voces más indefinibles, singulares y reconocidas del llamado under nacional. Pero seguramente lo ignora o

simplemente se concentra en lo próximo. “Si me gusta algo, yo voy con todo”, dirá. No hay otra forma, al menos para ella.

Sabiduría oriental

Natalia nació en un pequeño pueblo rural de menos de 2 mil habitantes llamado Oriente. “En el medio de la nada. Porque la verdad es así. Ni siquiera está en una ruta nacional. Tienes que entrar por una ruta regional, cruzar unos caminos y llegás a Oriente. A 20 km está el mar, pasa el río Quequén salado. Yo me crié así viendo el horizonte largo. Y con esa cosa de poder jugar sola arriba de cualquier lado, de un árbol. Jugaba sola y después me iba con mis amigos. Creo que siempre tengo eso. Por más que soy muy sociable, también necesito la soledad. Te hace bien. Cuando a vos te gusta, cuando elegís. A mí me hace bien. Yo compongo de esa manera. Tengo que estar conectada conmigo. Aprendí a no obligarme porque me parece horroroso. Si no me sale, no me importa. Yo sé que va a venir».

Ritmo de vida

La niña que de grande cantaría “me apasionan las historias de amor, esas donde siempre alguien muere”, se crió escuchando boleros, música melódica, tangos “y mucha música mexicana”. Su padre cantaba, pero jamás concibió nadie en su hogar la posibilidad de hacer del arte un oficio o vocación. A su padre “le cuesta hasta hoy, por más que acepte algunas cosas. Se dio cuenta de que no podía ser otra cosa”. Si bien aclara que no se define como rockera, en la adolescencia conoció ese sonido y más aún cuando llegó a La Plata a estudiar Diseño y Comunicación Visual. Sin embargo, en el medio hubo un momento clave.

Cuando tenía doce años y ya le habían blanqueado algunas cuestiones sobre la Navidad, supo que le regalarían un walkman. “Para mí fue como el pasaje a la libertad», evoca luminosa. «Porque podía escuchar música yo sola y cuando quería lo que yo quería. Entonces tenía que comprar algo para escuchar. Y quería que fuera mi casete, para que no fueran los de mi papa o mi vieja. Así que fuimos a Tres Arroyos a comprar el walkman y en ese lugar había un montón de casetes en la vidriera. Y elegí dos. Uno no lo recuerdo. Pero el otro sí. Lo compré por la tapa. Lo debo haber escuchado 30 mil veces... y flashé con las melodías”. Se trataba de *Broad Street*, de Paul McCartney. A la par, una prima mayor le acercaría cintas de Michael Jackson y Abba. “Siempre estuve rodeada de las melodías. A mí me atrae eso. La melodía, su belleza. Siempre... se me ocurren todo el tiempo. Se me vienen. Las melodías me acompañan”.

Dame tu mano, te doy la mía

A Poli le interesan las canciones y tocar con otros. Pero sobre todo, para otros. “Si una canción no se le canta a alguien, no sirve para nada. Yo escribo y canto para la gente. No lo hago

para mí. Sino, me quedo en mi casa. Yo lo escribo para después decírselo a alguien. Porque es la manera que a mí me sale para después comunicárselo a las personas”.

La forma puede cambiar y es por eso que además de su banda de más de una década actualmente lleva adelante la Poli Tano Vandirrut y el proyecto Yai Yía, a la par de un inminente disco de boleros junto Maxi Prietto de Los Espíritus. Precisamente, este 8 de marzo los Tomate –que se hallan produciendo un EP- abrirán la fecha de la exitosa banda porteña en Sala Ópera.

EL ESTRELLERO | Ya suena la música de oriente, mágica, luciferal



Marzo 2, 2018

“Soy tan medieval/ amo perder el tiempo en morir/ Ver chocar el tren/ contra el preconceito de Dios/ reconocer la soledad de la canción/ que nadie va a cantarme en la batalla/ pasar el día entero, esa muralla/ el vómito caliente cae/ sobre la medalla del amor..”

A través de plumas depuradas y precisos arreglos, voces particulares y ensambladas, esencia guitarrera, poderío rockero y elegancia pop, El Estrellero se alza como una romántica declaración poética y sonora contra el imperio de la mediocridad. En todos los niveles: política, estética y ética. Y es que el grupo platense no elude las grandes palabras ni las melodías heroicas. En un terreno musical a veces dominado por bandas bien vestidas para horarios vespertinos de festivales internacionales, El Estrellero plantea una visión épica de la canción ante la ligereza del hit. Tras un 2017 sin parar de girar por el país de la mano de su notable segundo disco (*Los Magos*), la banda integrada por Juan Irio (bajo y voz) Lautaro Barceló (guitarra y voz), Gregorio Jáuregui (batería), Alejo Klimavicius (guitarra y voz) y Juan Baro Latrubesse (teclados) hace la primera presentación del año en su ciudad. La cita es este viernes en Guajira (49 e/4 y 5) junto a Banda de Turistas.

Están hablando los magos y usan la lengua para dorarte

En 2016 ya habían editado *Drama*, álbum debut que llamó la atención de los programadores del Bue y los llevó a compartir cartel con bandas como Depeche Mode y Wilco. Juan Irio considera que “entre los dos discos hay un año de diferencia. Creo que tienen muchos puntos en común sólo por la cuestión de contemporaneidad entre los dos, pero si hay algo que los diferencia es que en *Los Magos* terminamos de entender quiénes éramos cada uno de nosotros en relación con el resto, y eso nos ayudó a encontrar lugares más... mágicos. Además, Baro, el tecladista, tiene más participación desde el comienzo del disco y eso se nota en la proyección sonora, que es bastante más rica que en *Drama*”.

Alguien definió con buen tino a El Estrellero como una estrella de cinco puntas, dado que cuenta con distintos compositores, vocalistas y personalidades marcadas. Irio explica la dinámica: “Por momentos es caótica. Pero la mayor parte del tiempo es sorprendente, porque sentimos mutua admiración por las canciones del otro, y eso hace que cada ensayo tenga un momento de comunión en el que de pronto somos cuatro volviéndonos oyentes de uno. Las canciones suelen terminar de armarse muy en consenso en el seno de la banda, por lo que a la larga lo que nació de uno es casi sin exagerar el trabajo de cinco por igual”.

Esa convivencia musical y humana se vio fortalecida por un año pasado que incluyó muchos conciertos. “Hermoso, agotador, sentimientos de expansión y de amistad inmensos, en cada lugar encontrás un motivo por el que seguir viajando, y cuando el lunes o martes volvés hecho mierda de viajar doce horas, volvés a pensar en viajar”.

Desde un principio, la banda contó con unánime aprobación de medios especializados. Irio lo toma con calma y agradecimiento: “Le damos importancia, pero no definitiva. Aunque sí ayuda a que lo que hacemos se conozca y nos abra puertas o facilite las cosas para planificar viajes o shows que de otra forma serían más complicados de realizar”.

En el altillo mora el rey/ vive de noche/ los súbditos del arenal llamarán/: «Es hora de quemar la corte»

Sin aludir a la obviedad, El Estrellero desliza posiciones políticas y leídas entre líneas, y muchas de sus letras (a veces más alegóricas, otras más elípticas) parecen adecuarse muy bien a la actualidad. “Lo hemos hablado, porque hablamos mucho sobre las cosas que nos pasan, las que le pasan a otros y lo que nos parece mal que pase», cuenta el cantante. «Y somos bastante verborrágicos, entre nosotros al menos. Claro que hablamos, no tendríamos sangre en las venas si no sintiéramos la necesidad de expresar el espanto que nos produce este gobierno, o si no tomáramos posición a favor de las mujeres cuando la coyuntura nos hace ver que fuimos criados en una sociedad que las mata y las desprecia y nos exige ponernos de su lado de una buena vez. No obstante, no somos una banda de poética de panfleto, pero como vivimos prestando atención a esas cosas, es inevitable que se meta eso en nuestra poética, como inevitable que no intentemos sacarlo.”

“Es hora de quemar la corte” reza “Los incendios”, y da el pie para explicar: “Desde hace un tiempo me persigue la idea de que hay que verbalizar los problemas para que existan, y no me sale hacerlo tan explícitamente. ‘Los Incendios’ habla de romper con el dogma, sobre todo el

dogma opresor. En todo sentido. Incluso la opresión que nace del confort, que es una opresión agradable. La escribí en la época del paro del campo al gobierno kirchnerista”.

El deseo de fascinar

Irio se encarga, además, de los afiches y portadas de la banda, con delicadísimos y coloridos collages. “Es parte de nuestra forma de concebir la música, indisociable de las imágenes desde por lo menos la aparición de los discos como objeto de consumo. Los flyers lo mismo, y creo que es la forma de comunicar un discurso comprometido con las cosas que nos resultan importantes en la sociedad en la que vivimos. Creo que existen herramientas para sacarle provecho a eso, y no lo descuidamos, porque disfrutamos esa armonía”, relata.

El involuntario punto álgido de impacto visual fue con la tapa de *Los Magos*, cuando la plataforma mundial Spotify refutó la imagen. Irio desdramatiza lo ocurrido. “Hicimos una tapa a partir de la mención al líder, a Corea del Norte, y nos pareció la más ilustrativa de los temas que hablaban las canciones. Teníamos otras, pero elegimos esa y al momento de subirla a Spotify nos pusieron un freno. Al tiempo insistimos y pudimos subirla. No hay más que eso, en realidad se armó polémica porque se interpretó que estábamos armando un bardo que no era tal: queríamos la imagen del líder guiando a los demás con los ojos vendados, y en sus seguidores caras de espejo. Alguien hizo de la metáfora un problema”.

La rima que pasa, te besa y te abraza, la rima nueva

De espíritu inquieto, los integrantes de este grupo de raíz clásica y mente contemporánea crearon Pontaco. Se trata de “un sello editor que reúne todo lo que hacemos cada uno de los estrelleros con sus otros proyectos. Nace sólo para aunar y facilitar la comunicación de los proyectos, la agenda y la difusión”.

Este 2018 los esperan nuevos recitales en el interior y un “año igual de intenso”. Si bien el próximo disco no saldrá hasta el año que viene, Irio revela que en breve quizá “haya novedades, porque además de discos podríamos sacar alguna otra cosita”.

[Enlace Música](#)

NACHO GIUSTI | Ritmo de vida



Junio 30, 2020

“Es lo mismo, pa... Pero en lugar de instrumentos, es con una pelota”. Con esa mezcla de lucidez e intuición propia no solo de un niño sino de cualquiera que se anima, el pequeño Luca lo alentaría a dirigir las infantiles de Tricolores. Por supuesto que haría el curso de técnico, ya que a la iniciativa hay que sumarle conocimiento. Cuestión de tiempo, como todo. La música –esa misteriosa forma de tiempo, según un célebre escritor– no es fútbol. Aunque dirá no sin razón: “Quienes hicimos deporte colectivo entendemos mucho sobre los roles”.

Y desde que tiene memoria jugaría con ella y para ella. No solo por esa foto de bebé con auriculares junto al Kenwood, ese equipo tan gigante con perillas enormes que bajaba la tensión de la casa. Ahí mismo, detrás del comedor, donde una hermana tocaba el piano y la otra hacía danza. Con una madre profesora de ese instrumento, la música clásica sería predominante pero por alguna razón no simpatizaba con ella. “A un nene le das dos palitos y le pega”, dirá. “Es lo primero con lo que congenias con la música. Desde que te hacen arrorró y te palmean”.

Puede que precisamente clásica no fuera el estilo más propicio. Si bien su padre siempre armaría bandas orientadas al folklore y la música romántica, cabe darle el crédito a una bisabuela por el bombo legüero que tocó en algún temprano acto escolar. Aunque rodeado de guitarra, acordeón y demás, lo fascinaría la música toda. “Si pudiera tocaría hasta el bandoneón”, contará. “Yo soy feliz tocando dos acordes con la guitarra y cantando algo”, dirá y con humor reconocerá que si escucha música instrumental se pregunta cuándo entra la voz. Siempre la canción y para la canción. Ese es su rol.

Pero no casualmente sería la batería la que definiría su rumbo. La Colombo armada para los ensayos de su padre y la invitación de Cachito Miguez a sentarse en ella, resultarían irresistibles. Más allá de que a mediados de los noventa y en plena adolescencia Attaque o 2 Minutos lo incentivarán a golpear fuerte. Sin embargo, cassettes como aquel de Juan Luis Guerra que la familia gastó en el Renault 12 sembrarían un gusto por la percusión y “lo latinoamericano”. La murga Tocando Fondo y el influjo de Daniel Buira de Los Piojos lo inspirarían mientras se cimentaba una banda fundamental de la ciudad: Don Lunfardo y el Señor Otario. Iniciándose el milenio y tomando clases con Micky del Pozo, sería su amigo Fede Garese quien despertaría su instinto docente: “¿No me enseñas?”. A la par de su crecimiento como alumno (luego con Potolo o con la carrera de Música Popular en Avellaneda) y como músico (Encías, Son Perú, La Cumparsita, Línea de Tres y múltiples proyectos) haría de la docencia un oficio y sostén. Casi como un ensamble de sí mismo, potenciándose.

Y en ese devenir de animarse y aprender, uno de los mejores percusionistas de La Plata da un paso más, motivado en parte por esta cuarentena pero también por incursionar y transmitir. “Acompañar el recorrido en la iniciación musical” es la consigna del flamante canal de YouTube (producido por Nicolás Cervantes Toso para @wishusarg) con tópicos y enseñanzas en un tono cálido y descontracturado. Como buen músico, sabe que todo se trata de tiempo y espacio tanto como que en el arte -y la vida- siempre nos estamos iniciando.

“La idea surgió de hace rato -cuenta Giusti-. Venía juntando material demandado por alumnos. Por una cuestión de comodidad, en vez de grabarlos y mandarlos por WhatsApp, empecé a guardar y subirlos ocultos en YouTube. La pandemia ayudó a tomar la decisión de empezar a compartir. No es que era por canuto. Me daba un poco de pudor, pero recibí algunos empujoncitos para que me anime. Y arranqué viaje”. La experiencia en escenarios y dando clases se suman, “la caradurez ayuda (risas). Es un combo de los tres. Dando clases me siento cómodo porque es una de las cosas que hago constantemente”.

La idea del canal es “acompañar el recorrido de la iniciación. Ese el objetivo. Más que nada para principiantes, que es lo que me siento más cómodo y es lo que menos hay en internet. Tomarse la paciencia de cosas que hicimos en un principio y que nos sirvieron más rápidamente”. Y destaca que hace hincapié en ser “percusionista de canción”. Así es que prepara contenidos con músicos amigos para ver la percusión en su contexto natural. Por eso el recorrido “tiene cuatro patas -explica Giusti, quien también se dedica a producir-. Primero el entrenamiento rítmico, importante para encarar cualquier tipo de instrumento, inclusive más que lo armónico. La segunda es la cuestión analítica y técnica, el sonido de cada tambor. Luego el lenguaje musical, iniciación en las figuras, reconocer pulso y división. Y la última pata es el rol

del percusionista y el instrumentista dentro del formato canción. Los que hicimos deporte colectivo entendemos de roles. No podemos ser todos número 9. Si toco el huevito y es el color que tengo que hacer, hacerlo bien. Podes tener una bolsa de ejercicios y virtuosismo, pero que a la hora de llevarlas a cabo no encuentres el espacio”.

“Tanto la percusión como la voz no se estudia: brota”, asegura apasionado y luego aclara. «Uno puede perfeccionarla. Es el primer elemento, el que más tenés a mano para manifestar tu cuestión artística. La percusión es más popular. Es lo primero con que te iniciás en la música, apenas nacés o escuchás un ritmo o apenas te hamacan, te cantan arrorró, palmeándote y caminando al mismo tempo. Están despertando cuestiones rítmicas. El mismo latido del corazón... en fin, miles de cosas te marcan el tiempo y eso se desarrolla”.



Noviembre 17, 2018

“Bienvenido al club”, dijo uno a otro. Promediando la madrugada, Henta y Fach miraban desde el costado de la pista en una fiesta “Dire por in box”. Esta vez no les tocaba estar en las perillas, como tantas veces desde hace tantos años. En la cabina, Sabat comandaba la acción a puro house y disco. Compartiendo experiencias personales dotadas de asombrosa contemporaneidad para tipos que ya no son gurrumines, se autodefinieron entre risas como “modernos”. Mucho más cuando entre cuerpos sudados y entrelazados como un bloque no pudieron ingresar al ardiente corazón de la pista. Con la mente abierta y el corazón contento volvieron a la barra quizá porque –dicen– el que toca no baila.

La charla se volvió promesa alguna otra noche después, hasta dejar de ser una amenaza y confirmarse: armar un proyecto conjunto. Y por aquello de que no hay dos sin tres o porque como bromea Sabat “me necesitaban, porque yo ya tengo la fiesta armada”, se completó la non santa trinidad. A pura electrónica en su amplio espectro y con un concepto que trascienda lo musical, Les Modernes Club aparece como un espacio donde los tres DJ’s se potencian y, sobre todo, se divierten.

“Somos tres tipos que venimos desde mucho tiempo organizando fiestas y movidas en distintos lados no sólo de la ciudad –introduce Fach–. Y juntarnos los tres para generar algo iba a ser divertido. Más allá de que somos tres personas que no pensamos en lo económico cuando

pensamos una fiesta, sino que la energía se expanda y que la pista se mueva. Creo que es lo primordial de una fiesta. Luego, si cubrís los gastos y todo el resto, genial.”

“Musicalmente nos une la electrónica –agrega Henta–. Pero como la concebimos tan amplia no tenemos los mismos estilos. Sí la idea de ese tipo de música acompañada de ambiental. No sólo poner DJ’s y música, sino desarrollar un concepto artístico más amplio.”

Con un pasado trabajando en una disquería, fue así que Sabat comenzó a apasionarse por la electrónica y frecuentar lugares especializados. Década y media después es un referente de la movida local.

“Sabat va más allá de todo –asegura Henta–. Puede hacer cosas que no he visto a nadie y le sale bien. Como la otra fiesta que mezcló Spice Girls, Usted Señálemelo y Un poquito más duro. Y la gente estaba prendida fuego. Si lo hago yo me prenden fuego a mí.” Y define lo propio como tecno mala onda: «No me gustan las categorías. Y como paso lo que me gusta, que va más tirado al tecno, pero puedo pasar otra cosa, pero le llamo así”.

Fach dice sobre su colega: “Genera un mantra oscuro y divertido a la vez”. Y considera sobre sí mismo: “Yo soy muy variado. Ahora tengo unos temitas medio electro. Pero creo que la base es el house. No estoy muy definido. Creo que soy DJ y fin”.

Desde el conservadurismo más variado (dirigentes, vecinos y hasta músicos), la electrónica carga con ciertos estigmas. “Algo que siempre pasó en La Plata es que los bolicheros, cuando tenés que hacer una fiesta, es el gran problema con la electrónica –cuenta Sabat–. Pero más que nada es comercial. Porque la gente dice: con una fiesta electrónica no facturo tanto, entonces prefiero hacer una fiesta de cumbia. Hay un gran problema que nos limita los lugares. Ahí es donde se sale a buscar un centro cultural o lugares clandestinos.”

“La Plata siempre tuvo una cuestión muy cíclica, no sólo con la electrónica sino con el rock –afirma Henta–. En cuanto a esta cuestión de estigmatización de la electrónica, estamos llegando a niveles que nunca vi en La Plata, al punto de crear un teléfono especial creado por la Municipalidad para llamar y que caigan a cancelarte la fiesta. Me parece que estamos retrocediendo siglos. Y el problema siempre es: la música electrónica y la droga van de la mano. Una estigmatización básica y reduccionista.”

Quienes por el contrario abrazan el estilo casi tanto como el trap o el reggaetón son las nuevas generaciones. “A partir del 2000 y pico creo que se terminó de aceptar como género en la Argentina –considera Fach–. Creo que los pibes de ahora vienen con un cachito de música electrónica adentro que ya no está en discusión.”

Un set electrónico (que Pappo nos disculpe) consiste en más que darle play a una lista de temas y es una suerte de narrativa de la noche donde se combinan la propuesta del DJ y el

feedback con la pista. “Yo tengo una amalgama de música y decido siempre yo. Obvio que si veo que la gente no baila, intento... Pero no tengo nada prearmado”, cuenta Sabat.

“Yo voy y veo qué pasa –asume Fach–. Creo que la lectura de pista es esencial, más allá de que vos hacés lo que te gusta. Pero el público espera algo: divertirse o bailar. Intentás dárselo, pero siempre llevarlo para tu lugar, para donde querés terminar la noche.”

Para el cierre, Fach resume la oferta particular de Les Modernes: “Rufach. Las veces que nos hemos chocado la pared. Y saber cómo resolverlo. Creo que hay un montón de errores que hemos cometido en estos años que no los cometemos más. Y planteamos un estilo de fiesta o estilo de pista que creo que llevamos bastantes años. Es todo a base de sorpresa, que la sorpresa siempre está preparada para nosotros».

BISES

(Comentarios, reseñas y palabritas sobre discos, singles, shows, etc.)

Javi Punga



Marzo 15, 2021

Títulos -y composiciones- como “Hello Kitty, estaba esnifando tolueno” o “Masticar amor y vomitar cervecita” manifiestan y confirman algo recurrente en su obra: conflicto, el elemento que distingue arte de mensaje. Ese cruce entre lo candoroso y lo oscuro, lo ameno y lo incómodo, no sólo habita en palabras sino que se erige como una estética sonora y un universo visual. Así como muchas de sus canciones esencialmente pop y potencialmente radiales saben ir vestidas con un audio no estandarizado, sus composiciones más experimentales no pierden sin embargo sentido musical o cancionero. Escúchame entre el ruido, parece expresar Javi Punga.

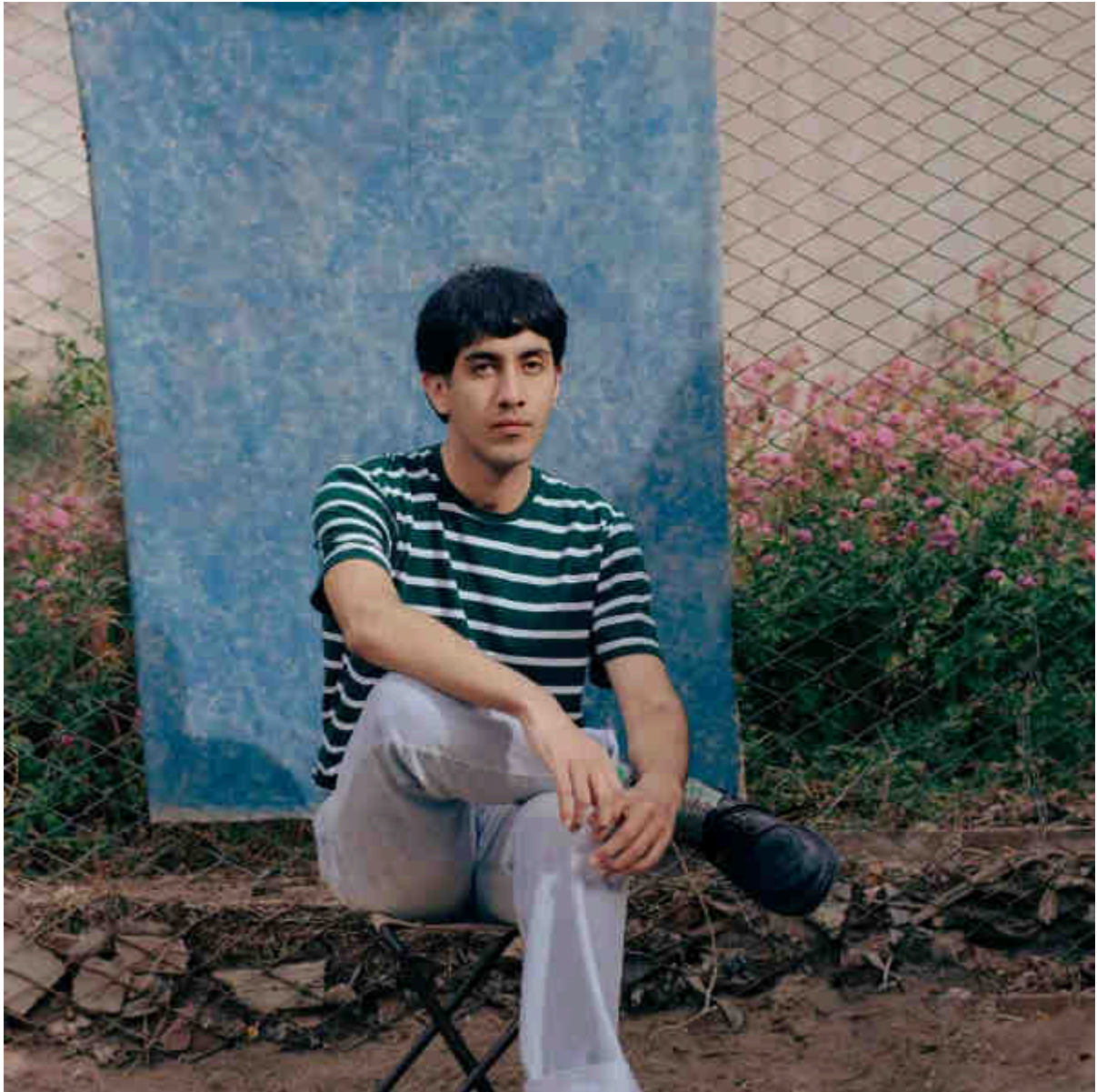
Y como desde hace veinte años, tiene cosas para decir. Porque en cierto modo, siempre hay una declaración política en lo que hace. Y en tiempos donde Spotify dice cómo y cuándo hay que editar, que el rock parece ser el nuevo tango y que lo “emergente” acaba replicando las lógicas del mainstream pero en pequeña escala, Punga sigue adelante. Inclusive cuando parece que mira hacia atrás al rescatar a Ned Flander, la banda que armó a los 17 años, “allá por 1996. Creo que mi rebeldía adolescente vuelve hoy más de 20 años después. O tal vez nunca se fue”.

“Ned Flander (ECLF Vol. 8)” es su nuevo material basado en “reuniones musicales libres, centradas en improvisaciones de indie pop y ruidismo noise, en el marco de El Club del Low-Fi (vol. 8), donde participaron eventualmente los músicos y músicas amigos que se acercaron a la base de operaciones del club en los estudios Arkonte para tocar y viajar con sonidos”. Este material disponible en bandcamp surge con el propósito de la serie documental de la banda Ned Flander. “No es tiempo de reservarse lo que uno hace para otra instancia -reflexiona Punga-. La muerte puede llegar en cualquier momento y como dice Bestia Bebé, “Nadie va a hacer un

documental sobre mí”. Por eso el artista encarará un documental autobiográfico. ¿Vanidad? No: Do it yourself. Que en el ’96 o en el 2021, siempre se trató de lo mismo: hacerlo, porque nadie va a hacerlo por vos. Quizá eso sea el rock y el resto, caramelitos de Spotify.

[Enlace Música](#)

Gaby Caniza



Diciembre 3, 2024

Esa efímera luz que fue Elliott Smith aseguraba que debía haber algo de tristeza en su música «para que la felicidad en ella realmente importe». Cuando Gaby Caniza nos presenta Canciones felices debemos desechar cualquier expectativa de fervor, esparcimiento y edulcorados estribillos. De felicidad hedonista, si hablamos en términos filosóficos. Contraria y más acertadamente, podríamos aplicar una mirada aristotélica donde la felicidad habita en el ejercicio de la virtud. Y la virtud de este compositor de voz profunda e inclasificable reside en contar su pena con belleza e integridad.

Entre arpeggios de guitarra, vibráfonos y sutiles experimentaciones sonoras, Caniza nos sume en una atmósfera íntima y melancólica, casi atemporal. «Déjame prender fuego todo / quemarme adentro aquí», introduce con el tema que da nombre al álbum y a un universo de contrastes, entre una suerte de cajita musical y una coda explosiva. Esa dinámica de claroscuros, melodías dulces y versos agrios, sobrevuela todo el trabajo. «No merezco yo estar tirado sin tu amor», entona lindante a la canción melodramática de los 60 para el track «Arboles crueles».

Sin embargo, el dramatismo no debe confundirse con histrionismo. Caniza consigue expresividad sin sobresaltos ni patetismos. Más bien parece cantar como quien toma la guitarra en su cuarto, con los párpados pesados y la mirada perdida en algún punto de la ventana, sabiendo que «mientras tanto sale el sol». «¿Cuándo será el día que estemos juntos?», pregunta luego una pieza de guitarra y piano reverberante de aura fantasmagórica.

El final nos reserva, ahora sí, el tema más alegre y pegadizo: «Hello, let's go fuck», donde el compositor exhibe su capacidad de crooner alternando inglés y castellano así como las décadas del 50 y 60. No llega a ser un happy ending perfecto, pero en cierto modo sabe a redención.

Pues ni la vida ni los amores ni los discos son o deben ser perfectos. La felicidad, quizá, se trate de entender eso tan simple y tan difícil a la vez.

Mileth Iman



Octubre 9, 2024

«¿Si vos me enseñaste a jugar y ahora soy mejor... ¿por qué te molesta?». Una de las máximas aristotélicas más repetidas es aquella que indica que el verdadero discípulo supera al maestro. Desconecemos qué secretas artes habrá aprendido nuestra protagonista, pero lejos de disculparse asume la situación con mayor temple que su destinatario.

Lo que está más que claro es que Mileth Iman compone con la facilidad de quien oye llover. La nacida en Viedma domina sobradamente el arte de hacer canciones con pocos recursos pero originales formas de combinarlos, haciendo honor a su apellido y la capacidad de atraer melodías adhesivas dentro de armonías no tan previsibles.

«Todo el mundo ya pasó, todo el mundo se equivocó y no soy mejor que todo el mundo», desdramatiza Mileth con su hermosa voz ligeramente arenada, entre contrapuntos

corales, un solo de guitarra y un arrebató de saxo psicodélico fundiéndose en fade out . «Por qué te molesta» es el nuevo single de una compositora a la que solo le importa ser la mejor en su propio mundo. El resto no le molesta.

[Enlace](#)

Los Reyes del Falsete



Septiembre 10, 2024

«Siempre es la primera vez que volvemos a intentarlo. / En lo que pudo ser prefiero no pensar / Todo lo que quiera ser, algún día será / Somos extraños en nuestra ciudad / y conocidos donde nadie va / Pegados a la electricidad / que nos conecta al escenario» («La Patada»). Si tuviera mayor importancia, podríamos enumerar los logros y la posición que Los Reyes del Falsete supieron adquirir en la escena musical, justo antes de que el negocio y el mundo volvieran a cambiar. A buen entendedor, buenas canciones. Tan conocidos como extraños, Los Reyes del Falsete solo buscaron pegarse a la sensación de búsqueda, libre de tendencias que circunstancialmente favorecen o todo lo contrario. Seguir la corriente no es sentir la electricidad, dijo alguien.

Y en ese loable camino, la banda responsable de hermosos discos como *La fiesta de la forma* o *Lo que nos junta*, algo los llevó a replegarse. O algo así parece constatar este trabajo cuyo título (*Operación abrazo y beso*) vuelve a jugar con la ambivalencia y ese delgado límite de lo que nos junta o nos separa. Y es que, solventando en cierto cariz introspectivo y experimental, bien podría sonar a despedida. Pero, como dijo el poeta irlandés, «nuestras almas son amor y un continuo adiós».

En ese devenir, los Reyes vuelven a intentarlo por primera vez. Con más sintetizadores que guitarras, verdad. Pero un espíritu lúdico intacto, aunque templado por tantos años de escenarios y estudios. Pues, a pesar del tono íntimo que refuerza la portada (donde se los ve a los tres en una habitación), la banda expone una amplia paleta de recursos donde se entremezclan samples, orquestaciones, modulaciones y variedad instrumental para concebir un disco que no abandona la canción sino que la expande. Entre el pop de los 80 y guiños orientales, hay cierto aire etéreo que bien podríamos definir como «refugio y música para volar». Porque, a pesar de lo íntimo, no hay confort sino riesgo. Pero no de modo temerario, sino como quien invita amablemente a probar algo distinto.

«Radio Kanikama» oficia de obertura instrumental entre el pop japonés, la meditación zen y un Ennio Morricone sintetizado. «Buenas noches galaxia», con participación de Pels, sobrevuela el soul fines de los 70 con buenos versos: «Me compré unas Nike para poder sentir / que toda la gente se viste de mí / si vuelve a aparecer otra oportunidad / espero no volver a hacer todo igual». «Buscando un problema a cada solución», se presenta «Podría ser peor» a puro synthe y patrón de 4×4, no exento de guiños autorreferenciales: «Esperando que el tiempo me dé la razón, no tuve suerte / copio una guitarra y hago una canción diferente».

«Margarita» es otra hermosa pieza instrumental, delicada y groovera, con atmosféricos dibujos de flauta traversa. «Al revés», «Nervioso tranquilo» y «La patada» funcionan como un buen eje de pop contagioso y ochentero. «Ritmo de la noche» baja el tempo, con un delicioso clima que bien podría lograr War on Drugs y un furioso saxo protagonista.

«Me abrazo con todos por si no vuelvo más» cierra el plan y advierte: «Hoy no me voy a quedar sin decir lo que me animo». Entonces la banda ex retoma ese rasgo tan distintivo que son sus arreglos a tres voces para declamar: «Siempre cambiando de plan llegando al mismo lugar».

Y entonces vuelve a quedar claro que no están volviendo porque nunca se fueron. Y que tal vez siempre están llegando a ese lugar en el que la canción se pueda celebrar de mil maneras. La fiesta de la forma.

[Enlace Música](#)

Recreo Uruguayo



Agosto 14, 2024

«Ni todas las planillas de Excel del mundo pueden calcular lo que siento por vos / Prefiero intentar ponerlo en palabras y por eso tengo abierto el Word». No es fácil –ni siquiera necesario, quizá– poner en palabras lo que la música cuenta por sí misma. Pero es mejor escribir sobre canciones y discos que sobre tanta tragedia alrededor. Esta nota podría hablar sobre Alberto o citar a Adorni... podría ser así de peor.

Pero no: hablemos de cómo Recreo lo hace de nuevo. Con una melodía adhesiva y desparpajo en la voz, «Office 97» se monta sobre una base que oscila entre el punk y el power pop. Como en otras ocasiones, la banda recurre a imágenes y elementos pop sin que se agote en una suerte de retromanía. Y es que la contundencia no solo habita en la síntesis de lo que se dice sino también de lo que no. Una breve epístola que comienza cual simple balada de amor y concluye en una declaración de principios, más vigente que nunca en tiempos de cuantización, racionalismo digital y tecnoliberalismo.

«Seguro que soy malo pero podría ser mucho peor / Podría cantar en una banda tributo, ser policía ortiva sin corazón, llenar planillas de Excel en un oficina / podría ser así de peor», concluye este adelanto del inminente disco de Recreo Uruguayo.

Y como siempre, nos deja la esperanza de un mundo en el cual aún hay lugar para las guitarras, los abrazos, el pogo y la amistad. Un mundo que, de a ratos, puede ser así de mejor.

[Enlace Música](#)

Catalina Dowbley



junio 18, 2024

“Noches en desvelo/ vino, whisky, mil enredos, películas.../perdí años queriendo explicar lo que sigo sin nombrar”, entona Catalina Dowbley con su particular cadencia, oscilando entre graves y falsetes, rugosidades y terciopelos. Como quien construye una escena de luces tenues y un halo de luz lateral cortando la humareda, paladea las palabras como el penúltimo sorbo de una noche larga que concluye en bata, rímel y tacones. Dicha teatralidad no surge de la parodia sino desde la expresión sincera de alguien puede reírse de sí mismo...después de llorar. Y la elegantísima producción musical acompaña con criterio una propuesta breve pero personal.

“¿Quién se quiere enamorar?”, se pregunta en “Música infinita”, tras una hermosa intro de piano y un pulso ligeramente *abolerado* que sugiere línea directa con el Fito de los `80 y se confirma en un verso. “Y escribo para dejarte ir y también para que no te vayas”, remite a aquel e consejo de Henry Miller sobre la mejor forma de olvidar a una persona: conviértela en literatura.

En “Animal”, sube la intensidad y el tempo se vuelve marchante, casi western. Entre *theremin* y pizzicatos, la atmósfera es sugerente, oscura y elíptica: “Nunca decís nada de lo que querés decir”.

Tras el pasaje de “MyP” y el insert de Cecilia Roth en Martin Hache que da nombre al EP, llega la bella canción mencionada al principio de estas líneas: “Dirty Romantic”. Con melancolía, Dowbley confiesa: “Al final me cansé de imaginar un lugar donde escapar”. O quizá no sea un

lamento sino un alivio. Y es que en este mundo “áspero y crujiente”, la chica sucia y romántica, moderna y pragmática, le entregó su corazón a quien mejor sabrá corresponder: la canción.

[Enlace Música](#)



Abril 12, 2024

Este puñado de canciones saben a ese primer día de sol tras un pesado invierno. Aun hace algo de frío y la ciudad todavía mira con recelo, como quien despierta de un mal sueño. El Yar (Manuel Cascallar), cantautor y frontman, deja a un lado cierto histrionismo y entona versos simples pero sinceros con la templanza de quien empieza a despojarse de un peso. «Ya no te escribo ni salgo a buscar», reconoce en «Tu sensación». «Esta sensación no tiene explicación se puede evaporar en tan solo un segundo», avizora. Y en cierto modo, en ese instante parecen suceder todas esas líneas y melodías: el momento exacto antes de olvidar.

«Soy como un extraño en mi propia ciudad / tu mal necesario me invita al pasar / Todo lo que quiero se desvanecerá» es el adhesivo inicio sobre un ritmo sixtie, hammond, guitarras y luminosa melancolía. «Simulacro» es algo más oscura y cierra como una pequeña nube, entre versos dolientes y algo despiadados: «En un simulacro de palabras sin sentido, el que ríe ultimo también puede llorar».

Pero de la mano de estas canciones guitarreras midtempo, con estribillos circulares y elegancia rockera, esa nube se empieza a evaporar. Puede que tarde un poco más. Pero «no es cuestión de tiempo volvernos a encontrar»: es una certeza. Tanto como es que entonces ya no serán los mismos.

[Enlace Música](#)

Julieta Jazmin



julio 2, 2024

«Junta mis partes que quedaron en el piso / porque hiciste lo que quisiste conmigo / pero yo lo permití así que voy a ayudarte a juntar / lo que rompí... lo que rompimos». Julieta Jazmin suelta y apila las palabras como quien salta la soga sin esfuerzo. Hay algo lúdico y circular en el modo que tiene de estructurar algunas de sus canciones. Y sobre todo, un acento rítmico que quita solemnidad y añade fluidez a versos tan confesionales.

Sobre un groove electro-acústico con sutiles arreglos de producción, la magnética voz de Jota Jota entona: «Me dijeron que querer recuperar es parte de perder». Despedazados en mil partes, no tiene sentido querer pegar con La Gotita lo que ya está roto. Pero es parte del duelo, quizá, ir a juntar algunos trozos del suelo para no volver a tropezar con ellos. Puede que ese sea el primer gesto de entereza luego de haberse partido.

O tal vez sea como dijo un tal Cohen: «Hay una grieta en todas las cosas. Así es como entra la luz». Como las primeras luces tras una noche oscura, suena esta contagiosa canción que está disponible en todas las plataformas: «Mis partes».

[Enlace Música](#)

Llagas



Mayo 13, 2024

«Grita todo lo que puedas para que no se pudra tu corazón». «Desahogo» y «Cuestionarnos» no solo alcanzan el punto más vertiginoso del álbum casi como un solo track, sino que sintetizan una idea. Y es que Llagas viene a ofrecer su corazón. Pero no como una rosa frágil e impoluta sino más bien como una bomba molotov que se arroja con un objetivo muy claro.

Y es que oscilando entre desesperado canto gutural y la declamación poética, la banda apunta sus armas con tanta pasión como certeza de la mano de un sonido contundente, depurado y contagioso que toma elementos del hardcore, el emo y el punk.

«Individualistas, este es el fin / porque son narcisistas y ellos mismos son su fin / Nos quieren programar a vos y a mí pero mientras arda nuestro corazón esta canción se oirá más fuerte», proclama el tema que cierra *Las Pirámides que destruimos*.

Los sabelotodo repetirán aquellas frases que desacreditan el grito y lo sesgan a un recurso violento o falto de razón. ¿Pero acaso infiere alguna sabiduría susurrar en medio de un incendio cuando nuestros hermanos arden desamparados? Un tal San Martín supo decir: «Hace más ruido un solo hombre gritando que cien mil que están callados».

Llagas pone el dedo donde duele, porque a veces no se puede apuntar el índice hacia otro lado. Y ofrece su corazón a los gritos... quien quiera oír, que oiga.

[Enlace Música](#)

Un Desastre



Marzo 26, 2024

El tiempo es como un tren cuya marcha irrefrenable se lleva puesta todas las verdades. Inclusive aquellas que creíamos que cimentaban el mundo y erigían un muro irrompible. ¿Pero qué mundo? Cada persona es uno en sí.

Y como ese andar constante e inapelable suena esta batería, tras una introducción groovera. Sobre su inquietante pulso se monta un riff recurrente y una voz oscura: “Siempre

maldiciendo, pensando todo el tiempo que ya no queda más que hacer/No me escuches, no me creas”. Sin embargo, el narrador construido por Lisandro Castillo parece transitar con sutileza esa delgada línea entre la resignación y la sabiduría, comprendiendo que su propia visión de las cosas no es la definitiva. «Sólo hace lo que quieras hacer o como quieras hacer”, insta y da crédito a un otro que quizá no esté equivocado o encuentre el camino de salida. La batería sigue como si un reloj a cuerda girara martillos en lugar de agujas. Entonces el ex Guacho y actual LMDG da lugar a un notable solo de guitarra, más expresivo que nunca y más cerca de lo agresivo que de su habitual y elegante psicodelia. De igual manera, su voz halla sobre el epílogo un tono irritado, imperativo, provocador.

“No me escuches” es el nuevo corte de este proyecto paralelo de Castillo y primer adelanto del “lado B”. Dijo un tal Freud: “Como a nadie se le puede forzar para que crea, a nadie se le puede forzar para que no crea”. Creer, no creer o reventar, o todo a la vez. Hace lo que quieras hacer.

[Enlace Música](#)

Sofía Uzal



Mayo 8, 2023

“Tiempo para ir a mirar las cosas de lejos / inventar formas nuevas con las nubes en el cielo / escuchar una canción y recordar que no estamos solos”. Tras una introducción sugerente y un bajo por demás contagioso, el tempo cambia y Sofía Uzal nos sumerge en un bellissimo

estribillo que oficia más bien como declaración. La artista de Bernal consigue sabiamente correr el foco del centro obligado, eludir el carril del centro y a la vez armar su camino con quienes se permiten -como ella- tratar de ver/mirar las cosas de otra manera. Uzal recuerda que no está sola sino muy bien acompañada por Martin Remiro, Marcelo Matta, Lucía Cermelo y Jeremías Martínez, quienes obtienen un sonido preciso con iguales cantidades de groove y sofisticación, pulso orgánico y recursos sintéticos.

“¿Por qué tanto ruido, tanto plan, tanta estructura, tanta superficialidad, tanto ruido, tanto hablar...?”, se pregunta en “Tanto ruido”. Y remata con una sentencia de alguna banda anterior: “No sos vos: sos lo que quieren los demás”.

Desde lejos es el nombre de este descatable EP que cierra con otro *statement* a puro volumen sónico y aires noventeros: “Me aburren las cosas perfectas”. Cantaba un tal Cohen: «Toca las campanas que aún puedan sonar, olvida tu ofrenda perfecta. Hay una grieta en todo, así es como entra la luz». Sofía Uzal propone olvidar la ofrenda de perfección y hace sonar sus propias campanas y verdades. Esas que a veces tapa el ruido ensimismado. Pero que desde lejos se dejan oír, vitales y brillantes.

[Enlace Música](#)

Amara



Octubre 6, 2023

“Yo no sé qué pasa si el mundo gira al revés/ un dos tres, no estoy ni preparada ni lista pero ya está, yo creo que va a pasar” (“Viaje Estelar”). Dicen que la duda es la jactancia de los intelectuales, pero también es la condición de los audaces. Araceli Iriarte entona con particular fraseo y cierta dulzura versos donde asume sus propias vacilaciones. Pero no tanto desde la fragilidad sino más bien desde un tono espontáneo y hasta osado.

Por eso cuando junto a Ale Dinamarca se lanzaron a darle forma a sus canciones, el sentido lúdico y la necesidad expresiva se impusieron. Entre armonías vocales, guitarras acústicas, percusiones y algún xilofón, el dúo presenta «A destiempo». Se trata de un EP con canciones en las cuales-como ya hemos escrito al lanzarse el primer single- la incertidumbre no sabe tanto a angustia como sí a libertad. Pequeñas piezas sobre amores, amistades o -¿cómo diferenciar a veces?- ambas cosas entre con idas, venidas, monólogos internos y diálogos compartidos.

Pero detrás o por encima de ello, el gran asunto que sobrevuela este material es la canción en sí. “No todas las canciones son para vos”, se ríe la narradora en “Sin tu voz”. Y en la andante “El Futuro” expresa tierna y ambiguamente: “Ojalá te pueda guiar cuando te suelte la mano/con canciones te quiero enseñar”. Y entonces ese diálogo constante nos hace pensar que la primera y la segunda persona a veces son la misma: la canción es la guía de Amara, cuyo nombre contiene la premisa de un viaje donde siempre se está listo si hay deseo. Las dudas, al fin, son una mochila con la que se aprende a andar.

[Enlace Música](#)

Krupoviesa



Octubre 23, 2023

“Me gusta estar con vos/ porque me hace acordar a vos/...a otra vos”. Muchos recordarán a Juan Ángel Krupoviesa como el aguerrido marcador de punta que durante un clásico le propinó una icónica patada a Rolfi Montenegro. Quizá en esa carrera el voluntarioso tucumano dejó atrás un pasado en el cual había surgido como volante creativo y poseedor de una pegada notable. La vida -o como llamemos a toda esta sucesión de eventos inesperados- a veces requiere ponerse la ropa de fajina y ensuciarse las manos (o los pies). Dejar atrás el ideal platónico y enfrentar aristotélicamente el mundo concreto. La única verdad es la realidad, tradujo el General.

Desde hace una década -infame y ganada a la vez- la banda hizo de la suciedad y el vértigo un trabajo sofisticado y noble. Canciones veloces, distorsionadas, entre teclados psicotrópicos, entre Guided By Voices, The Fall y los primeros El Mató. Todo apoyado en una pluma inspirada, sintética y mordaz capaz de abreviar apocalipsis urbana, peronismo, humor y amor. Versos eficaces pero no efectistas, con una profundidad que elude lo solemne. Igual que un diez que se arremanga para jugar de tres, debajo del noise y el espíritu punk habitan canciones pop adhesivas que pueden ser cantadas a los gritos. Como seguramente ocurra este 3 de

noviembre en La Tangente, cuando el grupo tenga su merecido festejo y una promesa infalible:
“Todo va a estar bien... alguna vez”.

[Enlace Música](#)

Sesiones Robot



Enero 24, 2022

El diálogo es célebre o al menos alguien reconocerá la referencia:

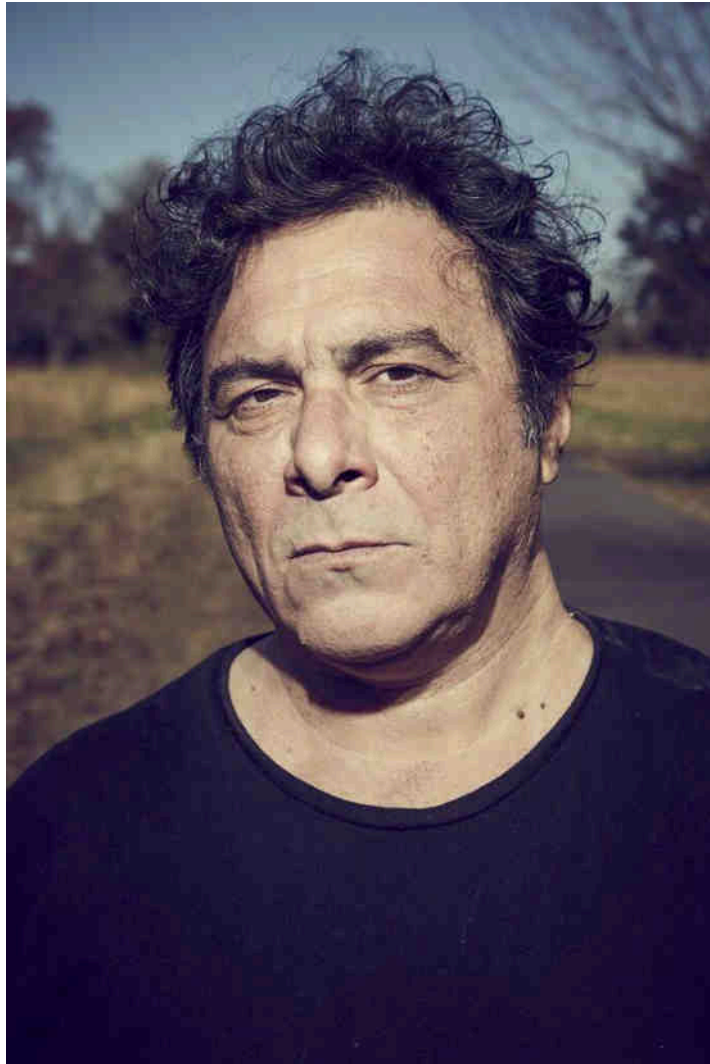
-¿Puede un robot escribir una sinfonía? ¿Puede un robot convertir un lienzo en una obra maestra?

-¿Usted podría?

Contraponer la sensibilidad con la tecnología no solo infiere una anacronía absoluta sino desconocimiento de la propia sensibilidad humana: no hay nada más propio de nuestra especie que servirse de todo recurso posible para imaginar mundos nuevos. Y sin la pretensión de la obra maestra pero sí con un criterio depurado, Sesiones Robot toma el lienzo y construye un universo donde conviven la música medieval o el folk y el synth pop, los recursos digitales y los instrumentos orgánicos, Kraftwerk y Gorillaz con Daniel Melero y el Family Game. “Vol. III”, acompañado de un videojuego, confirma la originalidad del proyecto integrado por Ramiro Orellano y Lucio Macchiolli. “Un fantasma recorre el Bosque” sienta las bases y plantea este recorrido que une el siglo V con el gaming. “Paseo” va oscureciendo gradualmente el paso y “Otro año nuevo” combina cotidianeidad y un mood subtropical. “Videojuego” hace honor a su nombre y “Esta no es mi casa” expone la pieza pop más acaba del álbum. “Ambient” otorga una cuota de melancolía y en “La fiesta de las máscaras” el tono se pone más kraut para cerrar con la placidez de “El porvenir es largo”.

[Enlace Música](#)

Pipo Mengochea



Enero 5, 2022

¿Quién es Pipo Mengochea?. Así se intitula un documental en proceso a cargo de Urraca Films. Y lo cierto es que, en cierto modo, sigue siendo una incógnita. “¿No podés hacer una nota sobre un tipo que anda por ahí solo haciendo canciones?”, le preguntó años atrás a un periodista ante la particularidad de no haber grabado discos. Es que este notable orfebre de la rima y profundo conocedor de la canción popular y bonaerense hace décadas que es un secreto a voces, reconocido por colegas y algunos fieles escuchas.

«Los Peregrinos no saben bien dónde van pero El Camino los llama» entona y hace de ello una religión. O un estilo que, dicho de manera simple, concilia a Atahualpa con los Travelling Wilburys y que él mismo definió en honor a la llanura como “Pamp”. Y es que gran parte de sus composiciones extienden su belleza de manera horizontal. Como quien entiende que la ruta es larga y no apura la velocidad. O como quien sabe que lo más grande que tiene la llanura es el cielo y la música el silencio.

Promediando jóvenes cincuenta años, Pipo Mengochea comenzó a publicar algunas canciones como la bellísima “Florcita en el campo” o la desgarradora pero adhesiva “Todo ese invierno”. Y presagia su esperado álbum debut para este año. Mientras tanto, veintidós consignas para que libere su genuina y nunca complaciente visión del mundo («el bardo del bardo»). La única pregunta irresuelta es la que inicia estas líneas. Quizá sea- nada más y nada menos- que un tipo que hace canciones. Pero bien sabe el peregrino que nadie es definitivo mientras el camino siga llamando.

(Foto: Martín Lucsole)

[Enlace Música](#)

Lucas Gregorini



Septiembre 26, 2022

«Que si me fui o si me voy es solo porque mi destino nunca dependió de vos», canta Lucas Gregorini en «Atalaya y Ringuelet» y uno puede imaginar en esa balada folk bonaerense al mismísimo Tom Petty haciendo un alto camino a Mar del Plata. El guitarrista y compositor firma con nombre propio este single donde, al igual que el arte de tapa, elige su propia aventura. Con Calamaro, Cerati y Beatles como algunas referencias, el versátil productor y también beatmaker suele correrse de las tendencias a la hora de trabajar su propio repertorio.

Y en «Espacios de fuga» lo deja en claro con dos canciones sólidas y adhesivas. «Yo quisiera ver qué harías vos si hubieras estado en mis zapatos», vocifera en ese galope a todo frenesí que es el western «Un lugar desolador». Con este single disponible en todas las plataformas, el nacido en Ringuelet e integrante de Las Armas Bs. As. responde a las consignas mientras anda anda con sus propios zapatos y en su propio camino.

[Enlace Música](#)

MC. UCHI



Noviembre 23, 2021

Por Ramiro García Morete

“Estoy en ese hueco donde las cosas ahí se pierden/el hueco es del color de las cosas”. Así como en lo no dicho habita la poesía, en la grieta entra la luz y en el vacío hay una posibilidad, se sabe que en el silencio respira la música. Y en cierto modo, MC. UCHI hace de esos huecos un lenguaje para dialogar lúdicamente con un piano a puro *sustain*, cuyo audio y cadencia (llena de cortes o *gates*) lo asemejan casi a samples de algún cálido vinilo. Entre armonías *jazzy-blues* del siglo pasado, su voz delicada pero cruda murmura, tararea, se retrasa, se pasea y esconde entre las notas casi como un felino en la penumbra. O como alguien que danza descalzo en un cuarto oscuro lleno de vidrios sin importarle. Y es que a través de “Hueco” y “Como peces” se percibe un aire casi performático en el minimalismo y esa mezcla de bálsamo e inquietud propia de un susurro en el oído.

Pero el hueco o el vacío o el silencio deja entreabierto a futuro algo más para esta artista cuyo universo se amplía y en el que conviven Billie Holiday, Elis Regina o Bud Bunny en armonía. O Bjork, como deja entrever en “The Star Shine”, donde suma beats y se torna experimental. Mientras prepara un disco donde se plasmarán algunos de los sonidos urbanos que expone en el vivo -y también un EP de reggaeton- la ecléctica artista anuncia un show para este

17 de diciembre en Casa Unclan. Y además se presta a este modesto juego: veinte preguntas, veintiún respuestas.

(Foto: @leokalderaph)

[Enlace Música](#)

Limbo Junior



Diciembre 21, 2021

“La tele está prendida pero nadie la ve/la escena se repite en tantas casas/no es música, no es cine, poesía ni canción/imagen o recuerdo/ solo es una flor de verdad creciendo en el silencio”(“Solo es una flor”). Como esa flor que llamamos verdad, las canciones de Limbo Junior crecen en el silencio. En principio, desde la delicada y profunda pluma de Juan Artero, cuyo poder de síntesis y elipsis dota de potencia su personal narrativa. “Las señales que dejas para mí ¿son para mí? ¿O no?”, pregunta desde “Corazonada”, una de las canciones más bellas que se hayan publicado este año y donde el compositor asombra con su capacidad de combinar falsetes y emotiva carraspera.

Pero en el universo de este cuarteto, la señales van más allá de las palabra e inclusive de las producciones audiovisuales (¡gracias a la luz por el cine!). Principalmente es el modo en el que Axel Inda, Salvador Barcellandi , Juan Barcellandi y Artero dialogan, responden y generan espacios que con gran pericia potencia la mezcla de Perci. En “Billete falso”, el autotune y los pads presentan una sonoridad distinta que sin embargo no desentona sino expande la búsqueda de la banda que siempre ofrece una perspectiva distinta y propia sobre el modo de hacer canciones. Lejos de los podios y viendo la escena oculta dentro de la escena, parece una mirada lateral que sin embargo acaba dando el centro. Como esas señales que uno siente que sí, que claramente *es para mí*.

[Enlace Música](#)

Se va el Camello



Diciembre 20, 2018

La escuela era esa. Ni el Normal 3 ni Bellas Artes, de donde se rateaban sistemáticamente. Entonces ninguno tenía celular ¿de qué otro modo hablar con tus amigos cuando tenés trece o catorce años? La escuela era la plaza. Más exactamente, Plaza Rocha. Allí paraban. Con las mesas de pool de Twins cercanas y el Mele (“habitué” de la plaza) rondando, allí comenzó a armarse el círculo. Aunque “parar” es una forma de decir, porque en verdad no dejaban de moverse. Allí, bordeando el monumento central, habrán recortado las cartulinas que hicieron de entrada para algún recital inicial en Asia o Imperio. Allí habrán juntado los volantes que como hoy siguen repartiendo cara a cara, porque no olvidan lo importante que era para ellos recibirlos de mano de bandas como Don Lunfardo entonces. Allí habrán fantaseado con viajes y giras, como aquel verano uruguayo del 2012 donde metieron dieciocho fechas en veinte días, ya fuere en un escenario o enchufando los equipos en la puerta de alguna heladería.

La escuela era la plaza y allí habrán planeado alguno de los veinticuatro recitales en El Ayuntamiento, de los cuales Tomás Rusconi guarda todas las fotos. Pero también era la escuela no sólo el rock argentino de los noventa, sino lo que cada uno traía de su casa. Como la Les Paul Hondo que Rusconi se colgó por primera vez a los tres años y retomó hace unos años, cuando la banda decidió ir más atrás aún y curtir la escuela argentina de los setenta. Aunque justo a mitad de todo este camino, la guitarra quedaría en otro plano cuando el carismático Manuel Rodríguez (actual Sueño de Pescado y cantante original) diera un paso al costado por diferencias. Ni Esteban Penovi (bajo) ni Julián Lizardo (batería) ni Elunén Moreno (guitarra) ni Ricardo Pelatti (saxo) ni ninguno del círculo (que completaría Matías Otonello en guitarra) dudaría en seguir

adelante. En “Latiendo de más” tendría que poner la voz, a la par de una búsqueda que iba dejando atrás las fusiones rioplatenses de los primeros años.

Por eso con Círculo Eléctrico (2014), la banda donde todos componen algunos de sus integrantes tienen más años dentro de ella que fuera, se despegaría de eso que las etiquetas llaman “rock barrial”. Con una formación más reducida y un sonido más sólido, la banda no pierde su vitalidad arengadora y suburbana. Pero potencia la química de la sala y desde el hard rock “Fuera de fase” al sutil “De sangre fría”, se advierte un crecimiento en las canciones y la interpretación. Ese crecimiento que, por razones ajenas obviamente, cuesta ser acompañado en medio de la crisis. Por ello es que tras presentar su disco en Niceto, han decidido cerrar el año gratis y a beneficio en Pura Vida. Sí, a metros de la plaza que fue escuela. Pensando en lxs pibxs de hoy, estos pibes que –más allá de algún cambio– mantienen el entusiasmo sin pensar si una fecha sale bien o mal: Se Va El Camello. Más que un círculo cerrado, una rueda que no para de girar.

“Nosotros crecemos –introduce Rusconi sobre el disco cuyas bases se grabaron con Álvaro Villagra y el resto con Nelson Pombal–. Ya no somos los chicos que tenían quince años. Hoy la música que nos divierte es otra. Y escuchando música siempre es que vamos yendo para atrás. Porque vemos qué es lo que viene y son como productos que salen del horno con determinadas reglas... ya no hay solos de guitarras o cambios armónicos muy marcados. Somos de la generación del rock de los '90 pero todo lo que escuchaban nuestros viejos nos marcó. Y creo que hoy vamos para atrás y estamos consumiendo más las obras de Flaco, Hendrix, Zeppelin. Por ahí marco más este disco también estrictamente en el audio”.

Para llegar pulidos a la grabación definitiva, grabaron tres veces el disco: “En el anterior hemos metido muchas capas de sonido para que nos complaciera. Con este disco nos fuimos a lo minimalista de hacerlo que suene en la sala”.

Rusconi reflexiona sobre su rol como vocalista que en su momento lo agarró medio por sorpresa. «Sobre todo porque no quería dejar la guitarra. Pero con muchos arreglos, cantar y tocar es difícil. Costó y me costó encontrar la personalidad. No reniego del disco anterior porque tiene grandes canciones y es una buena primera experiencia para mí. Pero este disco es superador desde las composiciones, desde el sonido y sobre todo desde la impronta de la voz”.

Más de una vez, Rusconi debe cantar canciones escritas por otros integrantes: “Yo me como mi interpretación y lo canto acorde a mi historia. Y la gente lo canta en base a su historia. Por eso cuando nos preguntan sobre este tema o el nombre de la banda, tratamos de que quede a libre interpretación porque es como que pierde la magia.

Locuaz y ameno, Rusconi dialoga sobre cómo las redes se impusieron inclusive a “los medios monopolizados”: “Los pibes consumen lo que se ve ahí. Son cosas más cortas y los tiempos que rigen en esas redes. Un tema por semana, etc. Entonces no se genera esa cultura de seguir una banda o una obra que incluya otras obras como es el disco. Lo que apuntamos con la

banda es a defender los discos, los formatos físicos, el contacto directo del afiche o el volante en la calle”.

Si bien intentan adaptarse, reconoce: “Somos cabeza de vieja escuela, porque nos gusta diseñar el flyer y que no pase por la compu. Imprimirlo, ver cómo salió, dárselo en mano y de paso charlar un rato. No es lo mismo vos pasar con el dedo entre mil cosas y ver un flyer, a que venga un tipo a la salida de un lugar y vos le preguntes y que te cuente”.

Este viernes la banda se presentará a las 21 hs en Pura Vida, con entrada gratuita y la opción de donar un juguete: “Va muy relacionado al momento actual. El país, la economía, los pibes. De las gestiones culturales, las trabas. Si bien hace tres años que venimos bastante mal, en el último semestre cayó todo. La gente tiene que recortar y lo primero es lo que no es necesario: el entretenimiento, la cultura. Para nosotros es importante mostrar la música. Que vaya toda la gente posible. Y de última haremos unos mangos vendiendo una remera”. Y en esto surge el tema de que se acerca la fiesta y muchos chicos no van a poder tener nada para navidad. Nos pareció justo que el que quiera ir y no pueda aportar, todo bien, va a entrar. Pero lo importante es tratar de ayudar con un juguete que vamos a estar recolectando y haciendo visitas por algunos lugares para entregarlos”.

Si bien sus letras no son explícitas, la banda tiene posturas políticas muy claras: “Nos interpelan siempre las luchas populares. Todas. Como portadores de un micrófono y referente de algunos pibes, me parece que está bueno que lo que nosotros vemos y creemos que podemos comunicar usar ese poder que tenemos para esa pequeña porción de pibes de esta generación para dejar un mensaje”. Rusconi expresa el lugar de la banda ante la lucha feminista: “Bancamos a pleno a las mujeres. Pero no nos metemos en la lucha porque somos hombres. Respetamos ese espacio y esa lucha, la apoyamos todo el tiempo y desde donde podemos. Es importante para nosotros respetar su espacio”.

Con la idea de hacer la presentación oficial en La Plata recién en el 2019, el cantante y guitarrista mira hacia la plaza que los vio crecer: “Más allá de que cuatro o cinco tocábamos, era un grupo de gente muy linda y que se sostuvo durante un montón de años. Lo más lindo es priorizar esa amistad. Y pase lo que pase el logro es seguir. ¿Nos fue bien? No sé, pero es otra fecha más. Y la próxima nos irá bien o mal. Siempre dijimos lo mismo: el propósito de esta banda no es millonario ni multitudinario. Sino que lo que nos alienta es conocer gente”.

Sol Bassa



Abril 14, 2020

“No pienso confesarte cómo ni porqué /Si me enseñaste que el silencio es respuesta”. Tanto en el blues como en la guitarra –y esencialmente en la vida– es fundamental manejar el silencio. Y decir lo que se quiere decir. Sol Bassa elude floreos con un tono tan genuino como espontáneo. No solo por ser posiblemente una de las mejores guitarras del país, combinando elegancia y pasión. También por su forma de cantar, dulce pero no ingenua, que escapa a ciertos clichés del género. Si hay una falacia atroz es aquella de que el blues es simple, fácil y repetitivo. Y otra es la infructuosa búsqueda de originalidad que pretenden falsas vanguardias. Los géneros tradicionales se tratan de algo más difícil: la autenticidad. Con el mismo puñado de acordes, encontrar el propio estilo. Y con más convicción que pretensión, Sol Bassa va en ese camino.

“Pieza inundada” arranca este disco breve pero sólido a puro boogie, con un delicioso solo a contra, las teclas de Juan Ravioli y una descripción directa: “Las grandes lluvias pasan por mi barrio/ Las casas tiemblan /Los niños salen llorando/Y la patrulla lo único que cuida/Es al

comisario y a la comisaria”. “Persianas bajas” reduce velocidad en clave folk y retrata “la pieza llena de pereza”, “sin tiempo ni despertador” de dos amantes. En “Morir por vos”, Bassa muestra otros registros tanto en la voz trémula del estribillo como en el tema en general: el pattern, la guitarra machacada y los teclados la acercan al rock pop. Con melancolía surge “Bardito del 93” y la extraña ternura de versos como: “No pienso contarte como ni porque escribo con la zurda y con la hoja dada vuelta”.

El cierre a los John Lee Hooker con “Compra-Venta” invita a Santi Moraes (cuya banda Transeúntes tiene a Bassa como integrante) para volver al cuestionamiento social: “Una pantalla me dice que venda mi alma/Un funcionario me dice que compre mi alma/Un banco me dice que venda mi alma/Un policía me dice que compre mi alma”. Pero el alma de Bassa no solo está intacta sino que se deja oír. Y ese es uno de los felices aciertos de “Errores coleccionables”, flamante álbum que ya está disponible en redes y espera ser tocado tras la pandemia.

[Enlace Música](#)



Junio 2, 2020

“Esa sensación de volver a pensar en no retroceder”. La música -como todo en la vida, quizá- se rige por el tiempo y el espacio. Desde lo estrictamente artístico, jugando e interpelando sus posibilidades, deteniendo o estirando las agujas, corriendo o marcando los límites. En definitiva, construyendo un mundo y -a la vez- proponiendo un viaje.

Este grupo de artistas ocultos bajo la insignia de Tomas del Mar Muerto sabe capturar un valor esencial de la música que es concebirla como una experiencia. Pero gran parte de ello radica por una modalidad de trabajo que propicia esa solvencia que luego emerge en los parlantes. Haciendo de la paciencia y la disciplina una convicción sin necesidad de agitar eufóricas banderas, estos expedicionarios lograron durante la década pasada materializar una de las bandas más convocantes y sólidas de la ciudad. Tras una trilogía notable y un par giras por Europa, entenderían que ese viaje concluía sin temor a comenzar de cero uno nuevo. Todo un acto de amor, si se quiere: la misma falta de especulación y esa prioridad por la idea que los había llevado hasta allí correspondía a esta decisión.

Desde el hermetismo, el equipo se mantuvo al igual que esa modalidad. Pero cambió el enfoque. Aquel sonido voluminoso (en decibeles y cuerpo) de trío que nacía del room y la composición orgánica, cedió espacio a un enfoque más ligado al proceso digital. Conciliando

herramientas de ambos mundos y sin perder vitalidad, el equipo construyó nuevas piezas donde la identidad no condicionó la incursión. Del mismo modo que antes no se ajustaba ortodoxamente a las categorías de stoner o blues, difícilmente este nuevo proyecto se sujete los manuales digitales o electrónicos que los inspiran ni a categorías como post rock o kraut.

Entre las consistentes secuencias de batería de Chori fundidas con pads o triggers y los bajos precisos de Deff enlazados con teclados midis, las guitarras hipnóticas de Lamberto logran nuevamente el cometido mencionado: llevarnos de viaje. Con destacable y criterioso sentido de la economía y la melodía, el guitar anti hero delinea motivos dentro de una atmósfera pesada y onírica a lo largo de seis tracks. Entre extensos paisajes musicales, su voz comprimida parece expresar tanta asfixia como liberación entre alegorías y elipsis. A lo largo de seis temas (mezclado por Joaquín Castillo y masterizado por Gabriel Ricci), poética sonora y lírica parecen describir una ciudad distópica, un mundo hipervinculado y mecanizado. “Un lugar lleno de enfermos, sin compasión ni sentimientos. Y brilla desde el celular, nuevo y perfecto/Casi como una adicción que todo lo resuelve mintiendo”, describen desde “La sed de ser”.

Y todo se apoya como parte inherente en la gráfica y arte de Imaginería del Mar Muerto y Lucas Borzi, donde ese universo cabe en un neblinoso callejón ubicado en alguna parte entre Berlín, Tolosa, Blade Runner o vaya uno a saber dónde. La sigla (¿Laboratorio Musico Digital Gráfico?) en las luces de neón resplandece como un posible refugio o bien como una dirección que sin dudas es hacia adelante. ¿Qué hay allí? “El futuro es ese accidente que rige nuestras vidas”, dirá mientras tanto el Profesor . Veinte preguntas y veinte respuestas para acompañar esta nueva aventura.

[Enlace Música](#)

El Estrellero



Octubre 31, 2019

“Ok, amigo... no hace falta que me escuches / eso es tiempo derrochado / No tengo prisa por llegar o llegar a ningún lado / aquel sonido del amor entrecortado / el anhelo de una pieza duradera”. Tras dos discos y un EP pletóricos de belleza y sentido, uno de los grupos más destacados del under decidió alejarse un tiempo de los escenarios. Reconocida como “una estrella de cinco puntas” donde todos sus integrantes tienen peso específico, la banda optó por moverse desde el borde en tiempos de selfies, punchlines y una noche política a la que nunca fue indiferente. Por eso cuando Lautaro Barceló canta la conmovedora “Ok amigo” suena a declaración: “Tuve vacaciones pero no me fui lo suficientemente lejos de mis versos”. La poesía omnipresente, ya no sola en las imágenes y lenguaje de elegancia anacrónica, sino como espíritu guía de la búsqueda musical y postura ante lo instantáneo. Por eso, si bien podría cuadrar

gracias a sus melodías entre las bandas pop del nuevo y no asumido mainstream, El Estrellero sigue formando parte de esa forma de conciencia liberadora que se llamó rock.

Su nuevo material lleva al extremo el nivel de sofisticación para combinar voces, arreglos y armonías de un grupo donde Juan Irio –ese compositor que podríamos ubicar entre Brian Wilson y Federico Moura– entra y sale de escena para cohesionar las partes. “Pitillo” –en su voz– y “Desconectado” (con el talentoso Alejo Klimavicius al frente) tendrían destino radial si el algoritmo fuera casual. “Terror blanco”, temeraria e inquietante, vuelve a representar el clima oscuro de época: “Debemos ser los últimos seres con vida y presiento que no va a importar”. En “Nueva Atlantis”, guitarras y teclados cabalgan en tono épico y “Lumbrera” vuelve a decirlo casi todo: “Una lumbrera ilumina de fondo, la abrazo de noche y pienso”. Si en “Los Magos” la noche tenía cierto tono político, aquí se amplía y se vuelve más profunda y existencial. Quizá de eso se trate el arte: no de tener el cielo y las estrellas, sino del anhelo de la luz como una pieza duradera.

[Enlace Música](#)

Rock Nacional



junio 3, 2024

“Esto no es música, son memes”, es un no de los tantos lemas e intertextos de este dúo que juega y se la juega. Si el meme es la unidad mínima de sentido, la de Lucas Salvadori y Santiago Bercini no es básica sino la unidad máxima de polisemia. O al menos más basada que básica. Como una suerte de Los Twists del tranhsumanismo, el dúo se filtra en el multiverso con una propuesta que dialoga con el hyper mundo tecnoliberal. Pero que registra una memoria que los sitúa en un punto límite de nuestra historia: “Mi padre compraba el Clarín/ y mi mama pispeaba el sí/ y yo jugaba por ahí/ y el mundo era nuevo/ hey, el sueño murió en el 2000 / este es el mundo nuevo”.

Y ese diálogo se da, por supuesto, con mil ventanas abiertas y absoluto desparpajo no solo lírico sino también estilístico...¿pero qué otra cosa era eso que llamamos rock nacional sino otra forma pintar y copy-pastear el universo para dibujar con Paint esta aldea llamada Argentina? Entre Dillom y el Turco Asís, Rock Nacional se erigen como (s)hitposters que nos regala una serie de potenciales hits virales a pura coyuntura, ironía y notable lucidez.

“La chica que me gusta se parece a Lila Limón”, entonan en pop punk con autotune que cruza a Blink 182 y algún escalón que haya seguido al quinto. En “Los chicos del mañana” redoblan la apuesta: “Vinimos del futuro/abrimos el portal/ quizá vos no lo entiendas pero a nuestro general le encanta/ Hey, hicimos grande este país/ hey, somos la envidia de Greenpeace/hasta esos hospitales adonde te morís llevamos tu pedido en una cajita feliz/ quemamos tu petróleo, sembramos el maíz/y le metemos la mazorca por el culo a tus farsantes”.

“¿Quién va matar a Aramburu?” es uno de los puntos altos de (sur) realismo histórico y una chacarera trap suena C Tangana y Milo J streameando con Rebord y Maslaton.

Entre el beat de los sesenta, Virus y Baradel suena “Rock del aumento”, otro tema que por adhesivo no pierde calidad y un estribillo que pide “pari paritarias, baby”.

Producto y críticos también de la pos verdad y el consumo irónico, Rock Nacional planta bandera celeste y blanca pero goza de todos los colores. “No hay grieta(más fuerte que un amor)” es la descriptiva love story en tiempos de twitter: “Ella se viste de maneras singulares/ él se la cruza cuando sube al ascensor/ no te confundas , bro, no son solo disfraces/ cosplay es una arte mayor/ él le contó de su existencia a sus amigos/ pero en la básica le dicen que no da /es que ella sueña con el respeto irrestricto y el sueña con la justicia social” .

El álbum cierra con la galería de imágenes y retratos cotidianos de los bonaerenses afincados esta ciudad que se cree fuera de la provincia de la cual es capital: “Himno Nacional de La Plata”. Y finalmente, el guiño abierto a Weezer con “Saladillo Sunset Boulevard”.

Dicen que dijo Moris: “No es rock nacional: el rock nació mal”. “El Pacto de Mayo”, a diferencia de algún presidente nefasto, cumple y dignifica el nacimiento de un proyecto que quizá-como se dice- era joda y quedó. Pero el ingenio y la ingeniería expuesta sugiere- y exige- un futuro próspero que trascienda a la coyuntura. Porque antes que el humor y el hit, se impone el amor a esa patria llamada música cuyo grito sagrado a nadie le pertenece pero todos debemos defender: libertad, libertad, libertad. Y juguemos con gloria o morir.

[Enlace Música](#)

